

# TE CONTARÉ

José Luis Clavijo Repetto

TE CONTARÉ

Edición descargada desde [www.joseluisclavijo.com](http://www.joseluisclavijo.com)

Segunda edición: agosto 2025

© Del texto: Jose Luis Clavijo Repetto

[clavijojl@gmail.com](mailto:clavijojl@gmail.com)

Queda totalmente prohibida la reproducción, escaneo o distribución de esta obra por cualquier medio o canal sin permiso expreso tanto de autor como de editor, bajo la sanción establecida por la legislación.

**Suscríbete** a la newsletter en [www.joseluisclavijo.com](http://www.joseluisclavijo.com) y recibe **gratis** la edición en formato *ePub* de esta novela.

## ÍNDICE

|                                          |     |
|------------------------------------------|-----|
| PRÓLOGO .....                            | 5   |
| 1 LA LLEGADA AL CORTIJO .....            | 7   |
| 2 CONOCIENDO A GABRIEL .....             | 21  |
| 3 UN ACUSADO DE ROBO .....               | 28  |
| 4 CONFIDENCIAS EN LA NOCHE .....         | 40  |
| 5 ENTRE LA SORPRESA Y LA CONFUSIÓN ..... | 42  |
| 6 MOVIMIENTOS DE TRAICIÓN .....          | 54  |
| 7 NUEVAS AMISTADES .....                 | 80  |
| 8 SORPRESA .....                         | 96  |
| 9 BUSCANDO UNA SALIDA .....              | 101 |
| 10 OTRO MOMENTO ANTES .....              | 108 |
| 11 LA SORPRESA DE FELIPA .....           | 114 |
| 12 EL PLAN PERFECTO .....                | 133 |
| 13 IMPREVISTO .....                      | 147 |
| 14 EL INCIDENTE .....                    | 157 |
| 15 ENTRE LA ESPADA Y LA PARED .....      | 177 |
| 16 EL VUELO DE LA NOTICIA .....          | 185 |
| 17 ENTRE LÁGRIMAS Y CONFESIONES .....    | 187 |
| 18 EL OCASO DE 'LOS DOS RACIMOS' .....   | 204 |
| 19 EL OTRO MATRIMONIO GARRIDO .....      | 217 |

|                                         |     |
|-----------------------------------------|-----|
| 20 ENTRE DOS CORAZONES .....            | 221 |
| 21 NUEVAS EMOCIONES .....               | 225 |
| 22 LA VERDADERA PRISIÓN DE GABRIEL..... | 234 |
| 23 LA RECONCILIACIÓN.....               | 242 |
| 24 LÁGRIMAS BAJO LA LLUVIA.....         | 246 |
| 25 IDEAS MOJADAS EN ALCOHOL .....       | 249 |
| 26 EL ERROR Y SUS CONSECUENCIAS.....    | 260 |
| 27 LA LUZ DEL TUNEL.....                | 267 |
| 28 LA VENGANZA Y EL OCASO .....         | 272 |
| 29 EL FINAL DE LA HACIENDA .....        | 276 |
| 30 LA DESPEDIDA .....                   | 287 |

## PRÓLOGO

Antes de que esta historia viera la luz, ya había recorrido otros mundos con la imaginación como aliada: relatos de misterio y ciencia ficción, leyendas ancestrales, viajes más allá de las estrellas, profecías sobre el fin de los tiempos y pasajes medievales salpicados de fantasía. También me detuve en pequeñas historias con moralejas, escritas para tocar el alma de niños y adultos por igual. Fueron caminos que nacieron de la pasión por la palabra escrita y el deseo de explorar lo inexplorado.

Pero llegó un momento en que sentí la necesidad de mirar más cerca. De dejar a un lado lo sobrenatural para detenerme en lo humano. De explorar el amor no como un cuento fantástico, sino como una fuerza poderosa que se abre paso entre las grietas de un mundo real, con sus luces y sus sombras, sus normas implacables y sus barreras sociales.

Y si había un tiempo propicio para ello, era sin duda el arranque del siglo XX: un periodo de profundos contrastes, de convenciones rígidas y pasiones prohibidas, donde el amor debía alzarse como una rebeldía luminosa frente a la desigualdad y el prejuicio.

Así nació esta novela: con las manos entregadas a las musas y el corazón dispuesto a contar una historia de sentimientos intensos, celos y rencores, ambiciones ocultas, secretos familiares... y un amor inquebrantable que desafía las fronteras de la clase y el destino.

La escribí pensando en ti. En ti, lector o lectora que da vida a estas páginas al imaginar cada escena, al sentir cada emoción, al

dejar que el alma se sacuda con cada giro de la trama. Este libro es un primer paso, una promesa. Un prólogo, en sí mismo, para lo que vendrá después: una segunda parte aún más apasionante, que tal vez te espere al cerrar esta historia con el deseo de seguir.

Gracias por estar aquí. Gracias por leer. Y sobre todo, gracias por dejarme entrar en tu corazón a través de las palabras.

**Jose Luis Clavijo (Autor)**

## 1 LA LLEGADA AL CORTIJO

Carmen tenía la piel y el cabello morenos, ojos negros, rasgos gitanos, un rostro alegre y gestos joviales. Vivía en un humilde barrio de pueblo, rodeada de gente pobre a la que la vida solo le ofrecía la necesidad de sobrevivir trabajando duramente, sin poder llevar a casa más alegría que la de dar gracias a Dios cada día por tener algo que comer y poder mantener a sus hijos. Sin embargo, entre la dureza de aquel entorno aún cabía la esperanza y la ilusión de un mundo más justo y prometedor.

Faltando pocos días para cumplir diecisiete años, sus padres vieron la oportunidad de aliviar aquella gran necesidad económica consiguiéndole un trabajo de doncella en una hacienda llamada *Los dos Racimos*, gracias a unos contactos que tenían en la ciudad de Málaga. La finca se encontraba a las afueras de dicha localidad y desde allí se trabajaba en los extensos viñedos que la rodeaban.

Tras una tierna despedida, en la que no dejó de recibir consejos mientras su madre sollozaba sin cesar y su padre mantenía el rostro serio de siempre, Carmen partió con una simple bolsa que contenía algo de ropa y algunas pertenencias. Inició su viaje por caminos pedregosos a bordo de un humilde coche de colleras, símbolo de todo lo que su familia le había podido ofrecer: cariño, sencillez y austeridad.

El camino era largo, pero eso no impedía que la joven se mantuviera entretenida. Miraba con admiración por la ventanilla las extensas viñas que parecían no tener fin, y aquello

la fascinaba. Todo le resultaba nuevo y emocionante, lo cual la mantenía distraída mientras el carro avanzaba hacia su destino.

Sus acompañantes, el mayoral y un zagal, apenas hablaban. El primero era un hombre mayor, amigo de su padre, que solía llevar siempre a su hijo en los viajes que realizaba con el carro.

Tras varias horas de trayecto, llegaron a una gran entrada con una verja de hierro negro, rodeada por una pared blanca. Sobre unas losas, unas letras elegantes anunciaban el nombre de *Los dos Racimos*. Un hombre de barba oscura y ropa de capataz les abrió la verja y, sin mediar palabra, señaló con el dedo la entrada de servicio, situada en la parte trasera de la hacienda.

Carmen se bajó del carro al atravesar la verja y llegar a la casa, no sin cierta dificultad, ayudada por el zagal. El mayoral, antes de partir, se despidió con el gesto típico de la mano y le lanzó una advertencia:

—No sabes dónde te has metido, muchacha. Son los señores más ricos y difíciles de tratar de la comarca. No en vano, son famosos por su mal carácter. Así que te deseo suerte... la necesitarás. Veré a tus padres a la vuelta y les daré aviso de que has llegado bien. Hasta más ver.

Tras decir esto, y con su hijo ya montado en el carro, el mayoral dio media vuelta y comenzó a alejarse lentamente hasta desaparecer en el horizonte.

Carmen, al quedarse sola ante la entrada de servicio, comprendió que una vida nueva estaba por comenzar, mientras que la anterior se alejaba junto al coche de colleras. Tras esa breve reflexión, pensó en su nuevo destino. Frente a ella había una puerta de madera sencilla, pequeña, de color marrón claro, entreabierta.

Entró con cautela y esperó a que alguien la recibiera. Los nervios la invadían por la incertidumbre de no saber cómo sería aquel lugar ni qué clase de personas vivirían allí. Su mirada reflejaba la timidez que llevaba dentro.

El lugar en el que se encontraba era una especie de sala destinada al servicio. Las paredes estaban encaladas y el suelo cubierto por sencillas baldosas blancas. Frente a un lavabo lleno de platos sucios —que parecían pedir a gritos volver a estar limpios— había una mesa de madera modesta, bien usada por el paso del tiempo.

Una mujer de cuerpo y rostro delgados, con gestos poco amables, se acercó a Carmen. Vestía un uniforme blanco con cofia, propio de los encargados del servicio en aquella época. El tono serio y grave de su voz impresionó a la joven, pues no esperaba tanta dureza en su recibimiento.

—Ya era hora de que llegaras a esta casa. Soy el ama de llaves. Llevo un rato esperando tu llegada, pues hay mucho trabajo por delante. Aquí no importa tu vida ni lo cansada que estés. Lo que importa es la voluntad de los señores, y su voluntad es que todo esté bien limpio y preparado. En cuanto a tu sueldo, ya se te detallará más adelante. Te ruego que no menciones nada al respecto delante de los señores, pues es un gesto que no les agrada. Se te abonará cuando corresponda. Y ahora, ponte a fregar los platos. Luego te avisaré para servir la comida. El uniforme que has de llevar está sobre esa silla.

—Gracias. Me llamo Carmen. ¿Cuál es su nombre, para poder dirigirme a usted?

—Mi nombre es Aniceta. Lo primero que has de saber es que harás lo que se te mande sin rechistar. Dormirás en una pequeña

habitación que pronto compartirás con otra doncella. Está situada en la parte alta de la casa. ¡Y basta de charla, a trabajar! — exclamó, dando una fuerte palmada mientras señalaba con el dedo el uniforme doblado sobre una silla.

Carmen recogió el uniforme con las manos. Comprendió por el gesto de Aniceta que debía seguirla. Recorrieron varios pasillos de la casa hasta llegar a la cocina, donde la presentó a Gertrudis, la encargada de aquel lugar.

Era una señora mayor, de cuerpo grueso, pelo blanco y mirada afable. La cocina era amplia, con varios fogones, paredes revestidas de azulejos blancos y estanterías repletas de cacharros y alimentos.

—Hola, zagala. Nerviosa te veo, pero no te preocupes. No tendrás problemas con las tareas de cocina. Yo te iré ayudando para que vayas cogiendo el hábito de lo que se suele hacer por aquí. Verás que te será muy útil que yo sea la responsable de los fogones.

—Muy agradecida, señora. Intentaré poner atención en todo lo que usted me vaya explicando.

Tras ayudar a preparar la bandeja con la comida, el carro con los vasos, el vino y el agua, Gertrudis cumplió con un encargo que Aniceta le había hecho: acompañar a la joven para presentarla a los señores de la casa.

Estos se encontraban reunidos en el salón, en lo que parecía un ambiente familiar. En uno de los sofás descansaba un caballero de edad avanzada —aunque aún no anciano— que fumaba un puro mientras leía el periódico con gran atención. Tenía el rostro redondo, el cabello canoso y un bigote tan espeso que casi se unía con las patillas, siguiendo la moda de la época.

En otro sofá estaban sentadas dos señoras. A la derecha, una mujer de más edad, con el pelo moreno, rizado y recogido. Su ropa denotaba riqueza: era de auténtico lujo. Junto a ella, una mujer más alta, claramente más joven, de complexión delgada, con el cabello rubio también recogido y el rostro muy maquillado.

Carmen se quedó asombrada por el esmero con que estaba decorado el salón: las paredes cuidadosamente pintadas, los muebles clásicos de gran belleza y el suelo de baldosas decoradas que, unidas, formaban una figura artística en el centro de la estancia.

Gertrudis, junto a Carmen, esperó unos segundos, dándoles tiempo para percatarse de su presencia. Luego, al considerar oportuno el momento, se atrevió a interrumpir la tranquilidad de la escena.

—Disculpen. La nueva sirvienta que han aceptado para incorporarse al servicio de la casa ha llegado y se pone a disposición de los señores —anunció Gertrudis con respeto.

—Sí, nos la ha recomendado mi amigo Alejandro Venegas —respondió el señor sin apartar la vista del periódico—. Buen hombre de negocios. Me ha hablado bien de su familia. Él sabe que me gustan las personas educadas, cumplidoras y trabajadoras. Suelo fiarme de sus recomendaciones. Gracias, Gertrudis. Que comience con las tareas que sean menester.

—Muchacha, haz el favor de saludar al señor don Arsenio —añadió la cocinera, tras percibir el desinterés del caballero en seguir escuchando.

—Encantada, señor. Es para mí un placer poder servir en esta casa. Me pongo a disposición de todo aquello que gusten —respondió Carmen, con voz tímida pero firme.

Don Arsenio continuó leyendo sin mostrar la menor atención a la presentación. Las dos señoras seguían enfrascadas en lo suyo: la más joven se miraba el rostro con un pequeño espejo, y la otra leía un libro con gesto sereno. El silencio en el salón era absoluto.

—Disculpen que insista, señores. La muchacha se ha presentado... —sugirió Gertrudis con voz tímida y asustada, lo que provocó una ligera reacción de enfado en don Arsenio.

—¡Ya lo sabemos! Ninguno de nosotros sufre sordera. No seas pesada. Imagino que tú le habrás dado nuestros nombres, pero, para que nos dejes tranquilos, haremos una presentación. Ella es Obdulia, mi esposa, y la otra señora es Mariana, mi nuera. ¿Satisfecha? —exclamó, mirando a Gertrudis seriamente, como dolido por la interrupción.

Luego, la señora Obdulia, mientras don Arsenio volvía a centrarse en el periódico, hizo un gesto y cerró con tranquilidad el libro que tenía entre las manos, con la intención de captar la atención de ambas empleadas.

—Gertrudis, hija mía, desde luego me da la sensación de que ya no sabes distinguir a una simple empleada de una respetada señora. Tan poca labor en los fogones no te deja centrarte bien en lo que ocurre a tu alrededor. ¿Es necesario tanto protocolo para tan poca cosa? Más bien parece que estuvieras presentando a una señora distinguida como nosotras. ¡Venga, marchaos! Debéis seguir realizando vuestras labores —comentó, moviendo las manos en señal de desprecio y pidiéndoles que se marcharan.

Después, doña Mariana comenzó una conversación con la señora Obdulia, al percatarse de que tanto la cocinera como Carmen se habían dado media vuelta para retirarse.

—Disculpe, suegra. Aprovecho antes de que reanude su lectura para darle un punto de vista personal sobre el asunto que hablábamos esta mañana. Tal como le decía, creo que hace bien Felisa, su sobrina política, casándose con el hijo de ese importante empresario... —ellas continuaron hablando de temas familiares sin prestarle el más mínimo interés a lo que había sido la presentación de Carmen.

Gertrudis, cuando volvió junto a la joven en el comedor, se paró para mirarla a los ojos en la cocina y hacerle una advertencia:

—Ahora ya sabes cómo se las gastan los señores. Son fríos, estirados y muy orgullosos. Así que atente a las consecuencias y no dejes de mantener las distancias junto al respeto debido. Pronto querrán pasar al comedor y debemos servirles la comida.

—¿Ellos son toda la familia? —preguntó ella con tono de curiosidad.

—Faltan el señorito Gabriel y su hijo, que lleva el mismo nombre que el padre. Él aparecerá pronto. En cambio, su hijo está en un internado, así que dudo que puedas conocerlo por ahora. Pronto aparecerá el señorito Gabriel en la cocina; te darás cuenta, cuando le conozcas, de que es distinto: más amable y cercano. Suele acercarse para preocuparse por nosotras, lo que te dará la oportunidad de conocerle.

—Y ahora te voy a dar un consejo: haz caso en todo a Aniceta y no te involucres en los problemas domésticos que pudieran surgir entre ellos.

—Como usted mande. ¿Qué debo hacer ahora?

—Ella querrá que arrastres ese carro hasta el comedor y coloques los platos en la mesa. Hoy van a comer los cuatro. Procura colocar cada cubierto en su sitio e intenta no confundirte. ¿Sabes algo de protocolo?

—Muy poco. Imagino que se trata de servir primero al señor y a su esposa, luego a la esposa del hijo y, por último, a este.

—Más o menos. Hazlo así.

Carmen asintió con la cabeza. Luego cumplió con el encargo. Al salir para volver a la cocina, tropezó en la puerta con un muchacho joven, de su misma edad y altura. Sus ojos claros, de color verde, y la sonrisa que mostraba en el rostro le hicieron perder el sentido y quedarse clavada mirándolo durante unos segundos. El cabello era moreno, y su piel mostraba un tono oscuro que le favorecía por recibir la luz del sol de manera continua. Iba bien vestido, con ropa de señorito.

—Disculpe. Debo de haber parecido tonta al tropezar con usted.

—No te preocupes. Debes de ser la nueva empleada que esperábamos. ¿Cuál es tu nombre? —le preguntó en un tono amable y dulce. Sus ojos mostraron interés y sorpresa al fijar la mirada en el rostro de la joven doncella.

—Carmen. Hoy es mi primer día sirviendo en este cortijo.

—Muy bien. Pues ya nos veremos en más ocasiones. Suelo bajar a la zona del servicio algunas mañanas para saludar, aunque eso me cueste un enfado con mi madre.

—¿La señora Obdulia? La pude conocer antes...

—Ya imagino la escena... Seguramente ni quiso saber tu nombre.

Pero ella es así, te tendrás que acostumbrar. Yo también padezco sus desprecios desde pequeño. Y no solo eso, sino que sufro sus delirios de grandeza y sus sueños...

—Pero ella... —Carmen expresó estas palabras con miedo—. ...ella es alguien importante, la principal dama de la comarca, ¿no es así, señor?

—Lo es. Pero lo malo no es serlo, sino creérselo. Y la arrogancia...

—El joven detuvo sus palabras y la miró, entendiendo que estaba sobrepasando la opinión que debía dar de su madre a una desconocida—. Imagino que te estoy aburriendo con los problemas de mi familia, y aún no te he dicho ni mi nombre. Perdona mi descortesía.

—No se sienta descortés, señor, que solo soy una doncella. Lo que sí le diré es que le percibo áspero y preocupado por su señora madre.

—Pierde cuidado, son cosas de familia. Bueno, marchó a comer. Mi nombre es Gabriel. Ya seguiremos hablando. Es agradable ver un rostro tan bonito en esta oscura casa. A más ver. Ha sido un auténtico placer conocerte —se despidió, agarrándole la mano y dándole un beso en la misma.

Ella se quedó perpleja, sin saber qué responder ante tanta caballerosidad. Al fin y al cabo, no era más que una simple trabajadora del servicio, y no era normal tanta cortesía.

El joven se marchó hacia el comedor, y ella se quedó pensativa. Le resultó muy agradable el momento que acababa de vivir, nada que ver con el que tuvo al conocer al resto de los familiares. El sonido de una campanilla, que precisamente provenía del comedor situado tras una puerta al atravesar el

salón, interrumpió sus pensamientos. Al acercarse, pudo percibir un gesto serio por parte del señor Arsenio. Todos los señores ya estaban sentados a la mesa, dispuestos a comenzar a comer.

—La política está que arde, Gabriel. No me extrañaría que viviésemos alguna guerra en los años venideros —dijo el señor Arsenio, conversando con su hijo.

—Lo dudo, padre. En los tiempos que corren, recién entrados en el siglo XX, me es imposible creer que el mundo pueda entrar en guerra. Son tiempos modernos, de civilización y diálogo entre países.

—Pues confía en el instinto de tu padre. Alemania es un polvorín... Cualquier año se desata una guerra mundial.

—Por favor, dejad de hablar de política —interrumpió con brusquedad la señora Obdulia.

—Tranquila, mujer. Dejaremos a un lado nuestras opiniones de hombres, pero me sorprende lo poco que te importan las preocupaciones de este anciano, querida esposa.

Carmen observaba en silencio, atenta a la posible petición de algún comensal que hubiese hecho sonar la campanilla.

—¡Muchacha! ¿Qué haces ahí parada? —le preguntó Mariana al verla inmóvil.

—Disculpen. Estoy esperando alguna orden; he oído el sonido de un aviso.

—He sido yo —expresó Doña Obdulia—. Tengo sed y necesito que agarres la jarra y viertas agua en mi vaso.

Sus palabras provocaron una reacción inmediata de enfado en su hijo Gabriel.

—¡Madre! ¿A tal punto llega vuestra... vuestra holgazanería? ¿Acaso no puede servirse usted sola el agua?

—No me parece adecuado que me faltes al respeto, hijo, y menos delante del servicio. Te ruego que entiendas que tengo las manos bien limpias, y no me gusta tocar el asa de la jarra, pues ignoro si ha sido agarrada con las manos sin lavar. No me hace gracia manchármelas. Además, al fin y al cabo, para eso están ellos: para prestarnos atención y atendernos en lo que necesitamos...

—El servicio son personas como usted y como yo, madre. Es cierto que su dedicación es servirnos, mas no son esclavos, y no se les debe faltar al respeto. La sencillez y labor que realizan es elogiabile. Y, por el amor de Dios, no dude usted ni un instante de que son tan aseados como nosotros.

—¿Me pides respeto hacia quien es inferior? ¡Vamos, criada, echa el agua en el vaso y lárgate! —Tras decir esto, la miró con severidad, para luego cambiar el tono al dirigirse a su hijo—. Gabriel, me hablas como si le estuviera pidiendo que realizara trabajos forzados. Y la tratas como si fuera una persona notable, cuando no es más que una simple doncella. Se habrá criado en un campo con labradores, o con una familia de pastores, sin medios apropiados para una higiene básica.

Carmen, escondiendo por dentro el dolor que le provocaban las palabras de Doña Obdulia, sirvió el agua en el vaso tal como se le había pedido, y luego se retiró unos metros, de pie, esperando recibir otra orden. Gabriel negaba con la cabeza, indignado, mientras su madre saboreaba el agua con una sonrisa altiva, mirándolo con aire triunfal.

—¿De qué ríes, mujer? —le preguntó el señor Arsenio a su esposa.

—De lo ingenuo e inocente que es nuestro hijo, querido esposo. Quizás nos faltó tiempo para enseñarle bien de mozo lo que es la vida. Tantos mimos no fueron buenos...

—No estoy de acuerdo —le replicó de manera tajante—. No sabes lo que dices. Él es así porque su carácter es inocente, noble por naturaleza. Tiene buen corazón. Quizás nosotros debamos reflexionar sobre el nuestro, que noto duro como una piedra.

—Querido esposo —le respondió la señora Obdulia—, ¿insinúas que somos crueles? ¿Nosotros? ¿Acaso no damos cobijo, trabajo y mantenemos la existencia del servicio? Gracias a personas como nosotros pueden vivir cómodamente en esta sociedad de la que sobran. Siempre he pensado que han sido creados para servir de manera fiel a familias como la nuestra.

—Tiene usted razón, suegra —le respondió Mariana—. No somos nada crueles, sino demasiado buenos. Conozco a una familia, de apellido Galván, que azota sin reparo a los sirvientes con una vara de hierro por cada falta que cometen. Aquí, lo máximo son un par de gritos, y luego les mantenemos los acomodados...

—¡Basta! Ya os informé de que esta doncella viene con una buena recomendación. No es ninguna salvaje encontrada en medio de un bosque perdido. Y no nos mires así, Gabriel, ya conoces a tu madre y a tu esposa. ¿Acaso te asustas? —interrumpió don Arsenio.

—No me asusto, me avergüenzo —respondió el joven, levantándose de la mesa y marchándose.

—No te molestes, Mariana. Mi hijo tendrá que madurar algún día... ya se le pasará —le dijo doña Obdulia, agarrando la mano derecha de su nuera. Esta última le hizo entonces gestos

con la mano izquierda a Carmen, indicándole que debía marcharse del comedor para continuar hablando del tema de su marido en privado.

Al volver a la cocina, la joven doncella comenzó a barrer el suelo con movimientos pausados, intentando despejar su mente con pensamientos positivos y dejar atrás los duros comentarios de las señoras de la casa. El eco del roce de la escoba contra las viejas baldosas blancas llenaba el silencio, mientras la luz tenue de la tarde entraba por una pequeña ventana, iluminando apenas el polvo que flotaba en el aire.

De repente, la puerta de madera se entreabrió lentamente, y apareció la encargada del servicio. Su rostro demacrado y pálido destacaba bajo la cofia que siempre llevaba y sus ojos, normalmente severos, ahora mostraban una preocupación profunda.

—¿Qué le ocurre, señora? —preguntó Carmen, deteniendo el movimiento de la escoba y mirándola con atención.

Ella bajó la mirada, sus hombros se encorvaron levemente, y un suspiro pesado escapó de sus labios.

—Me ha escrito mi hermano Justo, desde Madrid...

—¿No son buenas noticias? —inquirió Carmen con respeto, frunciendo el ceño, mientras las manos se le apretaban inconscientemente.

—Todo lo contrario —respondió con voz apenas audible—. Nuestra madre está muy enferma.

Un nudo se formó en la garganta de Carmen, quien sintió un frío extraño que le subía desde el pecho.

—¿Tan grave?

La mujer asintió lentamente, sin pronunciar palabra.

—Gravísima. Muy grave.

—¿Y ya ha pensado en ir?

—Sí, pero todavía no he tomado la decisión. No quiero abandonar la casa sin tenerlo todo bien atado.

Un leve temblor recorrió sus hombros, y Carmen percibió que la voz de la encargada se quebraba al final.

—Por dentro me duele, pero debo mantener la fortaleza. No puedo derrumbarme ahora.

Carmen retomó la escoba, pero sus ojos no se apartaban de ella. Cada cierto tiempo alzaba la vista y la encontraba apoyada contra el marco de la puerta, con los brazos cruzados, mirando hacia el suelo con una mezcla de miedo y resignación. Era como si ocultara un mundo de silencios y pesares que nadie más podía ver.

## **2 CONOCIENDO A GABRIEL**

La habitación asignada a Carmen, tal y como le había explicado Aniceta, era pequeña y austera. Las dos camas apenas estaban separadas por un metro; los colchones se apoyaban directamente sobre el suelo, sin cabeceros ni adornos. Frente a ellas, un armario compartido con puertas gastadas, dos mesitas pequeñas a cada lado de las camas, y algunas láminas descoloridas colgadas en las paredes que daban un aire de modestia al cuarto. En una de las paredes, un crucifijo de madera recordaba la presencia de la fe en aquel espacio humilde.

En el lado derecho, una pequeña ventana dejaba entrar la última luz del día, su marco ligeramente desgastado por el tiempo. La cama junto a la ventana estaba desordenada, con sábanas arrugadas y ropa amontonada sobre ella, señal de que su ocupante hacía tiempo que no estaba. Carmen observó todo con atención; para ella, aquel cuarto resultaba más que decente, bien cuidado y digno, incluso para alguien de su condición como muchacha de servicio.

Dejó cuidadosamente sus pocas pertenencias sobre la cama vacía y, sobre una de las mesitas, colocó con mimo una pequeña fotografía de sus padres. Después, se recostó, apoyando la cabeza en la almohada y cerró los ojos, sintiendo que el descanso era una bendición tras un día repleto de novedades. La luz del sol desapareció por completo tras las cortinas, sumiendo la habitación en penumbras.

La compañera que debía compartir la habitación no llegó, y Carmen se fue quedando dormida lentamente, hasta que cayó en

un sueño profundo. En sus pensamientos apareció su pueblo natal, Atajate, con su emblemático Mirador de los Saucos, la torre árabe y la antigua iglesia de San José. Aunque solo llevaba un día fuera, ya sentía la nostalgia de recorrer sus calles, sus rincones familiares.

De repente, un lejano ladrido rompió la calma de la noche y la despertó. Se incorporó con cautela, reconociendo ese ladrido como señal de alerta: alguien desconocido rondaba por los alrededores. Guiada por la curiosidad y el instinto, caminó a oscuras hasta la ventana y la abrió despacio, dejando que el fresco aire nocturno acariciara su rostro.

Desde allí, divisó al señorito Gabriel caminando con un candil hacia las afueras de la hacienda. Él avanzaba con pasos silenciosos, sin percatarse de que alguien lo observaba. Al llegar al borde de un pequeño pozo, posó la lámpara y miró hacia el agua, cuyo espejo reflejaba la luna llena, como un faro plateado en la oscuridad. Pareció perderse en sus pensamientos durante unos minutos, hasta que, de repente, volvió la cabeza y encontró la mirada atenta de Carmen, que lo observaba desde la ventana.

—¡Muchacha! ¿Qué haces aquí a estas horas? ¿De dónde vienes?

—Disculpe, señor. Lamento haberle molestado. Le escuché salir a causa del ladrido de un perro que me despertó, y al verlo parado junto al pozo, pensé que quizás necesitara algo. De pequeña teníamos un perro en casa que por la noche nos alertaba con ese tono para evitar que nos alejáramos mucho del resto de la familia.

Ella vestía una bata gris que cubría su pijama blanco. Estaba descalza, y su cabello suelto enmarcaba un rostro dulce, cuyo

brillo en los ojos unido a la sonrisa impresionó a Gabriel. Tras un momento de aturdimiento ante su belleza, pudo reaccionar y responder:

—No, no. Gracias, muchacha. No necesito nada, no te preocupes. Sólo he salido para sentir un poco el aire, que hace calor en casa. Vuelve a tu habitación y duerme tranquila.

—Marcho, pues. No era mi intención molestarlo.

Ella giró hacia la casa, y Gabriel se quedó pensando en dónde estaría alojada. Después la llamó suavemente:

—Disculpa, Carmen. Entiendo que has salido por la puerta de servicio y que bajaste desde la escalera que comunica con la parte alta. ¿Qué habitación te han asignado?

—Una compartida, señor. Pero mi compañera no ha llegado. Aprovecho para darle las gracias por acogerme y ofrecerme cobijo.

—Supongo que es la habitación de Juliana, que se despidió ayer por razones de edad. No te preocupes, dormirás sola. Volverá uno de estos días a recoger sus pertenencias, por si encuentras algo de ella en la habitación.

—Gracias. No podría encontrar otro lugar mejor, señor. Son ustedes muy amables.

—¿Qué menos puedo hacer yo que permitir que un ángel tan bonito duerma como se merece?

—¡Ande, calle, que es usted muy zalamero! —respondió ella, mostrando un rubor en el rostro.

—Más que zalamero, soñador. Aún no me creo posible estar despierto y encontrar tanta hermosura entre las paredes de esta triste casa.

Ella se sonrojó aún más, señal de que la timidez despertaba en su interior.

—Le agradezco sus halagos, señor Gabriel, pero le ruego que contenga sus palabras, pues le tengo por un señor. Ahora debo continuar mi regreso al catre, pues una dama y doncella no han de escuchar tales palabras de un caballero casado.

—Bueno, disculpa si mis palabras han sido atrevidas, no he podido evitarlo. Me alegra mucho haber podido compartir contigo este pequeño momento y de tenerte a nuestro servicio —dijo con una sonrisa especial que Carmen guardó en su memoria.

—Gracias. Buenas noches.

\*\*\*

Cuando Carmen entró de nuevo en la hacienda y subió a su habitación, se acostó sin dejar de pensar en su sonrisa y en lo dulce que él le parecía como persona.

Él, por su parte, permaneció un rato más afuera, junto al pozo, reflexionando. Sacó un cigarro y miró hacia la fachada de la casona. A los pocos minutos, se percató de que se veía luz en la ventana de su dormitorio, por lo que tiró la colilla al suelo y retomó sus pasos para volver junto a su esposa, la cual se había despertado momentos antes, notando la ausencia de su marido, aunque pensó que simplemente habría ido al servicio.

Llegó el alba, y los primeros rayos de sol comenzaron a colarse por la ventana de la habitación de Carmen. Tras abrir los ojos, se levantó y, luego de vestirse rápidamente, bajó al exterior para mojarse la cara con un poco de agua del pozo. Fue justo en el momento en que se limpió el rostro y se secó con un pañuelo

cuando observó, junto a la pared de piedra del pozo, una especie de cajita de plata con el dibujo de dos racimos en la tapa.

Se dio cuenta de que era una pitillera, y al instante dedujo que debía de pertenecer al señor Gabriel, por lo que se la guardó con intención de devolvérsela cuando las circunstancias le permitieran volver a tenerlo delante.

—¿Qué haces cogiendo eso? ¿Eres estúpida? —la voz de Aniceta surgió de pronto a su espalda, cortante y severa, haciéndola dar un respingo.

Carmen se giró, sobresaltada, y se encontró con el rostro adusto de la ama de llaves.

—Hola, señora Aniceta. No la esperaba... ¿Cómo está usted? Encontré esto por casualidad en el suelo y lo recogí para devolvérselo al señor Gabriel.

—¿Pero tú estás mal de la sesera, muchacha? ¿Cómo sabes que ese objeto es suyo?

—Porque anoche estuve aquí hablando con él... Me desperté por los ladridos de un perro y...

—¡Diantres! Ya sé que el señor Gabriel acude por las noches al pozo para pensar en silencio. Pero nadie debe saber que, ni siquiera una vez, estuvo acompañado por una dama.

—¿Y qué mal hago? ¿Tan ingrata es la compañía de una humilde sirvienta? Apenas cruzamos palabra, solo me ofrecí por si necesitaba algo.

—¡Por el amor de Dios! ¿Tan complicado te resulta entender que el señor es un hombre casado? Si su esposa se entera de que pasaste cinco minutos con él, puede hacerse ideas. Hazme caso: deja la pitillera en el suelo. Ya la encontrará otro y se la devolverá.

—Tiene usted razón. No quiero problemas.

Carmen obedeció y dejó la pitillera exactamente donde la había encontrado. Después, ambas se encaminaron a la cocina para preparar el desayuno de los señores.

Media hora después, la mesa del comedor estaba cubierta de tazas de té, jarras con café y leche, junto a algunas cestas repletas de rebanadas de pan, varias aceiteras y pequeños platos con diferentes productos: uno con lonchas de jamón de Jabugo, otro con trozos de paté de pato y otro con un pequeño cuenco que contenía dados de queso de Cabrales. Sentados a la mesa estaban Gabriel y su padre, conversando mientras desayunaban. Al cabo de un rato, ambos se levantaron y se encaminaron hacia la entrada de la casa, hablando sobre asuntos relacionados con la finca. El mayor no se percató de Carmen, que barría el suelo junto a la puerta de salida, pero Gabriel, en cambio, le lanzó una sonrisa mientras se colocaba la chaqueta y el sombrero, en tanto su padre le daba consejos sobre sus negocios.

Ese gesto le gustó tanto a Carmen que se quedó bloqueada durante unos segundos. Después de que los señores se marcharan, barrió varias veces el mismo suelo, pensando en el señor Gabriel, hasta que apareció Aniceta y le pidió que prestara atención.

—Usted dirá —respondió mientras continuaba barriendo.

—He podido saber que Patricio, el mozo de cuadras, ha encontrado la pitillera que dejaste tirada en el suelo cuando se dirigía a sus labores. He intentado convencerle, pero no piensa devolvérsela al señor Gabriel. Mi responsabilidad para con los señores me hace ver la obligación de comunicárselo.

—¿Y qué es lo que le frena para hacerlo?

—El motivo es que estimo a la familia de ese trabajador, y sé de buena tinta que necesitan los cuartos que obtienen con su trabajo para subsistir. Por conciencia tendré que hacer como si no supiera nada. Sigue con tus labores.

Precisamente, pasada una hora, Carmen continuaba barriendo en la parte de fuera de la entrada de la puerta principal de la casa. Entonces regresó el señor Gabriel con rostro preocupado, colgó su chaqueta en las perchas de la entrada lanzando un suspiro de agobio. Carmen, mirándole de reojo, observó cómo se buscaba desesperadamente algo en los bolsillos, haciendo gestos negativos con la cabeza. Luego volvió a salir pasando por su lado, con el rostro serio, sin siquiera saludarla, para sentarse en uno de los asientos del patio contiguo a la casa. Ella siguió barriendo como si no hubiera ocurrido nada, intentando no darle importancia a sentirse ignorada por el único de los señores que hasta entonces le había prestado atención y que para ella estaba comenzando a ser alguien especial.

### 3 UN ACUSADO DE ROBO

Pasaban las horas del día y el reloj de la cocina marcaba ya las tres de la tarde. Carmen, con esmero, preparaba la mesa para el almuerzo de los señores, cuando comenzaron a escucharse voces procedentes del salón. Eran las del señor Gabriel y doña Mariana, que discutían acaloradamente.

—¡Te advertí que son morralla! —gritaba Mariana, su voz retumbando por toda la casa—. ¡Elementos sin valor alguno! Desechos de la sociedad cuya única función es servir a personas como nosotros.

—¡Esas palabras son propias de alguien sin entrañas! —respondió Gabriel con el tono elevado, cargado de rabia—. ¿Cómo puedes siquiera pensar así?

—Ay, cariño, abre los ojos. Lo que ha sucedido hoy te hará espabilar.

Ambos se dirigían hacia el comedor, ella con paso firme y altivo, él detrás, intentando hacerla entrar en razón. Al llegar a la puerta del salón, se encontraron con Carmen, quien los esperaba con una tímida sonrisa en el rostro.

—Buenas tardes, señores. ¿Va todo bien?

—¡Quita de mi vista, criada! Ocupate solo de servirnos el almuerzo —soltó Mariana sin detenerse.

Gabriel, en cambio, se paró unos segundos y le dirigió una mirada más amable.

—Regular, Carmen. Estamos preocupados... He perdido un objeto de gran valor y mi esposa cree que alguien del servicio lo ha robado.

—Vaya, lo siento, señor —dijo Carmen, bajando la mirada.

Mariana se giró bruscamente hacia su marido.

—¿Qué haces hablando con el servicio? ¡Pareces tonto! Vamos a sentarnos ya. La mesa está lista, no necesitan órdenes. Su función es servirnos. No los distraigas de sus obligaciones.

—Tu poca consideración por estas personas me hace, a veces, querer marcharme bien lejos de tu lado —espetó Gabriel con la voz tensa.

—¿Y qué harías sin mí? —replicó ella con desdén—. Deberías estar agradecido por el apoyo que te doy.

Ambos se sentaron. Carmen comenzó a servir el agua con manos algo temblorosas. Se armó de valor para hablar:

—Señor... ese objeto... ¿tenía mucho valor? Imagino que fue una gran pérdida...

—Mucho —respondió Gabriel, apesadumbrado—. Pero más por lo sentimental que por lo económico. Fue un regalo de mi abuelo paterno.

Mariana soltó una carcajada seca y burlona.

—Quizás tú misma querías robarlo. Tal vez te estés lamentando por dentro de que se te hayan adelantado.

—¡Mariana, por Dios! —exclamó Gabriel, poniéndose de pie—. No aguanto esta situación por más tiempo. Esto supera mis fuerzas.

Se marchó con pasos rápidos, dejando tras de sí una tensión palpable.

—¿Has visto lo que has provocado, criada? —dijo Mariana con voz cortante—. Mi marido está alterado, y lo que menos necesita ahora es que el servicio ande haciéndole preguntas que no le incumben. Mantén la boca cerrada y dedícate a tus tareas.

—Sí, señora. Lamento lo sucedido. No volverá a repetirse.

—Yo tampoco seguiré con el almuerzo. Marcho a mis quehaceres. Si el señor baja de nuevo, dile que me encontrará en la sala de lectura.

La señora Mariana se marchó y Carmen, tras recoger la mesa, aprovechó que Aniceta estaba ocupada tratando de organizar la comida con Gertrudis para ir a las cuadras a buscar a Patricio, el mozo que había encontrado la pitillera.

El sol, por la hora que era, pegaba fuerte sobre el suelo arenoso del exterior de la finca. Cuando llegó a aquel lugar, se encontró con varios muchachos que cargaban cubos llenos de agua para dar de beber a los caballos. Estaban sudando y con cara de desear terminar la faena. La joven los interrumpió y ellos dejaron los cubos en el suelo para atenderla.

—Hola. Disculpen. Me gustaría hablar con Patricio, tengo un tema que tratar con él.

—Soy yo —respondió un joven con gorra gris y sin camisa, que se acercaba desde el fondo de una de las cuadras.

Su aspecto era descuidado, con la barba mal afeitada y el torso cubierto de polvo, pero había algo en él que captaba la atención: unos ojos oscuros, vivaces, que contrastaban con su expresión cansada. Tenía los brazos fuertes, curtidos por el trabajo diario, y una seguridad al andar que delataba cierta insolencia.

—¿Qué te ocurre? ¿Qué haces por aquí?

—Soy Carmen, la nueva doncella, y he venido a pedirte que devuelvas al señor lo que es suyo. Me he enterado de que encontraste la pitillera a la que tanto cariño le tiene. No me parece correcto que te la quedes. Ese matrimonio está

discutiendo por tu culpa. ¡La tienes tú, y quiero que la devuelvas!

Se quedaron todos callados durante un par de segundos. Después, empezaron a reír a carcajadas.

—¡Te han pillado, Patricio! Más vale que la devuelvas —le dijo uno de ellos con risa y tono burlón.

—A mí, una joven como tú, sin apenas salir del cascarón, no me va a decir lo que tengo que hacer. ¿Quién te ha dicho que la tengo yo?

—Qué más da. Lo sé, y quiero que se la devuelvas. O le diré yo misma que te has apoderado de ese objeto.

—Mira, si tienes lo que... —El joven se le acercó con aire desafiante, intentando intimidarla, pero la voz del señor Gabriel lo frenó. Patricio se detuvo en seco y dio un par de pasos hacia atrás.

—¿Qué ocurre, Patricio? ¿No me lo vas a devolver?

Cada uno de los muchachos presentes reanudó rápidamente sus tareas, mientras Patricio miraba asustado a Gabriel, que caminaba desde la casa hacia donde estaban ellos, hablando en voz firme.

—No me esperaba eso de ti. ¿Me la has robado o la has encontrado?

—Señor, yo...

—Disculpe, señor Gabriel —interrumpió Carmen—. Fui yo quien la encontró, pero no sabía de quién era y se la entregué a Patricio para que la guardara. Lo que discutíamos ahora es que él no creía que fuera suya y pensaba que yo la había robado en otro lugar. —Esta pequeña mentira la dijo para proteger al joven, sin

querer implicarlo en ningún problema, por deferencia a Aniceta y a sus sentimientos hacia la familia de Patricio.

Gabriel miró a Carmen, extrañado por un momento, y luego volvió a dirigir su mirada hacia el muchacho.

—Bueno, pues ahora ya sabes a quién pertenece. Dámelo.

—Sí, señor. —Patricio metió la mano en el bolsillo, sacó la pitillera y se la entregó.

Gabriel se acercó y, con ojos desafiantes, miró al joven.

—Estoy al tanto del buen concepto que mi padre tiene de ti, pero eso no te librará de despedirte si vuelvo a ver que tratas de manera despectiva o agresiva a una de nuestras doncellas. ¿Queda claro?

Tras decirle esto, dejando al joven callado, el señor Gabriel se volvió hacia Carmen, le guiñó el ojo derecho y se encaminó hacia la casa con rostro feliz. Cuando se alejó, Patricio la miró extrañado.

—Es la primera vez que lo veo tan serio. Pero hay algo que no entiendo. Te he desafiado y tratado con dureza y tú, en lugar de querer acusarme ante el señorito, me has defendido. ¿Por qué le has contado esa mentira?

—Por eso mismo, para protegerte. No quiero que por esto te expulsen. Solo quería que el señor recuperara lo que le pertenece.

—Muchacha, creo que te preocupas mucho por nosotros, y eso no es bueno. Deberías pensar más en ti misma y dejar que los demás se ocupen de sus asuntos. Aunque, en realidad, creo entender lo que te ocurre. Te atrae él. —Se quedó callado unos segundos, observándola, y luego continuó—. Sí, veo en tu rostro que no me equivoco. Pues te diré que eso no es bueno. Eres una

servidora de estos estirados, y no te corresponde ir enamoriscándote de ninguno de ellos.

—¿A cuento de qué dices eso?

—Que se te ve en la cara, zagala. Y él también te ha echado el ojo, sino, ¿a cuento de qué nos estaría vigilando? Ha estado pendiente de ti, moza.

—Bueno, son imaginaciones tuyas, ya veo que eres un poco fantasioso. Trato de ser honesta y avisar a los demás de las faltas que, sin darse cuenta, pudieran cometer. Así que no me vengas con pamplinas ni componendas; una sabe lo que hace.

—Vaya espabilada y descarada que nos ha salido esta. Al final me vas a caer bien y todo, mozuela. ¿Cómo te llamas?

—Carmen. Y ahora he de marchar. Espero que esto te haya servido de lección. A más ver.

Carmen se marchó hacia la casa sin escuchar ninguna respuesta de Patricio, quien se quedó impresionado por el carácter que había demostrado. Una vez dentro, la joven doncella continuó con sus faenas hasta que llegó la hora de la cena. En el comedor, toda la familia estaba reunida alrededor de la mesa.

—Mi marido no podría ser más despistado ni más inocente, doña Obdulia —comentó Mariana con el rostro serio.

—¿Qué ha hecho ahora mi hijo? ¿Se le olvidó algo en el banco de nuevo? —preguntó doña Obdulia, intrigada.

—Se trata de la pitillera del abuelo. Este mediodía llegó muy alegre al salón, asegurando haberse dado cuenta de que la tenía en el bolsillo interior y que los nervios le hicieron pensar que se la habían robado. ¡Qué barbaridad! —explicó Mariana.

—Tengo tantas cosas en la cabeza que es normal que me ocurran esas cosas —respondió Gabriel, tomando un sorbo de la taza de caldo.

—Y entonces... ¿cómo te explicas que pillé a uno de los jornaleros comentando con otro sobre las bondades del señorito? —dijo Mariana con un tono acusador—. Hablaban de que no habías tomado represalias ni acusado a nadie como ladrón. Fue casualidad que ambos hablaran mientras pasaban justo por debajo de la ventana de mi sala de lectura.

—¿Insinúas algo, querida? —Gabriel frunció el ceño, molesto.

—Que estás tapando algo. Te lo habían robado y estás protegiendo al ladrón. Le has perdonado y has zanjado el asunto con una mentira para evitar que te obliguemos a expulsar a quien sea.

—Deja el tema ya. Es asunto mío. No puedes estar cuestionando constantemente mis acciones —respondió Gabriel con firmeza, alzando la voz.

—Hijo mío —respondió don Arsenio, que había estado escuchando atento la conversación—. ¿No ves a tu alrededor? Esta casa, toda mi hacienda...

—Lo veo, padre. Ya sé que todo es fruto de su trabajo...

—No solo eso. Es fruto de saber actuar, de entender aquellos consejos que tu abuelo me dio.

—Esos consejos ya me los conozco, me los ha repetido usted mil veces.

—Y mil veces que no le haces caso —comentó Mariana tras terminar de masticar la comida—. Yo soy tu esposa y, aunque a veces sea dura contigo, solo busco lo mejor para nuestra relación.

Y confío en tu padre y en sus consejos. Por eso te insisto en que no debes ser tan blando. Tu sensibilidad te traiciona; eso solo te traerá ser nadie, acabarás siendo un elemento como ellos — señaló hacia Carmen, que estaba en la sala esperando alguna orden—. Tienes un apellido que te ha dado tu padre y debes comportarte como tal, como un Gallardo, un digno sucesor de su padre.

—Haz caso a tu esposa, hijo —volvió a hablar don Arsenio—. Te recordaré lo que me decía mi abuelo: en asuntos de trabajo, de hacienda, no existe el corazón, existe tu interés. Cuando reprendas a algún subalterno, no mezcles los sentimientos; actúa como un Gallardo y responde como se responden a las cepas malas cuando ya no son útiles. ¡Arráncalas! —Esto último lo dijo cerrando el puño de su mano derecha con fuerza y apretando los dientes.

—¿Me pide usted que acabe con ese trabajador? —respondió Gabriel, visiblemente sorprendido.

—Debes deshacerte de él. Despídelo. Será una lección para el resto. Con los Gallardo no se juega.

—¿Quién es? —preguntó Mariana con rostro curioso—. Yo me encargaré de que se vaya ahora con lo puesto. Ya se dará cuenta, mendigando por las calles, del valor de ser leal a quienes fueron sus señores.

Gabriel dirigió una mirada breve y seria hacia Carmen. Mariana se percató y se volvió hacia ella, intrigada.

—¿Tú? ¿Eres una ladrona?

Carmen comenzó a balbucear, asustada, atrapada en una encrucijada. Tenía que inculparse o denunciar al joven Patricio.

—Yo... no sé qué decir...

—Ella no ha sido. Es inocente —respondió Gabriel con firmeza.

—¡Basta ya! —exclamó Doña Obdulia, que hasta entonces había permanecido en silencio observando—. Por una baratija sin valor no podemos hacer una montaña.

—Pero, señora... —se quejó Mariana, impresionada por la reacción de su suegra—. Es el detalle. Ha sido capaz de robarnos en nuestra propia casa. ¿Acaso eso le da igual?

—No es así —dijo Gabriel, dando un manotazo en la mesa, mostrando enfado—. Ella lo encontró en el suelo mientras barría. Esta mañana se me cayó del bolsillo al colocarme la chaqueta y no quise decir nada para que no la acusen de ladrona. Ella dejó la pitillera sobre una mesa para que yo la recuperara, pero me di cuenta de lo ocurrido. Uno de los trabajadores me comentó que la vio colocarla sin saber que la estaban observando, y me avisó. Carmen me confirmó luego los hechos.

—Hijo mío, nos haces perder el tiempo con tonterías —dijo Don Arsenio, volviéndose para mirar el rostro preocupado de Carmen—. Si es así, no tiene importancia, muchacha. No debes temernos tanto, somos una familia noble y cristiana.

—Gracias, señor —respondió Carmen—. Si no necesitan nada más, me acercaré a la cocina por el postre.

Salió y se echó un vaso de agua para beber y pensar. Reflexionó sobre el hecho de que Gabriel había protegido tanto a ella como a Patricio. Ahora sabía más que nunca que era un hombre bueno, aunque su familia resultaba complicada. Tras unos minutos, sonó la campana. Volvió al comedor, donde tuvo que aguantar los reproches de Mariana.

—¿Dónde está ese postre? ¿Te has quedado dormida?

—Disculpe, señora. Ahora mismo lo traigo. Me he despistado.

—Un momento, muchacha —interrumpió Don Arsenio—. En lugar de la habitual fruta, nos vas a traer unos pasteles de cabello de ángel que nos han regalado las religiosas de Lerma. Se han sentido gratificadas por nuestros generosos donativos y han tenido a bien aportarnos algunos de sus productos más selectos.

—Sí, por supuesto —respondió Carmen con un leve gesto de duda—. Pero las frutas que iba a traer eran unas fresas y plátanos. ¿Les apetecería también para complementar los dulces?

Mariana frunció el ceño y respondió con voz cargada de desprecio:

—No, mejor dáselos a los perros, que seguro tendrán hambre. Ya comeremos eso otro día.

Carmen mantuvo la compostura y con tono respetuoso intervino:

—Disculpen, señores, pero necesito avisarles que esa fruta que algunas doncellas han traído hoy del mercado son productos frescos. Sería una lástima tirarlos.

Mariana, sin dar tregua, replicó con firmeza:

—Pero hoy no nos lo vamos a comer, y mañana será otro día. No pretenderás que comamos algo que se haya adquirido un día y, al siguiente... —hizo un gesto de desdén—. Tíralo a los perros... Y no os lo vayáis a comer vosotras, las del servicio; prefiero antes que se lo coman esos pobres animales.

Don Arsenio, sentado en la cabecera, asintió con gravedad y añadió:

—Puedes retirarte cuando traigas esos pasteles, muchacha. Que el servicio cumpla con su deber, pero sin meterse donde no se les llama.

Carmen se inclinó ligeramente y salió del comedor con los pasteles en las manos, conteniendo la mezcla de tristeza y resignación que sentía.

Carmen salió del salón y tomó la caja con los pasteles que le había encargado don Arsenio, guardada en la despensa. Al girar rápidamente, se encontró de frente con Gabriel.

—Señor, no esperaba encontrarle aquí. Disculpe que me haya vuelto tan bruscamente —dijo ella, un poco apurada.

—No te preocupes —respondió él con una leve sonrisa—. Solo necesito expresarte el disgusto que siento. Lamento que tengas que soportar las impertinencias de mi mujer.

—Ya empiezo a acostumbrarme, señor. No me supone un problema. Ella es así, y entiendo que no puedo esperar otra cosa. Seguramente no sea consciente de su comportamiento y, en el fondo, tenga un interior más noble que sus palabras.

Gabriel la contempló durante unos segundos, con una mezcla de sorpresa y admiración.

—¿Sabes lo que pienso? —dijo al fin—. Que tienes un alma limpia, sin maldad alguna. No sabes ver el fondo oscuro de los corazones ajenos. Creo que no mereces estar aquí, en este infierno que es esta casa. Pero, al mismo tiempo, me alegra haberte conocido. Me gustaría poder conversar contigo más a menudo... tener la suerte de cruzarme contigo con frecuencia en esta casa.

Carmen sintió cómo un sonrojo subía por sus mejillas.

—Pero, señor... —titubeó—. Soy una simple doncella, no está bien que usted me confiese pensamientos que parecen deseos.

—No quiero que pienses mal de mí —insistió Gabriel—. Solo deseo conversar, tener una amiga. Ya ves que mi esposa no es la mejor confidente que alguien con sentido común pueda tener.

—Disculpe mi rechazo, señor —respondió ella, bajando la vista—, pero está usted casado y una muchacha decente como yo debe guardar la distancia. Si me lo permite, ahora voy a llevar la caja de pasteles a la mesa.

Gabriel asintió con la cabeza y se hizo a un lado, dejando que ella pasara camino al salón con la caja de pasteles para el resto de los comensales.

## 4 CONFIDENCIAS EN LA NOCHE

La casa dormía bajo el manto silencioso de la noche, pero en el pequeño dormitorio de Carmen, los pensamientos no le daban tregua. Acostada en la penumbra, sus ojos miraban al techo mientras recordaba el trato frío y humillante que Gabriel recibía de su esposa, y cómo, pese a todo, él le parecía un hombre noble, casi un refugio en aquel mundo gris. Sin embargo, una voz interior le recordaba que esos sentimientos no eran decentes ni permitidos.

El calor agobiante había empujado a Carmen a salir de su habitación. Se cubrió el pijama con una bata azul, dejó sus pies desnudos y silenciosos, y se dirigió hacia el pozo, aquel refugio donde la noche anterior había encontrado a Gabriel.

Cuando llegó, la luz del candil iluminaba el rostro de él, que se volvió al escucharla.

—Ya tardabas —dijo Gabriel, con una sonrisa que iluminó su expresión cansada—. He deseado que vinieras.

Carmen tragó saliva, intentando ocultar la esperanza que se había colado en su pecho.

—Buenas noches, señor. Solo salí a refrescarme, hacía mucho calor dentro. No es más que eso.

Gabriel apoyó una mano en la piedra del pozo, su mirada fija en la de ella.

—Bendito pozo —musitó—, pero tengo la sensación de que no eres tú la única razón por la que estás aquí.

Ella bajó la vista, sintiendo el pulso acelerarse.

—¿Qué insinúa, señor? No sé de qué habla.

Él dio un paso adelante, acortando la distancia hasta casi rozarla.

—Mi matrimonio es un infierno, Carmen —dijo con voz baja, casi un susurro—, pero creo que tú y yo...

Antes de que terminara la frase, la tomó suavemente por la cintura, girándola para que lo enfrentara. Sus manos sostuvieron las de ella, y la miró con una mezcla de deseo y ternura que la dejó sin aliento.

Ella sintió un calor intenso recorrerle el cuerpo y, con un suspiro contenido, desvió la mirada, temerosa de perder el control.

—No deberíamos... —murmuró, pero él apoyó un dedo en sus labios para silenciarla.

—Déjame sentir que no estoy solo en este infierno —susurró—, déjame soñar que hay algo más para mí.

Entonces, sus labios se encontraron en un beso tierno pero cargado de una promesa peligrosa.

Desde una ventana cercana, Mariana observaba la escena. Su rostro, a la luz de la luna, se tensó en una mueca de rabia contenida. Durante unos segundos, fijó la mirada en la pareja, y luego se volvió lentamente, con una sonrisa fría y calculadora en los labios.

Un plan comenzaba a formarse en su mente. Un cambio de actitud que pondría fin a esta aventura antes de que pudiera florecer.

## 5 ENTRE LA SORPRESA Y LA CONFUSIÓN

Acaeció un nuevo amanecer y el servicio de la hacienda comenzó sus labores. Carmen estaba feliz barriendo la entrada de la casa, mientras Aniceta limpiaba el polvo y la miraba de reojo. Esta última, cuando sonó el ruido de una campanilla, dejó el plumero sobre una mesilla y acudió a la sala de lecturas, donde le esperaba Mariana.

—Gracias por haber acudido con presteza, Aniceta —le dijo mientras cerraba el libro que tenía en sus manos y guardaba sus gafas en un pequeño estuche.

—Dígame, aquí me tiene para lo que sea menester. ¿Qué desea la señora?

—El motivo por el que te he hecho venir es para explicarte que estoy al tanto de tus necesidades personales. Me he enterado por algunas de las doncellas del servicio que tienes a tu madre enferma. ¿Es correcto?

—En efecto, señora. Es algo que tenía pendiente explicarles...

—No hacen falta más explicaciones. Entiendo que precisas dinero para sus cuidados, al igual que lo que le hace falta es ser atendida en condiciones. Cuenta conmigo para ambos hechos —esto último lo expresó con una forzada sonrisa en el rostro.

—¿Cómo? ¿Me ofrece usted ayuda?

—Mi apreciada Aniceta, ¿de qué te sorprendes? Tengo el conocimiento, a través de mis suegros, de que son muchos años al servicio de esta casa. Y estoy dispuesta a lo que haga falta por satisfacerte en respuesta a tu entrega constante. No en vano

somos una familia cristiana y yo tengo presente que debo contribuir a mantener ese espíritu.

—Perdone, pero no me esperaba esto de usted. Siempre ha sido... con todos mis respetos...

—Ya sé, ya sé. Tienes un mal concepto de mí debido a mi carácter, pues me traiciona mi temperamento y a veces puedo parecer desagradable. Pero es todo fachada, ya ves que tengo mi corazoncito. Quiero que traigan a tu madre al sanatorio de Málaga, donde podrás verla casi todos los días y así, a la vez, no tengas que dejar de atendernos. Yo me encargaré de que todo corra a cargo de la familia Gallardo.

—Se lo agradezco, señora. Deje que le dé un beso.

—Ay, no. ¡Por Dios! No exageres, actúo como cristiana, pero no dejo de ser una respetada señora. Mantengamos la distancia. Y sigue trabajando. Moveré los hilos para que traigan a tu madre al centro lo antes posible.

—Mil gracias. ¡Hasta más ver! ¡Hoy estoy feliz!

Aniceta salió de la sala repleta de felicidad. Mariana, a los pocos segundos de haberse ido, cambió su sonrisa forzada por un gesto serio, descolgó el teléfono y marcó una serie de números que pudo leer en una nota colocada sobre la mesa, a la derecha del aparato.

—Por favor, necesito una conferencia con el número 652. Gracias.

—Dirección del sanatorio "Los Montes", ¿con quién tengo el gusto de hablar? —respondieron desde el otro lado tras pasar la llamada la operadora y esperar unos segundos.

—Buenas tardes, señor director. Le habla doña Mariana, esposa de Gabriel Gallardo. Tal y como le hablé ayer, estoy interesada en que ingrese en su centro una señ... disculpe, una mujer. Se trata de una menesterosa sin más, una mujer simple. Pero tengo interés en que la traten lo mejor posible, en apariencia. Es decir, no hace falta que reparen en cuidados, ya me entiende... Simplemente quiero que la acojan sin pasarme una factura muy alta, ya que no es nadie importante que merezca, pues, mucho dispendio. Es simplemente por contentar a otra persona. De esto que le he dicho ni media palabra a nadie, y le insisto en que parezca, en apariencia, que está siendo muy bien atendida. Ya sabe usted que le abonaré en privado generosamente e intentaré hacer uso de las influencias de mi familia con las autoridades para que le otorguen las licencias que lleva años solicitando para la ampliación de su centro.

—Como usted mande. Un saludo, doña Mariana. Siempre es un placer tener trato con su persona.

Descolgó el teléfono manteniendo una sonrisa maliciosa. Luego, al escuchar el ruido de la puerta de entrada y la voz de Gabriel, salió a recibirlo.

—Hola, cariño. ¿Qué tal la mañana? ¿Necesitas que mande algo de comer para que repongas fuerzas? —le dice ella con una sonrisa forzada.

—¿Qué te ocurre? —le pregunta extrañado mientras cuelga su chaqueta en la percha de entrada.

—Nada. Solo que me he dado cuenta de que estoy siendo muy injusta contigo. Últimamente solo te procuro gritos e insultos. Es cierto que no es justo.

Gabriel se queda extrañado. La mira con desconfianza para luego dirigirse andando al salón y sentarse para leer el periódico.

—Las personas no cambian de la noche a la mañana, querida. ¿A qué se debe esto? —le dice mientras va ojeando las páginas.

—Cielo, quiero que no discutamos, que seamos felices juntos. Creo que ya está bien de lanzarnos reproches. Es una tontería estar siempre ambos a la bronca.

—Pues empieza por respetar al servicio. Siempre los tratas como si fueran algo menos que personas.

—Eso no es así. Pregúntales qué opinión tienen de mí. Sé que tengo un pronto muy malo, soy antipática, pero en el fondo los trato bien. En situaciones delicadas suelo mostrar mi cara más humana.

Carmen entró en ese momento, con una bandeja en las manos que contenía una jarra de agua y un vaso. Mariana, al verla, cerró el puño de su mano derecha con rabia de manera discreta, pero mantuvo una falsa sonrisa en su rostro.

—Buenos días, Carmen. ¿Vienes a traerle el agua al señor?

—Efectivamente. ¿Desea usted también que le traiga un vaso?

—Veo que has aprendido su nombre por fin —le dijo Gabriel a su esposa.

—Es obvio, ya lleva varios días con nosotros en el servicio. Y va siendo una más de este servicio, pues la veo integrada en el mismo y en los quehaceres de la casa.

—Gracias, señora, eso suena a cumplido —dijo Carmen.

—Tómalo como quieras. Soy dura, Carmen, pero tengo un buen corazón. De hecho, anoche estuve pensando en ti —se acercó a ella y le agarró cariñosamente la mano derecha—. Pienso que debes dejar de dormir en ese lecho tan duro, y por

ello te he habilitado una habitación mejor en la casa. Dormirás a partir de ahora en la contigua a la de Aniceta, una de las más grandes y acogedoras. De hecho, es una habitación de invitados.

—No te entiendo, Mariana. Ayer la despreciabas y hoy la tratas como la seda. ¿A qué juegas? —comentó Gabriel, sintiéndose perplejo.

He reflexionado. Ayer, en misa, me confesé y hablé con el padre Jeremías. Me hizo ver que debía cambiar mi actitud y que no podía ser tan despreciable. Por ello, y aunque tenga que tragar mi orgullo... te pido perdón, Carmen.

Carmen se quedó extrañada, bloqueada. Luego balbuceó hasta que consiguió responder:

—Yo... Pues claro. Pero no tengo nada que perdonar. No se apure, señora.

—Bueno, sea como sea, ya estamos en paz —le dijo Mariana, dándole un abrazo y luego separándose—. Ahora sigamos con nuestra rutina. Y hoy, cuando acabes la jornada, podrás instalarte en la nueva habitación.

—Gracias, señora. Pero no era necesaria tanta molestia, yo estoy bien en la que estoy, pierda cuidado.

—¡Anda ya! He sido muy ingrata contigo. No era justo que recibieras ese trato tan brusco por mi parte. Y no se hable más, prosigamos nuestra rutina. Haz el favor de traerme esa agua.

Carmen marchó a por otro vaso, aprovechando ese momento para suspirar en la cocina y pensar. Su mente estaba ahora llena de un gran sentimiento de culpabilidad. El beso que se dio con Gabriel lo veía como una traición a sus principios y a Mariana, de quien ahora pensaba que no era tan mala persona.

Al regresar con el vaso para la señora, no encontró al matrimonio en el salón. Observó la puerta de salida a la calle abierta y preguntó a Aniceta, que se encontraba por allí limpiando el polvo de unos adornos situados en una repisa frente a la entrada.

—Disculpe, Aniceta. ¿Ha visto usted a los señores?

—Sí, han salido juntos, creo que han ido a pasear por el jardín. ¿Para qué los quieres?

—Llevaba agua para el señor cuando apareció la señora Mariana y fui a buscar otro vaso para ella. Pero al volver, habían marchado.

—Pues por ahí los tienes paseando. No debes molestarlos. Tenemos que ser respetuosos con su intimidad.

—De acuerdo, pero solo quiero ver con mis propios ojos que todo va bien y que, por fin, tras muchas discusiones, se han reconciliado.

Carmen salió a buscarlos, pero no pudo evitar notar el gesto sutil de Aniceta, que intentaba detenerla con una mirada silenciosa. En su mente, una esperanza tímida comenzaba a florecer: tal vez los señores logaran finalmente reconciliarse y ella pudiera dejar atrás su propia historia con Gabriel.

Los encontró caminando juntos entre los rosales y los árboles frutales que adornaban el jardín. La conversación entre ellos parecía fluir con naturalidad, y la calidez en sus miradas confirmó a Carmen que la pareja estaba reencontrándose. Entonces comprendió que el beso que se había dado con Gabriel no había sido más que un desliz, una consecuencia pasajera de la tormenta que atravesaban en su matrimonio.

Volvió a la casa, y en la puerta se encontró con el ama de llaves, cuyo rostro mostraba un gesto de enfado.

—¿Quién crees que eres para curiosear en la vida de los señores? Tu deber es trabajar y responder a lo que los señores demanden. ¡No curiosear en sus vidas! Me has decepcionado. ¿Y sabes el motivo? Creo que te has ilusionado con el señorito. ¡Olvídate de él! O acabarás en la calle.

—Tiene usted razón, Aniceta, no está equivocada. Pero le prometo que, a partir de ahora, el señor Gabriel es para mí tan solo alguien a quien respetar y dejaré de pensar en su persona. No voy a curiosear más en su vida. No le quepa duda.

—Haces bien. Pero, como desconfío de tu espíritu joven y débil, intuyo que en algún momento la tentación llamará de nuevo a tu corazón. Si eso sucede, te aconsejo que te alejes. Acercarte a su persona solo te traerá disgustos y frustraciones.

Carmen, tras asentir con la cabeza indicando que le daba la razón, volvió a coger la escoba para seguir trabajando y mantener limpio el salón. Pasado un rato, cuando se disponía a limpiar agachada el suelo con una bayeta, se le ocurrió dirigirse de nuevo a Aniceta para preguntarle por su madre enferma.

—Perdone. Disculpe que antes no le preguntara... ¿Qué tal su madre? ¿Se encuentra mejor?

—Te agradezco la preocupación. Afortunadamente, va a ser atendida en un centro. Creo que su recuperación será un hecho, pues va a estar bien cuidada.

—Me alegro. Hace poco estaba usted lamentándose por no tener recursos y pensaba marcharse. ¿A qué se debe este cambio?

—Bueno, pues que todo ha ido bien. Hay almas hermosas

escondidas hasta en los corazones más oscuros. Deberías tener eso en cuenta también. Gracias por preguntar.

Tras decir esto, Aniceta recibió al señor Arsenio y a su esposa Obdulia, que acababan de llegar a la casa. Ambos pasaron al salón. Carmen, que estaba agachada limpiando, los vio entrar. No la saludaron. Se sentaron directamente en el sofá, como si no existiera.

—Buenas tardes, señores —les dijo ella al incorporarse.

—No necesitamos nada ahora, muchacha. Sigue limpiando —respondió doña Obdulia, sin mirarla.

—Simplemente les quería saludar. Si les molesto, limpio más tarde el suelo.

—No nos molestas. Sigue con tu faena —replicó doña Obdulia, y acto seguido se volvió hacia su marido, tomándole una mano con gesto grave—. En fin, esposo... vamos a tratar este asunto tan espinoso. ¿Debemos hablar con Mariana, o mantener viva esa mentira toda la vida?

—Ese bastardo que dice ser nuestro nieto no lleva nuestra sangre —gruñó don Arsenio—. No me hace gracia tenerlo en consideración en esta casa.

—Pero ha crecido a nuestro lado. Está aprendiendo nuestras costumbres. Quién sabe... quizás acabe convirtiéndose en un hombre digno de llevar el apellido Gallardo.

—Los Gallardo no se hacen, nacen. Y ese engendro ha nacido de otro ramal. No lo quiero. Lo único que lo salva es que no deseo hacerle daño a Gabriel.

Carmen frotaba el suelo mientras se quedaba impresionada por lo que estaba escuchando. Parecían hablar del nieto de ambos.

—Pero Arsenio, ¿y si ese confidente con el que nos hemos topado en el centro de la ciudad nos ha engañado? Es obvio que buscaba dinero a cambio de darnos esa información.

—Con Mariana tendremos que tener algunas palabras. No quiero que deje de ser la esposa de nuestro vástago, pero es evidente que ha intentado colarnos a ese bastardo.

—Bueno, ya trataremos el asunto con más calma. Recuerda que nos conviene tenerla a nuestro lado. Está enderezando bien a nuestro hijo. Es recta y muy firme en el cumplimiento de los principios que todo matrimonio de señores ha de observar.

—Muchacha —Don Arsenio se dirigió ahora a Carmen—, ¿está ya preparada la comida? Empiezo a tener hambre.

—No estoy segura. Preguntaré a Gertrudis y, tras conocer la respuesta, regreso para resolverle la duda a los señores.

Carmen, al acudir a buscar a la cocinera, se topó, antes de entrar en los fogones, con Aniceta, quien se disponía a salir tras darle unas instrucciones a Gertrudis.

—Carmen, ¿ya has limpiado el suelo del salón?

—No todo, pero el señor Arsenio me ha mandado venir a la cocina a preguntar si está lista la comida.

—Vuelve y diles que en seguida van a ser servidos. Deja la limpieza del salón para otro momento y ve a preparar la mesa.

—Sí, como guste. Pero deje que le haga una pregunta. ¿Conoce usted al hijo de doña Mariana?

—Pues claro, por supuesto que lo conozco. ¿Por qué preguntas?

—¿Cuándo volverá? Desde que he llegado no he sabido nada de él.

—Te dije que se encuentra en un internado, aprendiendo junto a otros niños de padres ilustres. Viene a la hacienda cada quince días, o cada mes, depende de los exámenes.

—¿Y usted lo vio nacer? Quiero decir... si lo conoce desde pequeño.

—¿Pero qué tonterías preguntas? ¡Pues claro! Al poco de instalarse el señor Gabriel con su esposa en la casa, el niño acababa de nacer. Yo me encargaba de su aseo la mayoría de las veces y de darle de comer.

—Gracias. ¿Y cómo se conocieron los señores?

—Mira, Carmen, ya está bien de preguntas tontas. No estamos para chacharas, y menos si son para chismes. Tu preocupación es solo atender a los señores, no enterarte de sus vidas. Quítate de la cabeza el querer saber nada. Eres una sirvienta. ¿Entendido?

—Disculpe. Iré a servir la mesa —dijo Carmen, agachando la cabeza y regresando al salón.

El señor Arsenio y doña Obdulia miraban el reloj con impaciencia, comprobando la hora. Estaban sentados a la mesa, esperando a su hijo Gabriel y a Mariana. Al poco, ambos entraron cogidos de la mano y se separaron para sentarse junto a ellos.

—Por fin llegáis. ¿Dónde estabais? —preguntó doña Obdulia —. Tu padre está hambriento.

—Hemos estado conversando durante un buen rato. Nos hemos pedido disculpas y ambos hemos decidido darnos una oportunidad.

—¿Qué? ¿Qué es eso? ¿Hay algo de lo que no nos hemos enterado? —preguntó don Arsenio mientras Carmen servía un caldo en el plato.

En ese instante, Carmen, con la jarra de agua temblorosa en la mano, sintió cómo la mirada severa de Mariana caía sobre el servicio. Sin querer, una gota escapó del pico y se deslizó lenta sobre el mantel, formando un pequeño charco cristalino. Un ligero escalofrío le recorrió la espalda mientras apresuraba el gesto para evitar que alguien notara su torpeza.

—Verá, padre, hemos pasado una mala racha. Mariana ha reconocido no haberse portado correctamente últimamente conmigo, ni con el servicio...

—¡Acabáramos! ¿Con el servicio? ¿Qué más da el servicio? —preguntó doña Obdulia, mirando a Mariana a la cara.

—Verá, suegra, he sido muy grosera con ellos; creo que he pasado la línea de la corrección.

—Ay, hija, no te entiendo. Tenías claro desde que llegaste a esta casa quiénes somos los señores y lo que significa el servicio.

—Y lo sigo teniendo claro, pero tampoco puedo ser tan dura con ellos. Gabriel tiene razón.

—Ahora tenemos los dos en la misma tesitura. ¿Tú qué dices, Arsenio? —doña Obdulia mostraba un gesto de sorpresa.

—Pues que no me parece mal. Ya te dije que tenemos el corazón duro como una piedra, y no nos viene mal ablandarlo un poco. Siempre sabiendo quiénes son los señores y quiénes los sirvientes.

—A esta gente le das la mano y te cogen el brazo, tu misma, nuera. Pero que sepas que te arrepentirás, que cuando menos lo esperes estos carrasposos te serán ingratos. —Tras decir esto,

doña Obdulia dirigió la mirada a Carmen, que estaba junto a la mesa, y le advirtió—: Cuidado con esa jarra, que casi mojas la mesa la última vez. No quiero más descuidos, ¿entendido? — Luego le hizo la petición—: Sírreme agua en el vaso.

Mariana levantó su copa con una sonrisa forzada junto a Gabriel, quien miraba a su padre sin entender a qué se referían sus últimas palabras. Carmen, mientras tanto, no podía apartar la mirada del joven hijo de los Gallardos, pensando en él. El hecho de haberse enterado de que aquel niño no era realmente hijo suyo, y que vivía engañado, la intrigaba y a la vez le abría una pequeña esperanza: quizás aquel matrimonio no funcionaría si toda la verdad salía a la luz. Pero la tozuda realidad le recordaba sus límites, le colocaba firmemente los pies en el suelo y le hacía comprender que su lugar era el de doncella, y que debía respetar al matrimonio.

Con el paso de los días y meses, Carmen observó cómo Gabriel fue asimilando la necesidad de entregarse a su esposa, dejando de lado poco a poco sus propios deseos para cumplir con la promesa que una vez hizo ante el altar. El tiempo fue haciendo que ambos se centraran más en sí mismos, y aunque el matrimonio parecía funcionar dentro de los cánones de lo normal y correcto, Carmen decidió enfocarse exclusivamente en sus tareas y en relacionarse con el resto del servicio y trabajadores de la hacienda. Fue entonces cuando comenzó a frecuentar más a Patricio, aquel joven que tiempo atrás se le había enfrentado por la pitillera del señor. En él encontró a un compañero y confidente, y tras un periodo de amistad, permitió que él la cortejara y empezaron a probar, lentamente, una relación amorosa.

## 6 MOVIMIENTOS DE TRAICIÓN

### Año 1922

Ya habían pasado dos años desde que la joven doncella comenzó a trabajar en la hacienda. Tras un inicio algo tenso, marcado por el descubrimiento del mal carácter de la familia Garrido, logró encontrar su lugar en el interior de la casa y mantener una relación cordial con el resto del servicio.

Durante todo este tiempo, llegó a conocer bien a Patricio y a quererlo como pareja, dejando en un rincón oculto de su corazón el sentimiento que aún guardaba hacia Gabriel. De vez en cuando, cuando los señores se ausentaban, recibía la visita de Patricio en la casa, quien con sus bromas y halagos constantes lograba hacerla reír y consolidar una química especial entre ambos que fortaleció su relación.

En cuanto a Gabriel, al principio le costó trabajo tratarlo como un señor a quien servir y no como amante, percibiendo una cordialidad mezclada con distancia en su trato. Poco a poco, día tras día, fue asimilando y aceptando esta nueva realidad.

Una mañana de marzo, tras una dura jornada en los establos, Patricio apareció por la puerta de servicio y entró en la cocina, donde Carmen y Gertrudis conversaban.

—Gertrudis, me encanta cómo has preparado la carne de venado para los señores. Dan ganas de zamparse un buen bocado —le dijo Carmen sonriendo mientras fregaba algunos cacharros.

—Contente, moza —respondió Gertrudis—. Nosotras lo guisamos, lo olemos y lo despedimos mandándolo a los señores, para terminar comiendo gachas y arroz.

—Es nuestro destino, el de la clase humilde. Al menos nosotras tenemos algo para llevarnos a la boca, otros ni eso... Algún día eso tendrá que cambiar.

Patricio entró justo mientras hablaban y se sentó, esperando probar bocado de alguna de las viandas.

—Lo siento, Patricio, pero para ti solo hay pan y aceite. Bien sabes que la señora me tiene prohibido malgastar los embutidos en nosotros —le dijo Gertrudis mientras le cortaba un trozo de pan.

—Tanto faenar para ellos, y mira cómo responden. Parecemos esclavos —respondió él resignado.

—No te quejes, que con la que cae en este mundo de miseria, ya es bastante regalo que puedas probar siquiera algo para llenar el buche —respondió la cocinera.

—¿Y tenemos que conformarnos con eso? —el joven mostró frustración y enfado mientras mordía un trozo de pan con un poco de aceite.

—Venga, cariño, no seas negativo. Ya verás cómo todo va a mejorar, es cuestión de dejar pasar el tiempo y esperar que la situación se arregle —contestó Carmen con tono afectuoso.

—Sí, sí, vosotras pensad así, que así os irá.

Tras acabar de comer, Patricio se levantó y salió para volver a sus faenas. Las dos mujeres se quedaron opinando sobre él.

—Este joven tuyo es demasiado rebelde, Carmen; ese detalle, a la larga, le puede traer problemas.

—Sí, a veces me asusta. Espero que cambie algún día y que los señores no se enteren de lo que piensa.

—Pierde cuidado, dudo que se fijen en lo que hablamos o pensamos; solo ven los resultados de nuestras faenas.

Tras decir esto, Gertrudis se volvió hacia la puerta que comunicaba con el salón de la casa, y allí, de manera sorpresiva, se encontró con el señor Gabriel, que las observaba.

—¡Señor! ¿Lleva mucho rato ahí? —preguntó Gertrudis.

—El suficiente, Gertrudis. No quería interrumpir vuestra conversación. He venido para pedir que esta noche nos sirváis el mejor vino que tengamos en la mesa; quiero celebrar algo.

—Como guste, señor. Le avisaré a algún mozo para que traiga de las bodegas el favorito de la familia.

Gabriel se quedó unos segundos mirando a Carmen, luego se le acercó con el rostro extrañado.

—¿He oído bien? ¿Has llamado “cariño” a Patricio?

—Sí, somos novios, señor Gabriel. Tal y como usted habrá debido intuir.

—Perplejo me quedo. Pues no sabía nada. ¿Desde cuándo es eso?

—Desde hace un tiempo. Pero disculpe, no sabía que una simple doncella tenía que darle parte a su señor de sus asuntos personales —respondió Carmen con un tono de reproche que sorprendió incluso a Gertrudis.

—Disculpe a la muchacha, señor. No le tenga en cuenta sus palabras, aún es joven... —dijo Gertrudis.

—No hay problema, la entiendo. ¿Quién soy yo para meterme en asuntos que no me incumben? Allá cada uno con

sus menesteres y problemas. Pues eso, esta noche sacad el buen vino, que andamos de celebración.

—Como mande el señor —respondió la cocinera.

—Señor... —Carmen se dirigió a él con un tono tímido, mostrando curiosidad justo cuando él se daba la vuelta para salir de la cocina—. ¿De qué celebración se trata? Si no es inconveniente que lo sepamos.

Gabriel esbozó una ligera sonrisa mientras ellas tenían la espalda vuelta, pero al girarse para mirarla cara a cara, su expresión se tornó seria.

—¿No quedamos en que cada uno con sus menesteres y problemas? ¿A qué viene ahora tal curiosidad? —le preguntó con sarcasmo, fijando la mirada en ella.

Ella apartó la vista, desviándola hacia otro lado, y respondió de forma tajante.

—Déjelo, no se preocupe, era solo curiosidad, simplemente quería estar informada —respondió Carmen.

—Pierde cuidado, te lo explicaré por simple deferencia al servicio. Nos ha escrito mi hijo anunciando que ha aprobado todos los exámenes del trimestre. Me siento muy orgulloso de él y quiero festejarlo.

—Le felicito, señor, por tener un hijo tan inteligente —dijo Gertrudis, sonriendo y mostrando felicidad en su voz.

—Felicidades. Su señora también debe sentirse muy dichosa —comentó Carmen, con un tono apenas entusiasta.

—Por supuesto, Carmen. Toda la familia está contenta. ¿Estás satisfecha? Ya me marchó. ¡No olviden el vino!

Gabriel salió de la cocina y, cuando ambas se dieron cuenta de que se había ido, Gertrudis se volvió hacia Carmen.

—¿Eres tonta, moza?

—Gertrudis, ¿a qué viene ese regaño?

—Pues que una no se ha caído de un guindo y sabe cuándo por medio hay emociones y recelos. ¿A cuento de qué los tienes tú con el señorito? Creía que esos sentimientos los habías olvidado hace años.

—Gertrudis, soy una tonta. Patricio me hace feliz, se entrega y me trata dignamente, como a una dama, desviviéndose por mí. Pero cada vez que veo a Gabriel no puedo evitar sentir algo dentro, que no murió, sino que está dormido, sin querer borrarse de mi corazón.

—Pero, mi niña, has de tener los pies en la tierra y conocer bien tu posición y tu realidad. Patricio es quien debe ocupar tu corazón, por eso debes desechar esas emociones estúpidas y centrar toda tu atención en él. Sé inteligente y no despiertes ese algo que habita en tu alma.

—Lo sé, Gertrudis, lo sé.

Después de un buen rato en la cocina, Carmen salió con el delantal aún puesto para recoger los restos del desayuno en el comedor. Allí se encontró con Mariana, que hojeaba distraída un devocionario junto a la ventana. Sin levantar la vista, le pidió con voz suave:

—Carmen, cuando termines, haz el favor de preparar otra de las alcobas de servicio. Esta noche me gustaría descansar en la tuya. Me siento algo revuelta y necesito más ventilación, y tu habitación da al patio.

—Como usted diga, señora —respondió Carmen sin mostrar extrañeza, aunque por dentro se quedó un instante pensativa. Aun así, lo asumió sin reparos.

Minutos más tarde, convencida de que todos los señores ya se habían marchado, se dirigió a barrer la entrada principal. Al abrir la puerta, se sobresaltó: Gabriel estaba allí, abrochándose con calma la chaqueta y ajustándose los puños con parsimonia. El sombrero colgaba de su mano izquierda, como si se resistiera a ponérselo aún.

Carmen, incómoda, bajó la mirada al suelo y se puso a barrer con movimientos rápidos, casi nerviosos. Esperaba que él saliera sin dirigirle la palabra. Pero Gabriel, con una expresión de inquietud contenida, se acercó despacio y le rodeó la cintura por la espalda. Su voz fue apenas un susurro contra su oído:

—Hoy he estado celoso... Me he dado cuenta de que aún siento mucho por ti.

Ella contuvo el aliento. No se giró, pero su cuerpo se tensó como una cuerda al borde de romperse.

—Pues me parece que va a tener que olvidar ese sentimiento —le respondió con la voz baja pero firme—. Una servidora es mujer decente, como bien le dije hace ya unos años.

Gabriel no se apartó.

—Sé que en ti aún queda algo de aquello que hubo entre nosotros.

—¿Y cómo puede estar tan seguro? Señales no le he dado. He respetado su matrimonio. Hasta el punto de querer olvidar todo y comenzar mi camino junto a Patricio.

—Durante este tiempo he vivido pensando en ti —continuó él, la voz impregnada de una melancolía que apenas disimulaba—. Me resigné a mi esposa, a quien respeto, pero no amo. Intenté ser un buen marido, un padre presente, un hombre de fe. Pero lo que siento por ti... es más fuerte que todo eso.

—Usted eligió su camino, y yo lo acepté. No entiendo qué busca ahora al remover el pasado.

Gabriel la miró con un brillo ansioso en los ojos. Esa mirada suya, de hombre que ha reprimido demasiado tiempo, que ha soñado con ese momento cada día sin tener el valor de actuar.

—Esta noche... iré a tu habitación. Necesito hablar contigo. Sentir, aunque sea por un instante, aquello que ya no encuentro en mi vida.

Carmen se giró entonces de golpe, separándose bruscamente de su abrazo. Lo miró apenas un segundo, con seriedad, y sin decir más, volvió a barrer el suelo como si él ya no estuviera. Gabriel, desconcertado por su silencio, se colocó el sombrero con manos temblorosas y salió por fin a la calle.

Apenas se cerró la puerta tras él, a Carmen se le cayó la escoba de las manos. Se apoyó en el marco y se llevó la mano a la frente, abrumada. Sus pensamientos se atropellaban: lo que acababa de ocurrir, lo que él le había dicho, lo que eso removía por dentro... pero sobre todo, el detalle.

Un detalle que Gabriel desconocía. Crucial. Ella ya no dormía en su antigua habitación.

Durante un instante dudó. Sintió el impulso de ir tras él, de advertírselo. Pero se contuvo. Dejó que la escoba siguiera en el suelo, y pensó que, llegado el momento, él mismo tendría que descubrirlo.

Esa noche, el silencio en la casa se sentía espeso como la niebla. Gabriel se había acostado solo: Mariana, antes de la cena, le había anunciado con suavidad que pasaría la noche en casa de sus padres. Tenía que acompañarlos al día siguiente a un asunto

notarial relacionado con el testamento de su tía, y aprovechaba también para contarles la buena nueva: las excelentes calificaciones de su hijo.

Gabriel no pudo dormir. Daba vueltas en la cama, inquieto, encendiendo una y otra vez la vela de la mesilla solo para verla consumirse. El recuerdo de Carmen lo perseguía como un eco testarudo: su voz dulce, la forma en que bajaba la mirada cuando lo evitaba, el temblor en sus manos al barrer junto a la puerta.

Le ardía por dentro haber dejado escapar aquel amor, y le carcomía la duda de si aún quedaba algo entre ambos. Cada gesto suyo esa mañana parecía gritar lo que sus labios callaban.

Finalmente, impulsado por la nostalgia y el deseo, se puso en pie. Se colocó la bata, calzó las zapatillas y encendió un candil. Caminó con sigilo por el pasillo, guiado por la débil luz. Se detuvo frente a la habitación que antes ocupaba Carmen, junto a la de Aniceta. Golpeó suavemente la puerta tres veces. Nadie respondió.

Con el corazón latiéndole en el cuello, giró el picaporte despacio y entró. La habitación estaba a oscuras, salvo por el resplandor del candil que temblaba contra las paredes. En la cama, vio una figura tapada hasta la cabeza. Supuso que Carmen dormía con frío, acurrucada bajo la sábana.

Conteniendo el temblor de su mano, se acostó junto a ella. Posó una mano sobre su hombro, con la intención de despertarla suavemente y pronunciar su nombre.

Pero lo que encontró al destaparla le heló la sangre.

—Cariño... —dijo Mariana con voz somnolienta, volviéndose hacia él—. ¿Cómo sabías que iba a estar aquí? ¿Te lo ha dicho alguien?

Gabriel se quedó paralizado.

—No quise despertarte al llegar... Regresé tarde, y cambié de idea. Mis padres insisten en arreglárselas solos y preferí volver a casa. Pero dime, ¿cómo supiste que dormía en esta habitación?

Él tragó saliva y se obligó a sonreír, como si no le temblaran las entrañas.

—Intuición —murmuró—. Te oí llegar... y me sorprendió que no vinieras conmigo a nuestra cama. Pensé que estarías aquí, y no quería que durmieras sola.

Mariana pareció comprar la mentira, al menos en apariencia.

—Ya ves... siempre estoy pensando en tu descanso —dijo con una sonrisa medida—. Esta habitación tiene buena ventilación. Pensé que sería ideal para unos días. Además, he pedido que Carmen sea trasladada a otra más modesta. Esta es mejor como alcoba de invitados, ahora que tu prima Felisa vendrá con su prometido. No quiero dejar ningún detalle al azar. Últimamente tengo la cabeza hecha un lío, y el servicio ya no sabe qué pensar con tantos cambios que hago.

—Me enteré por una de las doncellas —improvisó él, aferrándose a su máscara—. Me pareció lógico que fueras tú quien durmiera aquí. No quería que te sintieras sola.

Ella lo abrazó, apoyando la cabeza en su pecho.

—Me gusta que seas así. Atento. Te quiero.

Gabriel respondió con palabras vacías:

—Y yo a ti, mi vida.

Pero mientras ella lo estrechaba entre sus brazos, él no la miraba. Su cuerpo estaba allí, pero su alma vagaba lejos. Sus ojos, fijos en el techo oscuro, parecían buscar una grieta, una rendija por donde escapar. Mariana lo notó al instante.

Su sonrisa se apagó, como si alguien soplara una vela. La calidez de su abrazo se volvió hielo. Sintió una punzada seca, aguda, certera. No necesitaba palabras, ni excusas, ni gestos más evidentes.

La intuición de una mujer herida rara vez se equivoca.

Y en ese momento, supo con una certeza insoportable que él no había venido a buscarla a ella.

Poco después del amanecer, Aniceta ya estaba lista para sus labores en la casa cuando acudió a la llamada del timbre de la puerta de entrada. Al abrir, recibió una carta de manos de un mozo de correos. Iba dirigida a su persona. Abrió el sobre, sacó la carta y comenzó a leer. Tras ello, guardó la carta en uno de sus bolsillos y tiró lo demás en una papelería de la cocina. Luego se dirigió al pasillo donde duermen las doncellas y empezó a dar golpes de llamada en cada una de las puertas. Cuando llegó a la última de ellas, en lugar de llamar, entró.

Allí estaba Carmen, acostada.

—Ya es hora de comenzar nuestras tareas. ¿Has pasado frío?

—Sí. Pero pierda cuidado, lo soporto bien. Aunque no entiendo el cambio de habitación, pues en la anterior me sentía más confortable. Primero me dice la señora dormir en una de invitados y luego en esta, que es más pequeña.

—La señora Mariana lo ha dispuesto así. Al parecer, se espera la llegada de algunos huéspedes. Y no te quejes, que dormir en esta parte de la casa es algo más propio de nosotras. No era lógico que fueras a dormir en aquella habitación, acondicionada para señores más ilustres y no para nadie perteneciente al personal de servicio. Quizás la señora ha reflexionado y ha decidido no dejarse llevar por su buen corazón.

—Estoy de acuerdo, pero esta habitación es muy húmeda. Y el colchón es mucho más duro, es como una piedra. La otra que me propuso era más bonita, con paredes bien pintadas y bonitos cuadros.

—Pues por eso, es para señores. Ya es bastante que nosotras tengamos techo donde dormir y no un cuchitril, como teníamos antaño, en mis tiempos de moza, el personal del servicio. Y ahora, vamos a comenzar nuestras labores.

Al servir el desayuno, la señora Mariana le preguntó a Aniceta si había recibido alguna noticia del centro donde habían ingresado a su madre.

—Sí, señora. Me han enviado una carta desde el centro para confirmarme que mi madre sigue bien atendida y que no le falta de nada. Se lo agradeceré eternamente.

—El mejor agradecimiento que podemos recibir será tu obediencia y el buen hacer en tus labores.

—Por supuesto. En ello me esmero día a día. ¿Desea la señora leche o prefiere una infusión?

—Un té, por favor.

En la mesa estaban también Don Arsenio junto a su esposa, además de Gabriel.

—Vaya, vaya. Es formidable tu preocupación por el bien del servicio, Mariana —le comenta Doña Obdulia con voz burlona.

—Es sentimiento cristiano. Hay que mirar por el prójimo, venga de donde venga.

—¿Y tú estás convencida de que eso te va a reportar algo? Vamos, a mí no me engañas. ¿Qué es lo que has ido buscando todo este tiempo con esta actitud, Mariana? —le respondió su suegra.

—¡Obdulia! —Don Arsenio pareció enojado ante la actitud hostil de su esposa con su nuera—. Haz el favor de ser más cordial con la esposa de nuestro hijo.

—No se apure, suegro —le respondió ella—. Entiendo a su esposa. Hace ya tiempo que decidí mostrar un lado mas cálido hacia el servicio, pero veo que aún le es difícil asimilarlo, suegra. Comprendí en su día que es mejor tratar bien y tener preferiblemente al servicio contento y no enfadado, pues el resultado es que terminan haciendo su trabajo de mala gana.

Gabriel contempló a Mariana con semblante sombrío, sin pronunciar palabra. Al cabo de unos segundos, se incorporó con lentitud, murmuró una disculpa y alegó que no se sentía bien. Mariana fue tras él, preocupada, y ambos se acomodaron en el sofá del salón.

—Cariño, deberías cuidarte un poco más —dijo ella, acariciándole el brazo—. ¿No habrás comido demasiado deprisa? Puede que eso te haya sentado mal.

—No lo creo —respondió él, llevándose la mano al estómago—. He comido con calma, como siempre. Pero el café... hoy me supo extraño. Quizá en el servicio no supieron prepararlo bien.

—A mí me pareció normal. Eso significa que el que está raro eres tú. Vas a tener que parar unos días.

Mientras tanto, en la cocina, Gertrudis repasaba con una bayeta la encimera contigua al hornillo donde aún se calentaban restos de leche y café. Al inclinarse sobre el fregadero para enjuagar un cazo, notó algo extraño. Junto a él, medio escondido, halló un pequeño frasco que parecía haberse caído por accidente. Lo tomó con cautela, examinándolo a contraluz.

En su interior, un fino polvo blanco. En el exterior, una etiqueta apenas adherida: Toxina botulínica.

El corazón le dio un vuelco. Se llevó la mano a la boca, espantada, y el cazo resbaló de entre sus dedos, estrellándose contra el suelo con un estrépito metálico. En ese mismo instante, Carmen cruzaba por la cocina y la encontró pálida, inmóvil frente al fregadero.

—¿Qué le ocurre, Gertrudis? —preguntó Carmen al verla tan pálida—. La noto asustada.

—Y no es para menos —respondió ella, con la voz temblorosa—. He encontrado este frasco en el fregadero... está lleno de veneno.

—¿Y está abierto? —preguntó Carmen, llevándose una mano al pecho—. ¿Cree que alguien lo ha usado para envenenar a los señores? Porque el señor Gabriel... dice que no se encuentra bien. ¡Dios mío!

Sin mediar más palabra, ambas corrieron hacia el salón. Gabriel permanecía en el sofá, con la cabeza gacha y gesto descompuesto, mientras Mariana lo acompañaba, visiblemente preocupada. Al llegar, Gertrudis les mostró el frasco, aún con restos del polvo blanco en su interior.

—Esto no me lo esperaba —murmuró Mariana, mirando primero el frasco y luego a Gabriel con el ceño fruncido—. ¿Quién en esta finca querría hacernos daño? ¡Debemos llamar a un galeno cuanto antes!

Se giró con premura hacia Carmen.

—¡Rápido! Ve al patio y dile al mozo que ensille un caballo y parta de inmediato en busca de uno. ¡Que no pierda ni un minuto!

Habían transcurrido varias horas. El doctor Benítez, habitual médico de la familia Gallardo, había finalizado el examen de Gabriel, quien yacía en la cama de su habitación con fiebre. El galeno era un hombre de elevada estatura, delgado, con un bigote pronunciado y cabello moreno. Su carácter, serio y algo arisco, no impedía que gozara de buena reputación entre sus pacientes, pues en la comarca era conocido por su profesionalidad.

Descendió las escaleras con paso firme y se dirigió al salón, donde lo esperaban los padres y la esposa de Gabriel. Carmen, como ya era costumbre, permanecía de pie junto a la puerta, atenta a cualquier orden que pudiera recibir de la familia.

—Dígame, doctor —preguntó don Arsenio—. ¿Cómo está mi hijo? ¿Qué es lo que tiene?

—Mucho me temo que sufre una dolencia, pero con los cuidados que voy a prescribirles, se recuperará.

—¿Pero qué le pasa? —insistió Mariana, visiblemente angustiada.

—He detectado una intoxicación leve. Debe de haber ingerido algún alimento que no le ha sentado bien.

—¿Y qué me dice del frasco que hallamos en la cocina? Creemos que contiene algo letal —volvió a preguntar Mariana.

—No me cabe duda de que el mal que aqueja al joven no ha sido causado por veneno alguno —respondió el doctor con calma—. Más bien se trata de los síntomas propios de una mala digestión. No se alarmen, no reviste gravedad. Debe guardar reposo y evitar excesos en la comida.

Pasada media hora, tras la despedida del doctor por parte de doña Obdulia, la familia Gallardo reunió a todo el servicio en el salón. Allí aguardaban Aniceta, Gertrudis y algunas doncellas, en silencio y visiblemente inquietas.

—¿Dónde se encuentra Carmen? ¿Acaso no fue informada de esta reunión? —preguntó Mariana, que permanecía de pie con los brazos cruzados, flanqueada por don Arsenio y doña Obdulia, ambos con el rostro severo.

—Ha recibido la petición del joven Gabriel de acompañarlo durante la reunión —respondió Aniceta, con tono sereno.

—¿Cómo? Ahora mismo voy a reprenderla... —Mariana frunció el ceño, y aquel gesto amable que solía dedicar al servicio se desdibujó para dar paso a uno más tenso y autoritario.

—¡Quieta! —intervino don Arsenio con voz firme—. No está mal que mi hijo no se quede solo. Está enfermo, y no sobra quien lo asista si necesitara algo.

—Pero, suegro...

—No protestes, Mariana. Vamos a lo que importa. Se ha cometido una grave imprudencia en esta casa. Alguien ha descuidado su labor y ha dejado un frasco de veneno en la cocina. Aunque el doctor asegura que no guarda relación con el mal de mi hijo, y aunque desconocemos con qué intención fue traído, tomaremos medidas. ¡Quedan todos despedidos! A menos que, antes de que anochezca, el responsable dé la cara y confiese.

—Pero, suegro... ¿No cree que está siendo demasiado tajante? —replicó Mariana, mientras Aniceta y las doncellas bajaban la mirada, con gestos de tristeza y temor.

—Hay que arrancar toda la mala hierba de raíz —sentenció don Arsenio—. A no ser que la cizaña se delate, y podamos conservar el resto.

—¡Así se habla, esposo! A ver si esta gentuza aprende de una vez. ¡Sois unas inútiles! ¡Podríais haber matado a mi hijo! —añadió doña Obdulia, en un tono despectivo y encendido.

—Les pido disculpas, en nombre de las doncellas y en el mío propio, por no haber estado más atentas. Pero les aseguro que ninguna de nosotras sabe nada al respecto... —se disculpó Aniceta con la cabeza agachada.

—¡Calla! —la interrumpió don Arsenio—. Ahora, sigan con sus tareas. Ya lo saben: tienen hasta el anochecer.

Mientras tanto, media hora antes, en la habitación de Gabriel...

Dos toques discretos sonaron en la puerta. Gabriel, sin levantarse del sillón, invitó a pasar. Al oír la voz que le respondió, supo al instante que se trataba de Carmen.

—¿Se puede, señor? —preguntó ella con cautela—. Aniceta me ha mandado subir. Dice que usted preguntó por mí.

—Por supuesto. Estaba impaciente por verte. Tu rostro es mi mejor medicina.

—¡Por Dios, señor! —exclamó Carmen, ruborizada—. No empecemos con eso. Usted está casado... y con una buena esposa. Ya hablamos de esto.

—Eso de "buena esposa" es lo que quiere hacernos creer desde hace tiempo —replicó él, con amargura—. Pero aunque lo fuera, no la amo, Carmen. Casarme con ella fue un error.

—Señor, ella lo quiere. ¿No ha visto el esfuerzo que ha hecho por cambiar solo por amor? Soy testigo de cómo ha luchado por reprimir su carácter egoísta. Se lo digo con todo respeto.

—No, Carmen. Algún interés oculto la mueve. No me fío de ella. Con los años he aprendido a reconocer su forma de manipular, por lo que estoy convencido de que hay algo oscuro detrás de esa docilidad fingida.

Carmen lo miró con inquietud. Sus palabras empezaban a calar hondo en su interior.

—Señor... lo que dice me inquieta. ¿Acaso sospecha que ella ha... envenenado su café? —preguntó, dando un paso atrás con expresión de espanto.

—Acércate —le pidió él con voz más suave—. Y cuando estemos solos, por favor, hágame con confianza. No me trates de usted.

Ella se acercó a la cama, y cuando estuvo a su alcance, él, sentado en el borde, le tomó ambas manos con delicadeza.

—Te necesito —murmuró Gabriel, con la voz cargada de emoción—. No puedo dejar de pensar en ti. Apenas llevamos unos días retomando este acercamiento y ya vuelvo a llevar tu rostro grabado en mi memoria... en mi corazón. ¿Acaso tú no sientes lo mismo?

—Señor, por mucho que me lo pida, no puedo dejar de tratarle con respeto —respondió Carmen, bajando la mirada—. No importa lo que yo guarde en el corazón, sino lo que muestra la realidad. Y cada uno debe estar en su lugar.

—El amor lo puede todo, Carmen. Es más fuerte, incluso, que la realidad misma —dijo él, con convicción, mientras guiaba

con suavidad sus manos para invitarla a sentarse a su lado. Ella no se resistió.

Durante unos segundos, Gabriel se quedó contemplando su rostro en silencio.

—No deberíamos permitir que el destino arruine algo tan hermoso... algo que aún late en nuestros corazones.

Carmen siguió fijando la mirada en sus ojos y, como dejándose llevar por el fuego que ardía en su interior, acercó lentamente el rostro al suyo. Sus labios se encontraron en un beso tierno y lleno de anhelo.

Mientras tanto, Mariana, tras asistir a la reunión con sus suegros y el servicio, subía las escaleras hacia el pasillo donde estaba situada su habitación de matrimonio, con la intención de sorprender a su marido en medio de un momento de cortejo con la doncella. Justo cuando se disponía a abrir la puerta, Aniceta la llamó desde abajo.

—¡Señora Mariana! Disculpe, es importante. Sus suegros preguntan por usted, quieren hablar ahora mismo de un asunto de vital importancia.

Mariana suspiró, agobiada. Intuyó que aquella llamada no era para tratar asuntos agradables. La tentación de hacerles esperar y descubrir a su marido en brazos de Carmen la atravesó, pero sabía que, especialmente Doña Obdulia, no toleraba que la hicieran esperar. Así que, resignada, giró sobre sus pasos y bajó de nuevo hacia el salón, donde imaginaba que la estaban esperando.

Don Arsenio y su esposa ofrecieron un brandy a Mariana cuando esta apareció tras bajar las escaleras. Ambos ya se habían servido uno.

—Creo que te va a venir bien tomarte uno, querida nuera —le dijo Doña Obdulia—. Vamos a tener una charla de lo más interesante.

—¿De qué se trata lo que vamos a hablar? —preguntó ella, con un tono cansado—. ¿Van a despedir ya a alguien del servicio? ¿Se ha declarado alguien culpable?

—No, para nada —respondió Doña Obdulia con una sonrisa—. Solo queríamos asustar a esta chusma. En cuanto a lo que nos trae aquí, en seguida te lo explicará mi marido. Pero antes quiero pedirte que seas lo más sincera posible.

Don Arsenio tomó un sorbo de su brandy y encendió uno de sus puros habanos. Tras lanzar el primer soplo de humo, comenzó a hablar.

—Resulta, querida Mariana, que ayer, mientras paseábamos por Málaga, nos encontramos con un viejo conocido. Es un tipo que maneja mucha información personal sobre diversas personas y vive de ello; es decir, se dedica a compartir confidencias con quien esté dispuesto a pagar.

—Me parece muy bien, suegro —respondió Mariana—. ¿Y qué tiene que ver eso conmigo?

—Pues que nos comentó que, de manera casual, ha recibido una información importante relacionada con tu hijo. Algo que nosotros desconocíamos y que nos ha sorprendido bastante.

Mariana empezó a palidecer, mostrando signos de nerviosismo. Tomó su copa de brandy y bebió de un trago, tratando de disimular su inquietud.

—No sé qué cosa podría sorprenderles relacionada con él —dijo, intentando mantener la compostura.

—Al parecer, un tal Velasco, hijo del conserje de un emblemático edificio en la calle Marqués de Larios, suele visitarlo mucho en el internado. Esto ha levantado sospechas en las autoridades, que no nos han querido revelar nada hasta estar seguras de que no representa peligro; pero nuestro confidente, a través de contactos en el cuartel, ha recibido información de que él es el auténtico padre del niño.

—¿Cómo? ¿Qué están diciendo? ¿Estamos locos? —exclamó Mariana, alarmada.

—Mariana, tranquila —intervino Doña Obdulia—. Solo queremos que nos desmientas esta información.

—Yo... bueno, sí conozco a ese tal Velasco. Es un amigo íntimo de mi hermano Pedro. Si va a verlo es porque yo le he encargado que vigile que se comporte bien y que sea tratado adecuadamente. Ya saben que soy muy desconfiada.

—¿Y por qué nunca nos has hablado de él? —preguntó Don Arsenio, intrigado.

—Pues... porque no lo consideré necesario. Me gusta hacer las cosas con discreción, y no veía motivo para molestarles con mis asuntos personales. Además, pensé que Velasco sería más discreto.

—Tú siempre con tus intrigas y celos. Está bien, de momento nos damos por satisfechos. Disculpa nuestra inseguridad, pero debes comprender que es lógico nuestro recelo. Puedes retirarte si quieres. Pasaremos por alto este detalle como si no supiéramos nada, pero no lo olvidaremos. Quiero que sepas que siempre tendremos la mosca detrás de la oreja —dijo Don Arsenio, y como suele hacer al terminar una conversación importante, agarró su periódico y comenzó a leer,

mientras Doña Obdulia se quedaba de pie observándola con mirada seria y sin decir palabra. Recordaba hechos del pasado que le impedían confiar del todo en su nuera.

—Espero haberles convencido. Ahora voy a ver cómo se encuentra mi esposo. Gracias por su confianza. A más ver —dijo Mariana, y se marchó dejando la copa sobre la mesa junto a la botella de brandy, con un aire de haberse sentido ofendida.

Al llegar de nuevo a la puerta de la habitación, Mariana vio que esta estaba entreabierta. Al pasar, vio a Gabriel acostado y dormido. Se acercó a la ventana y bajó la persiana. Después bajó a la cocina, donde se encontró con Gertrudis.

—Perdona, cocinera, ¿has visto a Carmen por la casa esta mañana? —preguntó.

—Hace un momento, señora. Creo que venía de estar cuidando a su esposo mientras teníamos la reunión aquella. Lo que no sé es por dónde anda ahora.

—Si la ves, pídele que acuda pronto a verme. Estaré en la biblioteca.

—Como mande, señora. Por cierto, he descubierto algo sobre el frasco que encontramos.

—Dime, ¿qué ocurre?

—El contenido no es el que indica la etiqueta; no es veneno, sino sal, simple sal común.

—¡Pero qué tonterías dices! ¿Cómo es posible? ¿Quién iba a echar sal en un frasco lleno de veneno? ¿Y cómo lo sabes? —El tono con que Mariana lo dijo recordó a la cocinera a la mujer déspota de antaño, y eso la impresionó y asustó.

—Pues... porque me arriesgué a probar un poco con la lengua y me di cuenta. No terminaba de creer que fuera algo letal lo que

contenía ese frasco. Luego, investigando un poco, supe que el motivo es sencillo. Algunas de mis ayudantes en cocina no saben leer y sabían que ayer faltaba sal en casa. Como era por la tarde y no les daba tiempo a comprarla en el colmado, le pidieron a uno de los mozos que la trajera como un favor desde la finca colindante. Y le dieron este poco en el frasco vacío que había en la cocina.

—¿Cómo? ¡Qué vergüenza! —Mariana se llevó la mano a la frente, mostrando sorpresa e indignación—. ¡Nosotros!, ¡la familia Gallardo mendigando a los vecinos! ¡Rece para que no se entere el señor Arsenio!

—¡Ay, señora!, se lo ruego, fue solo para que no faltara la sal. No se altere. No hubo mala intención.

—¡Que no vuelva a ocurrir!

—No ocurrirá más, se lo prometo.

—¡La chusma siempre haciendo el ridículo, qué barbaridad! —dijo Mariana con tono desdenoso—. Miraré para otro lado porque soy demasiado generosa.

Mariana se marchó y vio a Carmen barriendo la entrada principal.

—Por fin te veo, muchacha. Tenía ganas de tener unas palabras contigo.

—Dígame, Doña Mariana. Soy toda oídos —respondió Carmen, apoyando la escoba contra la pared y acercándose con una dulce sonrisa.

—Necesito que me cuentes cómo has visto a mi marido. Me han contado que has estado con él, ¿verdad?

—Sí, acompañándole, según su voluntad.

—¿Tiene fiebre? ¿Le has llevado algo para comer? ¿Has buscado

alguna manta? ¿Le has bajado la persiana para que no entre mucha luz?

—Yo... señora... solamente le he acompañado.

—¿Y a eso le llamas acompañar? En tu posición se trata de atender sus necesidades. ¿Has estado acaso solo cruzada de brazos mientras dormía? Eso es una actitud de haragana.

—No, señora. Le daba conversación.

—¿Cómo? ¿Una criada conversando con su señor? ¡Acabáramos! ¿Dónde se ha visto eso?

—Simplemente hablábamos de temas comunes.

—¿Y qué temas comunes puede tener una criada y su señor? ¿Acaso habéis hecho amistad?

—¡No, no, no! No me malinterprete —Carmen estaba visiblemente incómoda, sonrojada de vergüenza—.

—Venga, dime, ¿de qué hablaban? Estoy intrigada por saber qué conversación podéis tener vosotros dos.

—El señor...

—Déjalo, no hace falta. Imagino que hablaríais de tonterías. Quiero que dentro de un rato vayas al puesto de correos y lances una carta que te voy a entregar.

—Como mande, señora —respondió Carmen con la cabeza agachada.

—Bien, acude pronto en cuanto te llame. Sigue con tus faenas.

Mariana subió a la biblioteca con paso firme y decidido, pero al sentarse frente al escritorio, su mirada se perdió en el vacío. Cada palabra que intentaba plasmar parecía quedarse corta, cada frase terminaba arrugada y lanzada al suelo. Su mente ardía con un fuego oscuro, alimentado por el rencor y un profundo deseo de venganza. Anhelaba convertir la estancia de Carmen en la

finca de los Dos Racimos en un infierno personal, un castigo imborrable.

La carta se convirtió en su campo de batalla. La escribió una y otra vez, arrancando cada hoja con ira y frustración, hasta que, al borde de la desesperación, logró finalmente darle forma a su cruel designio, dejando en el papel la hiel de su resentimiento.

*En Málaga, 22 de marzo de 1922*

*Muy querido mío:*

*Necesito decirte que las cosas no están yendo como planeamos. Mis suegros sospechan algo, aunque he logrado calmarlos y ganarme su confianza. Has estado a punto de arruinarlo todo al ir tan seguido a ver a nuestro hijo. Para protegerte, tuve que decir que eres amigo de mi hermano Pedro. Puedes estar tranquilo, él no volverá de América.*

*Por ahora, debemos ser prudentes y avanzar poco a poco con nuestro plan. Estoy ocupada tratando de poner freno a una entrometida que se ha enamorado de Gabriel. No permitiré que me aparte de nuestros objetivos; me encargaré de ella poco a poco.*

*Mi corazón está contigo, aunque ante la sociedad soy la esposa de este desgraciado, y no permitiré que mancillen mi honor, menos aún esta engreída criada. Pero tú tranquilo, que solo te amo a ti. Ardo en deseos de abrazarte.*

*Siempre tuya,  
Mariana.*

Tras terminar de redactar la carta, Mariana introdujo el papel en un sobre dorado, selló con cuidado y llamó a Carmen con una campanilla de plata que descansaba sobre el escritorio. Al agitarla, el suave tintineo llenó la estancia, resonando con un eco delicado que parecía atravesar la penumbra tranquila de la biblioteca.

—Aquí estoy, señora, para lo que usted mande —respondió la joven, acercándose.

—Toma este sobre y ve al poste de correos más próximo. Pregúntale a Aniceta dónde está exactamente.

—Como ordene la señora.

Poco después de que Carmen abandonara la biblioteca, apareció Aniceta, tocando dos veces la puerta.

—¿Puedo pasar, señora? —preguntó con respeto.

—Dime, ¿qué quieres?

—Verá, Carmen me ha preguntado por el poste de correos, y está a cinco kilómetros de aquí. Imagino que no desea que vaya andando hasta allá sola, por eso he venido a sugerirle que envíe a un mozo con un caballo.

Mariana la miró con frialdad.

—Aniceta, cuestionar mis órdenes no es propio de ti. Si he decidido que la muchacha haga ese encargo sola, es porque quiero exactamente eso. Los mozos están ocupados en tareas más importantes, y andar un poco no le vendrá mal a esta holgazana.

—Pero, señora... hace mucho calor y el camino es largo para una simple carta.

—¡He dicho que se haga así! No hay más que hablar —respondió Mariana con voz tensa, clavándole la mirada—. Creo

que me he portado bien contigo, Aniceta. No me hagas arrepentirme de ello.

—Sí, señora. Como mande —replicó el ama de llaves, retirándose con la cabeza gacha, dispuesta a no molestar más.

Mientras tanto, Carmen, con el sobre en mano y ya sabiendo el rumbo que debía tomar, comenzó a caminar por el sendero hacia el poste de correos. Decidió no contarle nada a Patricio para evitar alterarlo; sabía que si se enteraba, no le permitiría cumplir con esa orden.

## 7 NUEVAS AMISTADES

El sol caía con fuerza sobre la arena amarillenta del camino, donde Carmen dejaba atrás sus huellas. El calor la hacía detenerse de vez en cuando para pasar un pañuelo por su frente y secar el sudor que le perlaba la piel.

Mientras avanzaba, una sensación extraña la invadía: el camino parecía interminable, y no entendía por qué Mariana no había enviado a un mozo a caballo para llevarla, en vez de dejarla hacer ese trayecto a pie. Quizás, en el fondo, se merecía ese castigo. Después de todo, no había respetado los votos de un matrimonio ni las enseñanzas de su madre sobre lo que es decente.

Pero la lucha dentro de su corazón era más fuerte que la razón. La atracción que sentía por Gabriel había dejado de ser un simple recuerdo para convertirse en algo más profundo, un amor que iba ganando terreno, desplazando lentamente a Patricio, su novio.

Sus pensamientos se perdían en los besos dulces y las caricias furtivas que, aunque sentía como robados, no podía negar que la consumían. Sabía que esos momentos no eran suyos, que pertenecían a Mariana, y eso hacía que su tormento fuera aún más intenso.

Había pasado ya más de media hora caminando cuando Carmen, sintiéndose agotada, fijó la vista en un roble que ofrecía una generosa sombra a la derecha del camino. Se acercó y se sentó al pie del árbol, apoyando la espalda contra el tronco

rugoso. Sacó la cantimplora que Aniceta le había prestado y bebió con avidez antes de dejarse llevar por el sueño.

Poco después, una diligencia apareció por el camino, levantando una nube de polvo amarillo que se asentaba lentamente sobre la arena reseca. El carruaje, de madera pulida y ruedas grandes de hierro, estaba adornado con detalles en latón que brillaban bajo el sol implacable. Era un vehículo elegante, propio de gente acomodada.

En su interior viajaba una pareja joven. La joven, Felisa, vestía un vestido largo de gasa color marfil, con delicados bordados en hilo dorado que reflejaban la luz, y un sombrero de ala ancha decorado con flores frescas. Su piel era clara y sus ojos, azules como el cielo, mostraban una mezcla de nerviosismo y determinación. A su lado, Ramón, su prometido, llevaba un traje oscuro de corte impecable, con chaleco de brocado y corbata de seda negra. Su cabello castaño, peinado hacia atrás, resaltaba su rostro delgado y serio.

Al ver a Carmen dormida bajo la sombra, Felisa hizo señas al cochero para que detuviera el vehículo.

Se disponían a bajar del carruaje cuando Servando, el conductor, vestido con chaqueta oscura y sombrero de copa baja, los detuvo:

—Tengan cuidado, no sabemos quién es esa mujer. Podría tratarse de una emboscada de los bandoleros. Quédense dentro; yo iré a ver qué sucede.

Felisa asintió con un gesto serio, llena de curiosidad.

Servando se acercó a Carmen, agachándose para tocar suavemente su hombro y despertarla.

—Disculpa, te he encontrado dormida aquí —le dijo.

—Ay, qué tonta soy —respondió Carmen al despertar—. Me he quedado dormida.

Al reconocer la ropa del hombre, supo que era el conductor de la diligencia.

—¿Quién eres? ¿Qué haces aquí dormida? —preguntó Servando con cierto recelo.

—Me llamo Carmen, soy doncella en la finca de Los Dos Racimos —explicó ella—. Voy en camino para cumplir con un encargo que me hizo mi señora.

—¿Un encargo? ¿Por estos caminos? —el hombre la miró extrañado, pues no era una zona muy transitada y el calor apretaba fuerte.

—Debo ir al poste de correos que está al final de este camino para enviar una carta —respondió Carmen con cierta resignación.

—¡Vaya! La señora sí que te hace andar —dijo Servando con una sonrisa—. Podría haber mandado a un mozo. Pero no te preocupes, nosotros vamos para allá. Después de entregar a mis pasajeros, puedo ayudarte a enviar esa carta. Eso sí, no le digas que fui yo; esta familia es muy complicada y le gusta que parezca que tú haces todo.

—Se lo agradezco mucho —contestó Carmen con una sonrisa agradecida.

Servando tomó una de las manos de Carmen y la ayudó a incorporarse, acompañándola hasta el asiento junto al suyo, al lado del conductor.

—¿Acaso no nos vas a presentar a la moza? —preguntó Felisa asomando la cabeza por la ventana con curiosidad—. ¿No nos vas a decir quién es?

—Perdonen, que soy un poco descastado —respondió Servando con una sonrisa tímida.

Entonces, Servando y Carmen bajaron de sus asientos y se acercaron a la puerta donde esperaba la pareja. Frente a la ventana de la diligencia, Servando presentó a Carmen:

—Muchacha, ellos son Felisa y Ramón, sobrinos de Don Arsenio, como ya te dije.

Carmen se enderezó y saludó con educación:

—Reciban mi saludo. Me llamo Carmen y soy doncella en la finca de su señor tío. Iba a cumplir con un encargo, pero gracias a este buen hombre, pronto estará resuelto.

Felisa esbozó una amable sonrisa mientras se abanicaba delicadamente, dejando entrever su carácter afable:

—Encantada, Carmen. Se percibe en tu rostro y en tus palabras que eres una persona honesta. Si quieres, podemos ser amigas, aunque si conoces a mi tío y su familia, sabes que no ven con buenos ojos las relaciones entre el servicio y los señores.

—Sí —respondió Carmen, bajando la mirada con un dejo de tristeza—. Ya he experimentado ese detalle en carne propia.

Felisa asintió con comprensión.

—¿Vienes con nosotros de regreso a la finca?

—Sí —contestó Carmen—. Como dije, este señor me ayudará a cumplir la tarea que me encomendaron.

Felisa le dirigió una sonrisa luminosa.

—Pues muy bien. Ramón y yo estaremos encantados de verte por allí. Nos iremos encontrando en la finca. Ahora, prosigamos nuestro camino.

El carruaje reanudó su camino tras subir de nuevo la doncella y sentarse junto al conductor, hasta que llegaron a la hacienda de

“Los dos Racimos”. Allí, en su puerta principal, se encontraba Don Arsenio con su mujer esperando para recibirles.

Desde una de las ventanas del primer piso, Mariana se asomó con curiosidad y, al posar la vista en el carruaje, sintió que un escalofrío la recorría. Allí estaba Carmen, sentada junto al conductor, con la misma sonrisa dulce que tantas veces le había molestado. El corazón le dio un vuelco y un nudo comenzó a formarse en su garganta. No podía creer lo que veía; la imagen le resultaba una punzada dolorosa que se clavaba con fuerza en su pecho.

Su respiración se volvió rápida y entrecortada, y por un instante, su mirada se nubló. Trató de apartar la vista, pero una mezcla de rabia y celos la mantenía fija en la escena. La sensación de traición se apoderaba de ella, creciendo con cada movimiento de Carmen dentro del carruaje.

Con pasos temblorosos, bajó las escaleras y, al llegar a la puerta principal, se detuvo un momento, luchando contra la oleada de emociones que la atenazaban. Pero el peso de lo que acababa de descubrir la hundió, y sin enfrentar la realidad, se giró y se dirigió hacia la sala de lectura.

Allí, cerró la puerta tras de sí con un golpe seco, se apoyó en el marco y, con las manos temblorosas, alzó una copa de brandy. El calor del líquido apenas calmó el torbellino que se agitaba dentro de ella.

Gabriel, que aún permanecía en la cama, se incorporó con gesto confundido. Sin comprender qué era aquello que había alterado a su esposa, se acercó también a la ventana. Sus ojos captaron la escena: sus padres saludaban a Felisa y Ramón,

mientras Carmen bajaba del carruaje y se dirigía hacia la puerta de servicio.

Pasado un rato, Aniceta conversaba con Gertrudis cuando, de repente, Mariana irrumpió en la cocina con el ceño fruncido, la voz tensa y la mirada fulminante.

—¿Dónde está esa mantecosa? —preguntó con dureza.

Aniceta levantó la vista, notando la inquietud en la voz de Mariana.

—Le noto alterada, señora. ¿Sucedé algo? —preguntó con cautela.

—¿Dónde está esa mantecosa? —repitió Mariana, casi al borde del grito.

—¿Se refiere a Carmen, la doncella? —respondió Gertrudis, tratando de mantener la calma.

—Sí, esa desarrapada desobediente —escupió Mariana con desprecio.

—Ha ido a la pila del lavabo a mojarse un poco la cara, hacía mucho calor... —intentó justificar Gertrudis, cuando Carmen apareció por la puerta que conectaba con el lavadero, con una toalla en la mano y el rostro aún húmedo.

—¿Necesita algo, señora? —preguntó Carmen, con voz tranquila pero expectante.

—¿Qué diablos has hecho? ¿No te encargué que mandarás esa carta? ¿Y a qué vienes montada en la misma diligencia de esos señores que ni conoces? —explotó Mariana, brillando sus ojos por la ira.

—En seguida se lo explico, señora. Me los encontré por el camino y se ofrecieron a traerme de vuelta. Su encargo ya está cumplido.

—¡A ver cuándo aprendes! ¡Eres una criada! No quiero que te mezcles con las personas de bien. No tienes derecho a detener el carruaje de esos señores ni a pedirles que te traigan. ¡Qué desfachatez! —gritó, marcando la cólera cada palabra.

—Lo siento, señora. No pensé que fuera tan grave —respondió Carmen, con la voz baja.

—¡Es una vergüenza para esta casa! Nuestros familiares creerán que el servicio es indisciplinado y descarado.

—Fueron ellos, señora, quienes se ofrecieron —se defendió Carmen, intentando explicar la situación.

—¡Y tú abusaste de su educación! —replicó con severidad.

—Yo no lo veo así, se lo prometo. Solo acompañé al conductor de vuelta.

—¡Que no me respondas! —acto seguido de aquel rugido le propinó una fuerte bofetada que resonó en la cocina.

Carmen se llevó la mano a la mejilla, el dolor punzaba mientras intentaba mantener la compostura.

—Señora, yo... —susurró con miedo.

—¡Vosotras, no quiero mas distracciones! —ordenó Mariana, señalando con el dedo acusador a Gertrudis y a la ama de llaves —. Todas a trabajar, ahora mismo.

El ama de llaves bajó la cabeza, apretando los labios, mientras Mariana continuaba:

—Y por cierto, Aniceta —expresó a esta última con una mirada desafiante—, más te vale no reírle la gracia a esta insolente. Recuerda bien que tengo la sartén por el mango y debes ser consciente de hasta dónde puedo llegar si no obedeces.

Su mirada se clavó en el suelo y los hombros se le tensaron, como si el peso de las palabras la aplastara.

—Ya no voy a fingir más. Cada orden que te dé, piensa en tu madre. Creo que con eso está todo dicho.

Manteniendo una mirada fría, firme y amenazante, Mariana se acercó lentamente, intimidándola.

—Ahora te ordeno que dejes sin comer a esta desgraciada durante dos días como castigo. ¡Y no quiero enterarme, ni por asomo, de que ha probado bocado! ¡Estás avisada!

Tras decir esto, se marchó de la cocina. Aniceta quedó pálida, mirando a Carmen, la cual estaba allí sentada en el suelo, llorando y tocándose la mejilla. Gertrudis se apartó y se fue a los fogones para seguir trabajando, sin decir ni una palabra. Aniceta casi no podía hablar, pero le dirigió a Carmen unas palabras antes de volver a sus faenas.

—Lo siento. He de pensar en mi madre. Ahora levántate y ponte a trabajar. No olvides recoger esa toalla que se te ha caído al suelo.

—Sí, ahora voy. Me da igual ese castigo de no poder comer, no tengo hambre. Ya cuando vivía con mi madre, a causa de nuestras miserias, había épocas en que estábamos días enteros sin probar bocado. Estoy acostumbrada.

—Más vale eso, porque lo podrías pasar mal de lo contrario. Yo estoy atada de pies y manos, no puedo ayudarte en nada, solo obedecer a la señora.

Mientras tanto, Mariana subió la escalera en dirección al dormitorio de Gabriel con paso firme, sin detenerse ni un instante. Su rostro mostraba una severidad poco habitual, y el crujido de cada peldaño parecía anunciar su malestar. Al llegar,

empujó la puerta con decisión y entró sin llamar. Se plantó a los pies de la cama, cruzó los brazos y clavó la mirada en él.

—¡Gabriel!

Él alzó la cabeza con gesto cansado, llevándose una mano a la frente como si intuyera que nada bueno podía salir de aquella visita.

—Dime. ¿Qué te pasa?

—Antes de decirte nada... ¿cómo estás?

—Ya estoy recuperado, sería algún malestar pasajero el que me atormentaba. Por lo que ya se puede decir que estoy bien.

—Me alegro. Pues ahora te quiero comentar algo. ¡Quiero que esa estúpida criada se vaya de casa! ¡Es una boba! ¿Mas no sabes que ha tenido la desfachatez de venir montada en el carruaje de tus primos desde Madrid?

—Supongo que te refieres a Carmen. Sí, la he visto. ¿Cómo es que venía en el carruaje con ellos?

—Pues el motivo es que le encargué una labor que requería que caminara un largo trecho hasta el poste de correos más próximo, y a la vuelta se encontró con ellos. Les obligaría, seguramente, a detener el carruaje y les pediría que la llevaran. Ya sabes de la caradura de esta morralla.

—¡Ya vuelves a las andadas! ¿Por qué la tratas así ahora?

—No me gusta ese tipo de actitud en una criada. Es propio de maleducadas. Las personas y el servicio no deben mezclarse.

—Te recuerdo que el servicio son personas, Mariana. Esas palabras tuyas no son propias de alguien con entrañas. ¿Dónde está tu educación?

—Me educaron bien, sabiendo distinguir lo que somos cada uno. Se nace en una posición en este mundo, y a los que les ha tocado servir, pues han nacido para eso. No son más que servidumbre.

—¿Y no son personas?

—¡Apenas saben leer y escribir! No tienen cultura. Obedecen y punto. ¿Qué persona es esa? Son como animales.

—Me das asco, esposa. Sabía que todo tu cambio de actitud era una farsa.

—¿Farsa? —respondió ella, alzando la cabeza con dignidad—. He intentado cambiar, pero eso es una tontería; va contra mi naturaleza. ¡El que tiene que cambiar eres tú! Si no lo haces, acabarás como ellos, convertido en un menesteroso. No puedes seguir con esa mentalidad si quieres sobrevivir en este mundo.

—Ya no eres la persona de la que me enamoré —replicó él con voz cargada de decepción—. Te has vuelto alguien denigrante. Durante años llevaste una máscara, pero ahora vuelves a ser el mismo ser despreciable de antaño. —Giró la cabeza hacia otro lado, frustrado.

—Sigue con tus reproches, cariño —su sarcasmo resonó en el dormitorio—. Pero yo voy a luchar por nuestro matrimonio porque creo que entre nosotros hay amor. Venimos de familias distinguidas, de personas con clase. Somos alguien en la sociedad, y ahí crecerá nuestro hijo.

—Lo que quieres es mi posición, nada más —contraatacó Gabriel—. No me amas, Mariana. Cualquiera lo notaría.

—¡Deja de decir tonterías! —respondió ella, esbozando una leve sonrisa incrédula—. Me desvivo por ti cada día.

En ese momento, dos golpes sonaron en la puerta, seguidos de la voz de Aniceta:

—Disculpen, señores. El señor Arsenio pregunta por usted, doña Mariana. Supongo que espera que reciba a los invitados.

—Es cierto —dijo ella, recuperando la compostura—. Debemos ser corteses. Diles que bajaremos enseguida. Gabriel ya está mejor y se va a vestir.

Pasados veinte minutos, Mariana y Gabriel descendieron al salón. La pareja de invitados no tardó en acercarse a Gabriel para saludarlo. Felisa fue la primera en hacerlo, lanzándose a un efusivo abrazo.

—¡Primo, cuánto tiempo sin verte! —exclamó con alegría.

Ramón estrechó la mano de Gabriel con una sonrisa cordial, mientras Felisa se volvió hacia Mariana y la saludó con dos besos en las mejillas.

—¿Qué tal todo, Mariana? ¿Cómo se encuentra usted? —preguntó con amabilidad.

—Bien, aunque preocupada por tu primo —respondió Mariana con una leve sonrisa—. Ayer estaba un poco decaído, pero hoy parece mucho mejor.

—Me alegra oírlo —dijo Felisa—. Acabo de saludarlo y tiene un aspecto radiante. Se le nota enamorado, y eso, créeme, una moza como yo sabe reconocerlo bien.

Esas palabras calaron hondo en Mariana, quien sintió un pinchazo de incomodidad, aunque intentó disimularlo. Sabía que ese brillo que Felisa mencionaba no era otra cosa que el amor creciente que Gabriel sentía por Carmen.

Mariana recuperó la compostura y con una sonrisa suave respondió:

—Claro, el tiempo pasa pero el cariño permanece. ¿Y tú qué me cuentas? Pronto te veremos vestida de novia. Estoy deseando asistir a vuestra boda; seguro que será un día maravilloso.

Don Arsenio alzó la voz para llamar al silencio y pidió que todos se sentaran a la mesa. Una vez acomodados, con el patriarca presidiendo la mesa, levantaron sus copas en un brindis por la felicidad de los prometidos. Gabriel lanzó una mirada de reojo hacia Carmen, quien, como era habitual, permanecía de pie junto a la puerta del comedor, atenta para atender cualquier petición de los comensales.

—Bueno, contadme, ¿cómo van los preparativos de la boda? —preguntó Doña Obdulia con una sonrisa cálida—. ¿Estáis muy ilusionados?

—Por supuesto, señora —respondió Ramón con entusiasmo—. No vemos la hora de que llegue el día. Estamos todo el tiempo hablando del tema, aunque los nervios nos ganan.

—¿Ya tienes preparado el traje, Felisa? —intervino Mariana, interesada.

—Sí, claro —respondió la joven con un brillo especial en los ojos—, pero no es tema para tratar ahora. Comprende, prima, que es de mala suerte que el prometido escuche hablar del vestido antes del evento.

—Por supuesto —asintió Mariana con complicidad—. Por eso luego iremos a mi sala de lectura y conversaremos con más calma, de mujer a mujer.

—Será un placer, prima —respondió, sonriendo.

Los hombres pronto se sumergieron en animadas charlas sobre política y negocios, mientras las mujeres conversaban sobre moda y los preparativos de la boda.

Al terminar la comida, Don Arsenio invitó a su hijo y a Ramón a retirarse para tomar unas copas. Doña Obdulia se retiró a descansar, y Mariana condujo a Felisa hacia la sala de lecturas.

Allí, con entusiasmo desplegó varios catálogos de moda y compartió consejos sobre la organización del convite, mostrando una actitud amable y cercana. Tras un rato de charla distendida, apretó suavemente las manos de la joven y bajó la voz, adoptando un tono dulce y confidencial.

—Querida, hay algo importante que debo contarte. Es delicado, pero como mujer y amiga, siento que debo advertirte.

Felisa frunció el ceño, notando el cambio en el tono.

—Ya me estás preocupando —confesó con sinceridad.

—Verás —continuó Mariana—, pasaréis varios días bajo el cuidado del servicio de la casa. Son eficientes, sí, pero no olvides que forman parte de este mundo con sus propias reglas y... peligros.

La joven guardó silencio, sorprendida.

—He tenido muchas discusiones con mi padre sobre cómo se trata a quienes sirven, y no comparto ese prejuicio.

Una sonrisa apenas perceptible asomó en el rostro de Mariana.

—Te comprendo, eres una persona de buen corazón, pero quiero que entiendas que aquí las apariencias engañan. Entre ellos, hay quienes no son lo que parecen.

—¿A qué te refieres exactamente? —preguntó Felisa, intrigada.

—Debes tener cuidado con alguien en especial —respondió con suavidad—, esa sirvienta que os ha acompañado.

La joven mostró una sonrisa inocente.

—¿Carmen? La he encontrado encantadora, nada peligrosa.

—Eso es porque aún no has visto la verdadera naturaleza de la muchacha —replicó Mariana con un brillo astuto en los ojos—. No te hará daño directamente, pero no te equivoques: está dispuesta a atraer a tu prometido con todos los medios a su alcance.

Felisa quedó en silencio, sin saber qué decir.

—La conozco bien —prosiguió—. Es una buena criada, sí, pero cuando un hombre se cruza en su camino... La juventud y la belleza pueden ser armas poderosas. Los hombres, querida, son débiles. Por eso te aconsejo mantener la distancia y, sobre todo, vigilar a Ramón.

Felisa asintió, consciente ahora del peligro que no había contemplado.

—¿Y cómo debería actuar?

—Cuando ella se acerque, limita tu trato a lo estrictamente necesario. No permitas familiaridades. Cada uno en su lugar, así reduciremos la amenaza que representa.

Suspiró, agradecida pero también inquieta.

—No quiero perderlo. Gracias por advertirme.

Tras responder, la joven agachó la cabeza, adoptando una expresión pensativa y algo inquieta. Acompañada por Mariana, regresó al salón, donde se acomodó en uno de los sofás mientras los hombres, algo más apartados, tomaban sus copas y algunos

fumaban los puros de calidad que el señor Gallardo había ofrecido con cierto aire de presunción. Mariana se sirvió un licor mientras Felisa, desde la distancia, observaba atentamente a su prometido charlar con Gabriel.

En ese momento, Carmen apareció, acercándose tímidamente a ella para preguntarle:

—Disculpe, señorita Felisa. ¿Necesita usted algo?

—Por ahora nada. Gracias —respondió Felisa sin mirarla, con un tono frío y distante.

—Muy bien. ¿Qué tal está siendo su estancia en la casa? —insistió Carmen.

Felisa la observó unos segundos, luego giró la cabeza hacia Mariana, quien le hizo una discreta señal afirmativa, recordándole sus consejos previos.

—Verás, Carmen —dijo con voz firme pero algo apenada—, agradezco tu interés, pero no creo que sea asunto tuyo cómo me siento en casa de mi tío. Límitate a cumplir con tus tareas y a servirnos —añadió, desviando la mirada con un gesto que denotaba vergüenza por sus propias palabras.

Carmen se quedó paralizada, observándola un momento en silencio. Finalmente, se retiró sin decir nada y entró en la cocina, donde encontró a Aniceta.

—¿Por qué esa cara tan triste? —preguntó la ama de llaves al verla abatida.

—No te preocupes, Aniceta —respondió Carmen suspirando—. Soy una tonta. Pensé que la señorita que ha venido de visita podría ser una amiga... Pero en cuanto empezó a relacionarse con la familia, ya me trató igual que ellos, salvo Gabriel.

—Pero si te lo he dicho mil veces —replicó Aniceta con tono firme—. Eres una sirvienta, olvídate de amistades, amores o cualquier relación personal. Tienes un trabajo y aquí estás para cumplirlo. Así que levanta esa cabeza y deja a un lado las emociones. Limítate a obedecer y servir. Punto. Si no, lo pasarás muy mal.

Aniceta le sirvió un vaso de agua fresca, y ambas se sentaron junto a la mesa de la cocina. Carmen empezó a comprender que su destino era, precisamente, ese que le había descrito Aniceta, aunque en el fondo no podía dejar de pensar en Gabriel y en el amor que comenzaba a renacer en su corazón.

## 8 SORPRESA

Era la madrugada siguiente a la llegada de los prometidos a la casa. Felisa dormía plácidamente en su habitación, hasta que un ruido extraño la despertó. Siempre había sido una joven algo asustadiza, y estar lejos de su hogar le provocaba una inquietud irracional que le dificultaba volver a conciliar el sueño.

Decidida a comprobar que no había motivo para preocuparse, encendió el candil sobre la mesilla y, con cuidado, se incorporó. Abrió la puerta de su dormitorio apenas un poco, lo justo para espiar el pasillo. El sonido parecía venir de allí.

Con cautela, salió al corredor y vio a Gabriel avanzar con su bata puesta hacia las escaleras. Sin hacer ruido, le siguió a distancia, asegurándose de no ser vista.

Observó cómo bajaba por las escaleras y abría la puerta principal que daba al exterior, dejando la entrada entreabierta. A través de la rendija, lo vio caminar lentamente hacia el pozo del patio, y cómo, con un gesto habitual, encendía un cigarro.

Felisa apartó la mirada, sumida en sus pensamientos. ¿Qué hacía su primo allí, tan tarde? La incertidumbre la envolvía.

Cuando volvió a mirar hacia la puerta entreabierta, su corazón se detuvo: vio a Carmen abrazando a Gabriel. La sorpresa la dejó paralizada, con la mente luchando por comprender aquella escena inesperada.

«¡Qué equivocada está mi prima Mariana! —pensó Felisa en voz baja, sintiendo un leve alivio—. La doncella no busca a mi prometido, sino a su propio marido.»

De repente, la luz de la entrada se encendió con un chasquido, y la voz autoritaria de Don Arsenio resonó desde el umbral, sobresaltándola.

—¿Qué haces aquí, parada en la puerta? —preguntó el patriarca.

—Tío, perdone —respondió Felisa, cerrando la puerta de un golpe tras de sí.

—Sobrina, contéstame. ¿Qué haces en la puerta con el pijama puesto? ¿Qué estabas mirando? —insistió, con una mezcla de preocupación y reproche.

—Disculpe... escuché un ruido y me asusté. Pensé que alguien merodeaba fuera de la casa.

—¿Desde tu habitación escuchaste eso?

—No exactamente —admitió ella—, pero la idea se me metió en la cabeza y no pude evitar preocuparme. Soy muy aprensiva por la noche.

—Aquí puedes estar tranquila —le aseguró Don Arsenio—. Vivimos en un lugar muy seguro, no hay nadie fuera.

En ese instante, la puerta se abrió de golpe desde afuera, empujando a Felisa hacia adentro, y apareció Gabriel con el rostro serio.

—¡Padre! ¡Felisa! ¿Qué ocurre aquí? ¿Qué hacéis los dos en la entrada a estas horas? —preguntó alarmado.

—Hijo —dijo Don Arsenio con un leve reproche en la voz—, ¿por qué no nos cuentas qué haces tú afuera? Casi haces caer a tu prima.

—No se preocupe, primo —respondió Felisa, un poco inquieta—. No me ha pasado nada. Estaba aquí abajo porque

me entró la idea de que alguien merodeaba fuera. Cosas de los nervios.

En ese instante se escuchó el ruido del cierre de una puerta proveniente de la cocina, pero ninguno de los tres pareció percatarse.

Gabriel retomó la conversación con tranquilidad, aclarando el motivo de su salida nocturna:

—Suelo salir muchas noches a tomar el aire y fumar un cigarro. No tenéis por qué preocuparos. Es algo que llevo haciendo desde hace años.

—No lo sabía, hijo —respondió Don Arsenio, esbozando una media sonrisa—. Vaya manías tan extrañas tienes. Bueno, vamos, que ya es muy tarde; vámonos todos a la cama.

—Sí, ustedes disculpen la que he liado —dijo Felisa, sonrojada—. Me retiro a dormir.

Cuando Felisa se retiró, Don Arsenio hizo un gesto a Gabriel para que lo acompañara al salón.

—Siéntate, hijo —le indicó con voz grave.

Gabriel frunció el ceño, confundido.

—No entendí... ¿No dijo usted que íbamos todos a dormir?

—Eso es justo lo que quería hacer creer a esa inocente muchacha —respondió Don Arsenio mientras servía dos copas de brandy—. Ahora necesito hablar contigo de hombre a hombre.

Gabriel se acomodó, intrigado.

—¿De qué se trata, padre? No comprendo.

—Hijo, soy tu padre. Y aunque ahora me veas viejo y algo cansado, también fui joven, como tú... y más de una vez perdí la cabeza por mujeres que no eran tu madre —dijo con una sonrisa

entre nostálgica y pícara, mientras le tendía una copa. Gabriel alzó una ceja, desconcertado.

—¿Y todo esto a qué viene ahora?

—Toma esto, bebe y escúchame bien —insistió Don Arsenio—. Tienes que ser más discreto. ¿Cuánto crees que tardará tu mujer o alguna otra sirvienta en darse cuenta de lo que haces?

Gabriel negó con la cabeza, incrédulo.

—Padre, creo que está delirando.

—¡Vamos! —replicó el hombre con firmeza—. Yo también tuve mis deslices con algunas doncellas, pero a diferencia de ti, fui más cuidadoso. Te lo aconsejo: sé más sigiloso. Si yo te he descubierto, cualquiera podría hacerlo. Incluso no me sorprendería que tu prima ya lo sepa.

Gabriel tomó un sorbo de su copa, aceptando el consejo con una sonrisa irónica.

—Está bien, lo tendré en cuenta, por si acaso me enredo con alguna doncella. Pero ahora, si no tiene más que decirme, me voy a la cama. Buenas noches, padre.

Don Arsenio asintió lentamente, con la mirada fija en su hijo.

Don Arsenio esperó unos minutos sentado, inmóvil, hasta que se abrió la puerta del salón. Patricio, el novio de Carmen, entró despacio y saludó con respeto:

—Buenas noches, Don Arsenio. Tal y como me ordenó, he vigilado las salidas nocturnas de su hijo. Estaba usted en lo cierto: ha comenzado, desde hace poco, una relación con Carmen, la doncella.

Lo dijo con los ojos empañados de dolor, a punto de romperse.

—Buen trabajo —respondió Don Arsenio con frialdad—. Entonces era cierta la sospecha que teníamos mi esposa y yo: mi hijo tiene una amante.

—La doncella está ahora en el viejo establo, escondida. Probablemente espera un rato antes de volver a la casa por la puerta de servicio. ¿Quiere usted que la haga traer?

—No, no, déjala. Aquí tienes el dinero acordado... y ni una palabra a nadie. La dignidad de mi hijo ha de mantenerse intacta. ¡Ah! Y no quiero que lo sepa mi esposa. Hazte cargo.

—Pierda cuidado, no diré palabra.

Patricio se marchó, cerrando suavemente la puerta tras de sí. Don Arsenio apagó las luces y, con el candil en la mano, regresó a su habitación en silencio.

## 9 BUSCANDO UNA SALIDA

Ocurrió que Gabriel, esa misma noche —cuatro horas antes de la charla con su padre y de acostarse—, se acercó a la cocina con el pretexto de dar las buenas noches al servicio. Allí estaban Aniceta y Gertrudis charlando, y Carmen barriendo el suelo.

—Buenas noches, señoras.

—Señor, se le agradece su deferencia con nosotras, pero no es menester tanta cortesía —comentó Aniceta.

—¿Y por qué no? Os lo merecéis. Además, quería comentaros que la torpeza de mi señor padre ha hecho que se manche el suelo con un poco de carne de codorniz. Lo digo por si alguna no tiene inconveniente en acercarse a barrerlo.

—En seguida acude una de nosotras, señor —repitió Aniceta, haciendo un gesto con la mano para que Carmen no se ofreciera tan rápido.

—¿Ella no tiene ya la escoba en la mano? Que venga un momento —sugirió Gabriel, observándolas.

—Pensaba ir yo misma, señor. Pero como guste. Acércate, Carmen —dijo Aniceta, con tono de resignación.

Carmen marchó junto a Gabriel a barrer el salón. Gertrudis y Aniceta se quedaron comentando lo sucedido.

—Creo, Gertrudis, que esto no tiene remedio. El señor la busca sin parar y ella se presta. No va a terminar bien, pues sospecho que la señora Mariana ya es consciente de ello por su actitud. Además, me da lástima el pobre Patricio. No se merece esto.

—Mira que la has avisado. No es justa esta situación. Y encima corren el peligro de que, a poco que los señores sepan de la aventura de ambos, esta pobre chica esté de patitas en la calle.

—O no, Gertrudis. Que el señor Gabriel, cuando se pone serio, cualquiera le lleva la contraria. A lo mejor manda lejos a su esposa y todo.

—¿Con un hijo en el mundo? Lo dudo. No lo permitirán ni don Arsenio ni la señora Obdulia. Los Gallardo no son dados a que se manche su apellido tan fácilmente. Harán lo que sea por evitar que se haga público cualquier escándalo.

Gabriel encendió la luz del salón y Carmen comenzó a dar vueltas alrededor de la mesa, buscando el trozo de carne que supuestamente se le había caído a don Arsenio.

—No busques nada. No existe.

—¿Entonces, señor?

—Estamos solos, cielo. Puedes tutearme.

—Pero, Gabriel... Nos podrían sorprender —dijo en voz baja, casi susurrando.

—El beso que nos dimos en mi habitación ha dejado tu imagen más grabada en mi corazón que nunca. Te deseo, Carmen.

—No te afirmo lo contrario, Gabriel. Yo a ti también. Pero debemos estar cada uno en su sitio. Somos doncella y señor. Si nos sorprenden, yo podría acabar mal... y tu matrimonio peligrar.

—¿Mi matrimonio? Es un infierno, cariño. No nos queremos. Ella lo mantiene por interés. Sabe que no tendría dónde ir. Y yo, si no lo he roto ya, es por mi hijo.

—Pues piensa en él. En lo mucho que lo quieres. Y dejemos esta aventura nuestra, que nos puede atormentar.

—¿Te atormentas a mi lado? —Él le agarró la cintura estando ella de espaldas, le susurró al oído y le quitó la cofia de la cabeza, luego el elástico que le formaba una coleta, dejando su pelo suelto.

—¡Gabriel, contéplate! ¡Te lo ruego! —Ella lo apartó con las manos con un pequeño empujón—. Si quieres, podemos vernos luego... en el establo abandonado, el que está frente al exterior de la casa. Podrá ser cuando pasen unas horas y estén todos dormidos.

—De acuerdo. Así lo haremos.

Ella se dio la vuelta, le agarró los hombros con ambas manos y lo miró durante unos segundos, antes de darle un suave beso en los labios.

—Pero prométeme, Gabriel, que reflexionarás sobre lo nuestro. Yo te quiero, pero esto solo puede ser un sueño... del que tenemos que despertar.

—No puedo despertar. Después te demostraré lo que significas para mí. Te tengo preparada una sorpresa.

—¿De qué se trata? —preguntó ella, intrigada, con una sonrisa.

—Ya lo verás, mi vida. Dentro de tres horas nos vemos en ese establo. Recuerda salir y volver a la casa por la puerta de servicio.

Se abrazaron. Luego, él se separó, le besó la mano y se marchó.

Pasadas dos horas, Carmen salió, tal y como se lo había pedido Gabriel, por la puerta de servicio. La dejó ligeramente entornada con una pequeña piedra que hacía de tope, para poder volver a entrar más tarde. El motivo de esta acción era que

no tenía llave: desde dentro pudo abrir, pero necesitaba dejarla abierta para regresar.

En ese momento, vestía simplemente una bata blanca y llevaba el pelo suelto. Había sido lo suficientemente sigilosa como para que Aniceta, que dormía en una habitación cercana, no se percatara de su salida.

Se quedó en la penumbra de la entrada del establo, que estaba vacío, aguardando la llegada de Gabriel. Este apareció poco después, y, tras agarrarle la mano, entraron corriendo al interior del lugar. Se tumbaron sobre una improvisada cama formada por montones de paja amontonados.

Comenzaron a besarse, acariciarse y mirarse con pasión, llenos de felicidad. Acabaron desnudándose, entregándose el uno al otro en un acto que no solo era físico, sino expresión del amor y la necesidad que sentían como hombre y mujer.

Después, sentados sobre la misma paja, comenzaron a bromear y a acariciarse con ternura.

Ella lo abrazó, dándole las gracias y pidiéndole, con un hilo de voz cargado de emoción, que no la abandonara ahora que se había entregado por completo.

—Te prometo que siempre estaré a tu lado, Carmen. Lo arreglaremos todo para que, tarde o temprano... seas mi esposa.

—¿Pero...? Si estás casado. ¿Eso cómo será? No encuentro modo.

—Habré de afrontarlo todo como un hombre, y anunciar algún día a mi familia nuestra relación. Llegaré a un acuerdo con Mariana para pedir la nulidad de nuestro matrimonio y, a partir de entonces, compartir la custodia de mi hijo.

—¿Y crees que ella se quedará con los brazos cruzados? Yo ya he comprobado que es dura como una piedra. El otro día quiso hacerme andar muchos kilómetros solo para enviar una carta a un buzón. Sospecho que lo hizo por despecho, aunque no comprendo el motivo, ya que no creo que sepa lo nuestro.

—Sí, estoy al tanto de ese hecho. No entiendo el motivo de pedirte tal labor... Es como si sospechara algo.

—Y no solo eso, Gabriel. El hecho de venir con tus primos en el carruaje le molestó tanto que... Quizás no debo contártelo —ella agachó la cabeza, mostrando no querer hablar del asunto.

—Dime, ¿qué ocurrió?

—Pues que me abofeteó. Decía que era una vergüenza que una doncella viniera con unos señores en el carruaje. Cree que yo les pedí tal cosa. Y créeme, fueron ellos los que se ofrecieron.

—También lo sé. Me pidió que te despidiese de la casa por ello. Ya tuve una discusión con ella por este asunto.

—Me odia, Gabriel. Desde que llegué no le he hecho gracia. Aunque hubo un momento en el que parecía cambiar y aceptarme, ha vuelto a las andadas.

—Algo trajina. Yo sabía que su actitud era falsa, que ese cambio con respecto al servicio no era sincero. Debemos estar alerta. Habremos de obrar con cautela, porque es peligrosa.

—Te quiero, Gabriel, y ahora creo que no debo dejarte solo a merced de esta arpía. No te lo mereces.

—Estaremos siempre juntos, por ello te pido que aceptes este regalo. —Él comenzó a rebuscar en sus bolsillos, pero no encontró nada de lo que buscaba. —¡Diantres!, me lo he dejado en la habitación. Espera aquí, que ahora vuelvo.

Tras darse un ligero beso en los labios, Gabriel volvió a la casa y entró sigilosamente en su habitación. Abrió el cajón de la mesita sin despertar a Mariana y se guardó en el bolsillo una pequeña cajita. Luego salió, pasando junto a la puerta de la habitación de Felisa, donde tropezó con un trozo de madera que crujió levemente. Bajó las escaleras y, tras encender un cigarro junto al pozo, volvió a abrazar a Carmen cuando ella salió del establo.

—Mira, esto es para ti —le dijo, mostrándole el objeto—. Mi regalo, que expresa lo que siento en mi interior.

Abrió la cajita y mostró un anillo pequeño, con un diamante que brillaba intensamente, dejando a la doncella impresionada.

—Pero... esto tiene mucho valor. No me lo merezco —murmuró ella, sorprendida.

—Es cierto, no te lo mereces, porque mereces mucho más —respondió Gabriel.

—¡Te quiero, Gabriel! —exclamó ella mientras se colocaba el anillo en el dedo, radiante de felicidad. Se acercó para darle un beso, que fue interrumpido por el ruido de la puerta principal de la casa.

—¡Hay alguien en la puerta! Corre, cariño, escóndete. Mañana nos veremos —le advirtió él con rapidez.

Gabriel regresó a la casa, mientras Carmen intentaba salir por la puerta trasera del servicio, pero la encontró cerrada. La piedra que había dejado como tope estaba tirada a unos metros, fuera del umbral. Quedaba claro que alguien la había movido intencionadamente y había cerrado la puerta. Sin poder entrar, tuvo que regresar al establo para pasar la noche, esperando que al amanecer Aniceta abriera la entrada. Se preguntaba quién podría

haber hecho aquello; era muy de madrugada y todos deberían estar dormidos.

## 10 OTRO MOMENTO ANTES

Cuando Gabriel salió y tropezó con un trozo de madera cerca de la puerta donde dormía Felisa, no solo despertó a esta última, sino también a Mariana. Así, mientras Felisa bajaba detrás de Gabriel, la esposa de éste los seguía sigilosamente. Cuando Felisa se acercó a la puerta de entrada, como se narró en el capítulo anterior, Mariana se dirigió discretamente hacia la zona del servicio, pasando por la cocina. Su intención era esconderse para no ser sorprendida, y así pillar a Gabriel en algún gesto de infidelidad, o descubrir qué veía su prima Felisa.

Al llegar, vio la puerta del servicio abierta y la piedra que la sujetaba. Sospechando que Carmen la había colocado para poder regresar, le dio una patada, tiró la piedra y cerró la puerta con firmeza. Al instante, al escuchar la conversación entre Don Arsenio, su hijo y su sobrina, se acercó a la entrada para escuchar, antes de retirarse silenciosamente a su dormitorio, sin que la vieran.

Pasado un buen rato, Gabriel regresó a su habitación intentando no despertar a su esposa, pero no tuvo éxito; Mariana abrió los ojos rápidamente.

—¿De dónde vienes? —preguntó con un tono inocente, aunque sabía bien lo que pasaba.

—Pues... de tomar el aire. Aún tengo secuelas de lo que me ocurrió el otro día, no me encontraba muy bien y, como dentro hacía calor, creí necesario salir un rato.

—Siempre igual. Cualquiera día vas a pillar una pulmonía. ¿Te has lavado hoy? Hueles mal, mi vida.

—No, no lo he hecho. Con las prisas y el cansancio me acosté corriendo. Si quieres, paso a asearme un poco y así dormimos más cómodos.

—No, déjalo. Intentaré soportar lo mejor que pueda ese olor. Cualquiera diría que has estado trabajando con los caballos en las cuadras.

Mientras tanto, Carmen se recostó sobre la paja donde hacía apenas unos momentos había disfrutado del amor que sentía por Gabriel, abrazándole, besándole y entregándose a caricias. Pensaba que aquel pequeño revés —la mala suerte de encontrarse con la puerta cerrada— no podía eclipsar la felicidad que sentía en su interior. Era inmensamente feliz. Pero también sabía que el camino sería duro y difícil para poder considerarlo suyo.

De pronto, una sorpresa interrumpió sus dulces pensamientos, llenando su cuerpo de miedo. Una silueta oscura apareció en la entrada del establo. La figura permaneció inmóvil, y ella la percibió dudando, como si alguien pensara si debía entrar o no. El temor se apoderó de ella; no sabía quién era, aunque por la forma de la sombra sospechaba que se trataba de un joven.

Guardó silencio, esperando que se marchara, pero la persona finalmente entró. Desde fuera no podía ver lo que había dentro, pero una palabra bastó para que Carmen reconociera al visitante.

—¿Carmen? —dijo la voz de Patricio—. Sé que estás ahí. ¿Puedo pasar?

—Entra, Patricio. Estoy aquí. ¿Por qué me buscas en este lugar? —respondió ella, nerviosa.

El joven avanzó y encendió un pequeño candil que llevaba en la mano, iluminando su rostro para poder mirarla a los ojos.

—Sabía que estabas aquí —confesó él—, porque sé lo que está pasando. ¡Te vi antes con ese engreído del señorito!

El rostro de Carmen se tiñó de vergüenza, y apartó la mirada.

—Lo siento, debo explicártelo. Me he portado mal contigo.

—¿Solo mal conmigo? —replicó Patricio con dolor—. ¡Me has engañado! Pensaba que estabas enamorada de mí y que habías olvidado a ese arrogante. Justo cuando estaba a punto de... —La voz se le quebró, y las lágrimas comenzaron a brotar— Te iba... a pedir... que te casaras conmigo.

—¡Patricio! —exclamó Carmen, conmovida.

El joven permanecía de pie junto a ella, llorando. De una de sus manos se escapó una pequeña caja que, al caer al suelo, se abrió dejando ver un sencillo pero hermoso anillo.

—Me siento una miserable —dijo Carmen entre sollozos—, pero no puedo evitarlo. Lo que siento por Gabriel me supera. Siento que todo haya llegado a esto. Pensaba hablar contigo al amanecer.

Patricio no respondió, con la cabeza agachada, atrapado por una ansiedad profunda que parecía paralizarlo.

—¡Patricio! —dijo Carmen con voz temblorosa—. Lo siento.

Se dispuso a salir del establo para dejarlo solo, pero él dejó caer el candil al suelo y, de repente, la agarró del brazo con fuerza, mirándola fijamente a los ojos. Su tono se volvió enérgico y cargado de malhumor.

—¡Aún no hemos terminado esta charla! Quiero que sepas que, además de ser un mozo más, soy espía del señor Arsenio.

Me pidió que vigilara todo lo que sucede a su alrededor. Y como sospechaba que las salidas nocturnas del señorito no eran solo para fumar un simple cigarrillo... me encargó espíarlo. No tienes idea de lo duro que ha sido para mí encontrarte en brazos de ese burgués del demonio.

—Lo siento, de verdad. Lo último que quería era herir tus sentimientos. Pero no pude evitar que mi amor por él renaciera. Espero que algún día puedas perdonarme —dijo mientras él le apretaba el brazo—. ¡Suéltame!, me haces daño. Te lo ruego.

Él la soltó, y ella retrocedió un paso, aunque la conversación aún no había terminado.

—¿Perdonarte? No te lo aseguro —replicó con voz entrecortada—. Lo voy a intentar, pero olvidar esto me costará mucho. Cuando comenzamos, ya sabía que esto podía pasar. Debería haber hecho caso a mi instinto y ser consciente de que te volverías a enamorar de él. Yo soy poca cosa para ti.

Con la cabeza baja, Carmen se acercó y lo abrazó suavemente, mientras seguía hablando.

—Espero que podamos seguir siendo amigos. Podemos convertir nuestra amistad en algo especial. Siempre estaré aquí para escucharte y ayudarte en lo que necesites.

Patricio la apartó ligeramente, con amargura.

—Sabes que eso es una tontería. Será difícil, imposible. ¡Malditos sean esos señoritos!

Ella se apartó de su lado y, manteniendo algo de distancia, contempló sus ojos, intentando comprender la mezcla de sentimientos de odio y lealtad a la familia Garrido que en él habitaban.

—Siempre has detestado a los señores de la casa. ¿Cómo es que aceptaste ser espía del señor Arsenio? ¿Por dinero?

—Pues sí, me pagaba bien. ¿Qué querías que te dijera? Yo le detestaba, pues era un tirano burgués capitalista, pero mientras me diera un jornal y algún dinerillo extra, haría lo que fuera. Me vino muy bien para comprar el anillo de compromiso. —Tras agacharse, cogerlo del suelo y observarlo unos segundos en su mano, lanzó un gesto de agobio y lo volvió a tirar al suelo—. Pero ya comprobé lo que a ti te iba a importar el mismo. De hecho, ya llevas puesto otro de mucho más valor. —Después de observar cómo fue Carmen quien se agachó después y se lo devolvió, sacó un papel de fumar junto a una bolsa con tabaco, lo formó y empezó a inhalar humo—. ¿Sabes una cosa, Carmen? Me levantaré de esta situación. Siempre lo hago tras una caída. Y no te preocupes, no habrá reproches. ¡Está bien! A partir de ahora seremos dos amigos. Por ello, desde ahora te deseo lo mejor, aunque vayas por el camino equivocado.

—¿Qué quieres decir? ¿A qué venía eso? —le preguntó ella, mientras se sacaba del dedo el anillo que le regaló Gabriel y se lo guardaba en un bolsillo de su bata.

—Pues que parecía que deseabas la felicidad junto a esos que viven de nuestro trabajo y esfuerzo. Acabarás siendo una más de ellos, una burguesa. Yo, en cambio, seguiré acudiendo a los discursos de los hermanos López-Calle en la tasca del pequeño pueblo de Montequaque. Porque allí he encontrado personas que me han abierto los ojos. Es en el anarquismo donde encuentro la verdad. La misma verdad que me hubiera gustado compartir contigo, ese deseo de libertad imposible de describir. Pero ya no

hay nada que hacer: has decidido derrochar tus esfuerzos en formar parte de la decadente burguesía.

—No entiendo nada de lo que estás diciendo —respondió Carmen, bajando la mirada con una mezcla de desconcierto y tristeza—. Todo eso de los discursos, el anarquismo... me suena tan lejano, como si hablaras en otro idioma. Yo no sé nada de política, nunca me ha interesado, ni he sabido cómo funciona. Pero si tú crees que eso te hará feliz, te animo a que lo sigas. Porque deseo lo mejor para ti. Solo necesito que sepas que, por mi parte, siempre me tendrás como amiga. Nunca te daré la espalda.

—Si tu amistad tenía el mismo valor que le diste al noviazgo, lo único que espero es que me des de lado como hasta ahora.

—Patricio... No quise dejarte de lado. Simplemente estaba confundida.

Él se levantó despacio, la miró con los ojos empañados por lágrimas que se negaban a caer, y se marchó sin decir una palabra más.

Carmen quedó inmóvil, sumida en un silencio denso. La culpa le calaba el pecho. Sabía que lo ocurrido con Gabriel ya no era solo una cuestión de sentimientos confusos: había herido a alguien que la valoraba de verdad.

Se sentía pequeña, torpe, atrapada en un embrollo que la superaba. Y, por si fuera poco, ahora sabía que el señor Arsenio conocía su relación con Gabriel; Patricio se lo había dejado claro. Ese detalle le pesaba como una piedra en el estómago.

## 11 LA SORPRESA DE FELIPA

Ramón, el prometido de Felisa, se despertó y se aseó. Después bajó para ver si el desayuno estaba listo. Su reloj marcaba las ocho y media de la mañana, que era la hora que él suponía había sido fijada por la familia para reunirse y llenar el estómago a primera hora.

Le llamó la atención encontrarse solo en una mesa repleta de tazas, bollos, frutas y utensilios para servirse. Pensando que fue casualidad haber sido el primero en bajar, se sentó, y al momento apareció Aniceta, dispuesta a atenderlo.

—Buenos días, señor. Tiene ahí disponible miel, mermelada y mantequilla. Además, podemos traerle embutidos y jamón de jabugo, si lo desea. ¿Quiere que le sirva el café?

—No, no es necesario. Muchas gracias, me sirvo solo y me apaño con lo que hay en la mesa. Es usted muy amable.

En ese momento sonaron varios golpes que provenían de la cocina. Aniceta se disculpó y marchó a ver qué sucedía. Supuso que alguien llamaba desde el exterior a la puerta de servicio. La sorpresa del ama de llaves fue grande al abrir y ver que se trataba de Carmen.

—Pero... ¿qué haces aquí? —preguntó Aniceta, frunciendo el ceño mientras cruzaba los brazos—. Deberías haber bajado de tu habitación hace una hora. Estaba a punto de subir para llamarte la atención. ¿Cómo es que vienes de fuera?

—Disculpe, Aniceta. He salido hace un rato a tirar la basura y se me cerró la puerta.

—¿Hace un rato? —replicó ella, ladeando la cabeza con incredulidad—. Aquí no había basura que tirar y tú no has bajado de la habitación. —Sus ojos se estrecharon y su voz se tornó más severa—. Has debido pasar la noche fuera. ¿Crees que soy tonta? ¿Dónde has estado?—Pues... sí, es cierto.

—Agachó la cabeza, avergonzada.— Necesitaba dormir fuera de la casa y me quedé en el establo vacío. Ayer lo pasé mal en la habitación y necesitaba aislarme en ese lugar, rodeada de paja.

—¡Valiente tontería! Pues la próxima vez, por la noche, me pides la llave y así por la mañana estarás a tu hora en tu puesto de trabajo.

—Sí, por supuesto. Disculpe no haberlo hecho anoche.

—Ahora cámbiate y acude al comedor para atender a los señores, que están a punto de llegar. De momento ya ha bajado el prometido de la invitada.

Carmen se dispuso a subir la escalera cuando escuchó la voz de Ramón, acompañada por el sonido de una campanilla.

—Perdona, Carmen. ¿Puedes venir un momento?

El muchacho la había visto pasar desde el comedor y no dudó en llamarla para que le sacara de dudas sobre la tardanza del resto de comensales.

—Señor Ramón, ha bajado usted antes de la hora marcada por Don Arsenio para desayunar. Es a las nueve de la mañana. De hecho, aún estoy con la bata y el pijama de dormir y no he comenzado mis faenas.

—¡Diantres!, ya veo, me pensé que era media hora antes. ¿Te importa acompañarme mientras espero que bajen Felisa, sus primos y tíos?

—Sería un placer para mí, pero no puedo estar de esta guisa en la mesa con usted. Y le recuerdo que estoy trabajando, no puedo distraerme, señor. Su prometida el otro día me dejó claro que no le gustaba que me relacionara con ustedes y exigió que me dedicara a mis faenas.

—¡Por supuesto! —exclamó Felisa, con un dejo de sorpresa en la voz, justo cuando apareció tras escuchar lo último que dijo Carmen—. ¡No sé qué haces hablando con mi prometido en pijama! Por favor, vístete enseguida y atiende tus tareas. Ya habrá otra doncella que se encargue del desayuno.

La doncella se marchó impresionada por el carácter de la señorita. Esta, con el rostro serio, se sentó junto a su prometido en la mesa, agarró un trozo de pan y comenzó a untarse mermelada mientras balbuceaba palabras con tono de enfado.

—¿Se puede saber qué haces tratando con ella y mostrando tanta confianza? —le preguntó con un tono cargado de celos.

—No creas que soy el primero en sorprenderme al verla por la casa en pijama y bata, como si fuera una señora más —respondió, observando el enfado en el rostro de su prometida—. Mira, Felisa, tú misma la trataste bien cuando nos la encontramos en el camino. No entiendo este cambio de actitud. Es buena chica. Seguro que simplemente se levantó temprano para tomar algo y no esperaba verme en el comedor tan pronto.

—Pierde cuidado, que sé bien que no anda buscándote. Sus ojos los ha puesto en mi primo Gabriel —se acercó al oído para susurrarle—, y él la ha correspondido; se están viendo a escondidas.

—¿Qué dices? —respondió en tono bajo y con gesto de sorpresa.

—Lo que oyes. Anoche los descubrí en pleno momento de pasión, sin que me viesen. ¡Ah!, y casi los sorprende también el tío Arsenio, pero no llegó a hacerlo porque se puso a hablar conmigo y no salió afuera —tras decir esto, cambió su rostro de chismosa por uno de preocupación—. No es ninguna inocente, Ramón. Por eso te ruego que no te acerques a ella.

—Tranquila, que yo solo tengo ojos para ti —le dijo, acariciándole la barbilla y mirándola con ternura.

—Eso espero. Pero no es todo. Ayer Mariana me advirtió que sospecha que Carmen anda buscándote a ti.

—¿De verdad? Pobre Mariana. Se cree dueña de su esposo y se dedica a dar consejos a los demás, cuando ella misma debería mantener los ojos bien abiertos.

—Yo, por si acaso, tendré bien abiertos los ojos, te lo aseguro. No sea que mi primo se canse de ella y entonces fije su atención en ti. Por eso te ruego que, cuando la encuentres, no te acerques demasiado ni mantengas confidencias con ella. ¿Entiendes por qué no me inspiró confianza verla en el comedor con esa actitud hacia ti?

En ese momento llegaron Don Arsenio y su esposa Obdulia, acompañados de su hijo y de Mariana.

—Veo que hay hambre. ¿Qué pasa, Felisa? ¿Tu padre no te da bien de comer? —comentó Doña Obdulia con un tono sarcástico mientras se sentaba y le pedía con un gesto a una sirivienta que comenzara a servirle el pan con mermelada—. Parece que habéis corrido mucho para sentaros a la mesa.

—¿Qué está usted diciendo, señ...? —Ramón intentó responder, pero su contestación fue interrumpida por un gesto

de Felisa, quien, intentando mantener la educación, habló en su lugar—:

—Tía Obdulia, sepa usted que mi padre me ofrece todas las mañanas lo que precise y guste para desayunar. Y hambre no tenemos; simplemente hemos llegado primero por pura casualidad.

—¡Obdulia, por favor! —le recriminó Don Arsenio a su esposa—. Tengamos respeto por la hija de mi hermano.

—Mis disculpas. Desayunemos en paz. ¿Qué tal la noche, ambos? —preguntó Obdulia, mirando a su marido con un rostro de circunstancia, sintiéndose ofendida por la reprimenda, pero consciente de la imprudencia de sus palabras. Por ello decidió cambiar de tema y adoptar un tono amable y cordial.

—Bien, me desperté en plena madrugada por algunos ruidos, pero no era nada. Luego dormí como una bendita —respondió Felisa.

—Yo he dormido como un lirón. La habitación que me han ofrecido es muy confortable, algo alejada de la de Felisa, pero no me importa —dijo Ramón con una sonrisa.

—¡Claro que no te tiene que importar! —interrumpió Mariana al aparecer de repente en el comedor, sentándose junto a la mesa—. Buenos días. Disculpad que me haya entrometido así en la conversación, pero me pareció oportuno dejarlo claro —respondió Mariana—. Os recuerdo que no estáis aún casados y debéis estar bien lejos el uno del otro como buenos cristianos. ¡Que corra el aire!

—Buenos días, prima Mariana. Y lo hacemos, se lo prometo —respondió Felisa.

—Mariana es demasiado beata, prima —comentó Gabriel mientras se servía café en una taza—. Yo te pediría que lo hicieras por respeto, más que por temor al pecado. No creo que Dios se ofenda por querer a quien es tu pareja ni por desearla cerca.

—Hijo, ¿por qué no le pides al servicio que te sirva el café? ¿Tienes que hacerlo tú mismo delante de nuestros invitados? —dijo su madre al observarlo—. Ya sabes que no me gustan esos detalles, que no somos unos cualquiera.

—¡Madre! Ya estamos con esas. Son sirvientes, no esclavos. Tengo manos —respondió Gabriel.

—Disculpad sus modales. Quizás os sintáis extraños por la poca finura de tu tío, querida Felisa —comentó Mariana—. Siempre tenemos a su madre y a mí que estar corrigiéndole.

—No se preocupen, la verdad es que yo tampoco tengo reparos en servirme el café, al igual que Ramón —respondió Felisa, sirviéndose también.

—¡Qué barbaridad! ¿Y tu padre no te riñe? —preguntó Doña Obdulia.

—A veces, pero creo que ya me da por imposible.

—¡Vaya juventud! ¿A dónde nos llevará? —se lamentó Don Arsenio—. Por cierto, Gabriel, hijo, anoche estuve pensando una cosa. Os noto a ti y a Mariana algo nerviosos últimamente, como si no os viese a gusto en casa. He reflexionado sobre esto y he llegado a una conclusión.

—No sé a qué viene esa reflexión, pero dígame, padre, ¿de qué se trata? —preguntó Gabriel mientras Mariana lo observaba intrigada.

—El problema es que no estáis viviendo como unos padres de familia normales. Lo que intento decir es que lo mejor, en mi

opinión, sería que os fuerais a vivir a vuestra propia casa, sin las manías ni el autoritarismo de estos pobres viejos.

—¿Quiere que nos mudemos a nuestra propia casa? ¿No nos quiere en la finca?

—Exacto. Quiero que ambos tengáis la vuestra propia.

—¡Don Arsenio! —exclamó Mariana con rostro de felicidad—. Me parece una idea excelente.

—He estado pensando en mi hermano Jacinto. Como sabéis, tiene un cortijo a las afueras de Jerez de la Frontera, en Cádiz, y está pensando en deshacerse de todo e irse a las Américas con su mujer.

Jacinto es el primero de los hermanos Gallardo, siendo pues mayor que Don Arsenio y de Don Fernando, el padre de Felisa. Está casado con Doña Victoria Carazana, una distinguida dama jerezana. Ambos no tienen hijos, pero si una gran hacienda y muchos negocios que trabajar. Son ya mayores, y ambos hace un tiempo expresaron a los otros dos hermanos la intención de dejarlo todo y marchar a vivir tranquilos a un lugar de América con un grupo de familias nativas con las que hicieron buenas amistades en su juventud.

<sup>2</sup>Este sacerdote, de ochenta y dos años de edad, era delgado, de rostro alargado y pelo canoso. Traía el habitual gorro de sacerdote colocado sobre su cabeza y su sotana negra con el habitual cleriman en el cuello.

<sup>3</sup> Ese era el mote de un famoso bandido de la época. Cometió muchos delitos y era muy temido por las autoridades.

—Pero, tío Arsenio —interrumpió Felisa la conversación entre ambos—, ¿ha consultado esto con mi padre?

—Por favor, Felisa, te ruego que no te metas en esto; no te concierne. Ya discutiré con él lo que haya de tratarse —respondió Don Arsenio con tono tajante.

—Pero, tío, ¿cómo que no me concierne? Si estábamos hablando de que el tío Jacinto... —dijo, pero al mirar a Gabriel y Mariana, comprendió que era mejor ser prudente y callar—. Nada, tiene usted razón; será mejor que trate el asunto con el tío Jacinto y con mi padre.

—Tu padre aquí ni pincha ni corta, querida —intervino Doña Obdulia—. Se hablará con tu tío Jacinto y será él quien decida qué hacer.

—Bueno, bueno —comentó Don Arsenio, tocándose el pecho con gesto de ligera molestia—. No quería tampoco crear un ambiente de disputa familiar. Sois mis invitados y no quiero empañar vuestra agradable visita.

—Por mi parte no hay nada que discutir ahora. Estoy muy a gusto de tener la oportunidad de compartir estos días con ustedes. ¿Le sucede algo, tío Arsenio? —preguntó Felisa con preocupación.

—No os preocupéis, no es nada. Se me pasará pronto. Este corazón cada día está más viejo —respondió, bajo la mirada preocupada de su esposa Obdulia—. Prosigamos con este delicioso desayuno.

El ambiente entre todos se mantuvo algo tenso, a pesar de los intentos de los comensales por suavizarlo. Tras el desayuno, cada

uno se retiró a sus labores, quedándose Mariana a solas con la pareja de novios en el salón, sentados en el sofá.

—Felisa, cariño —dijo Mariana, mirando de reojo a Ramón—, me da pena que por todo esto pueda romperse nuestra buena relación.

—Verá, Mariana —respondió Felisa—, mi tío habló hace poco con mi padre para informarle que tenía la intención de regalarme su hacienda como presente de boda.

—Bueno, pero aún no lo ha hecho —replicó Mariana—. Y como has oído, yo también necesito un lugar donde vivir con mi marido. Eso será asunto que deberán resolver tu tío y tu padre. Al final, nosotras nos quedaremos con lo que nos toque y lo aceptaremos tal cual. No quiero que te enfades conmigo si al final nos quedamos con ella, y tampoco yo lo haré si finalmente te la regala a ti, ¿de acuerdo?

—Bueno, está bien —concedió Felisa—. No queda otra, prima. Veo que eres justa.

—Entonces ven, dame un abrazo y olvidemos este asunto.

Tras ello, Mariana invitó a ambos a pasear por el jardín. Pasadas varias horas de charlas y de tomar un refresco juntos en uno de los bonitos patios de la casa, Mariana se marchó alegando tener que resolver algunos asuntos. Entonces, Felisa aprovechó para ir al salón junto a su prometido y hablar a solas con él.

—Por fin estamos solos. ¿Qué te ha parecido todo el asunto? Me temo que mi tío Arsenio no está por la labor de que yo sea quien reciba esa finca.

—Yo no puedo hablar mucho, pues se trata de tu familia. Mas creo oportuno advertir el hecho de que no podemos permitir

esto. Nos conviene tener la posesión de esa hacienda. ¿No te das cuenta?

—Ya, pero tampoco es justo que la reciba yo por la cara. Mi tío y mi padre tendrán que llegar a un acuerdo.

—Hay una solución —dijo Ramón, desviando la mirada, sin atreverse a fijar los ojos en su prometida. Por su gesto, Felisa intuyó que lo que estaba a punto de proponer no sería precisamente honorable.

—Te conozco, y me temo que vas a decirme algo que no se corresponda con la decencia. ¿De qué se trata?

—¿No viste a Gabriel con esa doncella? Pues ahí está la clave. Si logramos que se separen Mariana y él, no podrá emanciparse. ¿No lo comprendes?

—¿Es posible lo que estoy oyendo? ¡Qué desvergüenza! ¿Cómo puedes desearle tal cosa a mi primo?

—¿Desearle un mal? No exageres. Tu primo no ama a esa mujer. Basta con hacer correr ciertos rumores, o dar un pequeño empujón a sus devaneos, y se romperá lo suyo. Créeme, es lo que nos conviene.

—¿Y arruinar un matrimonio por simple conveniencia? No, Ramón. ¡Eso no lo permitiré!

Aniceta entró preocupada, tras haber escuchado gritar a la pareja.

—Disculpad, señores. ¿Hay algún problema? Lo digo porque se les escucha discutir desde la cocina. Les advierto que la señora Obdulia se encuentra en la pequeña capilla rezando, y puede que haya oído los gritos.

—Pierda cuidado, estábamos hablando de un tema de pareja. Nos iremos a dar una vuelta por el jardín para proseguir nuestra charla.

Mientras tanto, en el salón, Carmen frotaba la ropa en el lavadero y Gertrudis estaba distraída preparando la comida. En ese momento sonó la campanilla de la puerta principal. Aniceta acudió a abrir y anunció a la señora Obdulia —que había terminado de rezar y ahora se encontraba leyendo en la sala de lecturas— la visita del padre Jeremías.

El sacerdote apareció en el umbral, con su sotana negra impecablemente planchada, el alzacuello bien ajustado y una leve sonrisa en los labios. Su figura era delgada, de estatura media, y caminaba con una dignidad contenida, propia de los hombres acostumbrados a ser escuchados en silencio. Llevaba un pequeño sombrero de ala corta en la mano, y el sol del mediodía brillaba suavemente sobre la cadena de oro de su reloj, que asomaba del bolsillo del chaleco. En su mano derecha relucía el anillo sacerdotal que la señora besó con respeto al recibirlo.

—Un placer recibirle en esta cristiana casa, padre. Siéntase cómodo. ¿Desea algún refrigerio?

—Muy amable, como siempre, señora Obdulia. Le agradecería una simple limonada para este sediento siervo de Dios.

—Como guste. —Dio dos palmadas con la mano y apareció de inmediato Carmen, dispuesta a atenderlos.

—¿Qué desean los señores?

—Verás, sírvele al padre una limonada y a mí una infusión de té, por favor.

—Como mande la señora. Enseguida se lo traigo.

—Gracias, señora Obdulia —le agradeció el sacerdote—. A esta doncella no la conozco; imagino que es nueva en el servicio.

—Sí, lleva unos días con nosotros. No es mala moza, es cumplidora. Y está entendiendo bien nuestras costumbres y la posición que ha de adoptar en esta santa casa. Siéntese, padre, y póngase cómodo.

—Gracias. Me parece muy bien. Y, hablando de lo que me trae aquí, el motivo de mi visita es que usted, como buena cristiana y devota que es, me da la convicción de que es sensible a las muchas necesidades que sufren tantas familias humildes para poder subsistir en su día a día.

—Entiendo, padre Jeremías, que lo que usted viene a pedir es dinero para esos menesterosos que rondan como moscas por su parroquia.

—Bueno, llámelos como quiera, pero hay mucha necesidad. Algunas familias ya no tienen medios para llevarse un plato de comida a la boca. Y, al mismo tiempo, algunos empiezan a propagar ideas de odio generadas por las desigualdades que presencian.

—¿Se refiere usted al hecho de que mucha gente culpa a otros de su pobreza? Usted, como sacerdote, debería explicarles cómo funciona el mundo. Nadie tiene la culpa de nacer en la posición que nace.

—Por supuesto. Pero sí podemos ayudarnos los unos a los otros. Los que están arriba pueden tender la mano a los de abajo. Jesús quiso fomentar la generosidad, no acabar con ricos y pobres.

—Mire, padre Jeremías, yo le daré un donativo, como buena cristiana, pero con el objeto de tener un poco más a Dios de

parte de esta familia honrada y generosa que somos. Por otra parte, quiero que le conste que no entiendo por qué algunos tenemos que sacar del apuro a quien no ha nacido para otra cosa que no sea servir. Si no han sido capaces de encontrar un acomodo trabajando para alguna familia decente, como nosotros, no veo razón para estar preocupándonos por ellos hasta el extremo de sacarles de su misma miseria.

—Yo, de lo que usted me ha expresado, solo le responderé con el agradecimiento por el donativo. Y ahora que dice que han nacido para servir... ¿por qué no da trabajo a alguno de los jornaleros que no encuentran faena? Hay muchos que suspiran por trabajar en una hacienda como la suya.

—Porque no podemos, padre. Ya tenemos los suficientes.

El padre Jeremías guardó silencio durante unos segundos. Bajó la mirada, como si meditara una respuesta, y frotó con suavidad el anillo de su mano derecha. Luego alzó los ojos hacia la señora Obdulia, sin reproche, pero con una sombra de pesar en la expresión.

La estancia quedó en un breve silencio. Solo se escuchaba el leve chisporroteo del guiso que preparaba Gertrudis en la cocina, al fondo. La luz del mediodía entraba por las celosías y dibujaba formas en el suelo, como si el tiempo se hubiera detenido entre aquellas paredes llenas de devoción... y certezas inamovibles.

—Entiendo —dijo por fin el sacerdote, con voz queda—. Agradezco, en nombre de los necesitados, su generosidad.

En ese momento entraron por la puerta Felisa y Ramón, lo que llevó al sacerdote a ponerse en pie para saludarlos.

—Tiene delante, padre, a mi sobrina política, llamada Felisa, y a su prometido. Su nombre es Ramón, y están a punto de

contraer matrimonio en próximas fechas. Han venido desde Madrid de visita para compartir con nosotros tan grata alegría. —Entonces se dirigió a la pareja—. Muchachos, tenéis delante al padre Jeremías. Es párroco de la zona y capellán de nuestra finca.

—Mi más sincera felicitación, joven. Y a usted, mozo, mi enhorabuena por escoger a tan hermosa dama.

—Gracias, padre. Es usted muy cumplido —respondió Felisa con una sonrisa, mientras ambos tomaban asiento en uno de los sillones del salón.

—Y decidme, jóvenes, después de casaros, ¿vais a vivir en Madrid o vendréis por esta zona a ser uno más de nosotros? Nos llenaría de alegría si así fuera.

—Bueno, nuestra idea... —comenzó a explicar Felisa, sin poder terminar la frase, pues fue interrumpida por su tía Obdulia.

—De momento tienen que plantearse qué hacer. Su padre no tardará en otorgar al joven un buen dote y buscarles un lugar digno, quizás en Madrid, donde compartir juntos su matrimonio.

—Bueno, pues me alegro, jóvenes —dijo el sacerdote, con gesto cordial.

Felisa fingió una falsa sonrisa, entendiendo a la perfección el mensaje velado de su tía Obdulia, que no era otro que dejar claro su propósito: luchar para que su hijo Gabriel se hiciera con la finca del tío Jacinto.

—Lo que no le he contado, padre —continuó doña Obdulia—, es que mi hijo Gabriel pronto se muda a una hacienda propia, en la provincia de Cádiz.

—¡Cuánta alegría esta mañana! —respondió el padre Jeremías—. Sentiremos la marcha de este cristiano matrimonio que forman su hijo y doña Mariana, pero todo sea por mejorar en la vida.

—Permítame que le pregunte, padre: ¿qué tal es su parroquia? —intervino Felisa.

—¿Mi parroquia? —repitió el sacerdote, sorprendido, y en lugar de mirar a la muchacha, desvió la vista hacia doña Obdulia, quien se apresuró a responder.

—Verá, padre, la joven aún no conoce bien nuestra hacienda. Aún no ha visitado nuestra capilla.

—Bueno... —insistió Felisa—, pero me gustaría conocer también la parroquia. ¿Dónde está?

—Jamás nadie de su familia me ha preguntado nunca por ella. Suelo ser yo quien acude a esta casa a decir misa —repuso el sacerdote, visiblemente impresionado.

—Tía Obdulia, ¿usted no acude a misa los domingos con el resto de parroquianos?

—Verás, sobrina —respondió con tono condescendiente—. Somos gente de un escalón muy superior a los que acuden a rezar con el padre. No solemos mezclarnos. Tu situación es diferente: vives en la capital, en una zona rodeada de personas normales, cuyo nivel social es aceptable. Es lógico que acudáis a misa y no os sintáis solos en el templo.

—Vaya... Bueno, pues será eso —murmuró Felisa, incapaz de ocultar el disgusto. Prefirió callar antes que expresar lo que sentía al oír aquellas palabras cargadas de soberbia.

Ramón, por su parte, apenas prestaba atención a la conversación. Estaba demasiado ocupado ideando algún plan para hacer pública la relación entre Carmen y Gabriel.

—Pues, señores, ha sido un placer. —El sacerdote se levantó para despedirse—. Pero este anciano cura tiene que volver a atender a las almas inocentes que rondan mi parroquia.

—Gracias por su visita, padre. Vuelva cuando quiera. Esta es su casa. —Mientras decía esto, doña Obdulia sacó de su bolso su cartera y le entregó al sacerdote cincuenta pesetas en billetes—. Aquí tiene su ayuda; no olvide citar en misa, con voz bien clara, la procedencia, para que se sepa del buen nombre de mi familia.

—Dios se lo agradecerá, doña Obdulia. Su generosidad es enorme. Por cierto, ¿cómo está su esposo? El bueno de don Arsenio.

—Va a mejor, padre. A veces con algunas molestias a causa de sus problemas de corazón, pero, por lo demás, se le nota sano. Gracias por preguntar.

—Dele un saludo afectuoso de mi parte y dígame que cuenta con mis oraciones.

—Se los daré, padre. Muy agradecidos.

—Hasta más ver, señora.

Una vez que el sacerdote se marchó, doña Obdulia invitó a la pareja a conocer la capilla. Era amplia y solemne, con las paredes revestidas de un terciopelo azul profundo que absorbía la luz y confería un aire de recogimiento. Al fondo, un retablo espléndido dominaba la estancia: en el centro, una Virgen de la Victoria de fina talla, vestida con ropajes dorados y coronada, flanqueada por imágenes de numerosos santos venerados en la región. Frente a ellos, un sagrario de plata relucía bajo la tenue

iluminación de los candelabros, guardando celosamente el misterio del altar.

Felisa quedó maravillada ante tanta belleza.

—Es precioso, tía Obdulia —dijo admirada—. La Virgen es realmente hermosa.

—Fue bendecido todo por el propio obispo Marcelo Spínola, un ilustre pastor que Dios guarde en su gloria, y que tu abuelo —el padre de mi marido— tuvo el honor de conocer.

—Sí, mi padre me contó una vez que la familia tuvo a bien conocerlo. ¿Entonces esta capilla tiene muchos años?

—Por supuesto. Casi setenta años. Y ya que te ha gustado, ¿no os gustaría casaros aquí?

—Bueno, ya tenemos todo acordado en Madrid, pero se agradece mucho el ofrecimiento.

—Es una lástima, aquí hubierais tenido una boda realmente hermosa.

Al salir de la capilla, doña Obdulia cerró con llave la puerta detrás de ellos. En ese instante, se encontraron con Carmen, que se dirigía a los dormitorios llevando la ropa limpia para colocar en las camas.

—Disculpen, señores —dijo Carmen—, voy a colocar la ropa en sus habitaciones y luego prepararé la mesa para comer.

—Espera, Carmen —le pidió Ramón—. ¿No te gustaría luego, por la tarde, quedarte un rato con nosotros a charlar?

—Pero la señora Felisa me pidió...

Felisa se quedó mirando extrañada a su prometido, y luego dirigió la vista hacia su tía, que ya se marchaba sola hacia la puerta de entrada de la casa.

—¿Tú eres tonto? ¿Cómo se te ocurre preguntarle eso con mi tía tan cerca?

—Bueno, ya se ha ido. Se creerá que estamos dándole alguna orden a ella. No te apures.

—¿Qué es lo que quieren exactamente los señores? —la doncella mostraba signos de estar agobiada—. Tengo faena y no me puedo entretener mucho.

—Carmen, estoy preocupada por cosas que he oído sobre ti y que no me han gustado. Pero te voy a ser sincera: mi tía Mariana me advirtió que podías estar interesada en mi novio. Eso me quitó la idea de que pudiésemos ser amigas. Pero al día siguiente descubrí que en realidad a quien persigues es a Gabriel.

—¡Ay, señores! —exclamó Carmen—. Solo soy una trabajadora y no quiero líos, menos con unos señores que me trataron tan bien a la llegada, como vosotros. ¿Cómo iba a pretender arrebatarse a su prometido?

—Mucho peor: lo estás haciendo con el esposo de Mariana. Es decir, con mi primo. Os vi momentos antes de que Gabriel volviera anoche de la calle.

—Señora, es algo complicado de contar. Su esposa no le quiere, le trata muy mal, y él me ha dado muestras de que me ama. Le ruego que me comprenda...

—Bueno, eso a nosotros nos da igual, Carmen —comentó Ramón, intentando tranquilizarla—. Lo que buscamos es algo que nos conviene que suceda y que hace común contigo dicho interés.

—No entiendo nada. De verdad.

—¡No seas insensible, cariño! —le recriminó Felisa a su novio—. Debemos expresar que es verdad que la suya es una sincera

historia de amor y que Mariana no es tan buena como parece. Yo prefiero que Carmen se lleve a mi primo —ahora volvió la mirada muy seria hacia Carmen—, pero con la confianza de que no buscas su dinero.

—Para nada, se lo prometo. ¿Y qué interés tienen los señores en que fracase ese matrimonio?

—Es algo complicado de contar, pero es por temas de dinero, de una finca que nos va a pertenecer y que Mariana nos quiere arrebatar a través del tío Arsenio. —Esto último lo dijo Ramón mientras miraba a ambos lados, cerciorándose de que nadie les escuchaba.

—De acuerdo, seguiremos hablando —les dijo Carmen—. Pero ahora tengo que seguir con las faenas, o la ama de llaves me reñirá por tardar.

Carmen subió la escalera en dirección a las habitaciones, y ellos se dirigieron al jardín para pasear.

Discretamente, durante el tiempo que duró la conversación que habían tenido los tres, Mariana había estado escuchando detrás de una pequeña ventana que comunicaba la sala de lecturas con el pasillo que da acceso a la capilla.

—¡Malditos bastardos! No conseguirán nada. He de hacerme con esa hacienda y evitar que estos mequetrefes se entrometan —pensó para sí misma—. Pero lo primero es quitarme de en medio a esa amante sin que nadie se entere, pues corre el peligro de que doña Obdulia se plantee que no soy la nuera que le conviene a su hijo, al no ser amada por él, y mover los hilos para lograr una nulidad.

Tras reflexionar, puso en marcha un plan que iba a ejecutar inmediatamente, tras realizar una simple llamada telefónica.

## 12 EL PLAN PERFECTO

Eran las nueve de la noche cuando Gabriel regresó a la finca, tras una jornada agotadora de gestiones y asuntos de sus negocios. Antes de entrar en la casa, se desvió hacia el establo, vacío a esas horas, por si a Carmen se le hubiera ocurrido la misma idea que a él: encontrarse allí a solas, antes de su regreso. Pero no fue así. Decepcionado, regresó al edificio principal y, al entrar en el salón, encontró a Mariana sentada en el sofá, esperándole con una expresión serena y expectante.

—Buenas noches, cielo —le dijo ella con una sonrisa.

—Hola. Vengo muy cansado... ¿Qué tal ha ido el día por aquí?

—Pues bastante tranquilo. La joven pareja ha pasado la tarde jugando a las cartas y, más tarde, curioseando entre los aparceros. Les han enseñado algunas cosas sobre cómo cultivamos la uva. A tu prima Felisa, en especial, le ha encantado ver cómo se trabaja la viña.

—Estupendo... No veo a nadie del servicio. ¿Dónde están?

—¿Dónde van a estar? En sus quehaceres. ¿Para qué los necesitas?

—Quería pedir un poco de agua. Vengo sediento. Iré a buscar a alguien.

—No te molestes. Yo iré. Tú siéntate y descansa en tu sofá.

—¡Que no! No quiero darte trabajo.

—Cualquiera diría que tienes especial interés en ver a alguna de ellas... ¡Ve, ve!

Gabriel sonrió con gesto incómodo y se dirigió a la cocina. Saludó a Aniceta, que fregaba una olla enorme bajo el chorro del

grifo, y a Gertrudis, que repasaba la encimera con un paño húmedo mientras dejaba escapar un suspiro de cansancio.

—Entiendo que, si anda usted buscando a la muchacha, es que no sabe que su esposa la ha enviado fuera —dijo Gertrudis, sin mirarlo, mientras exprimía el trapo con firmeza—. Nos han informado que fue destinada a atender a otra familia.

Gabriel regresó al salón con el ceño fruncido y el gesto severo. Al ver a Mariana, cruzó los brazos con firmeza, dejando claro su enfado.

—Necesito que me expliques qué ha pasado con esa doncella.

Mariana, que parecía anticipar la pregunta, respondió con fingida tranquilidad:

—Imaginaba que me lo preguntarías. Pues muy sencillo: se la hemos prestado al matrimonio Rupérez. Mañana llegará la sustituta. Resulta que el bueno de don Camilo requiere más ayuda de la habitual, y su doncella, la pobre, ya no da abasto. Así que he enviado a Carmen con la intención de intercambiarla por otra más joven. Es un acto cristiano hacia un vecino anciano.

Gabriel alzó la voz, incrédulo:

—¡Pero los Rupérez están a doscientos kilómetros de aquí, casi llegando a Córdoba!

—Por supuesto —replicó Mariana, sin perder la compostura—. Ha ido en carruaje, como es natural, y su sustituta vendrá del mismo modo. ¿Acaso pensabas que iban a recorrer semejante distancia a pie?

—¿Lo saben mis padres?

—Se lo comenté a tu madre y me respondió que le daba lo mismo una doncella que otra. A tu padre no lo consideré necesario.

Gabriel subió las escaleras con pasos furiosos, y al llegar a su dormitorio, cerró la puerta de un portazo tan violento que hizo vibrar los ventanales de la planta baja. El estruendo sacudió el silencio de la casa y alertó a don Arsenio, que apareció en el salón con el ceño fruncido, acompañado por su esposa Obdulia, tras salir de la capilla.

—¿Qué ha sido ese ruido? —preguntó con tono severo—. ¿Qué ha ocurrido?

—Nada grave, suegro —respondió Mariana con una sonrisa contenida—. Su hijo simplemente no está de acuerdo con que ayudemos a un buen amigo de la familia.

—¿Y qué ayuda es esa, si puede saberse?

—He decidido enviar a Carmen, la doncella joven, con los Rupérez. Les hace falta una muchacha ágil, y he considerado oportuno intercambiarla por otra de más edad, más curtida y tranquila. A fin de cuentas, es un acto de caridad con vecinos que ya no pueden valerse solos del todo.

Don Arsenio suspiró y negó con la cabeza, visiblemente incómodo.

—Tenéis que poneros de acuerdo en estas decisiones. No podéis estar discutiendo a gritos ni con portazos, y menos delante de nuestros invitados. Por cierto... ¿dónde se han metido?

—No lo sé —dijo Mariana, alzando ligeramente los hombros—. Estuve con ellos esta tarde en los viñedos, pero ahora mismo no los he vuelto a ver...

Don Arsenio subió las escaleras con paso firme, aunque sin brusquedad, y se detuvo frente a la habitación de su hijo. Dio dos golpes suaves en la puerta y dijo con voz grave:

—¿Puedo pasar?

—Pase, padre. Pero quiero que sepa que estoy muy enfadado.

Al entrar, lo encontró sentado al borde de la cama, los ojos vidriosos y una petaca de whisky entre las manos, de la que bebía a pequeños sorbos. La penumbra del dormitorio acentuaba el aire sombrío que lo envolvía.

—¿Tú crees, hijo, que es propio de un hombre derramar lágrimas como un niño mientras se embriaga como un perdido?

—dijo don Arsenio, sin reproche, pero con cierta ironía en la voz.

—¿Y qué quiere que haga? —respondió Gabriel con amargura—. Si mi mujer decide por los dos como si yo no existiera. Toma decisiones importantes sin siquiera consultarme.

Don Arsenio suspiró y se acercó despacio, apoyando una mano en el respaldo de una silla.

—¿Tan hondo te ha calado esa joven doncella? Hijo, las mujeres... las mujeres son como las estaciones: vienen y se van, traen frío o calor, según les place. Si tu esposa se muestra distante, ya llegará otra que te abrigue cuando el invierno se te meta en los huesos.

Gabriel se quedó un segundo extrañado. Entendió inmediatamente que su padre era conocedor de sus escarceos con la doncella.

—Qué cosas más insensibles me dice, padre.

—Hijo, con quien te has casado es con Mariana. Esa es la que siempre tendrás que aguantar. Las otras son como algo efímero. Ya te dije que yo estuve con muchas, sin que tu madre lo supiera, pero nunca cometí el error de enamorarme. Y tú vas a enmendar

ese error. No vas a seguir enamorado. Lo harás comportándote como un Gallardo, manteniendo la cabeza alta.

—Es muy fácil decirlo, cuando no se siente nada. Yo amo a esa muchacha, padre. Jamás he conocido a un ser tan hermoso y dulce.

—¡Pues sí que estás enamorado hasta la ceja! —Don Arsenio se quedó unos segundos pensativo antes de continuar—. Bueno, en este caso, seré yo quien ceda y te ayude. Pero no te acostumbres...

—¿Cómo? ¿Qué va a hacer?

—Pues te vas a ir a donde esté esa moza unos días, con la excusa de acompañar a tu prima en su regreso. Aunque esa lagarta de tu esposa también querrá ir, por lo que habremos de pensar algo con lo que frenarla. Tú déjalo todo en mis manos.

—¡Gracias, padre! —Le dio un abrazo tan fuerte que don Arsenio le pidió apartarse rápidamente.

—Se te nota la fuerza de la juventud, hijo. Ahora volvamos, que tengo que anunciar algo sobre un asunto que he dejado zanjado esta misma tarde.

Pasada media hora, ambos bajaron por la escalera. Felisa y Ramón ya estaban sentados junto al resto en la mesa, dispuestos a cenar.

—Cariño, ¿se te ha pasado el enfado? —preguntó Mariana, mientras troceaba con delicadeza el pescado de su plato.

—Pues sí. Pero que conste que me sentó muy mal que tomaras una decisión así sin contar conmigo —respondió él, tomando asiento.

—Bueno, lo importante es que todo está ya en calma. Me revuelve el alma pensar que el motivo de la discusión haya sido el

cambio de una simple doncella. ¡Qué barbaridad! —intervino Doña Obdulia.

—Mi marido, siempre tan sensible, suegra —añadió Mariana con media sonrisa.

—En fin, cambiando de tema... —dijo Don Arsenio, ajustándose la servilleta sobre las piernas—. Como mañana nuestros invitados se marchan, quería aclarar que esta tarde hablé por teléfono con mi hermano Jacinto.

—Gracias, suegro. Supongo que no habrá puesto pegas con el traspaso de la finca —dijo Mariana, lanzando una mirada de soslayo a Felisa mientras hablaba.

—No es que haya puesto problemas... La cuestión es que no habrá traspaso. He decidido que debéis quedaros una temporada más con nosotros. Y más adelante, si os veo realmente coordinados, hablaremos de emanciparos. Además, mi hermano me ha confirmado que le regalará a Felisa su finca y sus negocios como obsequio de boda.

—¿Pero qué disparate es este? ¡Usted nos invitó hace nada a marcharnos y ahora dice lo contrario! Está usted desvariando, suegro. ¡Y tú, Gabriel, no entiendo cómo puedes permitirlo! —exclamó Mariana, levantándose enfadada de la mesa y abandonando el salón sin esperar respuesta.

—¡Qué carácter! Esto no se lo voy a permitir a tu esposa, hijo —dijo Doña Obdulia a Gabriel, visiblemente molesta.

—Yo, de verdad, no quiero meterme en líos —murmuró Felisa con incomodidad.

—No te preocupes, sobrina. Y disculpa por este espectáculo al que estás asistiendo —respondió Don Arsenio, apesadumbrado por la actitud de su nuera.

Tras levantarse de la mesa, doña Obdulia, sintiéndose ofendida, le hizo una seña a su esposo mientras se abanicaba con ímpetu, y ambos se retiraron a su dormitorio. Era su forma de mostrar indignación. No le habían gustado las formas en que su nuera trató a su marido, aunque, en su fuero interno, tampoco estaba de acuerdo con la decisión de este.

Quedaron, pues, solos en el comedor la pareja de novios y Gabriel. Aniceta esperaba de pie junto a la puerta, por si necesitaban algo.

—Primo, lo siento. Lamento tener que decirte que el tío Jacinto le hizo esa promesa a mi padre. Ruego comprendas nuestra ilusión de vivir en Jerez con nuestras propias viñas y negocios —le expresó Felisa con tono lastimero.

—Os entiendo. Yo no quiero nada de eso. Tengo todo lo que mi padre me dejará en herencia algún día para disfrutarlo. No os preocupéis. No debéis sentir preocupación alguna.

—Por mi parte, que sepas que mi hermano será quien herede a mi padre. Por eso el interés en recibir yo lo del tío.

—Te repito: ¡no hay problema! Venga, dame un cariñoso abrazo, prima.

Se dieron un abrazo. Luego, Ramón se acercó a Gabriel y le susurró unas palabras al oído. Aunque lo dijo en tono bajo, alcanzaron igualmente los oídos de Aniceta, que se encontraba cerca. Gabriel, tras escucharlo, quedó impresionado y marchó junto a ellos al exterior. La ama de llaves se quedó entonces recogiendo el salón, hasta que apareció Mariana.

—Dime, Aniceta, ¿a dónde se han ido esos estúpidos enamorados?

—Pues no lo sé. Yo no les he preguntado ni presto atención a lo que dicen. Soy muy respetuosa con los señores.

—Pues vas a afinar tu atención y tu memoria, porque, de lo contrario, daré orden de que echen a patadas a tu madre de ese centro sanitario. Así que atente a las consecuencias.

—¿No será usted capaz?

—Ponme a prueba.

—Señora, sólo pude oír cómo expresaban la felicidad por recibir esa hacienda en Jerez y cómo el señor Ramón le dijo a su marido que le aguardaba una impresionante sorpresa en el establo abandonado. Tras eso, salieron fuera.

—¡Malditos! Ya sospecho de qué se trata. Se han puesto todos de acuerdo para echarme de la familia y aceptar a esa zarrapastrosa.

Aniceta se quedó con la boca abierta al escuchar las palabras de la señora. Entendió que Mariana estaba obsesionada con una especie de conspiración familiar contra ella y que en su interior bullían celos profundos.

Tras hablar con Aniceta, Mariana se dispuso a salir, pero se tropezó en la puerta principal con Felisa y Ramón.

—Prima, ¿a dónde va usted tan sofocada? ¿Le pasa algo?

—¡Hipócrita! —le espetó Mariana—. Has venido a esta casa a réirte de mi familia, a refregarnos tu ambición. ¡Esa hacienda de tu tío Jacinto es de mi marido!, y tú, niñata, se la has arrebatado. Para colmo, has decidido apoyar una relación pecaminosa. Esto te va a costar caro. ¡Tengo ganas de darte dos bofetadas!

Ramón se colocó entre ambas y empujó con la mano a Mariana.

—¡Quédese quieta usted! —exclamó—. Señora, a mi prometida no le va a tocar ni un pelo.

—¡Tú! —respondió Mariana con voz cortante—. Comprobarás que lo pagarás caro. Ya veréis que nadie se ríe de mí.

—¿Cómo puede usted pensar tanto en los bienes y tan poco en la felicidad de los demás, tía Mariana? —le preguntó Felisa, visiblemente impresionada.

—Porque no me gusta que me arrebaten lo que es mío. Y hablando de eso, ahora dejadme el camino libre. ¡Apartaos! —ordenó con firmeza—. Que quede bien claro que voy a ir a encontrarme con esa pelandrusca en ese antro. A mí es difícil engañarme.

Mariana empujó bruscamente a Ramón con la mano derecha y salió decidida camino al establo. Con la mirada llena de odio, atravesó la puerta y su sorpresa fue mayúscula al encontrar a Gabriel dentro, acariciando con ternura a un potro recién nacido.

—Mira, esposa —dijo él con una sonrisa—. Unos ganaderos de la zona vieron a Felisa esta tarde observando los viñedos desde lejos y se le acercaron para preguntarle si se haría cargo de este animalito. Es como si hubiesen sabido de antemano cuánto le gustan los animales. Tras aceptarlo, me lo regalaron. Ya sabes cuánto me ha gustado siempre criarlos.

—¡Yo...! —balbuceó Mariana, impresionada—. No sabía que estabas aquí... Pensé...

Tras un rato acompañando a su marido en silencio, volvieron a la casa y se acostaron. Felisa y Ramón se quedaron en el salón junto a Don Arsenio, quien en un momento dado miró el reloj

de pared y soltó el libro que tenía en las manos, señalándoles que ya era hora de ir a dormir. Sin embargo, la pareja no se dirigió a la cama, sino que salió al exterior y se encaminó hacia el establo. Allí les esperaba Carmen, que había regresado de un lugar oculto, y estaba junto al potro.

Durante la media hora anterior a todo esto, la doncella se había escondido en los jardines de la casa, detrás de un gran árbol de tronco enorme, donde no podía ser vista desde ninguna ventana. Con la ayuda de Felisa y su prometido, había fingido haber montado en un carruaje esa misma tarde y haberse marchado. El conductor recibió algo de dinero por parte de Ramón y partió con la carreta vacía hacia su destino. Mariana no se había percatado de que la joven doncella no iba a bordo cuando dio la orden de partir.

—¿Dónde está Gabriel? ¿Funcionó el engaño a Mariana? —preguntó Carmen con ansia.

—Parece que sí, así que no me equivocaba —respondió Felisa—. Sabía que tras su enfado en la comida iba a bajar a preguntar por su marido. ¡Qué listo fue Ramón al susurrarle tan alto al oído! La ama de llaves se fue de la lengua. Mariana creyó que te encontraría en el establo, pero se llevó un chasco al ver a ese potro.

—Todo esto me tiene muy nerviosa, necesito relajarme de alguna manera —dijo Carmen, dirigiendo la mirada al animal—. Es muy lindo este potro, ¿de dónde lo habéis sacado?

—Pues es lo que le contó Gabriel a Mariana: nos lo regalaron unos ganaderos. Todo ha sido pura casualidad y saber aprovechar la coyuntura.

—¿Y ahora qué? ¿Va a bajar él?

—Sí, pero será de madrugada. No te preocupes. Por ahora todo va bien. Estamos contigo. No nos gusta esa arpía, por mucha esposa que sea de mi primo. Hemos comprobado lo ambiciosa que es —respondió Felisa.

—Os estoy muy agradecida por todo. Habéis sido muy comprensivos al admitir la relación que han entablado Gabriel y yo. ¿Él se lo ha tomado bien, saber que lo habéis descubierto?

—Hasta se ha reído con todo lo que habíamos planeado. Está muy feliz de saber que estamos de acuerdo con que os hayáis hecho amantes.

—El problema que veo es cómo se arreglará lo de la familia a la que me obligó a ir a atender. ¿No llamará ese señor preguntando por mí?

—No te apures por esa cuita; ya está todo arreglado. Hice las llamadas desde Madrid para que mandaran a una de las doncellas jóvenes de mi casa y le digan que proviene de aquí, de Málaga. Pierde cuidado —Felisa le guiñó un ojo al decir esto.

Carmen le dio un abrazo en señal de agradecimiento.

—¡Se merecen ustedes todo lo mejor! No saben cuánto les aprecio.

—Por favor, Carmen, rebajemos el trato y tutéanos. Al estar con mi primo somos como familia, y eso es lo que procede.

Tras estas palabras, se despidieron y dejaron sola a Carmen en el establo, que mostraba una ansiedad palpable por la llegada de Gabriel y poder abrazarlo. Mientras tanto, Felisa y Ramón paseaban por los jardines de la casa, a pesar de la avanzada hora de la noche.

—Cariño, estoy convencido de que piensas que quizás estamos haciendo algo inmoral —dijo Ramón, abrazándola mientras caminaban—. Pero ese matrimonio no se quiere, y en cambio es hermoso lo que ha nacido entre tu primo y Carmen.

—Qué extraño me resulta verte tan sensible en estos temas del amor, cielo —respondió Felisa con una sonrisa.

—La verdad es que a mí me interesa la hacienda de tu tío Jacinto, pero no la lucharía si por medio estuviera una pareja decente. Si hago lo que hago es porque no puedo soportar a la mujer de tu primo; no es buena persona. Y él merece a alguien mejor. Que me digan si es o no cristiano romper un matrimonio, pero peor es mantener uno que es un infierno. No soy tan malo como parezco, soy justo.

—Lo sé, Ramón. No te preocupes, eres una persona hermosa. Por eso me enamoré de ti. ¡Te quiero! —dijo, y le besó suavemente en la mejilla.

—Mañana tenemos que preparar las maletas temprano. Debemos irnos ya a dormir. Pero no quiero hacerlo sin que me des un beso aún mejor que el que me acabas de dar.

Se detuvieron en medio de una pequeña plaza del jardín, rodeados de bancos y entre pequeños matorrales. Allí se besaron con pasión, sin saber que, oculto entre la penumbra de los arbustos, Patricio los observaba. Se quedó pensativo, resignado a que todo parecía destinado a que Gabriel y Carmen terminaran juntos como pareja.

Ya habían pasado dos horas desde aquella noche, y Felisa y Ramón se habían retirado a sus respectivas habitaciones. Gabriel, con sigilo, emprendió su discreta salida nocturna hacia la calle. Primero se detuvo junto al pozo, como de costumbre,

para encender un cigarro. Quiso asegurarse de que, si Mariana miraba por la ventana, lo viera con la actitud habitual de alguien que simplemente sale a tomar aire fresco. Al comprobar que no ocurrió así, se dirigió con paso firme hacia el establo abandonado.

Allí estaba Carmen esperándolo. Al verlo, corrió a sus brazos y comenzaron a besarse con pasión contenida.

—Te he echado tanto de menos, mi vida —le susurró ella con fervor.

—Y yo a ti. No tenemos mucho tiempo; si tarda en notar mi ausencia, sospechará que algo pasa.

—Quisiera tenerte siempre aquí, conmigo, besándote cada noche, mimándote... ¡Te amo! —dijo, mientras le cubría el rostro de tiernos besos: primero en la mejilla, luego en la frente y finalmente un roce delicado en los labios.

—Cariño, mañana ocurrirá algo importante. Mi prima y su prometido regresan a Madrid, y mi padre quiere que les acompañe. De paso, de manera discreta, iré a verte a tu nuevo trabajo.

—¿Cómo? ¿Tu padre? ¿Ya lo sabe? ¿Te ha invitado a eso?

—Sí, pero él no sabe que estás aquí. Cree que Mariana ganó la partida y que te has ido. Por eso tendremos que fingir, evitar que descubra la verdad. Tú vendrás con nosotros en el carruaje.

—Pensé que negaría nuestra relación... ¡Esto es fantástico! ¿Y a dónde iremos?

—A Madrid. Desde allí llamaré a casa para avisar que he decidido quedarme un tiempo, aprovechar y cerrar unos acuerdos con compradores de nuestros vinos. Pero la verdad es que tú y yo estaremos juntos en la capital unos cuantos días.

—¡Te quiero! —dijo Carmen, y se fundieron en un beso efusivo y cargado de emoción.

Después, con el corazón apretado, se separaron para esperar el amanecer, momento en que huirían en el carruaje hacia una nueva vida.

## 13 IMPREVISTO

Al amanecer, Felisa se despertó nerviosa mientras terminaba de preparar sus cosas. No le gustaba hacer esperar al conductor de la diligencia que habían contratado para partir. Guardó sus pertenencias en la maleta y salió al pasillo, donde comenzó a dar golpes suaves a la puerta de Ramón. No había respuesta. Insistió, aumentando el ritmo.

—¡Ramón! —gritó, cada vez más impaciente—. ¿Te has quedado dormido?

Por el pasillo apareció su primo Gabriel, acompañado de Mariana, ambos ya despiertos y vestidos. Gabriel se acercó preocupado.

—¿Qué pasa, prima? ¿Por qué esos gritos?

—Pues Ramón no contesta. Le estoy llamando para que se despierte y prepare la maleta, pero no me responde. Y ya sabes que no voy a entrar sin que me lo permita.

—¿No será que ya bajó a desayunar? El otro día fue muy madrugador.

—No creo. Acordamos avisarnos. ¿Te importa echar un vistazo?

Gabriel abrió despacio la puerta y miró al interior. Luego entró corriendo hacia la cama. Allí yacía Ramón, con gesto dolorido, tocándose la barriga y apenas capaz de hablar.

—¡Prima! ¡Mariana! —gritó Gabriel con desesperación—. ¡Entrad!

Felisa mostró un rostro de preocupación y asombro.

—¿Qué ocurre? ¿Qué le pasa a Ramón?

—Parece que se ha puesto enfermo. ¡Llamad a un médico!

—¡Voy yo! —dijo Mariana de repente. Se asomó al cuarto y, sin más, salió corriendo. Bajó las escaleras en busca del teléfono de la sala de lecturas. Pero al llegar, en vez de descolgar, dejó atrás la falsa angustia, se acercó a una mesilla donde había una botella de brandy y varias copas, se sirvió una y comenzó a beber con una mirada fría y una sonrisa cruel. Tras varios sorbos, por fin descolgó el auricular.

—¿Operadora? —pidió con voz firme—. Póngame con el doctor Benítez, por favor. Gracias.

Después de una breve espera, la voz del médico respondió.

—Doctor Benítez al aparato. ¿Con quién tengo el placer de hablar?

—Con doña Mariana, esposa de Gabriel Gallardo. ¡Ay, doctor! Necesitamos de sus servicios. Uno de nuestros invitados, el prometido de mi prima política, está enfermo. Le agradeceríamos su ayuda.

—¿Qué le ocurre? ¿Cuáles son sus síntomas?

—No lo sé con certeza. Mi marido me pidió que llamara, pero no se preocupe, no creemos que sea grave. Son solo algunas molestias leves. Estamos preocupados, pero tampoco queremos interrumpirlo si tiene alguna urgencia mayor.

—Muy bien, acudiré tan pronto como pueda.

—Gracias, doctor. Siempre tan atento con esta humilde familia. Un saludo.

Mariana, tras colgar el teléfono, regresó a la habitación fingiendo prisas y una preocupación que no mostraba ni al médico ni en su soledad.

—¡Ay! —exclamó con voz angustiada—. ¿Cómo sigue, pobrecillo?

—Parece que se está reponiendo —respondió Gabriel—. Le estoy dando golpes en el cachete, pero no termina de reanimarse. Ojalá llegue el doctor pronto.

—¿Y cómo ha sido, Gabriel? ¿Qué le ha pasado? —preguntó Mariana, con un falso miedo en la voz, mientras Felisa entraba y salía de la habitación mostrando un nerviosismo sincero.

—¡Por favor, acompaña a mi prima mientras yo me quedo con él! —pidió Gabriel.

Mariana tomó a Felisa del brazo, invitándola a calmarse, y la condujo hasta el comedor. Una vez sentada en el sofá, bajó a la cocina a preparar una infusión de tila.

Mientras tanto, desde el establo, Carmen observaba discretamente cómo un carruaje se detenía ante la casa y el doctor bajaba para dirigirse al interior.

Don Arsenio y su esposa desayunaban en el comedor cuando llamaron a la puerta. Aniceta se apresuró a abrir y permitió la entrada del doctor.

—Buenos días, señores. ¿Dónde se encuentra el enfermo? —preguntó al matrimonio.

Don Arsenio frunció el ceño, desconcertado.

—Desconozco a quién se refiere, doctor. ¿Hay alguien enfermo en la casa? —preguntó a su esposa, quien negó con la cabeza, mostrando evidente sorpresa.

—Disculpen que les interrumpa, pero debo advertirles que hace un rato vi a Mariana correr hacia la sala de lecturas, donde se halla el teléfono —intervino Aniceta—. Supongo que ella fue quien avisó.

—Probablemente —respondió Doña Obdulia—. Gracias por acudir, doctor. Sea usted bienvenido. La ama de llaves la acompañará a las habitaciones para que pueda atender a quien precise.

Aniceta condujo al doctor hasta la habitación del joven y le ofreció pasar para examinarlo.

Después de una hora, el doctor emitió su diagnóstico:

—Las constantes vitales parecen mejorar poco a poco. El pulso se estabiliza y la respiración vuelve a la normalidad. Ha sufrido un problema estomacal. Le recetaré un medicamento para acelerar su recuperación, aunque necesitará reposo absoluto.

—Hoy debían partir hacia la capital —comentó Gabriel con preocupación.

—Imposible en estas condiciones —respondió el doctor—. Tengo la obligación moral de recomendar que posterguen la partida.

—Doctor, ¿qué puede haber causado estos síntomas?

—Es evidente que ha ingerido algún alimento en mal estado, probablemente carne que le provocó una indigestión. No debe alarmarse, con reposo bastará para una recuperación completa, no veo necesario recetarle nada. Por mi parte, esto es todo lo que necesitan de mis servicios.

—Le acompañaría a la puerta, pero debo quedarme con él —dijo Gabriel—. Mi esposa se encargará de despedirlo si no le importa.

—No hay problema, encantado de haberles servido. Que tengan un buen día.

Mariana, tras acompañar al doctor hasta la puerta y verlo partir, regresó al salón donde Doña Obdulia la esperaba, con un libro de la Biblia entre las manos.

La noche anterior, sin que nadie se percatara, ambas habían mantenido una conversación en la que concluyeron que lo mejor para la familia era impedir aquel matrimonio, aun si eso implicaba eliminar a uno de los dos. Doña Obdulia insistió en que, por lazos de sangre, debía ser Ramón quien “desapareciera”. Mariana se encargó, por teléfono, de contactar con unos bandidos que cumplirían la orden durante el regreso de los jóvenes a Madrid.

—Buenos días, suegra —saludó Mariana—. Veo que su esposo se ha marchado. ¿Está usted meditando algún pasaje del Evangelio?

—Estoy en mi meditación diaria —respondió Doña Obdulia con solemnidad—. Ahora que me has interrumpido, explícame qué ha ocurrido. Aprovechemos que mi marido ha preferido ignorar el asunto y se ha ido a los viñedos para comprobar cómo marcha la recolección con algunos trabajadores.

—Pues los planes se han visto alterados —dijo Mariana con tono grave—. Ese infeliz no está acostumbrado a nuestra carne; la ternera que probó anoche le sentó fatal.

—¿Cómo dices? —preguntó Doña Obdulia, frunciendo el ceño—. Yo también amanecí algo indigesta.

—Te lo confirmo —asintió Mariana—. El doctor le diagnosticó una mala digestión, fruto de la cena, probablemente por la carne.

—¿Y cómo se encuentra ahora?

—Se está recuperando poco a poco. Quizá fui demasiado precipitada al llamar al médico; debería haber esperado un poco más para que sufriera esas molestias.

—No te castigues. Hiciste lo que debías. Este contratiempo no ha de desviar nuestros planes. El apellido Gallardo debe defender lo que es suyo.

—Con todo respeto, suegra, eso me parece absurdo. Felisa también lleva el apellido Gallardo.

—No ofendas mi inteligencia, Mariana. En cuanto se case con ese señorito, el apellido Velázquez pasará a ser titular de toda la hacienda de mi cuñado. ¡No podemos permitirlo!

—¿Sigue adelante lo que anoche discretamente me propuso?

—Por supuesto. En cuanto ese necio se recupere y los dos enamorados partan, deberán sufrir algún percance en el camino.

—El problema es Gabriel. Su marido está empeñado en que los acompañe. Esta misma mañana pensaba impedirlo antes de que ocurriera el incidente.

—Lo que tienes que hacer es dejar claro a esos matones que hemos contratado quién es la presa. No quiero que se derrame ni una gota de sangre de mi hijo o de mi sobrina.

—Como usted mande, suegra. Le dejo con su Biblia y su meditación. Nunca está de más rezar para obtener la ayuda que necesitamos. A más ver, seguiré con mi rutina.

Pasaron varias horas; ya era la sobremesa. Ramón comenzó a comportarse con normalidad cuando, en ese momento, Felisa entró por la puerta.

—¿Cómo está mi prometido? ¿Está grave? —preguntó, con preocupación.

—El médico nos ha comunicado que aprecia su mejoría —respondió Gabriel, sentado a los pies de la cama—. Ya empieza a encontrarse mejor.

—¡Qué mal lo he pasado! —dijo Ramón con dificultad—. Tenía el estómago fatal.

—Vaya, parece que no te ha sentado bien el chuletón de anoche, Ramón —contestó Gabriel con media sonrisa.

—Vaya... no debí de ser tan glotón.

—Pierde cuidado, son cosas que pasan. Ahora tienes que cuidarte y quedarte un día más en casa —les dijo, mirando a ambos.

—Tendré que hablar con tu madre y comentarle que nos quedaremos más tiempo. No sé si se molestará —exclamó Felisa, con el rostro cargado de preocupación.

—No te apures, ¿cómo se iba a molestar?

La joven bajó corriendo la escalera y se tropezó con su tía Obdulia.

—Buenas tardes, tía. Tengo que hablar con usted de algo importante.

—Ahora no tengo tiempo —respondió la señora, impaciente—. ¿No os ibais a marchar hoy? ¿Qué ha ocurrido?

—¿Cómo es posible que usted no sepa nada? ¿No se lo han comunicado?

—¿Sobre qué tema en particular?

—Mi prometido ha enfermado; sufrió un incidente a causa de la cena.

—¿Enfermado? ¿Por la cena? —exclamó con incredulidad—. ¡Qué cosas dices, jovencita! ¿Me harías el favor de no decir

tonterías? Y haced el favor de hacer las maletas pronto, que necesitaremos esas habitaciones libres cuanto antes.

—No comprendo cómo puede hablarme así ni que no se haya enterado del incidente —respondió Felisa, perpleja.

—En realidad sí me he enterado, pero tengo claro que ese fresco de tu novio ha hecho teatro para disfrutar varios días más de nuestra hospitalidad.

—¡Diantres! —replicó Felisa, ofendida—. No esperaba esas palabras de usted. Parece importarle más que nos marchemos que la recuperación de Ramón. Pero pierda cuidado, he captado el mensaje: haremos la maleta y marcharemos hoy. Donde no se es bien tratado, lo mejor es sacudirse los zapatos y largarse.

Doña Obdulia mostró un rostro serio y permaneció callada unos segundos, mirando fijamente a la joven, hasta que rompió el silencio de manera brusca.

—¿Cómo tienes la mala educación de hablarme así, ingrata? —exclamó—. Parece mentira que, encima de haberte acogido tan hospitalariamente en nuestra casa, recibamos este desprecio. ¡Qué desfachatez! Hemos sido muy generosos y no merecemos este trato de tu parte. ¡No nos merecemos esto! Pero ya veo cómo sois: dos simples señoritos sin un duro, que van a vivir de los esfuerzos de otros sin merecimiento alguno.

—Con todos mis respetos, ¿qué insinúa, tía Obdulia? ¿A qué viene eso último?

—Que observo con vergüenza ajena cómo tu futuro marido no te ofrece sustento, sino que dependerá de los bienes de tu familia. ¿No te das cuenta? En lugar de recibir la hacienda de tu tío Jacinto, lo que deberías exigirle a él es que herede algo de sus padres o familiares. ¡Es un caradura!

—Ya me doy cuenta de lo que sucede en esta casa. No se preocupe, le repito que marchamos hoy mismo. Intentaré que Ramón se recupere lo antes posible para no tener que verla más.

—Por mí, hacedlo en este mismo instante —replicó Doña Obdulia—. No encuentro motivo para preocuparme por alguien como tu novio, que aún no es de mi familia. Ahora tengo que seguir con mis asuntos; estaré en la capilla rezando. Te lo digo por si hay suerte y me avisan de que os marcháis.

Felisa se volvió sobre sus talones y ascendió por la escalera, resonando sus pasos suavemente sobre la madera. Al abrir la puerta de la habitación, interrumpió la conversación que mantenían Ramón y Gabriel.

—Me alegra ver que ya estás mejor, prometido mío —susurró ella, acercándose con delicadeza para posarle un beso en la frente—. He hablado con la tía Obdulia. —Un brillo húmedo en sus ojos preocupó de inmediato a Ramón.

—¿Qué te ha dicho? ¿Por qué esa expresión tan seria? —preguntó Ramón, intrigado.

—Prefiero no hablar de ello ahora, Gabriel está aquí y no quiero que se me escape algún comentario que hiera —respondió con voz contenida.

El aludido bajó la cabeza, soltando un suspiro cargado de pesadumbre. En su interior, comprendía que su madre habría pronunciado palabras duras, quizás irreparables.

La joven tomó la mano de Ramón con suavidad y le preguntó con ternura:

—¿Cómo te sientes? ¿Crees que tienes fuerzas para partir hoy hacia casa?

—Sí, me encuentro mejor —respondió él, una tenue sonrisa en los labios—. Podríamos irnos ahora mismo. Pero, ¿a qué vienen esas prisas repentinas?

—La tía Obdulia está convencida de que todo esto es un simple teatro para prolongar tu estancia a su costa —confesó Felisa con tristeza.

—Entonces vámonos —afirmó Ramón con decisión—. Ya estoy mejor y no deseo permanecer más tiempo en esta casa.

—No digas eso —intervino Gabriel con voz firme—. Todavía no estás completamente recuperado. Recuerda lo que nos dijo el médico.

—Pero tu madre prácticamente nos ha echado de aquí —dijo Felisa, dirigiéndose a Gabriel—. Durante el viaje, me encargaré de abanicar a Ramón para que esté lo más cómodo posible.

—Lo entiendo —respondió él, resignado—. Tal vez sea lo mejor. No es de extrañar que no queráis seguir soportando a mi madre.

Por unos momentos, los tres se quedaron en silencio, compartiendo un aire de complicidad y cansancio. Luego, Felisa y Gabriel comenzaron a preparar las maletas mientras Ramón reposaba, dispuestos a partir hacia Madrid, tal y como se había planeado desde un principio.

## 14 EL INCIDENTE

Carmen aguardaba, nerviosa, oculta entre las sombras del establo. Su ansiedad comenzó a disiparse en cuanto vio llegar la diligencia. De la casa salieron primero los dos jóvenes prometidos, seguidos de Gabriel y su esposa, Mariana. Esta última, sin despedirse de Felisa ni de Ramón, le hizo un gesto a su marido para que esperara antes de subir.

—Recuerda llamar en cuanto llegues a Madrid —le pidió con suavidad—. Y no tardes en regresar. Intenta resolver esos asuntos cuanto antes, ¿de acuerdo? Dentro de unos días nuestro hijo saldrá del internado para visitarnos, y me gustaría que estuvieras aquí.

—Por supuesto. No creo que me demore —respondió él.

Se despidieron con un beso fugaz, y Gabriel subió al interior del carruaje. Desde dentro, Felisa, abanicando con ligereza a Ramón, que mostraba cierta incomodidad, dirigió la vista hacia el establo. Carmen, oculta entre las sombras del interior, contuvo la respiración, sin atreverse a moverse.

El carruaje inició la marcha con parsimonia. Mariana, tras observar cómo se alejaba, se giró en silencio y volvió a entrar en la casa. Fue entonces cuando Gabriel, aún dentro de la diligencia, echó una última mirada hacia atrás. Al comprobar que su esposa había desaparecido tras la puerta, alzó la mano y dio al cochero una nueva orden: rodear la hacienda y entrar discretamente por la parte trasera.

Media hora después, el carruaje se detuvo discretamente detrás del viejo establo. Gabriel bajó con sigilo y se coló por una puerta lateral, llamando a Carmen en voz baja:

—¡Corre! Hemos venido por ti. El carruaje está en la parte trasera para no ser vistos por ella —le susurró, con apremio.

Se tomaron de la mano y echaron a correr. Por desgracia para ellos, Mariana se hallaba en la sala de lectura, mirando por una ventana. Al verlos, lo que al principio fue asombro se tornó rápidamente en ira. Bajó las escaleras corriendo y salió al exterior, lanzándose hacia el sendero que conducía a la verja principal de la hacienda. Pero fue en vano: alcanzó a ver cómo el carruaje se alejaba con Carmen rumbo a Madrid, sin poder hacer nada para evitarlo.

Pasaron cuatro horas. El camino de tierra, largo y con baches, hacía el viaje incómodo. A ambos lados, los árboles se sucedían uno tras otro, todos muy similares, como si no avanzaran. Ramón dormía, mientras Felisa reposaba la cabeza sobre su pecho. En los asientos de enfrente, Gabriel y Carmen se mantenían muy juntos, con las manos entrelazadas, intercambiando miradas tiernas y besos breves, que no se atrevían a intensificar por respeto a la prima y a su prometido.

—Este parece el carruaje del amor, primo Gabriel —dijo Felisa con una sonrisa.

—Y que lo digas. ¿Quién nos lo iba a decir, prima? ¿Te acuerdas cuando, de pequeños, jugábamos a adivinar con quién nos casaríamos? Tú siempre decías que a mí me tocaría alguien que me amara mucho.

—Sí, aunque durante un tiempo pensé que me había equivocado... Pero ahora veo que las cosas se pueden corregir. Me alegro mucho por ti.

De pronto, el carruaje se detuvo bruscamente, provocando expresiones de sorpresa entre los pasajeros.

—¿Qué ocurre? —preguntó Gabriel al cochero, asomando la cabeza por la ventanilla.

—Un bandido nos ha obligado a parar, señor... Mucho me temo que se trata de un atraco.

Frente a la diligencia se detuvo un hombre con el rostro cubierto por un pañuelo hasta la nariz. Con gestos secos, ordenó a los ocupantes que bajaran del carruaje.

—Nos obligan a bajar. ¡Vamos! —dijo Gabriel con urgencia.

—¿Qué es lo que querrán estos tipos? —preguntó Carmen, visiblemente asustada.

—No preguntéis nada. Debemos mantenernos en silencio —advirtió Ramón con tono grave.

Gabriel se giró hacia Carmen y le susurró:

—Carmen, quédate dentro. Agáchate. No debe saberse que vienes con nosotros... Ni siquiera estos bandidos pueden saberlo. ¡Corre, escóndete!

Ella asintió con un movimiento rápido y se agazapó entre los asientos. Desde fuera, su presencia pasó desapercibida.

Más bandidos aparecieron por los flancos, apuntando con armas a cada uno mientras descendían. Los tres jóvenes y el cochero, ya en el suelo polvoriento, alzaron las manos en señal de rendición.

—¡Muy bien! —gritó uno de los forajidos, con voz autoritaria. Parecía el líder—. Sean tan amables de irse

desprendiendo de sus pertenencias. Empecemos por las joyas de la señorita con pinta de burguesa —añadió, acercándose a Felisa.

—¡Ladrones! No pienso entregar nada —espetó ella, sujetando con firmeza un colgante de plata con una joya brillante en forma de diamante.

El bandido se le aproximó aún más, le cruzó la cara de un golpe seco y, acto seguido, le apuntó con la pistola a la frente.

—¿Tienes ganas de que te vuele los sesos, bonita?

—¡Cobarde! Muy valiente con una mujer. ¿Por qué no lo intentas conmigo? —intervino Ramón, dando un paso al frente.

—Vaya, vaya... Este nos ha salido gallito. ¿Es tu prometida? ¿Tantas ganas tienes de casarte ya? —le respondió el bandido con sorna, mientras giraba el arma hacia su estómago.

Desde ese momento, Gabriel comprendió que el bandido estaba bien informado sobre quiénes eran. Su intuición no iba desencaminada. Sentía la mano de Mariana detrás de todo aquel asunto.

—¿Con qué intención hacéis esto? ¿Queréis darnos un susto? ¿Qué es lo que vais a hacer? —preguntó Gabriel al bandido, mientras Ramón lo miraba con el rostro pálido de miedo.

—¿Qué quiere un bandido? ¡Dinero! ¡Joyas! Y, en nuestro caso... ¡sangre! Nos gusta verla correr tras cada botín. ¡Así de sanguinarios somos! —respondió el asaltante con una sonrisa perversa.

—¡Déjennos en paz, se lo ruego! —suplicó Felisa, ahora con la voz rota por el llanto y las lágrimas deslizándose por sus mejillas.

—Sí, claro, lo haremos... —contestó el bandido con tono burlón—. Cuando os hayamos registrado y nos llevemos todo lo vuestro. Pero eso sí... alguno de vosotros tiene que caer. Y mucho

me temo que vas a ser tú —añadió, señalando con el dedo directamente a Ramón.

De repente, uno de los bandidos que había ido a registrar el carruaje descubrió a Carmen, y la bajó de la diligencia agarrándola por los cabellos.

—¡Ey! ¡Pasoslargos! ¡Mira qué joya tenemos aquí! —gritó, arrastrándola hacia el claro.

El bandido líder, apodado con ese mote, se acercó a Carmen con gesto asombrado. Cuando estuvo junto a ella, hizo una pregunta simple, casi incrédulo:

—¿Qué diablos...? ¿Carmen? ¿Eres tú?

—¡Juan José! ¿Qué estás haciendo? —exclamó ella, sorprendida.

—¡Eso mismo me pregunto yo! ¿Qué diantres haces tú con estos burgueses? ¡No deberías estar aquí!

Juan José había sido un amigo de la infancia de Carmen, de cuando ella acudía con su madre a la población de El Burgo a vender productos de Atajate. Mientras la madre atendía el puesto, ellos jugaban en las calles como si fueran hermanos. Pero la vida los había separado. Juan José terminó huyendo de la justicia tras cometer distintos delitos, y acabó convirtiéndose en un reconocido y peligroso bandolero, perseguido por las autoridades.

El bandido señaló a su compañero con un gesto seco de la mano, ordenándole que la soltara. Ella corrió de inmediato hacia Gabriel, que la recibió en sus brazos.

—¡Bajad todos los brazos! —ordenó el hombre, descubriéndose el rostro—. ¡Se acabó el asalto!

—¿Qué significa esto, Carmen? —preguntó Gabriel, desconcertado.

Ella, aún temblorosa, le contó su historia con Juan José desde la infancia, mientras este último se alejaba unos metros para hablar en voz baja con los demás bandidos.

Aprovechando la distracción, el cochero trepó al asiento de la diligencia y sacudió las riendas con fuerza, intentando escapar al galope. Apenas avanzó unos metros cuando uno de los bandidos disparó sin pensarlo dos veces. El balazo lo alcanzó de lleno y cayó muerto, desplomándose sobre los caballos.

—¿Qué has hecho, imbécil? —rugió Juan José, propinándole un puñetazo al hombre armado.

—¡Iba a huir! Seguro que pensaba avisar a los civiles —se defendió el otro desde el suelo, con la voz cargada de reproche.

Juan José regresó junto a Carmen, más serio que nunca.

—Debéis tener mucho cuidado —dijo en tono grave—. Nos ha contratado la esposa de este caballero para acabar con la vida del prometido de esta señorita —añadió, señalando a Ramón con el dedo—. Tomad la diligencia y marchaos sin mirar atrás. Cuando lleguéis a vuestro destino, decid que sufristeis un asalto, algo habitual por estos caminos. Yo me encargaré de dar explicaciones a esa burguesa. Esto... lo hago por el recuerdo de lo que fuimos. Pero si vuelvo a encontrarte, puede que ya no consiga frenar a mis hombres. Cuídate.

—Y tú también —respondió Carmen, con los ojos húmedos—. No me gusta en lo que te has convertido... pero deseo que algún día encuentres una vida más honrada.

Se abrazaron en silencio. Luego, sin más palabras, Juan José alzó el brazo y ordenó a los suyos desaparecer entre los árboles.

Tras esconder el cadáver del conductor detrás de unos matorrales, subieron a la diligencia. Los rostros estaban serios. Felisa y Carmen se mostraban aterradas por haber visto morir al conductor de aquella manera; y, en particular, Carmen, por saber en lo que se había convertido su amigo de la infancia. Ramón permanecía pensativo, sin entender cómo tanto odio podía llevar a Mariana a desear su muerte. Gabriel se encargó de conducir.

Llevaban ya varios kilómetros recorridos cuando una patrulla de la Guardia Civil, formada por cinco hombres, les ordenó detenerse.

—¡Alto a la Guardia Civil!

Gabriel detuvo la diligencia. Uno de los guardias se acercó para interrogarlo.

—¿A dónde van? Tiene pinta de señorito. ¿Dónde está el conductor?

—Es lo que íbamos a denunciar ahora. Ha sido víctima de una emboscada por parte de unos bandidos.

—¿Cómo dice? ¿Quiénes son ustedes? ¿Serían tan amables de bajar todos del vehículo?

Gabriel y el grupo que se encontraba dentro del carruaje bajaron de inmediato al escuchar las palabras del guardia. Los cuatro se colocaron en fila frente a él, dispuestos a ser interrogados.

—¿Y dice usted que han sido víctimas de una emboscada? Entonces, ¿a qué vienen esas joyas en el cuello de esta señorita? —señaló a Felisa—. ¿Y cómo es que usted aún conserva ese reloj tan caro? —Ahora se dirigió a Ramón, para luego posar la vista

sobre Carmen y su vestimenta—. Usted debe de ser una sirvienta, ¿verdad?

—Le noto muy perspicaz. ¿Me permite explicarle lo sucedido? —solicitó Gabriel, con tono de preocupación.

—Estoy deseando escucharle, porque no entiendo qué clase de asalto han sufrido en el que, por lo que percibo, esos bandidos no parecen haberse llevado nada de valor.

—Venimos de la hacienda *Los Dos Racimos*. Soy hijo de don Arsenio Gallardo. Esta pareja son mi prima y su prometido, y, aparte de nosotros, viaja en la diligencia esta muchacha, una doncella que nos acompaña para asistirnos.

En mitad del camino sufrimos un asalto: nos hicieron bajar del vehículo e intentaron arrebatar nos nuestras pertenencias. Pero eran simples aficionados que no sabían lo que hacían. En cuanto el conductor del carruaje les plantó cara, a uno de ellos se le fue el gatillo y lo mató. Se asustaron —al parecer era la primera vez que cometían algo así— y huyeron. Pudimos entonces reanudar la marcha con la intención de acudir al pueblo más cercano y denunciar lo ocurrido.

—¿Dónde está el cuerpo de ese hombre?

—Lo dejamos tras unos matorrales, a la derecha del sendero, unos kilómetros atrás.

—Comprenderán que la historia que me han contado resulta algo peculiar. Lamento informarles de que debo llevarles al cuartel. Necesitamos confirmar lo que usted ha narrado, localizar el cadáver y esperar la orden que el sargento dictamine respecto a este asunto.

Los cuatro se miraron sin saber qué decir y, acompañados por dos agentes, subieron al carruaje. Uno de los guardias se ofreció

para conducir, mientras el resto marchó andando hacia la derecha del camino, en dirección al lugar donde habían dejado sus caballos. Desde allí partieron a buscar el cadáver al sitio que Gabriel les había indicado.

Pasadas dos horas de camino en un viaje tenso, en el que nadie se dirigía la palabra, llegaron a una pequeña población de Málaga llamada Carratraca, donde se encontraba el cuartel más próximo.

—Al final, primo... hasta podríamos acabar entre rejas por simple mala suerte —comentó Felisa con el rostro preocupado.

—No pasará nada. El sargento entenderá lo sucedido y nos dejará marchar —respondió Gabriel, mientras agarraba la mano de Carmen con cariño.

Uno de los guardias no tardó en notar el acercamiento entre ambos.

—Usted es un hombre casado, ¿verdad? Y sospecho que esta doncella no es su esposa —preguntó con curiosidad.

—Sí. ¿Tiene usted algún problema? —replicó Gabriel, con tono desafiante.

—No es que sea de mi incumbencia, pero sepa que la ley no está de su parte. El adulterio está penado. Tal vez aún no tengamos denuncia de su esposa, pero, si fuera usted, me abstendría de mostrar un afecto tan evidente hacia la joven. Nunca se sabe lo que puede deparar el futuro.

El guardia le dio este consejo tras observar las miradas, gestos y muestras de afecto que ambos compartían, sin disimulo, delante de los guardias, Felisa y Ramón.

—Entiendo, señor. Quizás tenga usted razón —respondió Gabriel con más serenidad.

—Yo nunca entenderé esto. El amor es algo incontrolable — dijo Carmen, con semblante serio.

—La ley es la ley, joven. Todos estamos sometidos a ella — replicó el guardia.

Mientras tanto, los constantes baches y obstáculos en las calles del pueblo hacían incómodo el trayecto en la diligencia.

—¿Queda mucho para llegar al cuartel, agente? —preguntó Ramón con tono impaciente.

—Ya mismo llegamos, son dos calles más abajo, junto al balneario.

—En cuanto lleguemos, pienso poner una denuncia.

Las palabras de Ramón dejaron impresionados a Felisa y Gabriel. Carmen parecía indiferente.

—¿Qué denuncia quieres hacer, cariño? ¿A esos bandoleros? —le preguntó su prometida.

—No, a Mariana. Pienso denunciarla.

—¿Quieres hacer el favor de callar? —le pidió Gabriel—. Ya meditemos lo que vamos a hacer después.

—¿Qué denuncia es esa a la que se refiere? —preguntó uno de los guardias, con tono curioso—. ¿Qué delito ha cometido esa tal Mariana?

Ramón observó el rostro de su prometida y de Gabriel. Comprendió que había sido imprudente y decidió moderar sus palabras.

—Perdone, agente. Es un problema familiar y creo que he exagerado. Lo que me incumbe con ella no es motivo de denuncia, pero sí de indignación. Tuvimos una discusión y nos lanzamos insultos. Me sentí dolido. Pero es cierto que no tengo nada contra ella para denunciar.

—Por favor, arreglen ustedes sus cuitas sin entrometer a la Guardia Civil, que bastante trabajo tenemos.

Llegaron al lugar de destino. Frente a ellos se alzaba un gran edificio que destacaba por su imponente fachada de ladrillos rojizos, cuidadosamente labrados y rematados con ornamentos de piedra blanca que contrastaban elegantemente con el tono cálido de la pared. Grandes ventanales con marcos de madera oscura dejaban entrever cortinas ligeras que se mecían con la brisa, mientras en la entrada principal, un pórtico de columnas clásicas daba la bienvenida a quienes acudían en busca de alivio. Desde la puerta, que permanecía abierta, entraban y salían personas de semblante tranquilo, algunas ataviadas con ropas elegantes que denotaban su estatus. El conjunto del edificio irradiaba un aire de serenidad y prestigio, que capturó inmediatamente la atención de Carmen.

—¿Qué es esto, Gabriel? Parece un lugar importante —preguntó ella, mientras los demás ya habían entrado al cuartel.

—Luego te lo explico —respondió él—. Es un balneario donde vienen a tratarse de males muchas personas que sufren diversas enfermedades.

Entraron en el pequeño cuartel. Junto a una mesa, sentado, se encontraba un guardia que, por su aspecto, dedujeron debía ser el sargento. Uno de los guardias que les había acompañado durante el trayecto los presentó. Tanto el sargento como ese guardia se retiraron luego a un pequeño cuarto para mantener una conversación privada. Salieron a los cinco minutos.

Después, ya sentados, el sargento les ofreció de beber mediante un botijo y comenzó el interrogatorio.

—Me ha explicado el agente Meléndez que ustedes han declarado haber sufrido un asalto.

—Efectivamente. Un asalto en el que resultó muerto el conductor del carruaje —respondió Gabriel.

—Por otra parte, no ha habido hurto ni lesiones hacia ustedes. Simplemente esos bandidos mataron a ese hombre y luego huyeron.

—Tal como usted lo describe. No podría narrarlo de manera más clara —continuó Gabriel, mientras los demás guardaban silencio bajo la atenta mirada del sargento.

—Según me han informado agentes que llegaron antes que ustedes al cuartel, han encontrado el cuerpo de ese infeliz y han comprobado que, tal como han explicado, murió a causa de un disparo. Pero hay un detalle que no encaja con lo que han expuesto.

—¿De qué detalle habla, sargento? —preguntó Gabriel.

—Del disparo. Según lo que ustedes declaran, el conductor se enfrentó a uno de esos bandidos y recibió un disparo. Sin embargo, al examinar el cadáver, el disparo es por la espalda.

—Sí. Porque el conductor se dio la vuelta cuando ya estaba decidido a continuar la marcha, y entonces recibió el tiro.

—¿Y ese golpe en el rostro y la herida en la pierna? Más bien parecen consecuencia de una caída. Yo diría que recibió el disparo, perdió el equilibrio y cayó del asiento del carruaje. Luego... La bala no es de un arma común; es un tipo de fusil más sofisticado, propio de los bandoleros más peligrosos. Lo sabemos porque la misma bala atravesó el cuerpo y apareció a pocos metros del lugar del incidente.

Los cuatro se quedaron callados, sin saber qué decir. Felisa y Carmen sentían una gran tensión nerviosa. Gabriel y Ramón meditaban las palabras que iban a responder. Tras unos segundos de silencio, el sargento retomó el interrogatorio.

—Necesito tomarles los datos. Por cierto, ¿a dónde se encaminaban?

—A Madrid. Yo iba a acompañar a mi prima y a su prometido a su casa. Han estado unos días de visita en nuestra hacienda —respondió Gabriel mientras buscaba en los bolsillos de su chaqueta la cartera.

—¿Y para eso se acompaña de esta doncella?

—Es una asistente. Lo creímos oportuno.

—Bien. Pues por favor, necesito sus credenciales. Hagan el favor de pasármelas y luego seguimos hablando.

—Señor agente, ¿estamos detenidos? —preguntó Gabriel, preocupado.

—De momento, no. Pero no pueden alejarse mucho. Necesito contrastar algunos datos. Por eso les voy a pedir que no salgan del pueblo. Si quieren, ahora pueden marcharse, pero vuelvan dentro de un par de horas.

—De acuerdo, señor. No se preocupe —comentó Gabriel, levantándose. El resto le secundó y, tras entregar sus cédulas, los cuatro salieron del cuartel y se reunieron en la puerta para hablar. Carmen no tenía ninguna, pero el agente encargado de recogerlas confió en la palabra de Gabriel, que aseguró que era su doncella y que no la llevaba encima.

—Bueno, ¿y ahora qué? —preguntó Ramón a Gabriel.

—No os preocupéis. En cuanto nos dé permiso el sargento, retomaremos el viaje a Madrid. Lo primero que tendremos que hacer es encontrar un nuevo conductor.

—E ir a comer algo —sugirió Ramón.

—Yo no tengo ni pizca de hambre. Parece que os da igual que hayamos presenciado un asesinato y que seamos sospechosos ante la Guardia Civil —protestó Felisa—. Creo que nos hemos metido en un lío.

—No seas negativa —le respondió su prometido—. A mí me preocupa más que me haya querido matar la malvada Mariana.

—Pierde cuidado —contestó Gabriel—. Me causa, al igual que a ti, pavor mi esposa, pero en cuanto hable con mis padres, me reuniré con ella y le pediré la anulación del matrimonio. Después intentaré alejarla de nuestras vidas lo más que pueda.

—¿Y tu hijo? ¿Qué ocurrirá con él? —preguntó Carmen, intrigada.

—No lo sé. No tengo respuesta. Quizás tengamos que compartir la custodia o algo así.

Una mujer de mediana edad pasó junto a ellos. Llevaba una bolsa grande y subió las escaleras que conducían a la puerta principal del balneario.

—¡Yo conozco a esa mujer! —exclamó Gabriel, señalándola con gesto de fuerte impresión.

—¿Y eso? —preguntó Carmen—. ¿Es amiga de tu familia o pariente?

—No. Es la parturienta de mi hijo Diego. Me gustaría ir a saludarla. Así podríamos aprovechar para mostraros el balneario por dentro.

—Lo conocemos, primo. Hemos venido algunas veces a bañarnos aquí.

—Yo no he entrado nunca —exclamó Carmen.

Gabriel la miró preocupado. Ramón y Felisa agacharon la cabeza, como evitando responder.

—Carmen, vamos a solicitar el acceso, pero me temo que te van a poner dificultades —le dijo Gabriel, agarrando sus dos manos con cariño.

—¿Pero por qué? No lo comprendo.

—Ahora lo verás.

Se dirigieron todos al balneario. Al llegar a la puerta, un hombre corpulento y de porte altivo se plantó frente a ellos, alzó una mano firme y les hizo señas de detenerse.

Tenía el rostro curtido por el sol, cejas pobladas que fruncía con severidad y una mandíbula cuadrada que apretaba con desdén. Vestía un chaleco negro impecable sobre una camisa blanca, y su pantalón estaba perfectamente planchado. A su lado, una pequeña mesa con un libro de registros y una caja de caoba denotaban la importancia de su labor.

—Tienen que pagar entrada —dijo con voz grave y autoritaria, sin siquiera mirar a Carmen.

Gabriel sacó del bolsillo el dinero correspondiente para los cuatro.

—Ella no puede entrar. No tenemos trabajo para ella aquí y tampoco tiene permitido el acceso —sentenció el portero, clavando la mirada en Carmen con una mezcla de desprecio y desconfianza.

—Ella no viene a buscar trabajo, nos acompaña y quiero que pase —respondió Gabriel con voz firme, sin ceder un ápice.

El porteroladeó ligeramente la cabeza y esbozó una sonrisa sarcástica, mostrando dientes ligeramente amarillentos.

—Señor, entiendo lo que dice, pero las normas aquí son claras: solo permitimos el acceso a personas de buena posición y vestidas como corresponde. No admitimos a menesterosos ni a quienes no cumplan con ese estándar.

—Comprendo —replicó Gabriel con paciencia, esforzándose por mantener una expresión convincente—. Por su vestimenta, usted piensa que ella es una simple criada, pero es todo lo contrario. Soy Gabriel Gallardo, hijo de don Arsenio, de la hacienda *Los Dos Racimos*. Ella es mi esposa, Mariana. Ha sufrido un atraco en la diligencia y ha tenido que usar la ropa de una doncella porque le robaron todos sus atuendos.

Aunque sus palabras sonaban convincentes, en realidad Gabriel estaba usando aquella mentira para asegurar que Carmen pudiera cruzar la puerta sin problemas.

El portero no desvió la mirada, manteniendo la rigidez en su postura.

—Lo siento, señor. No puede pasar. Le ruego que regrese cuando tenga una vestimenta adecuada.

El grupo se alejó de la puerta. Carmen, con el rostro abatido, se sentó en unas escaleras de mármol junto a una baranda de hierro forjado, mientras contemplaba el suelo con gesto triste.

—Soy una simple doncella, no soy nadie en este mundo, por lo que veo —susurró.

Felisa se arrodilló a su lado y le cogió una mano con ternura.

—No es eso. Solo que aquí no quieren que entren personas que no vistan como la alta sociedad, para no perder prestigio. Pero no te preocupes —añadió con una sonrisa—. Cuando te

cases con él, podrás pasar por esa puerta como una auténtica señora y te reirás de ese portero engreído.

Tras media hora, sentados todos en aquella escalera, Gabriel vio salir a la señora que decía conocer. Ella intentó disimular que lo había visto, pero él la llamó con voz firme.

—¡Señora, disculpe!

Ella se volvió, con el rostro tenso y una sombra de miedo en la mirada.

—¿Qué desea? ¿Qué quiere de mí? —preguntó, con un temblor apenas perceptible en la voz—. Mucho me temo que este encuentro puede acabar siendo algo no tan agradable como usted espera.

Gabriel abrió los ojos, impresionado, y luego mostró un gesto de intriga, mirándola con curiosidad.

—¿Por qué dice eso? Usted ayudó a mi mujer a tener a mi hijo Diego. La recuerdo perfectamente. ¿Qué mal podría haber en cruzarme con usted? —afirmó, perplejo.

Ella lo miró fijamente, con una tristeza contenida que parecía desgarrarla por dentro.

—¿Su hijo Diego? Qué inocente es usted —susurró, como si hablara más para sí misma que para él—. He estado rezando para evitar cruzarnos en los últimos meses, para no verme obligada a contarle esta verdad que voy a revelar.

Gabriel sintió cómo el mundo se tambaleaba bajo sus pies. Una extraña sensación de vacío le caló el pecho.

—¿De qué me habla? ¿De qué se trata eso que pretende decirme? —preguntó, manteniendo la curiosidad.

Ella respiró hondo y, con voz quebrada, comenzó a desvelar lo que había guardado durante años.

—Imagino que no creará lo que voy a decirle ahora, porque sé que será muy duro de asimilar. Pero ese niño, del que yo ayudé en el parto, no es suyo. Ella se casó con usted estando embarazada de otro hombre.

Las palabras retumbaron en la mente de Gabriel, paralizándolo por un instante. Su mirada se perdió en el horizonte, buscando respuestas en un espacio vacío.

—¿Pero qué tontería es esta? —exclamó, intentando aferrarse a la realidad que conocía.

Felisa lo sujetó del brazo, pidiéndole con los ojos que guardara la calma.

La mujer prosiguió, firme, aunque con el corazón encogido.

—Piense lo que quiera, pero ha sido víctima de un plan terrible que mi conciencia ya no puede ocultar. Conozco a la familia Montero desde niña, y a usted le han engañado como a un necio.

Gabriel apretó los puños, luchando contra la tormenta de emociones que se arremolinaban en su interior: incredulidad, rabia, dolor y una punzada profunda de traición.

Felisa, con voz protectora, intervino.

—¡Deje de ofender a mi primo, señora!

Carmen y Ramón permanecieron apartados, en silencio, observando la escena con creciente preocupación.

—Abra los ojos, señor Gallardo —continuó ella—. Esa mujer que llama su esposa suplantó a la verdadera Mariana, quien murió en un accidente antes de que usted la conociera. Se llama Magdalena Montero, y está casada con el verdadero padre del niño que usted cree suyo. Cuando herede de su padre, ella piensa quedarse con todo, quizá provocándole un accidente y

quedándose con la fortuna que correspondería a su falso hijo Gabriel.

Gabriel bajó la mirada, sintiendo que la realidad se deshacía como un castillo de naipes.

—¿Y cómo sabe todo eso? —preguntó con voz apenas audible—. Podría haber sido solo la parturienta que ayudó en el parto y nada más.

—No me considere una simple partera —respondió la mujer—. Yo era la esposa del hermano de Magdalena, su cuñada. Lo sabía todo y callaba por respeto a mi marido. Pero ahora que él ha muerto, mi conciencia no me permite seguir en silencio. Mariana me amenazó una vez con hacerle daño a mi padre enfermo si revelaba la verdad. He vivido bajo esa amenaza durante años.

Gabriel sintió la piel erizarse. Aquella confesión, tan humana y dolorosa, añadió peso a la verdad que negaba aceptar.

—¿Y ahora? ¿Por qué ha venido a decírmelo? —preguntó, con la voz quebrada.

—Porque mi padre falleció hace unos meses y ya no hay nadie que me pueda chantajear. Es hora de liberar lo que llevo dentro, tanto mal me consume —dijo, mientras las lágrimas rodaban por sus mejillas.

Carmen se acercó, tomó la mano de la mujer y la ayudó a sentarse con delicadeza.

—Tranquilícese, señora. Ya nos ha contado todo. Relájese.

Gabriel permaneció inmóvil, fijando la mirada en ella durante un largo minuto de silencio pesado. A su lado, Felisa lo observaba con creciente preocupación, viendo cómo el dolor y la

confusión se dibujaban en su rostro, como si cada palabra le clavara un puñal invisible.

De repente, sin mediar palabra, Gabriel se dio la vuelta y echó a correr. Sus pasos resonaban con fuerza en el empedrado mientras se internaba en la soledad de una esquina desierta y silenciosa.

Ramón quiso lanzarse tras él, pero Felisa lo sujetó con firmeza.

—Déjalo, no ahora —susurró con voz temblorosa.

Desde la distancia donde permanecían, un grito desgarrador y profundo rompió el silencio del pueblo, reverberando entre las estrechas calles y helando la sangre en las venas de todos.

## 15 ENTRE LA ESPADA Y LA PARED

El silencio invadía el interior del hogar de la familia Gallardo. Don Arsenio y su esposa dormían una plácida siesta en su dormitorio, mientras Mariana deambulaba inquieta por la sala de lectura, sumida en sus pensamientos. Entonces, alguien llamó a la puerta de la sala de lectura: era Aniceta, que golpeó suavemente, pero con insistencia.

—¿Qué diantres ocurre? ¿Para qué se me molesta? —respondió Mariana con enojo, sin dar permiso para entrar.

—Disculpe, señora. ¿Le importa que pase? Soy Aniceta. Creí conveniente hablar con usted sobre un asunto muy importante —insistió la voz desde detrás de la puerta.

—¿Importante? ¿Qué hay ahora más importante que mi propio matrimonio? ¡Déjame en paz!

—Señora, es acerca de la buena acción que usted realizó respecto a mi señora madre —continuó Aniceta con tono firme—. Me han escrito desde la dirección del centro, negándose a continuar los cuidados por falta de pago.

Mariana, tras escuchar aquellas palabras, se acercó a la puerta y la abrió, invitando a Aniceta a pasar.

—¿Cuándo te has enterado? —preguntó con voz firme.

—Este mismo mediodía, a través de una carta certificada. Han dejado de recibir el pago de los recibos correspondientes y amenazan con sacarla del centro. ¿Qué ha ocurrido? ¿Acaso usted ha decidido dejar de ayudarme?

—Más o menos —respondió Mariana, con un tono frío—. Se trata de que quiero que compruebes hasta qué punto tengo el

poder de decidir sobre tu persona. Necesito que entiendas que tu obediencia va más allá de la que se ofrece a una simple ama de llaves.

—He sido siempre una mujer obediente, señora Mariana, nunca le he fallado en nada. ¿Qué más desea de mí? —Aniceta habló con una mezcla de respeto y temor.

Mariana se dirigió a la mesilla donde estaban las botellas de brandy y los vasos. Se sirvió uno, lo saboreó lentamente y continuó hablando.

—Necesito que hagas algo por mí que, evidentemente, no te va a gustar. Pero no te quedará más remedio.

—Dígame, haré lo que sea. Pero por el amor de Dios, no deje a mi madre desamparada. ¡Se lo ruego! —Aniceta se arrodilló, suplicando, con lágrimas en los ojos.

—Bien —dijo Mariana con voz fría—. Debes aceptar este frasco que te voy a dar y echar la cantidad suficiente de su contenido en la comida que Don Arsenio pruebe esta noche. Ordena a Gertrudis que prepare un caldo de pollo; es una buena forma de suministrárselo.

—¿Pero qué me está pidiendo? —exclamó Aniceta, levantándose perpleja—. ¿Quiere envenenar a su señor suegro? ¿Ha perdido usted la cabeza?

—Estoy más cuerda que nunca —replicó Mariana con firmeza—, pero he de tomar decisiones drásticas para sobrevivir.

—No lo entiendo, señora. ¿Qué mal le ha hecho el señor?

—Míralo desde otro ángulo —susurró Mariana con una fría sonrisa—. El bien que me puede hacer su muerte.

—Lo siento, señora, pero me niego. No voy a participar en ningún crimen.

—Muy bien —replicó Mariana con frialdad—. Llamaré al centro para que expulsen a tu madre cuanto antes y después hablaré con los señores. Quizás sea hora de cambiar de sirvienta, probar con una nueva ama de llaves. No me costará convencerlos.

—Usted no tiene corazón y está loca.

—No voy a tomar en consideración tus palabras, Aniceta. Entiendo que este sea un momento tenso para ti, pero necesito una respuesta clara. ¿Aceptas o no?

—¿Qué remedio me queda? Pero permítame decirle que Dios la castigará.

—¿Dios? ¿A mí? —Mariana se rió con amargura—. Ya me ha castigado bastante aguantando a mis suegros día tras día. —Volvió a beber un trago de brandy y luego se acercó a un cajón de su escritorio, del que sacó un frasco pequeño con un líquido transparente.

—¿Y esto qué es? —preguntó Aniceta con tono seco, resignada a cumplir la orden.

—Un veneno eficaz —respondió Mariana—. Hará que ese anciano muera de un infarto y que todos crean que ha sido de forma natural. Así que no te preocupes, nadie buscará al asesino... o a la asesina.

Aniceta, tras tomar el frasco con mano temblorosa, dirigió una mirada cargada de odio hacia Mariana y salió sin decir palabra de la sala de lectura.

La noche llegó, y con ella el momento de la cena. Don Arsenio y su esposa estaban ya sentados en el comedor, aún sin que les hubieran servido ningún plato. Poco después apareció Mariana, acomodándose con una sonrisa que parecía inocente,

aunque minutos antes, en la cocina, había mostrado una expresión perversa, que supo disimular a la perfección cuando se encontró frente a sus suegros.

—Vaya día más agotador —comentó con voz melancólica—. Se me ha hecho largo entre lecturas y bordados. ¡Cuánto echo de menos a mi pobre Gabriel!

—Normal, querida nuera —respondió Doña Obdulia con dulzura—. Con el amor que hay entre vosotros, los kilómetros se hacen muy largos. ¿Sabes si han llegado bien a Madrid? No nos han llamado.

—A mí tampoco —añadió Mariana—. Imagino que no habrá habido ningún problema.

Ambas se miraron con seriedad, un gesto que no pasó desapercibido para Don Arsenio.

—¿Qué ocurre? Parece que no os alegra que hayan tenido un buen viaje.

—No es eso, esposo —replicó Doña Obdulia—. Nos preocupa que no nos hayan llamado para decir que están bien. Cuando regrese, tendremos que hablar con él.

—Ya es mayorcito, dejadlo en paz —dijo Don Arsenio, justo cuando Aniceta entraba empujando un carro cargado de platos con caldo.

—Aniceta, hija —exclamó Doña Obdulia, con tono severo—, ¿dónde se ha visto que sirvas el caldo ya servido en los platos? ¿Por qué no lo has traído en la sopera para que nos sirvamos como siempre?

—Pues para que los señores coman más rápido y pueda atenderles mejor —respondió Aniceta con cierta resignación—. Hagan cuenta de que estoy sola. La doncella que iba a sustituir a

Carmen aún no ha llegado, y me cuesta mucho atender la cocina y el comedor al mismo tiempo.

—¡Qué barbaridad! —exclamó Doña Obdulia—. Esa mujer tiene que llegar antes del mediodía de mañana, si no, se le despide sin más. Ya buscaremos otra en algún pueblo cercano.

Mariana desvió la mirada unos segundos, con un gesto de rabia contenida, recordando la escena en la que vio partir a Carmen junto a Gabriel. Sin embargo, ocultó ese detalle a sus suegros, consciente de que primero debía ejecutar sus planes y, más adelante, actuar contra la doncella tras el regreso de su esposo.

Aniceta sirvió los platos, entregándolos a cada uno de los comensales. Mariana, observándolos con atención, pensó por un instante y decidió intercambiar su plato con el de Don Arsenio.

—Perdone, suegro —dijo con una sonrisa—. El suyo tiene menos cantidad, y creo que sería más justo que me lo intercambiara, si no le supone molestia. Al fin y al cabo, soy mujer y no debo comer tanto.

—A veces, hija mía, no hay quien te entienda —replicó Doña Obdulia—. Recuerdo que cuando te casaste con mi hijo, los primeros días comías de todo, sin reparar en la cantidad ni en el tipo de comida. Se nota que ahora tienes el estómago bien lleno.

Ignorando las hirientes palabras de su suegra, Mariana ayudó a intercambiar los platos. Tras probar la comida, continuaron conversando sobre temas comunes. Pero poco a poco, Don Arsenio comenzó a sentirse mal. Se llevó la mano al pecho y, de repente, cayó al suelo.

—¡Esposo mío! ¿Qué te ocurre? ¡Llamad a un médico! —gritó desesperada Doña Obdulia.

Aniceta corrió al teléfono y avisó al doctor Garrido, que llegó rápidamente. Tras trasladar al enfermo al sofá y comprobar sus constantes, el médico volvió con el rostro pálido hacia Doña Obdulia.

—Lo siento, señora —dijo con voz grave—. Tengo que darle la mala noticia: su esposo ha fallecido. El corazón le ha fallado. Venía avisando desde hace meses, aunque no esperaba que sucediera de manera tan inminente.

—Mi marido... —balbuceó Doña Obdulia antes de desmayarse en ese mismo instante.

Nadie logró levantarla del suelo, por lo que tuvieron que esperar a que unos jornaleros de las viñas, avisados por la ama de llaves, acudieran. Entre dos la sostuvieron y la llevaron a su habitación, donde la acostaron en la cama.

Mariana lloraba en el centro del salón, sus sollozos quebrados llenaban el espacio con una falsa vulnerabilidad. El doctor intentaba calmarla con palabras suaves, mientras Aniceta permanecía a cierta distancia, en una esquina sombría, con el rostro serio y los ojos llenos de rabia contenida.

Cuando el médico se marchó, dejando solas a Mariana y a la ama de llaves, ambas bajaron la voz hasta un susurro casi imperceptible. Se miraron con cautela, como si temieran que cualquier palabra alta pudiera ser escuchada por alguien más en la casa.

—¡Casi echas a perder mi plan! —susurró Mariana, lanzando una rápida mirada alrededor, asegurándose de que nadie las oyera—. Si no me llega a alertar el color del plato, habría sido yo la envenenada.

Aniceta bajó la vista, apretando los labios, su voz quedó rota y contenida.

—No sé qué decir, señora. Estoy nerviosa... No comprendo lo que ha pasado —murmuró, mirando hacia el suelo y luego lanzando una mirada furtiva hacia la puerta, como esperando que alguien apareciera.

Mariana la observó con fría determinación y respondió en un hilo de voz.

—Tranquila, ya hablaremos de esto más adelante. Ahora solo debemos mantener las apariencias. Mi esposo debe llegar pronto, o al menos espero que llame. Yo... me retiraré a la sala de lecturas. Si llegan los de la funeraria, diles que estoy destrozada y que no pude ver cómo se llevan el cuerpo —ordenó, sus ojos buscando complicidad en Aniceta.

Aniceta asintió lentamente, guardando silencio unos instantes antes de susurrar.

—Señora, una vez cumplido su deseo, ruego que abone la asistencia a mi madre. Es urgente.

Mariana sonrió con ironía, una sombra de satisfacción cruzó su rostro.

—No te preocupes. Mañana mismo se hará el pago. Pero recuerda que hay algo que tenemos que aclarar sobre el plan que te encargué. Hoy no es momento para detalles —su voz bajó aún más, casi como un secreto—. En cuanto a lo de tu madre y el sanatorio, no conviene que nadie sepa que hacemos gestiones hoy. Sería sospechoso, dado el estado de duelo en el que debo verme.

Ambas compartieron una última mirada cargada de entendimiento, un pacto silencioso entre conspiradoras.

—Gracias, Aniceta —susurró Mariana mientras se levantaba con un gesto elegante, aunque tenso—. A más ver.

Aniceta permaneció quieta, sintiendo cómo su odio ardía bajo la piel, consciente de que se adentraba en un camino peligroso, pero sin otra opción que obedecer.

Aniceta, una vez que Mariana se marchó, metió la mano en el bolsillo de su delantal y sacó una pequeña estampa, algo desgastada por el tiempo, con la imagen de santa Eufemia, muy venerada en Málaga. La besó con devoción, cerró los ojos un instante y susurró unas palabras de agradecimiento al aire, como si alguien invisible pudiera escucharlas. Un suspiro le escapó del pecho, y con él, la tensión que hasta entonces le oprimía.

No había matado a don Arsenio. Había tenido la intención, el frasco en la mano y el corazón en vilo, pero en el último momento, cuando estuvo en la cocina y se acercó al plato de sopa, dudó. Dudó de sí misma, de Mariana, del destino... y decidió no hacerlo. Volvió a guardar el frasquito en el bolsillo, dejando que fuera Dios, y no ella, quien dictara lo que debía ocurrir.

Y lo que ocurrió fue que don Arsenio murió, sí, pero por causas naturales, o al menos eso creyó —o quiso creer— Aniceta. Casualidad, providencia, castigo divino... quizá nunca lo sabría. Pero lo que sí sabía con certeza era que ella no había puesto el veneno. No era una asesina. Ni cómplice. Solo una mujer que, en medio del miedo, eligió no cruzar la línea.

## 16 EL VUELO DE LA NOTICIA

La revelación hecha por aquella señora parturienta encendió una ira contenida en el pecho de Gabriel. Aunque su semblante permanecía serio y su cabeza gacha, por dentro bullía el fuego de haber sido víctima de un engaño atroz. Sentado junto a Carmen, Felisa y Ramón, aguardaba con impaciencia el resultado de las pesquisas del sargento sobre la muerte del conductor de la diligencia. El tiempo había transcurrido lentamente, y la noche ya había caído.

La espera terminó de forma abrupta cuando la voz del sargento rompió el silencio. Todos se pusieron en pie, mientras el guardia junto a la puerta adoptaba una postura rígida al paso del oficial.

—Buenas tardes, señores. Pasen y siéntense. Lo que voy a comunicarles no es de mi agrado. Sepa, señor Gallardo, que le tengo respeto, y lo que vengo a anunciar me pesa sinceramente.

—¿Qué ocurre? ¿Acaso cree que fuimos nosotros los asesinos de ese pobre hombre? ¿Va a detenerme? —preguntó Gabriel, desconcertado.

—No se trata de eso, al menos no por ahora. La investigación sigue su curso, pero ese asunto deberá esperar. Hay algo más urgente que comunicar.

—No estoy para jeroglíficos, sargento —replicó Gabriel con el ceño fruncido.

Felisa intervino, con el rostro lleno de preocupación:

—Mi primo ha sufrido un gran impacto emocional hace apenas unas horas. El azar lo ha hecho sabedor de hechos que lo tienen atenazado por dentro.

—¿Acaso ya le ha llegado la noticia del infortunio de su padre? —preguntó el sargento con tono grave—. ¿Le han informado de esa desgracia?

—¿A qué diablos se refiere? —respondió Gabriel, cada vez más inquieto.

—Hemos recibido un telegrama. Las autoridades locales han sido informadas del fallecimiento de su padre, ocurrido hoy mismo. Dada su relevancia social, se consideró oportuno notificar el suceso sin demora.

—¿Mi padre...? ¿Ha muerto...? ¿Qué está diciendo?

—Lo que ha oído, señor Gallardo. El telegrama es claro. El deceso ha tenido lugar hace apenas unas horas.

Gabriel se quedó inmóvil por un instante, como si el suelo bajo sus pies hubiese desaparecido. Sus ojos, vidriosos, delataban el dolor que empezaba a asomar con fuerza incontenible.

—Tengo que volver a casa —dijo finalmente, con la voz quebrada—. Le ruego que me permita marcharme, sargento...

—Por supuesto, les doy a todos permiso, pero irán escoltados por un grupo de agentes que les acompañarán. En dos días deberán estar de vuelta en este cuartel, tiempo suficiente para velar y dar sepultura al señor Gallardo.

## 17 ENTRE LÁGRIMAS Y CONFESIONES

Eran ya las cinco de la mañana cuando, escoltados por varios guardias civiles, el carruaje se detuvo frente a la finca de *Los Dos Racimos*. A esa hora, la noche conservaba aún su aliento frío, y el silencio era tan profundo que, desde el lugar donde frenaron el vehículo, podían oírse los rezos apagados de varias mujeres que salían del interior de la casa como un murmullo antiguo.

Gabriel fue el primero en descender y cruzar la entrada principal, abierta de par en par como si la muerte misma la hubiese empujado. Felisa y Ramón le siguieron en silencio. Carmen, sin embargo, prefirió bordear la vivienda y colarse por la puerta trasera, avanzando sigilosa hasta ocultarse en la cocina, con la respiración contenida y el alma en vilo.

En el salón, un grupo de mujeres mayores se hallaba reunido frente al féretro de Don Arsenio. Todas llevaban el rostro cubierto por la sombra del luto y los dedos entrelazados al compás de sus rosarios. Mariana, sentada entre ellas, alzó la vista al percibir la figura de Gabriel. Se incorporó de inmediato, y sin pensar, corrió hacia él.

—Amor mío... ¡Qué tragedia! —sollozó, abrazándolo con desesperación—. He intentado localizarte, pero nadie en Madrid sabía nada de ti. Todo ha sido tan rápido...

—¿Y mi madre? —preguntó él, sin corresponder al gesto—. ¿Dónde está?

—En el dormitorio. Está destrozada... ¿Pero por qué te apartas así de mí?

Gabriel le retiró lentamente los brazos del pecho, con una firmeza que dolía más que un grito. Sus ojos, antes tiernos, ahora brillaban de rabia contenida. Mariana dio un paso atrás, atemorizada por ese rostro endurecido.

—Ahora no es el momento —dijo él, con la voz grave—. Pero te juro por Dios que, después de velar y enterrar a mi padre, hablaremos. Todo se aclarará. A su debido tiempo.

Ella, al oír esas palabras, giró la cabeza de inmediato para comprobar si las señoras habían notado la tensión. Pero las ancianas seguían inmersas en sus plegarias, ajenas a todo. Entonces regresó a su asiento con pasos vacilantes, tomó el rosario entre los dedos temblorosos y, sin atreverse a mirarlo de nuevo, retomó las oraciones, procurando que el rezo ahogara las preguntas que le ardían por dentro.

Aniceta se acercó con paso contenido, las manos entrelazadas y la expresión sombría. Al llegar junto a Gabriel, inclinó levemente la cabeza y le habló con suavidad para transmitirle sus condolencias. Él aprovechó el momento para preguntar, con voz aún trémula:

—¿Cómo ocurrió todo? ¿Qué fue lo que pasó?

—Su señor padre comenzó a sentirse indispuesto durante la cena. Apenas dijo nada... se desmayó. Llamamos al médico de inmediato, pero cuando llegó, ya no había nada que hacer. El corazón le falló. Créame, señor Gabriel, soy la primera en lamentarlo profundamente.

—Gracias, Aniceta, te lo agradezco de corazón. —Hizo una breve pausa, mirando de reojo a las mujeres de negro—. Estas plañideras deben de estar exhaustas. Ofréceles algo, un café, un poco de caldo... ¿Quién las contrató?

—La señora Mariana se encargó de todo. Pensó que su presencia era necesaria para dignificar el fallecimiento.

—¿Y la familia? ¿Se ha avisado ya a mis tíos?

—No lo sé, señor. Como le digo, fue la señora quien asumió todas las gestiones.

Felisa se acercó al féretro y observó el cuerpo de su tío. Tenía el rostro pálido, los ojos cerrados y el bigote cuidadosamente peinado. Se inclinó con delicadeza y le dio un beso en la frente, mientras unas lágrimas silenciosas resbalaban por sus mejillas. Luego se volvió hacia Gabriel y lo abrazó con fuerza, mientras en la sala resonaban los rezos monótonos de las plañideras.

Desde la penumbra del exterior, al cobijo de una ventana lateral de la casa, Patricio se asomó con cautela, acompañado por un joven rubio, de aspecto algo descuidado y vestimenta sencilla. Ambos se agacharon tras un muro bajo, casi fundiéndose con las sombras que proyectaba la edificación, mientras el frío de la noche calaba en sus huesos y la oscuridad de la calle los envolvía, atentos a no ser vistos.

—¿Y ahora qué piensas hacer, Patricio? —murmuró Alfredo con voz baja y áspera—. Ya no tienes los cuartos que te daba ese viejo burgués. Quizá ha llegado el momento de pasar de las palabras a los hechos, de levantar la voz y actuar.

Patricio apretó los labios, su mirada endurecida reflejaba la rabia contenida.

—Se acabó mi vínculo con esa familia. Muerto el perro, se acabó la rabia. Esto es el principio de algo mucho más grande. Y Carmen será clave. Ya tengo un plan del que espero no fracasar.

Alfredo frunció el ceño, incrédulo.

—¿En serio? Si ella ya no tiene nada que ver contigo, y cada uno ha tomado su camino, ¿cómo vas a convencerla para que arriesgue tanto?

—Paciencia, camarada. Todo llegará a su tiempo. —La voz de Patricio era un susurro firme, cargado de convicción oscura—. El tiempo juega a nuestro favor.

Felisa, desde el interior de la casa, se levantó de su asiento y se dirigió a la sala de lecturas donde estaba el teléfono. Tras descolgar, pidió a la operadora:

—Por favor, quisiera llamar al número 224 de Madrid. Gracias.

—Residencial El Árbol, Fernando Garrido al aparato. ¿Con quién tengo el gusto de hablar?

—¡Padre! Soy Felisa. Aún estoy en Málaga y no sé si ya sabe la tragedia que ha ocurrido aquí.

—Lo único que sé es que no estás aquí. Tu madre y yo te esperábamos hoy. ¿Qué ha pasado?

—Ha fallecido el tío Arsenio. Al parecer, le falló el corazón. No entiendo cómo ni Mariana ni la tía Obdulia le avisaron.

—Yo tampoco. Pero no te preocupes, ya vamos para allá. Pronto estaremos contigo.

—¿Vendrán mañana con madre? ¿Cuándo estarán aquí? — los nervios atenazaban a Felisa.

—He dicho pronto, hija. Eso significa que ya estamos a punto de partir. En unas horas espero estar allí velando a tu tío Arsenio, mi hermano.

—Tengan cuidado en el camino. Cuando lleguen, les contaré todo lo que nos pasó al volver de Madrid. No ha sido poca cosa.

—¿Qué dices? ¿Y cómo es que regresaste si ya habíais partido?

—Se lo explicaré todo cuando lleguen, padre. Es algo largo para hablar por teléfono.

—Tienes razón. Habrá tiempo para que me detalles y pueda comprender lo sucedido. Ahora lo importante es partir hacia allá y velar por mi hermano. Nos vemos pronto. Creo que llegaremos pasada la madrugada. Y por favor, hija, no dejes de acompañarle y de rezar por su alma.

—Lo haré. Buen viaje, padre. Besos a los dos.

Tras colgar el teléfono y darse la vuelta, Felisa se encontró con Ramón justo detrás de ella, el ceño fruncido, claramente había escuchado toda la conversación.

—¿Qué ocurre? —le preguntó, sorprendida por su semblante serio—. ¿Por qué me miras así?

Ramón la observó con ojos intensos, mezcla de preocupación y reproche.

—¿Qué has hecho? Entiendo que hayas avisado a tu padre, pero no me parece bien que le hayas dado explicaciones sobre todo lo que nos pasó en el viaje.

Felisa cruzó los brazos, firme.

—No le he contado nada aún, solo le prometí hacerlo cuando llegara. Creo que merece saber los problemas que hemos enfrentado.

Ramón respiró hondo, incrédulo.

—¿Estás bien de la cabeza? ¿No entiendes que estamos siendo investigados por un asesinato? Que hemos mentado a la familia de tu primo con lo de la doncella... ¿Y ahora cómo vamos a explicar su regreso a la casa?

Felisa giró la cabeza, preocupada, asumiendo la verdad en sus palabras.

—Tienes razón, pero se nos ocurrirá algo creíble. Y sobre la investigación, no le daré detalles. Le diré que paramos en un pueblo para descansar, que supimos de la noticia de mi tío Arsenio por casualidad, y que por eso decidimos regresar.

Gabriel entró en la sala de lecturas, interrumpiendo la conversación.

—Disculpad, pero acaba de llegar el tío Jacinto. Sería bueno que fuerais a saludarle. Está junto al féretro, viendo a mi padre. —Antes de continuar, clavó la mirada en Felisa, marcando el dolor en su rostro—. Esto es muy fuerte, Felisa... Me duele mucho tener que despedir a mi padre. No termino de crérmelo.

—Es normal que te duela, primo. Eres su hijo. Pero tienes que ser fuerte. Lo superarás.

Gabriel asintió, aunque la angustia no le abandonaba.

—Hay algo más que quiero que sepáis antes de bajar, y que me tiene consternado. Abajo, entre las plañideras, ya empiezan a correr murmullos entre las vecinas.

—¿Qué tipo de murmullos? ¿A qué te refieres? —preguntó Felisa, extrañada.

—¿A qué va a ser? —intervino Ramón, tajante—. Seguro que esa víbora de Mariana está soltando su veneno. No puede ser nada bueno.

—No vas mal encaminado —respondió Gabriel con amargura—. Por lo que he podido escuchar, ya me están viendo como el causante del infarto, como si los disgustos que le di fueran los culpables. Lo que no sé es cuáles.

—Esa bicharraca es capaz de soltar cualquier cosa —añadió Ramón con desprecio.

—Sea lo que sea, mejor vamos a saludar al tío Jacinto —dijo Felisa, intentando cambiar el ambiente.

Al bajar y entrar al salón, el silencio era absoluto. Ni un susurro de rezos ni un sollozo de las plañideras rompía la quietud. El anciano tío Jacinto estaba de pie junto al féretro, envuelto en su chaqueta negra, con el rostro delgado y austero. Durante largos segundos fijó su mirada seria en Gabriel. Luego, suavizando un poco su expresión, sonrió al ver a Felisa, le tomó la mano derecha y le dio un beso breve y respetuoso. Pero enseguida volvió a mirar, apenado, a su hermano Arsenio.

—Tan buen hermano y tan buena persona... Qué injusta es la vida. Deberías haber sido más fuerte, hermano.

Gabriel se acercó con intención de consolarlo.

—Tío Jacinto...

—¡No me toques! —lo interrumpió con voz firme—. He escuchado lo que ha estado pasando. No mereces ni siquiera llevar ese apellido. Ruego que no te acerques ni me dirijas la palabra mientras velamos el cuerpo de mi hermano.

Gabriel tragó saliva, conteniendo el dolor.

—Supongo que son palabras de nervios, tío Jacinto. Iré a ver a mi madre para saber cómo está.

Gabriel se retiró de la sala, dejando a Felisa frente a su tío. Con paso cauteloso, ella se acercó, dispuesta a indagar en el pesar que aquel hombre ocultaba. Al sentir la presencia de su sobrina, Jacinto comenzó a desahogar su sentir, duro y tajante.

—Siempre le advertí a tu tío que estaba criando mal a su hijo. No debió consentirle tantos caprichos ni palabras vacías. Los Gallardo somos gente práctica, que piensa con la cabeza, no con el corazón.

Felisa, con voz suplicante, intentó suavizarlo.

—Tío Jacinto, él sufre igual o más que todos nosotros. Por algo es su hijo. Le ruego, no sea tan severo con él.

Jacinto frunció el ceño, manteniendo la mirada cargada de reproche.

—¿Que no sea duro con él? ¿Sabes lo que me han contado estas mujeres?

Las plañideras, al escuchar, desviaron la mirada; algunas agacharon la cabeza, apretando los rosarios con fuerza. Mariana, sentada entre ellas, permanecía en silencio, con el rostro serio y adusto.

—Ignoro qué habrán dicho sobre mi primo —intervino Mariana con voz firme—, pero puedo asegurar que es una persona honesta, íntegra y digna de respeto.

—Pues no me parece honesto que haya matado a su padre de un disgusto —respondió Jacinto con voz grave—. Dicen que, día tras día, no ha hecho más que avergonzar a sus padres con actitudes impropias de nuestra clase. Aquí hasta se rumorea... — Antes de continuar, el anciano se persignó y bajó la cabeza, mostrando repulsa— ...que ha estado manteniendo relaciones con una doncella, faltando así a la promesa que hizo ante Dios el día de su matrimonio.

Al escuchar aquellas palabras, Mariana se levantó de inmediato y avanzó hacia el tío Jacinto, su rostro serio y lleno de ira impresionó al anciano.

—¿Quién es usted, señor Jacinto, para dudar de la honorabilidad de mi esposo? —preguntó con voz firme—. ¿Cómo puede tener el poco respeto, estando presente el cuerpo de mi suegro, para ofender así a esta familia?

Jacinto la miró, sorprendido, y respondió con un deje de reproche:

—¿He ofendido acaso? ¿No has oído tú esos rumores, estando sentada allí mientras cuchicheaban descaradamente?

—Sí, los oí —replicó Mariana, manteniendo la compostura—, pero no les di importancia. No es momento de reproches ni de enfados. Este es el momento para mostrar amor y respeto a quien fue el cabeza de nuestra familia.

Antes de que Jacinto pudiera replicar, Felisa intervino con voz suave pero firme:

—Tío Jacinto, entiendo que ha perdido a su hermano y que el dolor le lleva a buscar explicaciones. Es comprensible. Por eso, nadie en esta sala dará importancia a esos comentarios.

El anciano miró alrededor, visiblemente avergonzado, y la emoción lo venció. Las lágrimas comenzaron a brotar de sus ojos. Felisa se acercó y, con delicadeza, lo ayudó a sentarse, ofreciendo su apoyo silencioso.

Las plañideras comenzaron a levantarse una a una, sus pasos arrastrados resonaban como ecos en el silencio denso del salón. Con miradas huidizas y susurros apagados, se dirigieron hacia la puerta de salida. Mariana las acompañó hasta el umbral y, ya fuera, se detuvo para encararlas con voz firme y cortante.

—Ya veo que no tienen vergüenza —les espetó—. Se les paga para llorar, y lo único que aportan son chismes de mal gusto sobre la fidelidad de mi marido hacia mí.

Una de ellas, con gesto apenado, bajó la mirada y respondió con voz temblorosa:

—Mis disculpas, señora. Pero entiendan que son muchas horas y el cansancio pesa. Llegamos un momento en que nos relajamos y

comenzamos a hablar entre nosotras sobre el difunto y las causas que creemos pudieron llevar al señor Arsenio...

Mariana alzó la voz, con un brillo acerado en los ojos:

—¿Y el motivo que ustedes piensan es ese? ¿Una infidelidad?

—No creíamos que llegaría a sus oídos —murmuró otra, tímida—, pero muchos en la zona han estado murmurando sobre ello. Dicen que su marido está involucrado con una de las doncellas y que su padre estaba profundamente disgustado.

El rostro de Mariana se tornó una máscara de furia contenida, y con voz atronadora las sentenció:

—¡Largo! ¡Fuera! ¡Qué poca vergüenza tienen!

Las plañideras, sin pronunciar palabra más, se retiraron apresuradas, dejando tras de sí un aire cargado de tensión y resentimiento.

Tras la marcha de las plañideras, Mariana volvió a entrar en la casa, encontrándose en el salón a Doña Obdulia y al tío Jacinto, sentados juntos. La infusión humeante reposaba en las manos de Doña Obdulia, mientras ambos recordaban anécdotas de juventud relacionadas con Don Arsenio. La emoción teñía la voz de la señora, y Jacinto la escuchaba con atención y un brillo nostálgico en los ojos. Sin ser vistos, Mariana se escabulló hacia la cocina, donde encontró a Aniceta fregando unos platos.

—Ya tenía ganas de verte, criada —dijo Mariana con un tono frío y mordaz—. ¿Cómo llevas tu conciencia? ¿Matar a tu señor te deja dormir tranquila?

Aniceta, sin dejar de fregar, respondió con un suspiro:

—Señora Mariana, le ruego que no juegue con eso. ¡Se lo suplico!

—¡No seas más tonta! —replicó Mariana, esbozando una sonrisa amarga—. Estaba de broma. Pero deja de tratarme como una estúpida. Ya sabía de tu ineptitud y de tu poca capacidad para cumplir una orden tan delicada.

Aniceta la miró, incrédula:

—¿Qué quiere decir? ¿A qué se refiere?

Mariana se acercó, con voz baja y cargada de amenaza:

—Fui yo, Aniceta. Fui yo quien tuvo que introducir ese veneno tan letal y a la vez tan sutil que ni siquiera tú te diste cuenta. Duerme tranquila, no necesitas seguir fingiendo. Quería que supieras que no soy tan cruel, y como te dije una vez, que tengo mi corazoncito. Tu madre seguirá siendo atendida en ese sanatorio, y tú podrás dormir en paz.

Aniceta se detuvo, con los ojos llenos de horror y rabia:

—¿Corazoncito? ¡Usted ha matado al señor! ¡Usted no debería dormir tranquila!

—Pues lo haré —replicó Mariana con una sonrisa fría—, dormiré como una bendita, sabiendo que en breve seré la legítima heredera de toda esta hacienda.

Sin pronunciar palabra, Aniceta volvió a sumergirse en el lavado de los platos, dejando escapar solo el sonido del agua y la espuma.

—Veo que te incomoda esta conversación —continuó Mariana, con voz afilada—, y lo entiendo. Sabes que conmigo, como señora principal de esta casa, se acabarán los modos suaves que tus antiguos amos tenían con el servicio.

Mariana salió de la cocina, desapareciendo tras unas cortinas que cubrían una alacena. Apenas se hubo marchado, Carmen emergió de su escondite.

—Ya estaba cansada de estar oculta —susurró con un dejo de alivio—. Le agradezco mucho haberme permitido quedarme aquí, aunque sea a escondidas.

—No sé cómo he accedido a esto —respondió Aniceta, con voz cargada de preocupación—, con la situación tan tensa que hay. ¿Lo has escuchado todo?

—Sí —confesó Carmen con pesar—. Desgraciadamente he sido testigo de las palabras de esa mujer. Aniceta, quiero que sepa que ya no está sola en esta locura; ahora me tiene a mí. Creo que deberíamos contarle todo a Gabriel.

—¡Para! —exclamó Aniceta, con un temor palpable—. ¿No vas a cometer esa locura? La vida de mi madre está en juego.

—Tranquila —replicó Carmen, con voz firme—. Gabriel ayudará. Aportará el dinero necesario para que su madre siga en ese sanatorio.

—Quizás sí, quizás no —murmuró Aniceta, insegura—. No puedo arriesgarme. Entiéndelo.

De repente, Aniceta giró la cabeza sobresaltada, mirando hacia la puerta de la cocina.

—¡Viene alguien! —advirtió con urgencia—. ¡Escóndete otra vez!

Carmen volvió apresurada a su escondite justo cuando Mariana reapareció, esta vez con un aire de inquietud marcado en el rostro.

—Aniceta —empezó Mariana, con voz baja pero firme—, ¿sabes algo de una doncella que haya acompañado a los señores hasta la casa? Afuera hay guardias que dicen custodiar la hacienda para evitar que se fugue mi marido, la pareja de prometidos y esa doncella que les acompañaba.

—¿Custodiar? —preguntó, frunciendo el ceño—. ¿Y por qué motivo?

—Eso mismo quiero preguntarle a Gabriel, pero no sé dónde estará en este momento. No hay que ser muy lista para darse cuenta de que esa doncella de la que hablan es Carmen.

—¿Y qué tengo yo que ver con todo esto? —replicó la ama de llaves, un tanto desconcertada—. Disculpe la pregunta, pero ¿por qué me viene a decir esto de esta manera?

—Porque es obvio que han debido regresar acompañados por esa pelandrusca, y no me creo que tú no sepas nada. Sospecho que se habrá refugiado en la zona de servicio.

—Pues lo siento, señora, no sé nada. Pero le aseguro que, si me cruzo con esa doncella, se lo haré saber de inmediato.

—Eso espero. ¿Sabes una cosa? —Mariana se detuvo un instante, clavando la mirada en el rostro de Carmen, una ligera sonrisa curva sus labios—. Me está saliendo todo a la perfección. Las cosas parecen ir como esperaba, Aniceta. Si mi marido se ha metido en algún lío con la justicia, será un punto a mi favor.

—¿Me está diciendo que le gustaría ver al señor Gabriel detenido o en problemas, señora? —Aniceta la miró con incredulidad.

—Evidentemente —respondió Mariana con frialdad—. Qué poca inteligencia la tuya. Esto debe ser algo gordo para que lo escolten guardias de verdad. Sería interesante saber los detalles y, si pudiera, empujar para que lo declaren culpable. —Su mirada se perdió, y una sonrisa maléfica apareció en sus labios como si hablara consigo misma.

—¿Señora? —inquirió Aniceta, sorprendida—. ¿Está hablando conmigo?

—Claro que sí, aunque a la vez también discurría en voz alta —respondió Mariana, con un dejo de arrogancia—. Seguiré investigando. Avísame si ves a esa zorra.

Mariana salió de la cocina con paso decidido, recorriendo los pasillos de la casa en busca de Gabriel. Finalmente, lo encontró en el exterior, junto al pozo, envuelto en la penumbra del atardecer. Él fumaba un cigarro, la mirada perdida en la distancia, mientras un guardia, algo alejado, lo vigilaba con la fría determinación de impedir cualquier intento de fuga.

—Cariño —llamó ella, su voz cargada de preocupación—. Llevo buscándote mucho rato. Estoy muy inquieta. ¿Qué significan esos guardias que rondan la hacienda?

Gabriel exhaló el humo lentamente, sin apartar la vista del horizonte.

—No creo que sea bueno explicártelo —dijo con tono grave—. En cierto modo, eres tú la causante de todo este embrollo.

Ella frunció el ceño, desconcertada.

—¿Qué estás diciendo? ¿Qué embrollo? No entiendo nada.

—Me han informado de todos tus manejos —replicó él, con un tono de voz cortante como un cuchillo—. Y ahora me pregunto muchas cosas. ¿Quién eres realmente? ¿Dónde está la verdadera Mariana? Lo lamento, pero creo que voy a solicitar la nulidad de nuestro matrimonio.

El rostro de Mariana se tornó perplejo, luego se encendió en ira. Sus manos se movían nerviosas, sus gestos delataban un temblor interno, un revuelo de emociones que no lograba controlar.

—No —exclamó con vehemencia, mientras un nudo de miedo le estrangulaba la garganta—. No voy a permitir que esto

ocurra. No voy a dejar que arruines nada. Soy tu esposa, lo quieras o no. Te casaste conmigo, no con ninguna otra. ¡Soy tu mujer, ante Dios y ante la sociedad!

Gabriel la miró con fría distancia.

—¿Qué estás diciendo? Sí, nos casamos, pero ese hijo... ¿De verdad creías que no iba a descubrir que no es mío?

Las lágrimas brotaron sin aviso en los ojos de Mariana. Con un sollozo ahogado, cayó de rodillas ante él.

—Por el amor de Dios, Gabriel —suplicó—, no sé quién te ha engañado, no sé cómo te has llenado la cabeza con esas ideas, pero te ruego, no arrastres a nuestro hijo a nuestras disputas.

Gabriel la observó con desdén.

—El problema es que no es mi hijo. Y tú no eres quien dices ser. Te he descubierto, Mariana Montero... o como te llames. ¡Eres una impostora!

Un silencio pesado cayó entre ambos. Mariana, con una mezcla de tristeza y determinación, se levantó lentamente del suelo.

—Lo siento, pero no vas a cambiar nada —dijo, mirando fijamente hacia adelante—. A ojos de la ley, soy tu esposa, y ese es tu hijo. Veremos qué sucede a partir de ahora.

Con la espalda recta, caminó hacia la casa sin mirar atrás, susurrando amenazas con voz helada.

—Te acordarás de lo que estás diciendo. Las cartas están sobre la mesa. Ahora me toca a mí actuar.

El agente que vigilaba no escuchó bien lo que se decían durante la discusión, pero sí notó el ambiente tenso entre ambos.

Mariana, una vez de nuevo dentro de la hacienda, subió a la sala de lectura y, de un manotazo, tiró al suelo todos los libros que había sobre la mesa, incluido el aparato de teléfono, mientras lanzaba un grito de ira. Pasados unos segundos, recogió el teléfono del suelo y marcó un número.

—Por favor, quisiera contactar con el departamento de la Guardia Civil. Gracias.

—Buenas tardes, sargento Díez al aparato. ¿En qué puedo ayudarla?

—Verá, señor... No puedo hablar muy alto —dijo ella en tono apagado, con tristeza, como si le costara articular palabra—. Mi marido... mi marido está aquí en casa. Es el señor Gabriel Garrido, y está siendo custodiado por varios agentes suyos. Estoy asustada...

—Tranquilícese, señora. Ya he sido informado, por mediación del cuartel de Carratrava. Él y otros acompañantes fueron detenidos a raíz de un asesinato. Aún no se sabe quiénes eran los bandoleros que le asaltaron ni quién mató al conductor de la diligencia. El sargento de aquel cuartel está realizando las investigaciones oportunas.

Ella sonrió maliciosamente, para luego volver a entonar su voz dolida y temblorosa al teléfono.

—Pero el caso es que estamos velando a mi suegro... Y no puedo más, señor. Mi conciencia no me deja. Mi marido me ha confesado que fue él quien asesinó a ese hombre. Está intentando ganar tiempo para huir. ¡No quiero ser cómplice! Pero me obliga, me amenaza si no colaboro... —Los sollozos que se escuchaban por el auricular terminaron por conmover al sargento.

—No se preocupe, ha hecho lo correcto al avisarnos. Usted relájese, enseguida daré aviso para que le detengan. No le diga nada ni realice gesto alguno que le haga sospechar de este aviso. Ha hecho usted lo que debía. No se sienta mal, aunque se trate de su marido.

Tras colgar el auricular, ella se acercó a la pequeña mesa donde reposaba una botella de brandy y se sirvió una copa. Lo saboreó con calma, disfrutando por anticipado de lo que esperaba que ocurriera unas horas más tarde.

## 18 EL OCASO DE 'LOS DOS RACIMOS'

Carmen, agotada de permanecer escondida en la cocina, decidió salir con sigilo por la puerta trasera del servicio. Se dirigió hacia el establo, con la intención de descansar allí y esperar alguna señal de Gabriel. Sin embargo, justo antes de entrar, una mano le sujetó el brazo de manera inesperada. Sin darle tiempo a reaccionar, fue arrastrada con rapidez hacia la parte posterior del establo, donde solo la pálida luz de la luna permitía vislumbrar las sombras.

—¿A dónde crees que vas? —La voz era de Patricio, que, llevándose un dedo a los labios, le indicó que guardara silencio—. No digas nada. ¿No ves a los guardias rondando la casa? Has tenido suerte: estaban distraídos charlando entre ellos y no te han visto salir.

—¿Pero qué ocurre? ¿Por qué me llevas aquí atrás de esta forma? Yo no me escondo de esos guardias; saben perfectamente que estoy en la hacienda.

—El motivo por el que te he traído hasta aquí es porque necesito contarte algo muy serio —respondió él en voz baja—. No me interesa que ni por intuición puedan saber que hemos hablado.

—¿De qué se trata? ¿Vas a intentar convencerme de nuevo para que vuelva contigo? Patricio, ya lo hemos hablado. Entiendo que estés dolido, y no creas que no sufro por ello...

—¡Chitón! No es de eso de lo que vengo a hablarte —la interrumpió con firmeza—. Es algo de más enjundia. Podría

callármelo, pero mi conciencia no me dejaría vivir en paz. Te voy a dar la oportunidad de evitar una desgracia.

—¿Qué me estás insinuando? ¿Que me una a vosotros? ¿Que traicione al hombre que amo? Dímelo de una vez, porque ya me tienes intrigada.

—Justo eso: que te unas a nosotros. No te conviene esa relación, y lo sabes. Además, podrías sernos de gran ayuda. ¿No te das cuenta de lo útil que puedes llegar a ser? Tienes acceso a la casa. Vives en ella, o al menos lo hacías hasta hace poco.

—Ya veo... quieres que me convierta en una ladrona. Pero ya no vivo allí. Me ordenaron trabajar fuera, lejos de la hacienda.

—Puede que no vivas allí, pero aún conservas acceso. Tienes la confianza de la ama de llaves. Y no, no queremos que robes nada. Lo que necesitamos es que coloques un explosivo, lo suficientemente potente como para hacer volar la hacienda por los aires.

Carmen palideció. Asustada, intentó soltarse, pero Patricio volvió a sujetarla del brazo con fuerza.

—¿Dónde crees que vas? Si no me prometes tu ayuda, lo haremos nosotros. Pero escucha bien: mi propuesta es que seas tú quien lo coloque, a cambio de poder advertir a tu señorito y al personal de servicio. Podrás ponerlos a salvo. Si decides no colaborar, no sabrás ni el día ni la hora... y entonces no puedo garantizar la seguridad de nadie dentro de esa casa.

—Pues entonces lo advertiré a los señores. Te denunciarán y la guardia te detendrá. ¿No has pensado en ese detalle?

—Carmen, piensa en los trabajadores explotados por ellos, tratados como si fueran escoria. Lo que vamos a hacer es justicia. No debes traicionarnos.

—No soy una asesina, Patricio. Eso que me pides me resulta imposible.

—¿Pero quién te ha dicho que mates a nadie? Haz algo para que no haya nadie en casa en algún momento, el que tú elijas, y entonces... coloca el explosivo y que todo vuele por los aires. No tiene por qué haber víctimas. Si tú no lo haces, lo haremos nosotros, y te repito que no podremos garantizar que no haya gente dentro.

Carmen comenzó a llorar. Patricio, entonces, le agarró del hombro y empezó a hablarle con tono cariñoso.

—Vamos, Carmen. Todo esto tiene un sentido, no llores. Ha llegado el momento de combatir, de demostrar a los tiranos capitalistas que el pueblo tiene voz y que ha llegado el fin de la burguesía.

El sonido de unos pasos que provenían de la parte trasera alertó a Patricio. Sabiendo que no tendría tiempo de huir ni de esconderse, la tomó por los hombros y la besó con urgencia, intentando disimular.

Ella, asustada, tuvo apenas dos segundos para preguntarse quién podría asomarse por la esquina. Sabía que, si se trataba de Gabriel, su relación con él estaría perdida. Fueron dos segundos intensos de temor: el tiempo justo para apartar el rostro de Patricio del suyo y para que apareciera el misterioso personaje que, con su sola presencia, podría sumirla en una inevitable confusión ante los ojos de los demás.

Mientras, en el salón de la casa, aún quedaban un par de vecinas que ambientaban el lugar con los rezos del rosario, entremezclados con los sollozos de doña Obdulia, la cual estaba

acompañada por su cuñado Jacinto, que observaba con tristeza el féretro de su hermano. Ya se habían cansado de contar recuerdos y ahora ambos sufrían en silencio al comprender que jamás volverían a ver a su ser querido.

Gabriel entró y se acercó a ellos, sentándose junto a su madre y tomándole la mano.

—Madre, no sufra. Yo estaré siempre junto a usted. A mi lado nunca le faltará nada.

—No digas tonterías, hijo. A partir de ahora, todo esto pasará a ser tuyo. Yo dejaré de ser la señora principal para convertirme en un estorbo —respondió ella con tristeza, sin apartar la mirada del féretro.

—¿Qué está diciendo? Usted será la dueña de la casa y la hacienda.

—¡Por favor! Seré la viuda de don Arsenio y la madre del nuevo dueño de *Los Dos Racimos*. Yo no heredo nada. La ley es así.

—Pero para mí usted seguirá siendo la principal, la cabeza de familia. Dejaré que el servicio y todo lo relacionado con la casa esté a su cargo y bajo su obediencia.

—¿Crees que tu esposa permitirá eso? No te engañes, hijo. Tu tío Jacinto y yo hemos hablado, y estoy meditando una opción.

Gabriel entonces miró a su tío a los ojos, y este le explicó a qué se refería su madre.

—Le he propuesto que nos acompañe a América, a la hacienda que tenemos allí. Argentina es un país con futuro; no le va a faltar nada.

—¿Piensa usted abandonarlo todo, madre? ¿Dejar la que ha sido siempre su casa e irse a un lugar desconocido donde no conoce a nadie?

—Tu padre y yo conocimos a algunos amigos de tu tío que andan por esas tierras. Pierde cuidado, que no estaré sola —respondió ella con tono serio, mientras giraba el rostro hacia el suelo.

—Estará bien, Gabriel, no te preocupes —añadió Jacinto en un tono conciliador.

El joven se quedó pensativo, observando el féretro de su padre y considerando que quizás había llegado el momento de informar a su madre sobre su enfrentamiento con Mariana.

—Madre, hay algo que debe saber sobre mi matrimonio. Pienso solicitar la anualidad eclesiástica. No puedo ser feliz con una mujer que nos ha engañado a todos. Tal vez eso le ayude a replantearse su decisión de marcharse.

—Pero, muchacho, ¿crees que es el momento de sacar a relucir tus cuitas matrimoniales, con tu padre de cuerpo presente y tu madre en este estado de sufrimiento? —le recriminó su tío Jacinto.

—Es necesario. Necesito que sepa que esa mujer no es...

En ese momento, entraron en el salón dos guardias civiles acompañados por Mariana y un caballero que, por su aspecto serio y los galones colgados de su chaqueta, dejaba entrever que se trataba de un comisario de policía.

—Buenas tardes, soy el comisario Márquez. Lamento interrumpir el duelo del señor Arsenio; reciban, pues, mi más sentido pésame.

—¿Qué le trae a mi casa, señor comisario? —preguntó Gabriel, mientras los rostros impresionados de doña Obdulia y su cuñado mostraban un gesto de asombro.

—No se trata de un asunto agradable, sino más bien espinoso. Vengo a arrestarlo. Debe acompañarnos al cuartel, donde permanecerá en los calabozos hasta que el juez decida sobre su encarcelamiento. Está usted acusado de asesinato. Le ruego que no haga preguntas y se entregue voluntariamente.

Doña Obdulia, que se había levantado para recibir al comisario, se desplomó desmayada, cayendo al suelo. Gabriel se agachó, alarmado, preocupado por ella.

—¡Madre! ¡Madre! —le gritó, dándole suaves palmadas en las mejillas.

Uno de los guardias se acercó, lo levantó con brusquedad sujetándolo por los brazos y le colocó las esposas.

—Lamento todo este sufrimiento y espero que la señora se restablezca —comentó el comisario, dirigiéndose a todos. Luego, con un gesto de la mano, dio la orden a los guardias para marcharse.

Jacinto, ayudado por Mariana, logró poner en pie a doña Obdulia y sentarla en uno de los asientos. Esta última intentó dar un sorbo de agua de un vaso que trajo Aniceta.

Gabriel, con las manos en la espalda unidas por unas esposas, encaminó sus pasos junto a los guardias y el comisario en dirección al carruaje que lo iba a transportar hasta el cuartelillo, donde sería encerrado.

En ese momento, llegó corriendo Felisa con voz angustiada. Venía desde el viejo establo. Cuando alcanzó el lugar donde se encontraba su primo, se detuvo, respirando hondo.

—¡Primo! ¡Primo! ¿Qué ha pasado? ¡Yo no puedo más, no puedo más...! —Tras decir esto, también cayó desmayada.

Carmen y Patricio llegaron también corriendo desde las inmediaciones del establo abandonado. Ella, visiblemente nerviosa, miró primero a Felisa con preocupación y luego a Gabriel, que seguía de pie, con las esposas atadas a la espalda, mientras uno de los guardias lo vigilaba de cerca.

—¡Gabriel! ¿Qué es esto? ¿Por qué te detienen?

—Me consideran culpable, por eso me arrestan. Intentaré salir pronto. No te preocupes por mí.

—¡No! Tú no eres un asesino. Yo puedo afirmarlo. Yo...

Gabriel la interrumpió con un grito atronador:

—¡Carmen, ya basta!

—¡Venga, déjense de discusiones estúpidas! —recriminó el guardia, empujándolo hacia el interior del carruaje.

Otros dos guardias recogieron a Felisa del suelo y la llevaron a la casa, ayudándola a incorporarse tras el desmayo. Patricio, mientras tanto, sujetó a Carmen del brazo, impidiéndole acercarse a la ventana del carro al ver que uno de los guardias, ya en el interior, les apuntaba con un rifle.

—Vámonos. Ya verás cómo esto se soluciona pronto. Será algún malentendido —le dijo Patricio, colocándose delante de ella y obligándola a apartarse del carruaje.

Los otros guardias regresaron de la casa tras dejar a la joven Felisa en el interior, y, tras montar en el carruaje, se marcharon sin decir palabra.

Carmen, al ver que los caballos trotaban alejándose de la hacienda, se abrazó a Patricio, llorando.

—Tranquila, tú tranquila. Le conozco bien, son muchos años a su servicio, y sé que no es un asesino. No te preocupes.

—Lo sé, Patricio. Sé cómo ocurrió todo, fui testigo...

—Shhh. —Él, tras separarla de sus hombros, la miró directamente al rostro—. Te creo. No hace falta que intentes convencerme.

—Eres muy bueno, Patricio. No debí hacerte daño. —Ella le sostuvo la mirada, sintiendo algo que jamás había experimentado junto a él. El hecho de sentirse consolada, tras la tristeza de ver cómo habían arrestado al hombre de su vida, le hizo valorar a la persona que, hasta poco tiempo antes, había sido su pareja.

—Nunca me has hecho daño. —Él le acarició suavemente el pelo y luego el rostro—. Haber disfrutado de tu compañía fue algo increíble. Quiero quedarme con eso.

Tras decir esto, intentó besarla. Ella lo miró a los ojos mientras escuchaba sus palabras, y casi se dejó besar, pero se apartó rápidamente.

—Lo siento —dijo él, con tono de disculpa—. No he podido evitarlo.

—La culpa es mía. No debí jugar con tus sentimientos. La tristeza que siento me ha despistado. Perdóname, Patricio. Pero a Gabriel... le amo con toda mi alma. Aunque...

Carmen, sin terminar la frase, salió corriendo hacia la casa, sin querer continuar la conversación. Antes de entrar, se apoyó contra la madera de la puerta principal y lloró desconsoladamente. Estaba confundida, dolida por la marcha forzosa de quien ocupaba su corazón y, al mismo tiempo, atraída por la dulzura que había mostrado aquel que ya no era más que un amigo.

Tras unos minutos en los que comenzó a sentirse un poco liberada de la tensión acumulada, entró en la casa y se dirigió a la cocina con la intención de hablar con Aniceta. Sin embargo, al acercarse, escuchó a Mariana conversando con ella y con Gertrudis. Ninguna de las tres se había percatado de que Carmen las estaba escuchando desde el umbral de la puerta.

—Sabed que las cosas en esta casa van a cambiar —declaró Mariana con voz firme—. Con Doña Obdulia enferma y su hijo detenido, yo paso a ser la señora de la hacienda. Así que sabed que me respetaréis al máximo y me trataréis como la principal de esta casa. Mi opinión sobre el servicio ya la conocéis: seré inflexible exigiendo disciplina y eficacia.

—Pero, señora, ¿qué ocurre con Doña Obdulia? ¿Tan grave es lo que le ha sucedido? —preguntó Gertrudis, mientras Aniceta mantenía el rostro serio y la mirada fija en Mariana.

—¡Eso a vosotras no os importa! —respondió Mariana con dureza—. Sois el servicio, no familiares, vecinos ni personas distinguidas que merezcan saber más de lo que os corresponde. ¡Obedeced y silencio! Y sabed que si os pasáis de la raya, a la mínima, os despediré y os mandaré a la calle con lo puesto.

—Sí, señora. Lo entendemos —contestó Aniceta, con un gesto resignado.

Mariana, tras pronunciar estas palabras, se volvió y salió por la puerta que comunica con el salón, donde de repente se percató de la presencia de Carmen.

—¡Tú! ¿Pero qué...? —la observó durante unos segundos con el rostro perplejo y una mirada llena de desprecio—. ¿Me has estado engañando? ¿Has estado en la casa todo este tiempo? Ya

sospechaba que eras tú la doncella de la que hablaban esos guardias.

—No, señora, déjeme explicarle —intentó responder Carmen, con el rostro pánico enfrentándose al de ira de Mariana.

—¡No hay nada que explicar! —gritó Mariana—. Ven ahora mismo conmigo. ¡Descarada! ¡Menesterosa! ¡Despojo!

Agarrándola del cabello y arrastrándola por el suelo, abrió la puerta de salida y empujó a Carmen hasta hacerla rodar por el cemento frío del exterior de la casa. Aniceta y Gertrudis observaban aterradas la escena. Después, cerró la puerta de un portazo.

Patricio, que aún estaba cerca, corrió hacia ella y le tendió la mano para ayudarla a levantarse.

—¿Estás bien, Carmen? ¿Qué ha pasado? —preguntó con preocupación.

—Me descubrió y me echó de la casa de una patada —respondió ella, todavía temblando.

—¡Maldita bruja burguesa!

—Estoy destrozada. Creo que lo he perdido todo: a Gabriel detenido y ahora ella sabe que merodeo por la casa. Parece que tiene el control absoluto y amenaza con actuar con dureza contra el servicio. Creo que lo mejor es irme lejos, olvidar todo esto y regresar con mi madre a Atajate, mi pueblo natal.

—No puedes rendirte ahora. Tienes que ser fuerte. Es el momento de actuar —dijo él, acariciándole el rostro con suavidad mientras ella se incorporaba—. Eres más valiente y hermosa de lo que crees. Gabriel tiene mucha suerte contigo, pero yo... yo sólo tengo la desgracia de haberte perdido.

Ella bajó la mirada, sin apartarse.

—No empieces con eso, por favor.

—Lo siento. No quiero molestarte con palabras vacías, sólo soy un amigo que quiere verte bien —dijo él, separando lentamente la mano de su rostro y preparándose para soltarle la mano.

Pero ella no lo permitió. Se aferró a su mano, lo miró fijamente y, sin pensarlo mucho, se acercó y apoyó sus labios en los suyos.

El beso fue breve, cargado de una mezcla de confusión, tristeza y consuelo. Él la rodeó con un brazo por la cintura, ella se apoyó en él buscando refugio. Al separarse, sus miradas se encontraron.

Ella suspiró y lo abrazó con fuerza. Él, acariciándole la espalda, intentó no romper ese instante frágil y lleno de sentimientos encontrados.

—Lo sé. Todo esto es muy extraño —dijo él con ternura, acariciando suavemente su mano—. Pero no digamos nada ahora, no quiero estropear este momento. Solo necesito que sepas que, en todo el tiempo que estuvimos juntos, jamás sentí un beso tan dulce como este.

Carmen sonrió con cierto desasosiego, aún confusa.

—No sé lo que quiero, Patricio. Parezco una loca. Amo a Gabriel, pero contigo siento algo especial. Creo que necesito aclarar mi mente.

—No te agobies —le aseguró él—. Es normal estar confundida. Tómate tu tiempo para pensar, pero primero tenemos que entender qué está pasando con Gabriel.

—Lo han detenido —contestó ella con voz baja—. Creen que está implicado en la muerte del cochero del carruaje que nos iba a llevar a Madrid. Pero el verdadero culpable fue un bandolero, uno que, según dicen, fue contratado por la señora para hacernos daño.

—¿Y por qué acusan a Gabriel? ¿Por qué no fuisteis a la guardia y declarasteis que fue un bandolero?

—Lo hicimos, pero el sargento no terminó de creérnoslo. Además, por algún motivo que desconozco, ha encontrado pruebas contra Gabriel. Me siento impotente.

—No te preocupes —dijo él mirando hacia el amanecer—. Ya casi amanece. Por la mañana iremos al cuartel a contar toda la verdad. ¿Te parece bien?

—No sé... Mejor hablaré con Felisa cuando se recupere. Ella estuvo allí y quizás pueda ayudarnos —respondió Carmen, con la esperanza asomando en sus ojos.

El sonido de un carruaje interrumpió su conversación. Patricio reaccionó con rapidez, tomando una de sus manos, y juntos corrieron hacia el oscuro establo abandonado antes de ser vistos. Allí, en la penumbra, la abrazó con fuerza. Carmen estaba asustada y preocupada por todo lo que le estaba sucediendo, pero la calidez de sus brazos y los suaves besos que sentía en el hombro y el cuello la hicieron sentirse segura y querida.

Después de varios minutos de miradas intensas, besos y caricias, se dejaron caer sobre el montón de paja amontonada en una esquina del lugar. Despojándose de sus ropas, entregaron sus cuerpos al deseo que los consumía en ese instante. Más tarde, mientras Carmen se volvía a poner el vestido, las lágrimas comenzaron a rodar por sus mejillas.

—¡Ey! —dijo él al ponerse de pie y subirse el pantalón—. ¿Qué ocurre? ¿No me digas que te sientes culpable?

—Amo a Gabriel, pero... sin embargo, me he sentido atraída por ti hasta el punto de entregarme por completo. No me reconozco; ni siquiera logro entender mis propios sentimientos.

—No te preocupes —le aseguró con ternura—. Yo siempre te querré. Hagas lo que hagas, decidas lo que decidas, ahí estaré. Si decides luchar por ese amor que sientes por el burgués, lo respetaré.

—Gracias, Patricio. Eres un sol —respondió ella, besándole la mejilla con agradecimiento.

—Carmen, pero recuerda que estamos en una guerra entre clases. Ten cuidado. Porque lo que no voy a permitir es renunciar a hundir a todos esos capitalistas burgueses. Mantente alejada de mis intereses; no quiero que te veas atrapada por lo que hagamos.

Ella no respondió. Se giró y se tendió sobre la paja, vencida por el cansancio, que la arrastró al sueño. Él la cubrió con su chaqueta y, apartándose un poco para dejarla descansar en paz, encendió un cigarrillo. Su mirada se perdió hacia la hacienda, donde la luz de las ventanas del salón brillaba en la oscuridad de la noche.

## 19 EL OTRO MATRIMONIO GARRIDO

Don Fernando Garrido, padre de Felisa, descendió del carruaje que acababa de detenerse frente a la puerta principal de la hacienda, acompañado por su esposa, doña Eugenia. Era un hombre de cuerpo muy delgado, rostro alargado y bigote denso al estilo inglés, y bastante alto. Su esposa, de figura corpulenta y rostro redondo, vestía completamente de negro, acorde al solemne momento del velatorio.

Desde la ventana del salón, Mariana observó la llegada de sus tíos y, con el rostro serio y marcado por el dolor, bajó a recibirlos en la entrada principal.

—Un abrazo, tío Fernando —dijo, con lágrimas surcando su rostro—. Es terrible el dolor que nos invade.

—Hola, sobrina. Hay que ser fuertes y aceptar lo inevitable —respondió él, estrechándola en un abrazo—. ¿Dónde está el cuerpo de mi hermano?

—En el salón. Lo están velando algunos vecinos. El tío Jacinto acompaña a mi suegra, doña Obdulia, quien ha sufrido un desmayo.

—Gracias por recibirnos. Entremos, ya habrá tiempo para que me cuentes todos los detalles —respondió don Fernando, mientras ambos ingresaban en la casa.

El matrimonio, tras despedirse de Mariana, avanzó hacia el recibidor de la casa, mientras uno de los sirvientes se encargaba de llevar sus maletas a la habitación que Aniceta les había indicado. En el salón aún permanecían algunas vecinas, rezando el rosario con devoción.

Don Fernando entró y escudriñó el lugar con la mirada, buscando a su hija cerca del cadáver de su hermano.

—¿Dónde está mi hija? —preguntó, con voz cargada de preocupación—. ¿Cómo es que no se encuentra aquí, velando y rezando por el alma de mi difunto hermano?

—Está en su habitación —respondió Mariana, con tono conciliador—. Hace un rato sufrió un desmayo, probablemente por la tensión que todos estamos soportando. La pobre no ha podido sobrellevar todo lo que ha ocurrido desde el final de la tarde.

—Demasiados desmayos y pocas ganas de acompañar con oraciones el tránsito final de mi querido hermano Arsenio —replicó don Fernando con amargura—. Es desolador lo que mis ojos contemplan.

—No imagina la cantidad de acontecimientos que hemos vivido —dijo Mariana, invitándole a sentarse junto a su esposa con un gesto—. Permítame contarle.

Pero él negó con la cabeza y respondió con determinación:

—No te preocupes. Antes quiero despedirme de quien es sangre de mi sangre.

Don Fernando se acercó al féretro y besó la frente de su hermano. Luego tomó una de sus manos entre las suyas, pero la soltó a los pocos segundos, mientras las lágrimas comenzaban a brotar de sus ojos.

—Fernando, esposo, ven y siéntate —le llamó Doña Eugenia, tomando su brazo y acompañándolo hasta uno de los asientos cercanos al féretro.

Aniceta se acercó entonces con una bandeja que contenía una jarra de agua y un vaso. Doña Eugenia agradeció el gesto, y su marido logró calmar su nerviosismo tras beber un sorbo.

—Ahora que parece más tranquilo, tío Fernando, le explicaré lo que ha sucedido en esta casa...

Tras media hora de narración de Mariana, en la que detalló su versión de los hechos ocurridos, Don Fernando comenzó a bombardearla con preguntas, dirigiéndose a la nuera del difunto Arsenio.

—¿Dices que, tras varias horas velando a mi hermano, la Guardia Civil detuvo a tu esposo? ¿Y qué haces aquí? ¿Cómo es que no le has acompañado? —le preguntó él, sorprendido.

—El asunto es muy delicado, tío Fernando —respondió Mariana con voz grave—. Yo fui testigo de su culpa. No me queda otro remedio que testificar en su contra. Prefiero mantenerme al margen y, por su bien, postergar mi declaración.

—¿Qué diablo estás diciendo? ¿Qué traición es esa? —exclamó Don Fernando, mientras su esposa hacía un gesto pidiendo calma.

—Todo fue así —comenzó Mariana, con lágrimas en los ojos—. Lo vi llegar escoltado por guardias, sin entender nada de lo que ocurría. Le hice mil preguntas, pero no quería responderme. Hasta que, en la intimidad, me confesó haber asesinado a un pobre hombre que era testigo de una infidelidad hacia mí. —Las vecinas que rezaban se detuvieron, dejando de lado sus oraciones para escucharla atentamente.

—Espera, ¿dices que mi sobrino era infiel y que ese testigo fue asesinado? —murmuró Don Fernando, con incredulidad—.

Jamás creí que Gabriel fuera capaz de tal acción. Ha manchado el apellido Garrido. Este asunto necesita una solución urgente.

—No veo otra solución que cumpla la pena que le corresponda —respondió Mariana con dolor—. Me duele mucho, porque es mi marido y el padre de mis hijos.

—¿Qué dices de cumplir pena? ¿Negarás esa afirmación de Gabriel? Dirás que ha sido un error, que no quisiste decir eso.

—¿Me pide usted que engañe a la justicia y a mi conciencia, tío Fernando? No puedo hacer eso.

Don Fernando permaneció pensativo durante unos segundos, observando fijamente a Mariana. Luego se levantó, hizo un gesto a su esposa para que permaneciera donde estaba y le indicó a Mariana que lo acompañara a otra estancia de la casa. Quedó claro que quería hablar a solas con ella.

## 20 ENTRE DOS CORAZONES

Para Carmen no fue fácil asimilar nada de lo que estaba viviendo en ese momento de su vida. Desde que llegó a la hacienda de Los Dos Racimos, todo habían sido problemas. Tanto su relación con la familia Garrido, como el enamoramiento de Gabriel y su vínculo con Patricio, eran un constante quebradero de cabeza que no le dejaba respirar y la hacía sentir cada segundo como si estuviera asfixiada.

Por una parte, necesitaba mantener su trabajo en la casa, porque después de tantos años soportando no podía tirarlo todo por la borda y volver a Atajate con su familia. Por otra, amaba a Gabriel y sentía una angustia enorme al no saber cómo ayudarle, además de pensar en lo mal que lo estaría pasando en alguna oscura celda del cuartelillo. Por último, sentía que Patricio era el hombre que el destino había marcado para su vida. Lo quería: un hombre bueno, trabajador, sencillo, de su misma clase social, y la lógica le llamaba a vivir bajo su compañía. Sin embargo, su corazón latía más fuerte cuando resonaba el nombre de Gabriel en su cabeza.

Todas esas dudas no la dejaban ni dormir tranquila.

Patricio intentó tranquilizarla al despertarla cuando ella pegó un grito en el establo.

—Tranquila, no pasa nada, estás aquí conmigo. —Él le agarró una mano y comenzó a acariciarla con cariño.

—¡Gabriel!

—No, soy yo, siento desilusionarte. —Respondió con tono apagado, como decepcionado.

—Lo siento. —Ella se levantó y lo abrazó—. He tenido una pesadilla, no sé lo que quiero.

—Tranquila. Te entiendo. Sólo tienes que esperar a que tu mente se aclare.

—¿Qué hora es? Veo que ha amanecido hace rato. Es pleno día.

—Pues sí, deben ser las once de la mañana. Dentro de un rato, creo que todos los burgueses que están en la hacienda se irán al entierro. Ya ha llegado el carruaje fúnebre para llevarse al viejo.

—Pobre Gabriel, no podrá acudir al entierro de su padre.

—Te equivocas. Lo he visto llegar hace poco, acompañado de su mujer y un burgués que llegó en el carruaje que vino anoche.

—¿De verdad? ¡Está aquí Gabriel! ¡Quiero verle!

—¡Carmen! ¡Ven!

Ella se soltó rápidamente de Patricio y corrió hacia la hacienda, entrando por la puerta del servicio. En la cocina no había nadie, así que se dirigió al salón. Ya habían recogido el cuerpo de Don Arsenio y allí tampoco había nadie. Avanzó hacia el comedor, donde encontró a Doña Obdulia sentada en una silla, algo apartada de la mesa, llorando y secándose el rostro con un pañuelo.

—Señora, lamento mucho el fallecimiento de su marido.

—¿Qué haces aquí? ¿No deberías estar en Madrid? —preguntó Doña Obdulia con tono triste.

Carmen no supo qué responder en ese momento, así que buscó alguna coartada para que la señora entendiera su presencia.

—He venido de urgencia, señora. Me enteré anoche de la desgracia y quise acompañar a los señores a quienes tuve el honor de servir hasta hace poco, en estos momentos tan difíciles.

—¿Tú? ¿Una criada? —dijo Doña Obdulia con voz áspera y mirada cargada de desprecio—. No estás hecha para acompañarnos en este dolor, sino para servirnos. Y ya no perteneces a esta casa. —Le hizo un gesto con la mano señalando la puerta, pero Carmen, sin hacer caso y aprovechando que la señora mantenía la cabeza agachada sumida en su pena, subió silenciosamente las escaleras que conducían a los dormitorios.

Arriba, en el pasillo que daba a los dormitorios, encontró a Gabriel. Emocionada, se le acercó para abrazarlo, pero él la apartó con las manos.

—¿Qué haces? Aléjate de mi lado.

—¿Cómo? ¡Necesito abrazarte! ¡Te he echado de menos!

En ese momento, Mariana apareció saliendo del dormitorio matrimonial.

—¿Ya ha llegado esta pelandrusca? ¿A qué vienes? Mi marido y yo nos vamos al entierro; no necesitamos nada de tus servicios. Te recuerdo que no formas parte de esta casa. Apártate y márchate a la calle, que aquí no eres nadie.

—Siento molestar. Solo quería felicitar al señor por haber salido del injusto arresto.

—¿Felicitar? Ni eso te voy a permitir. Ya le has seducido bastante y confundido. ¡Sal de esta casa y vuelve a tu pueblo, donde nunca debiste regresar!

—¡Gabriel! —Carmen pronunció su nombre esperando alguna reacción mientras el matrimonio bajaba la escalera. Él

mantuvo el semblante serio, sin querer siquiera mirarla a la cara, pero antes de marchar hacia el salón giró la cabeza hacia arriba, mostrando un rostro que delataba tristeza. Entonces ella repitió su nombre, esta vez de forma más apagada y silenciosa:

—¡Gabriel!

Tras escuchar cerrarse la puerta de salida, bajando la escalera casi sin fuerzas, llegó hasta la cocina y se sentó en una de las sillas viejas de madera, disponibles para el personal de servicio y que los señores aún no habían renovado desde hacía años. Agachó la cabeza pegándola contra la mesa, llena por dentro de tristeza y rabia. Había comprobado que Gabriel ya no era el joven feliz del que se había enamorado y que, por alguna razón, se sentía obligado a ir de la mano de su esposa. El consuelo que tenía ante tanta tristeza era saberlo libre del arresto de la noche anterior. En ese momento, pensó que lo mejor sería marcharse lejos de allí, volver a donde quizás nunca debió salir: junto a su familia.

No tardó en decidirlo. Salió de la cocina en silencio, agarró un pequeño hatillo con sus cosas más esenciales y abandonó la casa sin despedirse de nadie, como si el viento de la madrugada se la llevara entre sombras.

## 21 NUEVAS EMOCIONES

Eran ya pasadas las cuatro de la tarde del mismo día en que se había celebrado el entierro de don Arsenio, cuando Patricio trabajaba en las caballerizas de la hacienda. Uno de sus compañeros se le acercó con tono burlón.

—¡Eh, Patricio, chato! —dijo—. La que era tu moza parece dispuesta a coger el montante y largarse lejos. La han visto, esos de “la uva”, caminando por el sendero de la Morena, con una bolsa y muy mala cara. ¿Qué le has hecho, pillín? ¡Estás hecho ‘to’ un destroza corazones!

Los demás que escuchaban comenzaron a reírse. Patricio dejó caer el cepillo y el paño que tenía en las manos, y salió corriendo en busca de la joven.

Mientras tanto, el camino polvoriento que se abría entre los matorrales parecía interminable, y cada paso que daba Carmen era impulsado por el dolor y la desilusión. No había avanzado mucho cuando, desde la espesura del monte, surgieron cuatro hombres de aspecto desaliñado: bandidos del camino que la interceptaron con risas maliciosas.

—¿A dónde vas con tanta prisa, palomita? —le dijo uno, mientras otro le bloqueaba el paso.

Ella intentó retroceder, pero tropezó. Al incorporarse, uno de ellos la empujó con fuerza por el hombro, obligándola a arrodillarse ante ellos.

—¿Dónde crees que vas? —soltó con tono burlón—. Vamos a empezar a quitarte peso. Te vamos a librar de esos trapos que llevas puestos, para disfrutar de tu lozanía.

El cabecilla se acercó para tirar de su vestido, mientras los demás reían, alentados por los gritos de uno de ellos:

—¡Venga, guarra! ¿Me vas a decir que estabas de paseo por el sendero? ¿Quién te apetece primero?

Carmen, con el rostro desencajado de miedo, no podía hacer más que mirar al que parecía liderar a la banda.

Fue entonces cuando una voz firme e inesperada rompió la tensión del momento.

—¡Alto a la Guardia Civil! —gritó Patricio desde detrás de unos matorrales, donde se había ocultado al acercarse y observar la escena.

Los bandidos se sobresaltaron, mirando en todas direcciones, y al creer que los guardias se aproximaban, huyeron precipitadamente sin siquiera despedirse de Carmen ni terminar su amenaza.

Patricio salió de inmediato de su escondite y corrió hacia ella. La ayudó a levantarse con delicadeza y la estrechó en un abrazo lleno de alivio y angustia.

—¿Cómo se te ocurre irte sola por estos caminos? —le reprochó con preocupación—. ¿No ves lo peligroso que resulta que una joven como tú ande por estos parajes?

Carmen, aún temblando, se aferró a su amigo como si se deshiciera.

—Necesito huir. Estoy desolada. Gabriel ha salido del arresto, pero lo noté forzado, como si estuviera atado a su esposa. No sé qué le han dicho ni qué ha ocurrido.

—Algunos compañeros de las caballerizas me lo han contado —dijo Patricio—. Fue su tío Fernando quien intercedió por él. Y parece que, gracias a algo que su mujer comentó a los guardias, lo dejaron libre. Tal vez ahora se sienta en deuda con ella y obligado a hacer el papel de buen marido.

—¡No lo creo! —replicó Carmen con vehemencia—. Él sabe que ella lo engañó, que ese hijo que creía suyo no lo es. Yo estuve con él en el pueblo donde nos retuvieron los guardias, y una señora se lo contó todo. ¡Esa mujer es una estafadora!

—Entonces debe de haber algún motivo, alguna razón que se nos escapa. ¿Carmen?

Ella se desvaneció en sus brazos, por lo que el joven, consternado, se vio obligado a recostarla sobre el suelo, en un claro amplio entre varios árboles. Tomó una prenda de vestir y, doblándola con esmero, la dispuso a modo de almohada. Transcurrida cerca de media hora, la joven abrió los ojos.

—¿Qué me ha sucedido? ¿Por qué he perdido el sentido?

—Lo ignoro, mas no te inquietes. He de conducirte de nuevo a la hacienda.

—¡No! Mariana me ha expulsado sin miramientos. Debo regresar a mi hogar.

—¡Eso jamás! Entonces vendrás a vivir conmigo. Te llevaré a mi casa, donde mi madre habrá de acogerte como a una hija. Toma mi mano... y levántate.

Ella le obedeció, y, una vez asida de su mano, se incorporó con esfuerzo. Él, con ternura, la sostuvo por la cintura, estrechándola suavemente entre sus brazos.

—¿Qué haces? ¿Acaso podrás llevarme así durante todo el trayecto? —le dijo ella, con los ojos brillantes y una sonrisa que iluminaba su rostro, mientras él caminaba con gesto de dicha.

Al cabo de un rato, llegaron a la vivienda de Patricio. Se trataba de una humilde chabola, enclavada entre otras similares, todas construidas con materiales sencillos y de aspecto precario. Algunas estaban formadas por tablones de madera ensamblados con clavos; otras, de cemento desnudo. Las fachadas, sin pintar, mostraban señales del abandono; varias casas carecían de puertas y se resguardaban tan solo con una cortina raída... reinaba un aire de auténtica pobreza.

El hogar del joven era pequeño: un modesto salón donde destacaba una cama grande —que debía de pertenecer a su madre— y otra más estrecha, dispuesta contra la pared opuesta, donde presumiblemente dormía él. Además, podía verse un lavadero para los platos, un aparador con algunos utensilios, un fogón diminuto y, en el centro, la mesa donde comían. Carmen advirtió que el lavabo para asearse y el excusado se hallaban en una dependencia exterior, común para todos los vecinos.

—¿Aquí vives, Patricio? ¿De esta guisa?

—¿Qué creías? Se nota que ya te has vuelto una señorita de ciudad. ¿Acaso en tu pueblo natal disponías de mayores comodidades que aquí?

—Pierde cuidado. Es humilde, sí, pero se nota que vivís con dignidad. No me ofendo.

—¡No hay ofensa! Ya veo que he traído en brazos a toda una dama de noble estirpe.

—¿Y tu madre? ¿No vive contigo?

—Habr  salido. No tardará en volver. Siéntate junto a la mesa, que voy a ofrecerte una limonada y algo de fruta. Lamento no tener nada más digno de su excelencia —a nadi  en tono de broma, provocando la risa de Carmen, quien tomó asiento.

— Tonto! Soy tan humilde como t ... aunque no puedo evitar pensar que vuestra vivienda es demasiado sencilla.

— Lo que yo te diga! Sigues con la misma cantaleta.

— Vuelvo a sentirme mal! No s  qué me ocurre... —dijo ella, palideciendo visiblemente, lo que alertó al joven.

 l la ayudó a incorporarse, y con sumo cuidado la condujo hasta la cama.

—Venga, recu state. Es evidente que no te encuentras bien.

En ese momento, entró una señora baja de estatura, de rostro redondo y ojos grandes, recogido el cabello en un mo o sencillo. Vestía de negro y llevaba atado a la cintura un delantal blanco.

— Qu  es esto, Patricio?  Qui n es esta muchacha? —preguntó, visiblemente sorprendida.

—Es Carmen, madre. De quien tanto le he hablado.

— Ah! La joven de tus devaneos. Ya era hora de que me la presentaras.  Y qué hace en tu cama?  Le ocurre algo?

—Se desvaneció en plena sierra, madre, y la traje para que se recobrara. Los Garrido la han echado de la hacienda y ahora no tiene adónde ir.

—Pierde cuidado. Que se quede en casa el tiempo que haga falta. Voy a prepararle una infusión... T  ve llamando al galeno.

—Pero madre... no disponemos de cuartos para pagarle.  Qu  haremos?

—Ve y dile que ya se le abonará lo que sea... aunque espera — dijo, acercándose a Carmen para mirarla fijamente a los ojos—. ¿Está usted mareada, joven?

—Sí, pero se me pasa. Es algo que viene y va. Es extraño... Pues antes —y esto no se lo he dicho aún a Patricio— estuve a punto de vomitar.

—¡Diantres! Empiezo a sospechar de qué se trata...

La mujer se dirigió a un mueble antiguo, abrió con calma uno de sus cajones y extrajo de él un curioso péndulo: una pequeña esfera sostenida por una fina cadena de plata. Se acercó de nuevo a Carmen y, con suma delicadeza, alzó ligeramente su vestido para dejar al descubierto el vientre. Entonces comenzó a hacer girar la esfera sobre éste, con movimientos lentos y precisos.

—Lo que me temía... Aquí hay algo. ¡Estás embarazada!

—¿Cómo? ¿Y usted... cómo puede saberlo?

—Una ya es vieja, hija, y algo ha aprendido en esta vida. Con ayuda de este viejo amuleto puedo confirmarlo. Aunque lo ideal sería que lo corroborara un galeno, estoy convencida: vas a ser madre.

—¡Patricio! —exclamó Carmen, volviendo el rostro hacia el joven, que acudió al instante a su lado y le tomó una mano entre las suyas.

—¿Has oído? —le preguntó ella, con una sonrisa temblorosa.

—Sí... pero no me lo esperaba. ¿Y ahora qué vas a hacer?

—Ser madre. Voy a tener un hijo. De pronto, toda mi tristeza se ha desvanecido.

—Ya... Te comprendo. Pero ponte en mi lugar: me cuesta creer que estés en cinta por algo que ocurrió hace menos de cuarenta y ocho horas.

—Es evidente, Patricio. El padre no eres tú.

—Pues tienes un problema. Esto... va a desatar un buen lío.

—No me sueltes la mano, te lo ruego —susurró ella, apretándola con fuerza.

—Ya ves que no lo hago —respondió él, con firmeza y ternura.

Ambos se miraron, aguardando en silencio que el otro pronunciase primero alguna palabra. La madre del joven, algo apartada, contemplaba la escena conmovida por aquel gesto sincero de amor entre los dos.

—Patricio... ¿Querías tú ser el padre? Lo reconoceré siempre como tuyo... si así lo deseas —suplicó Carmen con voz suave, impregnada de ternura.

—¿Cómo dices? ¿Eres consciente de lo que me estás proponiendo? —respondió él, perplejo, mirándola con asombro.

—Sé bien que no será de tu sangre, pero necesita un padre... y desearía, de corazón, que fueras tú.

—¡Pero no lo soy! ¡Carajo! —exclamó, apartándose un paso—. Estoy convencido de que ese niño es fruto de aquel burgués. Me pides demasiado...

La señora se aproximó entonces a su hijo. Le tocó suavemente el hombro y, en voz baja, comenzó a hablarle con dulzura:

—Patricio, hijo... Esta muchacha se muestra noble, de buen corazón. Percibo con claridad que entre vosotros hay afecto verdadero. Y ese niño, sí, necesita un hogar, un padre, una familia. ¿Por qué no aceptarlo? Podrías asumirlo como propio y nadie conocería la verdad. Yo misma lo recibiré como a un nieto. No le vuelvas la espalda... será tu hijo a todos los efectos. No

desprecies la dicha de formar una familia, ni de compartir la vida con quien ya amas.

Él comenzó a pasear nervioso por la estancia, de un lado a otro, sumido en profundas cavilaciones. Finalmente, se detuvo frente a Carmen, y tomándole ambas manos entre las suyas, se inclinó para depositar un beso en su frente.

—Está bien... Será mi hijo. Lo aceptaré por la gracia de lo que siento por ti. Estoy más enamorado de lo que imaginas. Pero júrame —júrame por Dios— que nadie sabrá jamás el verdadero origen de su sangre. Y que nosotros mismos lo asumiremos, pensaremos siempre que nace de nosotros, de nuestro amor.

Guardó un breve silencio, apretándole las manos con firmeza.

—He estado dispuesto a olvidar tu infidelidad con ese burgués, a pasar por alto todo esto... y a casarme contigo. Pero tú has de serme fiel desde este instante. Mañana mismo acudiremos a la parroquia a solicitar al padre Jeremías que nos fije fecha para el enlace.

—¡No podría ser más dichosa! ¡Te quiero! —exclamó Carmen, con lágrimas de emoción desbordando por sus ojos.

Ambos se dieron un ligero beso en los labios, delante de la señora, que sonreía dichosa al ver a su hijo feliz.

—Por cierto, señora, ¿cómo se llama usted? —preguntó Carmen—. Aún no me ha referido Patricio su nombre.

—Carmina, llámame así. Y quiero que a partir de ahora me veas como a una madre.

—Gracias. Es usted un encanto, Carmina.

—Y ahora, Patricio, tú y yo iremos a por leña a casa de Rogelio, que esta noche puede hacer frío y tu prometida debe

estar comfortable —dijo la madre, con el rostro iluminado por la felicidad, mientras se ceñía al cuello una bufanda negra.

—Enseguida vuelvo, cariño —respondió él, y le dio otro leve beso en los labios antes de salir junto a su madre para recoger la leña.

Quedándose sola, Carmen aferró con fuerza la almohada y, al besarla, habló en voz baja para sí misma:

—Vamos a tener un hijo. Voy a poder tener algo tuyo. Te prometo que lo cuidaré, y él me recordará aquellos momentos contigo y los instantes en que fuimos tan felices. Ya tengo, sin esperarlo, aquello que necesitaba para no olvidarte. Siento que algo tuyo vivirá conmigo siempre, Gabriel.

Tras estas palabras susurradas desde lo más profundo de su alma, cerró los ojos y se entregó al sueño.

## 22 LA VERDADERA PRISIÓN DE GABRIEL

Al día siguiente, transcurridas un par de horas desde el amanecer, Felisa paseaba por los jardines de la hacienda acompañada de su prometido, Ramón. Ella vestía de riguroso negro, portando un parasol oscuro propio de la época, mientras que Ramón lucía un traje de chaqueta igualmente oscuro, con una cinta en el brazo que señalaba su estado de luto y un sombrero de estilo americano.

El día había comenzado bajo un sol radiante, luminoso pero sin excesivo calor, invitando a disfrutar al aire libre.

—Tengo ganas de volver a Madrid —murmuró Felisa—. No comprendo qué nos retiene aquí.

—Mi padre está empeñado en poner orden en esta hacienda antes de partir —respondió Ramón—. Lo cual no alcanzo a entender: ¿para qué se inmiscute en este berenjenal, siendo asunto que no le incumbe?

—¿Y por qué no nos marchamos nosotros? Podríamos contratar un carruaje privado y partir cuando quisiéramos.

—¿Y dejar a mis padres abandonados? No lo comprenderían, y no me permitirían irme. Mejor nos quedamos, y punto.

—En fin... sea pues. También es cierto que la semana próxima hemos acordado visitar a tu tío Jacinto para firmar el traspaso de su hacienda.

—Sí —asintió Ramón—, el pobre antes de marchar nos lo ha recordado varias veces. Tiene gran interés en finiquitar el asunto cuanto antes.

Aniceta, el ama de llaves, interrumpió su paseo desde la puerta que daba acceso al jardín, llamándolos con voz clara.

—Disculpen, señores. La señora Mariana les requiere en el salón. Les espera junto a sus padres, señorita Felisa.

—Gracias, Aniceta —respondió Felisa, volviendo la mirada hacia la sirvienta—. Por cierto, ¿qué tal les va con el servicio? ¿Han encontrado ya sustituta para aquella funesta criada?

—¡Felisa! —le increpó Ramón con tono severo—.

—El asunto de la sustituta lo llevan los señores; yo no tengo nada que ver en ello —replicó Aniceta, con voz firme y seria.

—Gracias, Aniceta. Y tú, Ramón, ¿por qué te alarmas? No puedo quitarme de la cabeza cómo la descubrí besándose con otro y engañando a mi primo.

—No le des más vueltas; ya es toro pasado.

—Y pensar que la tenía por amiga... ¡Para que veas! Vamos a entrar, no sea que se enfade esta otra, que también es para mandarla bien lejos.

—Al final, se salió con la suya; es prácticamente la regente de toda esta hacienda. Tiene en sus manos la libertad de tu primo.

—¡No me lo recuerdes más! Entremos, no sea que se nos enfade.

Mariana, en colaboración con el tío Fernando, logró alcanzar un acuerdo con las autoridades, gracias a la mediación de uno de los más renombrados abogados del país y a una notificación judicial en la que se establecía que Gabriel debía comparecer cada quince días ante el juzgado, permanecer siempre dentro de un radio de cinco kilómetros alrededor de la hacienda y asumir el compromiso de ceder la gestión de sus bienes a su esposa, con el

fin de preservar el interés de la hacienda y el bienestar de sus trabajadores.

Mariana se limaba las uñas mientras su tío Fernando se preparaba una copa de brandy, cuando Felisa y Ramón entraron por la puerta del salón.

—Ya estabais tardando. Me estaba impacientando. Sabéis que no me gusta que se me haga esperar —les comentó Mariana, con un tono algo prepotente.

—Desde luego, sobrina, creo que se te han subido los humos desde que te has hecho con el poder de la hacienda. Menos mal que aún estoy aquí para recordarte que esta situación puede revertirse en cualquier momento —respondió don Fernando con voz rasgada, mientras encendía uno de los puros que su hermano Arsenio guardaba en un cajón del salón.

—Sea como sea, debo hacerme respetar. No me gusta sentir que no acude alguien cuando se me requiere —replicó ella con firmeza.

—Pero hazte respetar con el servicio, no con tus primos políticos, sobrina.

—Bueno, disculpad. Tiene razón tu padre, Felisa. Quizás he sido desafortunada con esta actitud.

—No hay problema, prima Mariana. ¿Qué ocurre?

—Bien. Antes que nada, ¿qué tal habéis dormido? ¿Os tenían bien acondicionada la habitación? ¿Habéis notado el suelo limpio y las sábanas perfumadas?

—Todo en perfecto estado, nada que objetar.

—¿Habéis visto? Acerté al expulsar a esa estúpida criadilla. Pero no os he llamado para hablar de eso, sino de otro asunto: el de su sustituta.

—¿Su sustituta? ¿Y qué tengo yo que ver con ello?

—Sí, quiero que os deis una vuelta por la parroquia del padre Jeremías; él conoce a muchas mujeres ya con cierta edad que buscan faena. Pedidle en mi nombre que os recomiende alguna.

—¿Y usted no puede ir? Es un asunto de su hacienda —preguntó Felisa, extrañada, con tono tajante mientras observaba de reojo a su padre, que leía entretenido el periódico y soltaba humo del puro que fumaba. No prestó atención a la conversación, por lo que no hubo respuesta ante la brusquedad de la joven con su prima política.

—¿No lo entiendes? No quiero dejar a Gabriel solo —respondió Mariana—. Si le da por salir y yo estoy aquí, puedo retenerlo y hacerle entender su situación. Pero estando solo, con el agobio que lleva, es capaz de querer ir a tomar una copa a la taberna cercana al pueblo de Ronda, y eso podría provocar que lo detengan.

—Bien, iremos. Le haremos ese favor. ¿Quiere que vayamos esta misma tarde?

—Si no os importa, os lo agradecería mucho.

—Sea, ningún problema.

—Muchas gracias. Sois un encanto —respondió Mariana mientras preparaba unas copas de licor para los presentes en la sala.

Tras un oportuno descanso al mediodía y llegada la tarde, la pareja se dispuso a cumplir el favor que Mariana les había solicitado. Abordaron un carruaje privado perteneciente a la

familia Garrido y partieron hasta llegar a la misma puerta de la parroquia del padre Jeremías.

El templo era sencillo, construido con robustas piedras de granito, con una gran entrada frontal flanqueada por varios escalones de cemento, y una torre alta adosada a la izquierda que culminaba en un campanario.

Al entrar, contemplaron el interior del santuario: a ambos lados del pasillo central se erguían varias imágenes religiosas, y al fondo, tras el altar y sobre el sagrario, destacaba una majestuosa imagen de la Virgen María.

—Es bonita esta iglesia, Ramón. Pensé que sería algo más sencillo.

—Sí —respondió él—. Mira, allí a la izquierda está la puerta de los despachos parroquiales. Vamos a entrar.

Accedieron al pasillo y, tras avanzar unos pasos, encontraron una puerta con un letrero que indicaba “Despacho parroquial”. Tocaron con el puño de la mano derecha y, desde el interior, se escuchó la voz del padre Jeremías:

—¡Un momento, por favor! Estoy reunido con una pareja de novios. Ruego que esperen su turno.

Felisa hizo un gesto a Ramón para que se apartara de la puerta, alejándose ambos unos pasos en señal de respeto.

—No sea que salgan y piensen que somos unos maleducados tratando de escuchar a escondidas —le dijo en voz baja.

—Bueno, pues a esperar, que otra cosa no nos queda.

Permanecieron de pie, y tras unos diez minutos, escucharon abrir la puerta y la voz del sacerdote despidiéndose al tiempo que la pareja salía de la sacristía. Al ver sus rostros, Felisa quedó perpleja.

—¡Carmen! —exclamó, impresionada.

—Hola, Felisa. Me alegro de veros, aunque entiendo que no soy correspondida con igual afecto —respondió la joven, tomada de la mano de Patricio, mostrando en su semblante la sorpresa de encontrar a Felisa en aquel lugar y momento.

—¿Cómo? ¡Qué descaró! ¿Qué haces aquí? ¿Has venido a pedirle trabajo a don Jeremías? Yo vengo a rogarle que me recomiende a alguien que te sustituya; alguien honrada, que no engañe ni aliente la ambición de seducir a su señor. No será difícil encontrarla.

—Estás confundida; no es lo que piensas. Yo misma he estado confundida, pero ahora he decidido rehacer mi vida. He dejado atrás a Gabriel porque comprendí que nuestra relación es imposible.

—Claro, claro... Y lo descubriste justo cuando él estaba enamorado de ti, y yo te sorprendí besándote con este otro.

—No es lo que crees. Fue un beso fingido, para disimular ante los guardias.

—Y mira adónde os han llevado esos besos fingidos: a agarraros de la mano y venir, vaya a saber para qué, a la iglesia. — Tras decir esto, Felisa se volvió, negando con el rostro a mirar a Carmen en señal de enfado.

—Perdóname, Felisa. Todo ha sido muy confuso.

—¡Vamos a ser padres! —exclamó Patricio, y al escuchar esto, Felisa se volvió hacia él.

—¿Cómo dices? Esto ya riza el rizo. Escucha, Carmen, a partir de ahora me tratarás de usted, para tener claro el lugar que ocupa cada cual en la vida. En cuanto a lo del embarazo que sugiere tu novio, me parece la mayor vergüenza que he oído en

mi vida. ¡Vamos, Ramón! Podéis marcharos. —Tras tomar de la mano a su prometido, la pareja entró en el despacho del sacerdote y cerró la puerta, dejando fuera sin palabras a Carmen y Patricio.

—¿Qué ocurre con vosotros? —preguntó el sacerdote desde su asiento junto a la mesa, con tono intrigado—. He oído vuestra discusión y me quedé perplejo.

—¡Una vergüenza, don Jeremías! —exclamó Felisa—. Van a ser padres habiendo estado ella seduciendo a mi primo y sin haber pasado por el altar. Y yo la llegué a considerar amiga, pese a ser doncella y no señorita.

—A ver, joven, no seas tan dura con ella; no conoces su historia ni lo que ha sufrido durante este tiempo. ¿Qué opinas tú, muchacho?

—Pues yo... —él miró a Felisa sin saber bien qué responder; en su interior pensaba que no debía afectarles lo que Carmen hiciera con su vida, pero tampoco quería contrariar a su novia— ...pienso que esa chica se ha metido en unos líos que no son de recibo, padre, pero allá ella.

—¿Enamorarse no es de recibo? —replicó Felisa—. ¿No estáis vosotros enamorados?

—Pero, padre, ella nos hizo creer que estaba enamorada de mi primo; tejimos una buena amistad porque Ramón y yo creíamos en esa relación... y mírese por dónde nos ha salido...

—Ella estaba enamorada de tu primo, joven, yo la creo —dijo el sacerdote levantándose, rodeando la mesa y colocándose entre la pareja, tocando con una mano el hombro de cada uno—.

—Su mente ahora mismo está algo caótica. Hubo un momento en que llegó a pensar que aquel amor era imposible,

una utopía, y quiso llevar la vida normal de una sirvienta. Por ello, sin dejar de sentir algo por el joven Gallardo, comenzó a fijarse en un joven de su misma clase social. Y ese joven es Patricio, con quien ha decidido casarse para formar un matrimonio bendecido por Dios, donde educar de manera cristiana a su hijo.

—¿Pero acaso usted no ve inapropiado que se haya quedado embarazada mientras seducía a mi primo, padre? —intervino Felisa, a la vez que Ramón le hacía señales para que se calmara—. Le recuerdo, padre, que todo esto ha sido fuera del matrimonio. Lo que ocurre es que el joven lo va a adoptar como suyo, para facilitar la crianza en un ambiente sin disputas ni problemas, y por amor a la joven.

—¿Eh? —Felisa miró a su prometido, Ramón.

—Cariño, lo entiendo —le dijo él, tomando su mano—. Si se hace público que ese niño es hijo de Gabriel, la familia Garrido no lo admitirá, lo ocultará enviándolo a algún internado lejano y tratará de hacer daño a Carmen, despreciándola de algún modo. Y tu primo sufrirá los reproches de toda la familia.

—Sí, creo que ha sido un gesto muy generoso por parte de ese joven Patricio; estoy impresionada —dijo Felisa, con voz avergonzada, agachando la cabeza mientras el sacerdote se encaminaba hacia la puerta para abrirla.

—Ahora ya sabe lo que ha de hacer. Vaya a buscarla y reconcíliese con ella.

La joven se levantó y salió corriendo, dejando atrás a su prometido Ramón y al sacerdote.

## 23 LA RECONCILIACIÓN

Carmen y Patricio llevaban un cuarto de hora caminando en dirección a la casa de este último cuando, a lo lejos, escucharon la voz de Felisa llamándoles con apremio. Se dieron la vuelta y la vieron llegar corriendo desde la puerta de la parroquia. El cielo estaba cubierto por completo de nubes, y soplaba un aire frío.

—¡Carmen, perdona! Sé todo lo ocurrido. Te suplico que me perdones —rogaba Felisa, casi de rodillas, juntando las manos y mostrando el cansancio que la carrera le había provocado.

—No la comprendo, Felisa. Hace un momento se hallaba usted enfadada conmigo. ¿Qué ha cambiado?

—Pues que ya no lo estoy. Y lo que ha cambiado es que el padre Jeremías me ha explicado todo, y admiro lo que vais a hacer. Os apoyaré. No entendía tu actitud hasta ahora, por eso te pido perdón.

—¿Cómo es que les ha contado eso? Era algo muy personal —se alarmó Patricio al escucharla.

—No te preocupes. Escuchó nuestra discusión y creyó oportuno explicarlo; tanto Ramón como yo os apoyaremos. Y lo primero que haré será convencer a Mariana para que admita de nuevo a Carmen en la hacienda. No habrá sustituta.

—Se lo agradezco —respondió Carmen con seriedad—. Pero no es menester; viviré en casa de Patricio y me dedicaré a cuidar de nuestro hijo. No podría atender la hacienda, y siempre existiría el recelo de Mariana, que me haría la vida imposible.

—Sea así, quizás tengas razón. Pero no dudes en contar con nosotros para cualquier problema, y confiad en nuestra discreción.

—De acuerdo, Felisa, confiamos en vosotros, pero discúlpenos, ahora debemos marchar, que el camino es largo. Muchas gracias por su atención; es usted muy amable —dijo Carmen, dándose la vuelta tras hacer un gesto a Patricio, aunque parecía aún desconfiada de las palabras de quien en otro tiempo fue su amiga.

—No me des la espalda. Sé que te volveré loca, pero te ruego que me rebajes el trato y no dudes en escribirme a Madrid de vez en cuando para contarme cómo crece el niño o la niña —le suplicó.

Tras un breve instante en que Carmen detuvo su marcha para meditar, se volvió nuevamente hacia Felisa, a quien las lágrimas surcaban lentamente los párpados. Esa visión le hizo comprender la sinceridad de sus palabras y sentir que había recuperado a su antigua amiga.

—Muy bien, no te inquietes, te mantendré al tanto de todo —respondió, con un tono más cercano y afectuoso, y movida por un impulso de ternura se acercó para estrecharla en un abrazo, mientras Patricio mantenía la cabeza inclinada, sumido en sus pensamientos—. No guardo rencor por tus dudas. Me llena de alegría que hayamos podido reconciliarnos. Y, por cierto, estarás invitada a la celebración de la boda que hemos concertado con el padre Jeremías.

En ese preciso instante, comenzaron a caer pequeñas gotas sobre sus cabellos. Felisa alzó la vista al cielo y esbozó una expresión resignada.

—Carmen, está empezando a llover, pero no creo prudente pedirte que regreses con nosotros en el carruaje. Recuerda lo ocurrido la última vez. Será mejor que esperéis a que escampe en el interior de la iglesia.

—Sí, Patricio y yo aprovecharemos para rezar un poco. Felisa, marcha ya antes de que llueva más. Cuídate, y te agradezco mucho tu comprensión.

—Bueno, dejemos las despedidas y vayamos a la iglesia, que Ramón debe estar preocupado.

Tras llegar a la iglesia, Carmen y Patricio permanecieron en la puerta del templo mientras Felisa regresaba al despacho del sacerdote, donde esperaba Ramón sentado, leyendo un libro que el padre Jeremías le había prestado para entretenerse durante la espera.

—Mira, Felisa —le dijo Ramón—, antes de irse a rezar al sagrario, el padre me recomendó leer este ejemplar de *La imitación de Cristo*, de Thomas Kempis.

—Déjate ya de libros para beatos —replicó Felisa—, que con ir a misa los domingos y escuchar los sermones de mis padres ya tenemos bastante.

—No te preocupes —respondió Ramón—, el hombre solo quería que lleváramos un matrimonio cristiano. Por cierto, le he transmitido la petición de Mariana para que encuentre sustituta para Carmen; dice que en unos días le hará llegar alguna recomendada.

—¡Ea! —exclamó Felisa—. Pues volvamos, que no quiero llegar a casa cuando anochezca. El carruaje nos espera afuera.

Tras despedirse primero del padre Jeremías, y luego de Carmen y Patricio, la pareja subió al carruaje bajo una intensa lluvia. Carmen les despidió con la mano desde la puerta de la iglesia, observando cómo los caballos galopaban, alejando el carruaje rumbo a la hacienda. Sintió alegría por haberse reconciliado con quien fuera su amiga, ignorando el terrible destino que aguardaba a aquellos que esperaban pronto unirse en el altar como matrimonio.

## 24 LÁGRIMAS BAJO LA LLUVIA

Mariana observaba cómo la lluvia caía con fuerza sobre el horizonte desde los cristales de la ventana de la sala de lectura. Sujetaba entre sus manos una taza de té, de la que daba sorbos lentos y pausados, mientras en su rostro permanecía esa sonrisa maliciosa que la caracterizaba cuando disfrutaba al saber que alguno de sus planes estaba a punto de concretarse.

Gabriel irrumpió, interrumpiendo aquel momento de placentera contemplación.

—¿Qué haces aquí? ¿Cómo es que no estás leyendo alguno de tus libros de novelas románticas? —preguntó con cierto desprecio.

—Pues, como ves, disfruto de la lluvia, cariño. Ver cómo las gotas mojaban el suelo de nuestras viñas y llenaban el pozo es algo hermoso.

—No me llames “cariño”, te lo ruego. No lleguemos al punto de creernos esta farsa que representamos.

—¿Farsa? Soy tu esposa ante los ojos de Dios y del mundo. No lo olvides.

—Eres una embaucadora, una mala víbora que ha conseguido tenerme a su merced con manejos y engaños —mientras decía esto, se preparó una copa de brandy sin ofrecerle siquiera a su esposa.

—Llámalo como quieras, pero el hecho es que, tal y como afirmas, te tengo a mi merced. Si mañana me siento amenazada o noto que decides seguir con el relato de que nuestro pequeño no es tu hijo, te devuelvo a prisión. Y ya sabes lo que eso implica: el

desprecio de toda nuestra estirpe. Jamás podrás llevar el apellido con honra. Tú mismo.

—A veces me da igual el apellido, me da igual todo. Solo deseo hundirte.

—Como quieras, pero no tienes salida.

Antes de que pudieran continuar, entró en la sala Aniceta con el semblante serio.

—Disculpen, señores, acaban de llegar varios guardias y están conversando con el señor Fernando en el salón. Me temo que no traen buenas noticias.

—¿Ya vienen a detenerme otra vez? —preguntó Gabriel, con voz tensa.

—No, no se trata de eso. Es algo muy grave, pero creo que deberían informarse directamente por boca del señor —respondió Aniceta.

Mariana y Gabriel bajaron rápidamente y se encontraron con el señor Fernando, que lloraba desconsolado mientras abrazaba a su esposa, quien no cesaba de lanzar desgarradores lamentos.

—¿Qué ocurre, tío Fernando? —preguntó Mariana, alarmada.

—Mi hija... mi hija Felisa... ¡Maldita lluvia! Ha tenido un accidente y ha fallecido junto a su prometido. No tengo fuerzas para entender cómo pudo suceder esto. ¡Hemos perdido a nuestra hija! —dijo, entre sollozos, mientras ambos se hundían en un llanto desconsolado. Gabriel permanecía perplejo ante la inesperada noticia.

Uno de los guardias que había acudido a dar la noticia se acercó y explicó:

—Al parecer, con la lluvia, los caballos se pusieron nerviosos y, tirando del carro, lo hicieron caer. Lamentablemente, los jóvenes fallecieron a causa del golpe.

—Les agradecemos la deferencia de venir a informarnos. ¿Dónde están los cuerpos? —preguntó Mariana, conteniendo las lágrimas.

—Están en el consultorio del doctor Benítez, a la espera de ser trasladados aquí.

—Pobrecitos... no merecían esto. Es demasiado, ¡qué cruel es el destino! Menos mal que la tía Obdulia ya se ha marchado con el tío Jacinto a su hacienda. Si se llegara a enterar... ¡Dios! No paramos de tener disgustos —murmuró Mariana, intentando recomponerse.

—Tu corazón es grande, Mariana —respondió Fernando tras escuchar sus palabras—. Gracias por el cariño que le estás mostrando a la memoria de mi hija.

Gabriel recordó la imagen de hacía apenas una hora, cuando sorprendió a Mariana contemplando la lluvia frente a la ventana. Sospechaba que quizá ella pudiera estar detrás de todo esto, aunque, según les habían contado, parecía un accidente. No tenía pruebas para pensar mal de ella, salvo aquella incómoda intuición.

## 25 IDEAS MOJADAS EN ALCOHOL

La taberna de Ronda era un establecimiento bullicioso, frecuentado por mozos ansiosos de jolgorio, maridos separados que buscaban olvidar sus cuitas y otros tantos caballeros entregados al juego de naipes, con la copa siempre en la mano. Las mesas de piedra, dispuestas con descuido entre los barriles alineados contra las encaladas paredes, conferían al lugar un carácter pintoresco y popular.

Cerca de las once de la noche, Carmen y Patricio cruzaron el umbral del local, con la intención de que este último la presentase a ciertos conocidos con quienes solía departir acerca de política entre sorbos de vino.

—Patricio, este no es sitio para mí —murmuró ella, deteniéndose unos pasos dentro—. Está repleto de hombres. No parece decoroso que una joven como yo se mezcle en tales ambientes.

—No temas, Carmen. Solo deseo que conozcas a Marcelo, mi más fiel amigo. Me haría ilusión que os vierais en persona y, de paso, darle noticia de nuestro próximo enlace.

—¿Y no juzgarán los presentes que mi presencia aquí es impropia?

—Que juzguen lo que gusten. Nosotros no hemos de vivir conforme a los prejuicios de otros.

—¡Eh, Patricio! —exclamó de pronto un mozo desde una mesa cercana, donde jugaba a las cartas con tres compañeros—. ¿Ahora traes mujeres de mal vivir para que beban y gocen en la misma taberna que nosotros?

Una carcajada generalizada brotó de la mesa, extendiéndose como un eco burlón por todo el recinto.

—¡Canalla! —replicó Patricio alzando la voz—. ¡Es mi prometida, y mereces respeto! Y tú, Guillermo, sírvete una ronda para todos a mi cuenta.

Guillermo, el tabernero —un hombre de edad provecta y gesto adusto—, asintió sin mediar palabra. Al escuchar la orden, descorchó una botella y comenzó a llenar los vasos de quienes se encontraban próximos a la barra.

Carmen reparó en la figura de un hombre sentado frente a la barra, de espaldas a ellos, completamente ajeno a la algarabía del local. No había reaccionado a la broma ni se había vuelto para presenciar la escena. Había algo en su porte, en su cabello revuelto, que le resultaba inquietantemente familiar. Se acercó con cautela, y al observar su rostro, lo reconoció de inmediato.

—¡Gabriel! ¿Qué haces aquí?

Él giró lentamente la cabeza. En su mirada pesaba una tristeza profunda, y su aliento, cargado de vino, delataba su estado. Entonces alzó la voz, no para responder, sino para lanzar reproches al aire, como si hablara con fantasmas.

—¡La prometida! Aquella joven que me hizo creer en el amor... ¡Bravo! ¡Bravo!

—¿Estás ebrio? Hablas como si no fueras tú.

—¿Y qué si lo estoy? ¿Qué importa ya nada? Mi vida se ha desmoronado. Mi padre, bajo tierra. Mi madre, camino de las Américas. El hijo que crié... ni siquiera es mío. Y mi prima...

Al mencionar a su prima, un gesto sombrío cruzó su semblante, y las lágrimas brotaron sin contención.

—¡Gabriel! ¿Qué estás diciendo? ¿Qué le ha ocurrido a tu prima? No me asustes con ese tono.

—¡Ah, claro! Tan ocupada estás con tu flamante prometido, que ni siquiera te has enterado. Pero no importa. Sé feliz. No es preciso que te enteres de nada.

Tras estas palabras, tomó de un trago la copa que Guillermo acababa de servirle.

—Gabriel, con tanto vino encima no se entiende lo que dices. Tu prima ha estado con nosotros ayer por la tarde...

—¡Tú no sabes nada! —exclamó con la voz quebrada—. ¡Felisa ha muerto en un accidente! Ya no me queda nadie... —Hizo una pausa, cargada de dolor, y una carcajada amarga brotó de su pecho—. Bueno, sí... ¡mi esposa! —El tono se tornó sarcástico, casi venenoso—. La criatura más ruin que ha hollado la faz de la tierra.

—¡Gabriel, por favor! ¡No sigas bebiendo! Te lo ruego...

Carmen, con la voz trémula e impresionada por lo que acababa de escuchar, giró sobre sí misma buscando con la mirada a Patricio. Al encontrarlo, le hizo un gesto apremiante, y este, al percatarse, se excusó de sus acompañantes y acudió a toda prisa.

—¿Qué hace aquí el señor Gabriel?

—Ha bebido en exceso... Dice que Felisa ha muerto en un accidente. ¡No puede ser cierto!

—¿Cómo dices? ¿Qué desgracia podría haberle ocurrido? —exclamó con incredulidad—. Ayúdame a sostener al señorito —añadió mientras fruncía el ceño al acercarse—. Uf... apesta a vino. Vamos, llevémoslo a mi casa.

Se volvió entonces hacia Carmen, al notar su palidez.

—¿Qué te sucede, Carmen?

La joven se dejó caer junto a una mesa y rompió a llorar, ocultando el rostro entre las manos. Patricio, que sostenía a Gabriel por los hombros, le hizo un gesto a ella para que se acercara. Carmen, reuniendo fuerzas, se levantó y le ayudó. Así, entre ambos, salieron de la taberna y, tras conseguir que un cochero aceptase llevarlos en su carruaje a cambio de unos reales que Gabriel llevaba consigo, llegaron finalmente a la casa, donde lo acostaron en una cama.

—Patricio, ¿vamos a dejarle durmiendo en este estado?

—¿Qué dices? Voy a por un cubo de agua y le quito la borrachera y esas tonterías de señorito en un segundo.

Mientras Patricio salía, Carmen se inclinó sobre Gabriel y le habló en voz baja:

—Sabes que te amo, y que siempre te llevaré en el corazón. Pero lo nuestro no podía ser. He de poner en orden mi vida, conforme al lugar que me corresponde en ella.

Gabriel no respondió, embotado aún por la embriaguez, pero las palabras de Carmen calaron hondo en su mente enturbiada. Poco después, Patricio regresó con un cubo de agua y, sin contemplaciones, se lo arrojó a la cara. Gabriel se estremeció y, tras unos segundos, abrió los ojos bruscamente.

—¿Qué ocurre? ¿Qué habéis hecho?

—Despertarle, señor —replicó Patricio con sorna—. Estaba tan borracho que no quedaba otra. Le he echado el agua directamente a la cabeza... ¡y no se imagina lo a gusto que me he quedado!

Gabriel parpadeó, confuso. Miró a Carmen.

—Imagino que esta debe de ser la casa de tu prometido... Mi mujer no debe enterarse de que he estado aquí. Necesito asearme... y pensar.

—Te traeré agua de la fuente en una palangana, y una toalla —respondió Carmen, con voz serena.

Se acercó un instante, como si fuera a tomarle la mano, pero se detuvo a medio gesto. Alzó la vista y, al ver la mirada atenta de Patricio, retiró la mano discretamente.

Pasada media hora, Carmen regresó con una bandeja en las manos que contenía un muslo de pollo y un trozo de pan.

—Gracias —dijo Gabriel, mirando el plato. Aunque su voz aún sonaba algo turbia, parecía que la comida podría ayudarle a despejarse—. Quizás comiendo algo logre recuperar algo de lucidez. ¿No traes los cubiertos?

Gabriel miró a Carmen, algo confundido, pero antes de que ella pudiera responder, la risa burlona de Patricio llenó la sala.

—Jajaja. ¿No se ha dado cuenta de que está usted en mi casa? Aquí, cogemos el muslo con la mano, directamente del hueso, y lo llevamos a la boca sin rodeos. No usamos cubiertos, Gabriel.

—¿Gabriel? —preguntó él, sorprendido. —Ya no me llamas "señor".

—En mi casa las normas sociales son distintas... —respondió Patricio con una sonrisa traviesa, justo antes de que su madre interrumpiera desde la puerta. Había escuchado las palabras de su hijo a través de la ventana y, con un tono firme, entró en la habitación.

—¡Calla, maleducado! —exclamó la madre, mirando a Gabriel—. Disculpe a mi hijo, señor Gabriel. Vengo de casa de mi hermano Florencio, y como no estaba en casa, no he podido

evitar que él le hablara de esa forma. Si hubiera estado aquí, no le habría permitido tratarlo así.

—¿De qué conoce al señoritingo, madre?

—Trabajé en su hacienda cuando era joven, durante un tiempo. Lo conocí siendo apenas un niño. Al oír su voz desde fuera la he reconocido al instante, y al verlo entrar no me ha quedado duda. Siempre tuvo ese tono tan noble al hablar. ¿Qué lo ha traído hasta aquí?

—Antes de responder, quiero dejar claro que no tiene nada que disculpar, señora. Me merezco cualquier cosa que su hijo me haya dicho. No soy más que un borracho.

—¿Qué está diciendo? —Carmina frunció el ceño y se llevó la mano al rostro, como intentando disimular que percibía un fuerte olor a vino—. Huele... a vino, ¿verdad?

—Madre, lo encontramos en la taberna, completamente bebido, y decidimos traerlo para que se repusiera un poco.

—Bueno... seguro que si bebió fue por alguna razón de peso. No me parece usted un borracho de taberna.

—Gracias. Y ahora que su hijo ya ha explicado cómo llegué a esta casa, le pido perdón por las molestias causadas.

—No se preocupe, ninguna molestia. Y antes de seguir conversando, quiero darle mi más sentido pésame. Me he enterado por los vecinos del desgraciado suceso con su prima. Lo lamento de corazón.

—Gracias, señora. Entre otras cosas, ese es uno de los motivos de mi refugio en la bebida.

—¡Pues no sea así! Usted ha de ser capaz de levantarse ante este trance y mucho más.

—Lo intentaré —respondió él con la cabeza agachada, intentando aprender cómo agarrar el muslo con las manos.

—¡Parece mentira! —le dijo Patricio con una sonrisa—. Cómo algo tan sencillo como comer pollo puede convertirse en un laberinto para usted.

—Siempre he comido con cubiertos, nunca he tocado un alimento con los dedos.

—Pues alguna vez tenía que ser —dijo Patricio.

—Claro, la vida nos cambia a todos, digo yo —añadió Carmen mientras observaba al joven señor. Admiraba su esfuerzo por adaptarse a esta situación y aprender aquello a lo que no estaba acostumbrado.

Tras unos minutos, Patricio hizo un leve gesto a Carmen, y ambos abandonaron el salón para conversar en la quietud de la calle, mientras la madre permanecía junto a Gabriel.

—Querida, sabes bien que no me agrada la idea de tenerlo por largo tiempo bajo este techo. En cuanto recobre fuerzas, deberá partir —pronunció con cierta gravedad en el semblante.

—Patricio, comprendo tus razones, pero la noche es oscura y me inquieta la seguridad de su regreso. ¿Y si algún malhechor le acecha en el camino?

El joven prometido quedó meditabundo; tras un instante, asintió con solemnidad y retornó a la casa. Carmen quedó fuera, contemplando el cielo encapotado. Su mente se nubló con el recuerdo de Felisa y su prometido, Ramón, y un pesar profundo la invadió: ¿acaso no debió evitar que partieran bajo aquella lluvia inclemente? Posiblemente el accidente ocurrió tras su marcha. Se sintió, en cierto modo, responsable de la tragedia que había de venir.

—Perdóname, amiga... —musitó, alzando la mirada hacia la bóveda gris, mientras una lágrima resbalaba silenciosa por su mejilla.

Cuando quiso pronunciar algo más, fue súbitamente tomada por la espalda; una mano firme le cubrió la boca, indicándole con un gesto que guardara silencio. Fue conducida con cautela hacia un recóndito lugar. Apenas distinguió a su captor: el rostro y la cabeza velados con un pañuelo, ocultando toda identidad.

—¿Quién sois? —preguntó, recobrando la voz al ser liberada de aquella silenciosa mordaza.

—Soy yo —respondió la voz, grave y cercana.

Carmen observó, asombrada, cómo aquel hombre se retiraba el pañuelo que cubría su rostro. Era Juan José, aquel amigo de la infancia que ahora se había convertido en bandido.

—¿Qué haces aquí? —preguntó, con voz entrecortada—. ¿Sabes que han acusado a Gabriel de asesinato? Podrías ayudarle, obligando a que se entregue el verdadero autor de la muerte del cochero.

—No puedo traicionar a mi banda —respondió él con pesar—. Lo siento, eso que me pides es imposible.

—¿Y entonces, para qué has venido? ¿Por qué me has apartado de mi casa?

—No te he secuestrado —replicó—, solo te he alejado para advertirte que estás en peligro.

—¿Yo? ¿Por qué? ¿Qué mal me acecha?

Juan José bajó la mirada y, tras unos segundos de silencio, respondió con voz grave:

—La banda de “El Pernales” ronda por aquí. Al parecer, ha sido contratada por la mujer del señorito a quien sacaste borracho de la taberna.

—¿Cómo sabes eso? ¿Quiénes son esos hombres? ¿Y por qué querrían hacerle daño?

El bandido permaneció serio, observándola fijamente antes de explicar:

—Son ellos quienes arrojaron al carro a esa pareja de jóvenes amigos tuyos. Empujaron con sus caballos hasta derribarlos en plena lluvia. Lo siento, Carmen.

Un grito ahogado escapó de sus labios al llevarse las manos a la boca, y luego, rota por el llanto, se entregó al desconsolado sollozo. Juan José la abrazó con ternura, hasta que el ruido de unos pasos alertó a ambos.

Rápidamente volvió a cubrirse el rostro con el pañuelo y, con voz apenas audible, pronunció:

—¡Cuídate, pequeña Carmen!

Sus palabras resonaron en la noche, idénticas a aquellas que le había dicho la última vez que se vieron, en la infancia, antes de desaparecer sigiloso entre las sombras.

Carmen, tras unos segundos en que sus ojos recorrían nerviosos los alrededores en busca del escondite de su amigo, se volvió de repente al notar una presencia detrás de ella. Era Patricio. Portaba un sencillo candil en la mano izquierda y en su rostro se dibujaba una clara expresión de preocupación.

—¿Qué haces aquí, tan lejos de la casa? —preguntó, con voz cargada de reproche—. ¿Acaso te has vuelto loca? Menos mal que te he encontrado. La noche es oscura y fría; no entiendo cómo te has alejado tanto.

—Necesitaba estar sola —respondió Carmen, con voz entrecortada—. Necesito reflexionar... necesito... ¡necesito ayuda, Patricio!

Dicho esto, se abrazó con fuerza a su prometido. Él se agachó, dejó el candil en el suelo y, mientras acariciaba suavemente su cabello, le preguntó con un tono dulce y compasivo:

—¿Ayuda para qué? Comprendo que estés destrozada por lo ocurrido con la prima del señorito, pero ya poco podemos hacer.

—No, debemos actuar —insistió Carmen—. Mariana, la esposa de Gabriel, es una asesina. Fue ella quien ordenó a unos bandidos dar fin a la vida de la pobre Felisa y su prometido.

—¡Por Dios! —exclamó Patricio, desconcertado—. ¿De dónde has sacado semejante certeza? ¿Te lo han susurrado las estrellas?

—No importa, Patricio —respondió Carmen, con firmeza—. Lo sé, y tenemos que hacer algo.

—Díselo a Gabriel, explícale todo y que presente denuncia. Al fin y al cabo, se trata de su esposa, y la víctima es su prima.

—No, no tenemos pruebas —replicó ella—. No hay nada con qué acusarla. Si no puedo revelarte a ti de dónde procede esta información, imagina lo que sería decirlo a Gabriel o a las autoridades.

—Entonces, ¿qué propones? ¿Dejarlo pasar?

—¿Y si la próxima víctima es Gabriel? ¿O nosotros?

Patricio la fijó con la mirada durante varios segundos; luego, respiró hondo antes de romper el silencio. Se apartó del abrazo y, con semblante serio, tomó ambas manos de Carmen entre las suyas.

—Entonces ha llegado el momento de poner en marcha nuestro plan —dijo con voz firme—. De despojarla de todo, de darle una lección a esos capitalistas que oprimen a la clase obrera.

—¿Qué dices? —replicó Carmen con cierto desconcierto—. ¿Ahora vuelves a hablar de eso?

—Actuaremos sin demora. Contactaré con los compañeros del partido. No habrá muertos ni heridos, sólo daños materiales. No somos asesinos, somos anarquistas.

—No entiendo de política, Patricio —respondió ella—, pero sí comprendo que pretendes destruir la hacienda.

—Exactamente —afirmó él con determinación—. No te preocupes por eso, yo me encargaré de todo.

Carmen volvió a abrazarlo con fuerza; ya poco le importaba lo que su prometido decidiera hacer. Su única preocupación era el peligro que representaba Mariana para quienes la rodeaban, y sobre todo para Gabriel.

Tras un rato así, decidieron regresar a la casa para descansar. Al entrar, hallaron a Gabriel dormido en la cama donde le habían acostado. La madre de Patricio, sentada junto a una mesa y bordando una camisa, les hizo un gesto advirtiéndoles que guardaran silencio para no despertarlo.

Entonces, Patricio salió nuevamente, ofreciendo su brazo a Carmen para acompañarla a una pequeña vivienda contigua a la casa principal, donde él y su madre habitaban. Aunque aún no estaban casados, la costumbre de la época prohibía que durmieran juntos bajo el mismo techo, por temor a la mirada inquisitiva de los vecinos.

## 26 EL ERROR Y SUS CONSECUENCIAS

Pasada una hora desde que Inara recibió el mensaje, decidimos dar por finalizada esa reunión forzada. Jose Ángel y Elena la habían convocado con buena intención, pero el ambiente se volvió realmente agradable solo al final, cuando Elena, Inara y yo conectamos en una conversación más sincera. Surgió entonces un deseo natural de seguir charlando en un lugar más relajado: un pub cercano, perfecto para beber, reírnos y, sin saberlo aún, comenzar una noche distinta. Así que las tres acudimos un momento a nuestras casas para arreglarnos usando Inara y yo mi coche, y quedamos con Elena a una hora en un pub cercano a su casa. Sentí un alivio enorme al notar que ella ya me miraba con otros ojos, menos tensos en los que percibía su redención. La comprendía, no debía ser fácil sentirse al lado de alguien que había tenido la intención de matarla. Pero el tiempo lo cura todo, y de manera express ya parecía convencida de que yo no era una amenaza, sino una amiga. El objetivo que teníamos ahora era relajarnos, ayudar a Inara a pasar del tema de Pepa, despedir a Elena como compañera y yo soltar de mi mente por un momento la tensión que me provocaba la responsabilidad de buscar el dinero para la deuda de mi hermano y los chantajes de Aurora.

Al recoger a Inara me sorprendí de su estilo desenfadado y con un toque rebelde en su vestimenta. Llevaba unos jeans ajustados negros, desgastados en las rodillas, y una camiseta de tirantes negra con una frase irónica en blanco que decía: "*Caos es mi estado natural*". Encima, llevaba una chaqueta de cuero

marrón oscuro, un poco gastada pero con estilo. Me encantaban las botas negras que llevaba de cuero con un pequeño tacón. Cuando se subió al coche le hice un gesto de aprobación con el dedo pulgar a la vez que observaba lo bien que le quedaban esas mechas rubias en su pelo suelto, ligeramente ondulado con contrastaban con su tono moreno.

—¿Te gusta como visto?, por cierto, fíjate en el maquillaje que llevo, es sencillo pero he querido delinear los ojos y estrenar mi nuevo labial rojo intenso.

—Estás perfecta, guapísima —le dije sonriendo.

—Pues tu tampoco vas nada mas —me respondió al ver que aunque iba vestida de manera sencilla me quedaba muy bien los leggings negros y la camiseta holgada de color gris oscuro, con un estampado pequeño de estrellas blancas que me había puesto.

—Oye, que chulo ese colgante en forma de ojo turco —me dijo observando mi cuello, a la vez que yo levantaba mi brazo para que viese mi pulsera de cuero con la pequeña placa grabada con mi nombre—. Si, mola también. Veo que sabes combinar sencillez con elegancia, estás perfecta con ese labial nude y ese delineado sutil de ojos. Esos mechones sueltos del pelo son fantásticos, tía, te dan un aire muy despreocupado.

Las dos nos reímos, disfrutamos analizando nuestros estilos, lo que demostraba una complicidad que días antes era imposible.

Arranque el coche y me dirigí a la dirección que me había pasado Elena por mensaje, esta vez suponía que era autentica y que se acabó lo de que vivía en una casa tan siniestra. Se trataba de un bloques de piso normal, cerca de la barriada “El umbral”. Le envié un mensaje avisando de que estábamos abajo y apareció

enseguida saliendo de su portal. Inara y yo le hicimos un análisis de arriba a abajo. Vestía con una falda midi de mezclilla azul oscuro y un jersey de cuello alto negro, ceñido pero cómodo. Se había puesto encima una chaqueta vaquera corta, también azul, con parches bordados en los hombros. A mi particularmente me llamó la atención el par de pendientes largos de plata con forma de plumas que llevaba y una pulsera delicada con un dije de estrella en su brazo. Se había recogido el pelo en una coleta alta, con algunos mechones sueltos que enmarcaban su rostro y su maquillaje era natural, con un poco de rímel y un gloss rosado en los labios.

—Mira, esta también sabe vestir bien —me comentó Inara mientras ella se acercaba y abría la puerta trasera.

—¡Hola guapas!, vais de cine. Ahora a pasarlo bien —expreso a la vez que yo arrancaba y me dirigía al pub, el cual yo solía frecuentar de vez en cuando.

Una hora después, llevábamos varias copas de ron encima, y el tabaco comenzaba a escasear, pero nada nos frenaba la intención de querer pasarlo bien las tres juntas, en modo desenfadado. Nos encontrábamos sentadas en unos taburetes altos, con respaldos de cuello rojo desgastados que crujían ligeramente, apoyadas sobre una barra larga, de madera maciza, con un acabado oscuro y brillante que reflejaba la luz de las lámparas. El pub estaba envuelto en una luz tenue, con luces de neón parpadeando en las paredes. La música de fondo, un blues suave, se mezclaba con el murmullo de las conversaciones y el tintineo de las copas. Tras la barra, un joven meneaba la coctelera con soltura, mientras una camarera de pelo violeta y actitud desenfadada repartía copas entre las mesas. Ambos formaban parte del decorado vivo del

local, como si fueran una nota más en aquella sinfonía de luces, ruido y deseo.

—¡Que si, chicas!, vosotras no habéis visto a Alfonso intentar flirtear una vez con una enfermera nueva, como se tropezó con la bandeja de medicamentos, ¡Vaya payaso! —expresó Inara riendo a la vez que lo contaba.

Elena y yo nos reíamos imaginándonos la escena.

—Imagino todas las pastillas en el suelo, y pidiéndole luego a Hector que las recogiera —dije dándole varios golpes a la barra por los nervios mientras resonaban las risas de las tres a la vez.

—Si, porque Pepa del servicio no salía nunca, a lo mejor estaría haciendo inventario del papel higiénico y el jabón del lavabo, la muy floja —expreso Inara.

El barba nos miraba con una ligera sonrisa al darse cuenta de cómo disfrutábamos del momento en el que contábamos anécdotas del hospital.

—Oye, tías. ¿Os imagináis a esa tal Pepa intentando pintarse las uñas negras, como las tuyas, Inara, para infiltrarse en el club de Aurora? Seguro que se le mancha todo el esmalte, la muy torpe —dijo Elena mientras dejaba de sorber de su copa y nos ofrecía otro cigarro.

—Tu no la conoces, esa no sirve ni como discípula de Aurora —respondí—. No le he visto nunca trabajar y creo que el servicio es su despacho.

—Si Aurora la pone en la organización, seguro que se pone sombrero y capa de bruja, para presumir que es una... ¿cómo dijo? ¡Gran profesional! —añadió Inara, riendo.

Las carcajadas duraron un minuto, pero poco a poco el ambiente se volvió más tranquilo. Elena nos miró con un gesto

de agradecimiento, y sus palabras parecían salir directamente del corazón.

—Chicas, gracias por estar aquí. Tras mi breve periodo en el hospital, no he podido tener mejor regalo que vuestro apoyo. Ha sido muy duro todo lo que he vivido este tiempo tras lo de mi hermana, y también el haber estado haciendo de espía. A veces me sentía tan sola... pero ahora sé que no estoy sola. Sois unas compañeras fantásticas, y os quiero mucho.

Nos fundimos en un abrazo, y por un momento, todo parecía estar bien.

—Y yo... no sabes lo mucho que me alegra que me hayas perdonado —dije durante el abrazo—. Me caes genial, de verdad. Te quiero, compañera.

—Vaya, Elena, no sabía que tenías este lado tierno —dijo Inara, sonriendo—. Pero bueno, os quiero, locas.

Tras soltarnos, nos quedamos calladas, sonriendo las tres en silencio mientras disfrutábamos de este momento de amistad bebiendo despacio de nuestras copas. De repente, Elena miró la suya, sonriendo a la vez que realizó un murmullo mientras la contemplaba que nos llenó de curiosidad a Inara y a mi.

—Lo siento —dijo apretando la copa con fuerza observando el líquido dorado, con rostro de nostalgia.

—¿Que te ocurre, Elena? —le pregunto Inara agarrando su mano derecha con ternura mientras yo le rodeaba los hombros con mi brazo.

—Acabo de acordarme de mi hermana, siempre fue la fuerte, la que me protegía. Cuando la perdí, me sentí tan vacía que acepté cualquier cosa con tal de sentir que tenía un propósito, como apoyar la batalla que planteaba Jose Angel a esta gentuza.

Pero ahora... ahora sé que no estaba sola. Gracias a vosotras —su mirada de agradecimiento me enterneció, provocando que le diese un beso en la mejilla mientras Inara se levantaba para abrazarla con fuerza.

Tras este momento de confianza, el ambiente volvió a llenarse de risas. Agarramos otra vez nuestras copas y encendimos otro cigarro, listas para continuar con nuestras ocurrencias.

—Chicas, vamos a reírnos un poco y hablar de esto de las uñas negras que algunas tenemos —dijo Inara, con una sonrisa pícara—. Os imagináis que en el pub del club de las sombras, que es un negocio de esta gente de la dirección del hospital, no sé si lo conocéis...

—Claro que lo conozco —le interrumpí—, tuve que llevar a esas pobres chicas allí.

Elena esperaba con mirada de curiosidad lo que iba a decir Inara exhalando humo de su boca.

—Pues eso, ¿Os imagináis que haya cócteles con nombres rarísimos, como 'Sangre de Medianoche' o 'Beso de Vampiro'?, estaría chulo comprobarlo —terminó diciendo esto con una risa traviesa.

—Oye, en verdad, ¿qué es lo peor que puede pasar? ¿Que nos convirtamos en vampiresas? —respondí yo provocando la risa de todas.

—Bueno, si nos convertimos en vampiresas, al menos no tendré que preocuparme por pagar la hipoteca —dijo Elena sonriendo—. Yo he oído hablar de ese sitio. Revisando los archivos de pruebas que Jose Angel tenía contra el hospital, encontré algo... un nombre que aparecía en los registros de mi hermana, y era el de ese sitio que dices.

—Si, porque es uno de los negocios sucios de la organización. Pues mira, como trabajadoras que somos de esta gente nos merecemos aprovecharnos un poco de sus servicios, ¿Que os parece? —pregunté con ganas de convencerlas.

—Por mi, perfecto. El problemas son son las uñas —Inara levantó y dobló sus manos para enseñárnoslas—. No se si me dirán algo al reconocirme como una miembro avanzada de la organización.

—¡Eh! —la miré sonriendo—. Eso es una ventaja, no nos pondrían pega para entrar. Y aparte, a mi me conoce la madame o lo que sea, de cuando hice aquel “trabajito”.

—Pues no se hable mas, chicas, ¿Hay cojones, como dirían los hombres? —expresó Inara mirándonos a las dos con desafío. Llevábamos varias copas encima y se nos notaba las ganas de locura.

Sin pensarlo, recogimos nuestros bolsos, le pagamos al barman lanzándole un beso provocativo con nuestros labios y salimos hacia el coche, en dirección de aquel siniestro lugar, el Club de las sombras.

Con los labios teñidos de misterio y el corazón ligero, cruzamos esa noche sin saber que nada volvería a ser igual.

## 27 LA LUZ DEL TUNEL

Gabriel, tendido en la cama de la morada familiar de Patricio, abrió los ojos y contempló el rostro de Carmen a su lado. Ella, sentada junto a él, le acompañaba tomando una de sus manos con delicada ternura.

—¿Hay acaso cosa más hermosa que despertar a tu lado? —le dijo él con una sonrisa dulce, capaz de hechizar—. ¿Cuánto tiempo llevas velando mi sueño?

—Desde las primeras luces del alba, señor. Patricio ha partido hacia la hacienda para cumplir con sus quehaceres, y su madre conversa afuera con algunas vecinas. Estamos solos.

—Por un instante confundí la tierra con el paraíso. Al contemplarte, creí hallar el cielo y a los ángeles en este lecho. Mas no tardé en recordar que nos hallamos en el infierno: mi padre y mi prima han fenecido, y esa fiera de esposa dirige mi destino y la hacienda.

—Mas eso sucede porque tú mismo lo consientes. Eres el señor, su marido, y debe ella someterse a tu voluntad.

—No olvides que soy acusado de asesinato. Si no descanso tras los barrotes, es por la gracia que me ha sido concedida gracias a los influjos de mi tío; y por ello me hallo obligado a no alejarme mucho de “Los dos Racimos”.

—Gabriel, ¡huyamos! Busquemos un porvenir mejor. ¡Podemos partir lejos, muy lejos! —le imploró ella con voz temblorosa y mirada suplicante.

—¿Huir? ¿En tu estado? —replicó él, consternado—.

Carmen quedó muda, sorprendida de que Gabriel conociera tal estado; acaso, mientras todos creían que dormía, había escuchado alguna confidencia.

—No será obstáculo. Seremos dichosos: tú, yo y la criatura que en mi seno crece.

—¡No! Es menester que críes a nuestro hijo junto a su padre. Y si huimos, acabarías tras los barrotes; ¿merece esa criatura tal destino?

—Tienes razón. Mas hay algo que debes saber...

En aquel instante, antes que Carmen pudiera revelar que él era el verdadero padre del hijo que esperaba, irrumpió en la estancia la señora madre de Patricio, con el semblante demudado y lleno de angustia.

—Perdonad la intromisión —dijo con voz quebrada—. Ha ocurrido un suceso terrible.

—¿Qué ha sucedido, señora? —preguntó Gabriel con voz contenida, incorporándose de un salto y apresurándose a vestirse, mientras de su pecho escapaban suspiros cargados de pesar.

—Aniceta, vuestra ama de llaves, señor Gabriel —continuó ella con voz temblorosa—, ha sufrido un grave accidente en la hacienda. Ahora mismo se debate entre la vida y la muerte. La tienen tendida en una camilla, en el consultorio del Doctor Benítez.

—¿Cómo es posible? —exclamó él, mientras se abrochaba la prenda con manos temblorosas.

—No permitas que el desaliento te venza, Gabriel. Estoy segura de que la señora Aniceta hallará fuerzas para recuperarse

—intentó apaciguarle Carmen, aunque sus ojos no ocultaban la profunda inquietud que la embargaba.

—¡Debemos ir a verla sin demora! —sentenció Gabriel, con la resolución firme de quien sabe que cada instante es precioso.

Ambos salieron al aire libre y, corriendo, llegaron al consultorio del doctor, situado a unos dos kilómetros de la casa. Exhaustos, respiraron hondo antes de llamar a la puerta con la mano. Poco después, un enfermero abrió con gesto serio.

—¿Qué desean? —preguntó—. El doctor está atendiendo a otro paciente.

—Soy Gabriel Garrido. Por favor, déjenos pasar.

El enfermero se hizo a un lado, y al entrar, Gabriel y Carmen vieron al doctor vendando la cabeza de Aniceta.

—No tardaron en venir a ver cómo está su empleada, señor Garrido —comentó el doctor—. Siempre he admirado la preocupación que muestra por la gente de su casa.

—Se lo agradezco, doctor. ¿Cómo se encuentra Aniceta?

—Su vida no corre peligro, pero tiene el cuerpo lleno de golpes y una gran herida en la cabeza. Por suerte, no parece que tenga huesos rotos.

—Menos mal. ¿Cómo ocurrió todo esto?

—Mejor dejemos ese asunto para más adelante. Por ahora, les aconsejo que se alegren porque sigue viva.

—No entiendo, doctor.

—Pronto sabrán algo que tal vez no les guste. Pero eso es algo que tendrá que contarles la propia Aniceta.

—¿Está consciente?

—Sí, señor —respondió ella con esfuerzo—. Y estoy dispuesta a declarar todo lo que sea necesario ante quien corresponda.

—¡Aniceta! ¿Qué ha ocurrido? —preguntó Gabriel con preocupación.

—La nueva doncella, una tal Margarita que acaba de llegar a la casa, tiene una deuda pendiente con su señora, señor —respondió Aniceta con voz débil—. Me tiró por la escalera para impedir que cobrase mi salario del mes, que justamente acababa de reclamar al querer marcharme.

—¿Te marchas de la casa?

—Sí, señor. Ya no puedo más. Hoy debía haber ido al entierro de mi madre, pero la señora Mariana quiso impedírmelo. No me quedó otro remedio que renunciar al trabajo en la hacienda.

—Lamento tu pérdida, y te entiendo, Aniceta. No te preocupes, procuraré que recibas el dinero que necesites para salir adelante, más lo que te deben aquí. Ahora debes descansar y recuperarte. Te buscaré una casa donde vivir hasta que puedas volver con algún familiar.

—Gracias, señor. Usted es distinto, ni parece que forme parte de esa familia.

—Ahora debemos marcharnos y dejar que el doctor haga su trabajo —dijo Gabriel, mientras el doctor Benítez asentía con la cabeza.

Al salir del consultorio, Gabriel miró a Carmen con seriedad y le hizo entender que debía regresar a la hacienda.

—Lo siento, pero debo ocuparme de unos asuntos. Regresaré a la hacienda y hablaré con Mariana. Quiero desenmascararla y lograr que se marche. Le haré saber que esa doncella que ha contratado no ha conseguido acabar con Aniceta y trataré de

comprender la naturaleza de su relación con ella. Por fin, una luz en el túnel, un hilo del que tirar.

—¡Ten cuidado, Gabriel! —exclamó Carmen, abrazándole con fuerza mientras él apoyaba la cabeza en su hombro.

## 28 LA VENGANZA Y EL OCASO

Cayó la noche. Mariana aguardaba, impaciente, en el salón principal de la casa el regreso de Gabriel. Envuelta en una bata de piel de tono claro, con el cabello suelto cayéndole sobre los hombros, contemplaba pensativa el gran reloj de la estancia. Escuchaba el monótono tic-tac de sus cuerdas, y en su mente se dibujaban las posibles maneras de encarar a su esposo cuando por fin se dignase a aparecer. Desde hacía dos días no había dado señal alguna, y la incertidumbre respecto a sus acciones comenzaba a enrarecer su ánimo. No le faltaban tampoco deseos de amenazarle con acudir a las autoridades, denunciando el incumplimiento de las condiciones impuestas a la gracia judicial que le otorgara la libertad condicional.

Finalmente, al dar el reloj las campanadas de las once, la puerta principal se abrió y Gabriel entró con semblante adusto y grave.

—Por fin regresas. ¿Dónde has estado que no has pisado esta casa en dos días? —preguntó ella con los brazos cruzados, la expresión severa.

—¿De veras deseas saberlo? Me temo que no te agradará la respuesta.

—Sorpréndeme.

—Hoy he visitado a mi abogado. Voy a iniciar los trámites para solicitar la anulación de nuestro matrimonio.

—No me hagas reír —replicó Mariana, con una mueca desdenosa—. ¿Cómo piensas convencer al juez eclesiástico de

que tu matrimonio no es válido, habiendo engendrado un hijo conmigo?

—Muy sencillo: no es mi hijo. Y lo demostraré.

—¡Eres repugnante! —gritó ella, fuera de sí—. ¡Reniegas de lo que es tuyo!

—¡Me hiciste creer durante años que ese hijo llevaba mi sangre! —espetó Gabriel con furia contenida—. Urdiste un plan para mantenerlo a mi costa, fingiendo ser quien no eres. ¡Lo demostraré! Voy a desenmascararte.

—¡Estás loco! —replicó Mariana, aunque el tono desafiante de su voz se desmoronó de pronto, dejando paso a un gesto quebrado, de tristeza fingida—. ¡Gabriel! Estamos llevando nuestras disputas a extremos impensables, dejándonos arrastrar por fantasías crueles que deforman la realidad. ¡Soy tu esposa, Mariana! ¿Cómo puedes pensar algo así de mí? ¿Quién te ha llenado la cabeza de tanta ponzoña, hasta hacerte desconfiar de quien ha estado a tu lado todos estos años?

—Tengo testigos. Y más aún: tengo la certeza de tu engaño.

—Yo... solo he estado celosa —sollozó ella, buscando su mirada—. Sé de tu infidelidad con esa sirvienta. Pero te perdono. Te perdono todo. Solo te ruego... no me apartes de tu vida. —Se arrodilló a sus pies, con los ojos llenos de lágrimas.

—Levántate, Mariana. No hagas más teatro. Mañana mi abogado acudirá al juez. Presentará el testimonio de quienes han visto más de lo que tú crees. Tendrás que marcharte. Solo volveremos a vernos en los tribunales. Y lo de Aniceta... eso ya colmó el vaso.

—¿Estás al tanto del triste accidente? Pobre mujer... pero, ¿por qué lo mencionas como un reproche?

—Porque sé que fue provocado. Sé que tú estás detrás, y que esa nueva doncella —tu hermana— es tu cómplice. Lo habéis hecho juntas. ¡Y no te molestes en negarlo!

—¡Estás desquiciado! Deberías ir a que te vean... un médico, un cura... ¡o los dos!

—Que lo decida el juez. Esta noche no dormiré en tu habitación. Y mañana, esa criada será despedida. Tú harás las maletas. Esta casa ya no será tuya.

—¡Eres patético! ¿De verdad crees que voy a quedarme de brazos cruzados mientras tú me destruyes? Te recuerdo que estás acusado de asesinato... Quizás me dé por recordar algo que al juez le parezca convincente. Podríamos acabar los dos en prisión. Te aseguro que yo sabré cómo arrastrarte conmigo.

—Ya me encargaré de defenderme.

En ese momento, la puerta del salón se abrió con sigilo. Margarita apareció, tiesa como una estaca, fingiendo inocencia.

—¿Necesitan los señores algo?

—Lo que necesitamos es que te largues de esta casa... —empezó Gabriel, y al dar un paso hacia ella, dándole la espalda a Mariana, no pudo prever lo que vendría. Su esposa, silenciosa como una serpiente, tomó un jarrón pesado del aparador y, con un golpe certero, lo estrelló contra su cabeza.

Gabriel cayó al suelo como un muñeco de trapo, inconsciente.

—¡Bravo, hermanita! —dijo Margarita con una ceja alzada—. ¿Y ahora qué hacemos?

—Al sótano. Amárralo y amordázalo. Nadie debe saber que ha vuelto esta noche. Diré que ha huido, que ha escapado con esa niñata casposa que se atreve a llamarse su amante. Y cuando

llegue el momento... lo presentaré como un traidor, un fugitivo. Que el mundo vea en él lo que yo decida mostrar.

Tras arrastrarlo hasta la puerta del sótano, lo bajaron por la escalera sujetándolo entre ambas por los extremos del cuerpo. Le ataron los brazos con unas cuerdas gruesas y le amordazaron la boca con un pañuelo apretado entre los dientes. Luego lo dejaron a oscuras, cerraron la puerta con un candado y subieron en silencio. Tras limpiar cuidadosamente el salón para no dejar rastro alguno, se retiraron cada una a sus habitaciones, decididas a negar al día siguiente haberle visto desde hacía dos días.

## 29 EL FINAL DE LA HACIENDA

Carmen, impaciente, esperaba la llegada de Patricio al mediodía. Anhelaba con todas sus fuerzas recibir alguna novedad sobre Gabriel y confiaba en que su prometido la mantuviera informada. Él había salido al amanecer para cumplir con su jornada en *Los dos Racimos* y, justo hoy, parecía más retrasado que nunca.

Finalmente, pasadas las tres de la tarde, Patricio apareció con el rostro sombrío. Carmen lo abrazó al verle entrar, y le dio un beso en la mejilla cuando lo vio dejar su gorra y sus enseres sobre una silla. Sin embargo, él parecía esquivo. Se apartó de ella con desgana, caminó hacia el fondo del salón y se sentó junto a la mesa, donde bebió un trago de vino directamente de la botella.

—¿Qué te ocurre? ¿Por qué estás tan serio conmigo?

—No tengo ganas de contarte lo que va a pasar hoy. No sé si algún día serás capaz de perdonarme.

—¡Patricio! ¿Qué has hecho? —corrió hacia él y se sentó a su lado—. ¿No habrás sido capaz de...?

—Sí. Ya está todo hecho. En cualquier momento, todo eso será escombros.

—Pero... ¿cómo has podido? ¿Y qué pasará con todos los que viven allí?

—No te preocupes por ellos, estarán bien. Me he encargado de eso.

—¿Y Gabriel? Respóndeme, ¿le has avisado?

Patricio la miró con seriedad, el rostro desenchajado. Tras unos segundos en silencio, se levantó, recogió su gorra y salió de la casa

sin decir una sola palabra más, dejando a Carmen sumida en la preocupación.

Horas antes, en la hacienda, uno de los mozos que trabajaban con Patricio se presentó en la cocina con un recado para Gertrudis.

—Gertrudis, han dejado esta nota para usted.

—A ver, dame. ¿Quién te la ha dado?

—Un muchacho que no conocía. Me la entregó en la puerta de los establos y salió corriendo.

—Qué raro... Voy a leerla.

A todo el personal de la casa:

Ha llegado el momento de la rebelión obrera.

En nombre del verdadero pueblo y con la necesidad de dar una lección a quienes nos oprimen y esclavizan, hemos decidido poner fin a los muros de esta hacienda.

Os damos aviso para que abandonéis el lugar antes de una hora. Pasado ese tiempo, todo quedará reducido a cenizas.

Somos compañeros, y no queremos víctimas entre los nuestros. Por ello, os pedimos que alertéis al resto y desalojéis cuanto antes, para ponerlos a salvo.

Gertrudis, nerviosa, pidió un vaso de agua a una de sus compañeras de cocina tras leer la carta. No podía creer lo que acababa de leer. Luego dio una palmada y ordenó a todas las muchachas que trabajaban con ella en los fogones que salieran de inmediato de la casa y corrieran hacia una de las casetas de la viña, la más alejada de la hacienda. Le hicieron caso sin protestar, saliendo a toda prisa por la puerta de la cocina.

Acto seguido, Gertrudis se dirigió al salón, gritando y alterada, hasta encontrar a Mariana.

—¿Qué dices, Gertrudis? ¿Cómo que han puesto una bomba? —preguntó Mariana, interrumpiendo su lectura, sobresaltada por el nerviosismo evidente de la encargada de cocina.

—Me han dejado una nota para alertar al servicio. No es ninguna broma, señora.

—¿Tienes esa nota a mano?

—Aquí está. Léala usted misma.

Tras oír la nota, Mariana se levantó de su asiento y salió corriendo al exterior, no sin antes alertar también a Margarita, que se encontraba barriendo la entrada. Mientras tanto, Gertrudis avisaba al resto del servicio que se encontraba aún en la casa, instándoles a abandonar el lugar. Juntos se alejaron cuanto pudieron, en dirección a la caseta más apartada de la viña, aquella que solía servir de refugio al vigilante de la zona.

Mariana, por su parte, se marchó en un carruaje junto a su hermana rumbo a la gendarmería para dar aviso. Durante el trayecto, intercambiaron impresiones en voz baja, preocupadas por lo que pudiera estar sucediendo.

—No sé si será verdad esto... pero si lo es, será el final de Gabriel.

—¿Y ahora qué? ¿Qué harás? Siendo viuda de un joven rico, podrás heredar todo, ¿verdad?

—Imagino que no habrá problemas con el dinero personal de él, aunque legalmente pertenezca a mis hijos. Pero lo de la hacienda... eso lo dudo. Sigue a nombre de su padre, y es esa

ballena de Obdulia quien lo maneja. Nunca se llegó a transferir a Gabriel, aunque fuera el deseo de su padre.

—Sea como sea, tendrás que buscar la forma de pagarnos la deuda...

—Te la pagaré, no seas pesada.

—¿Y cómo vas a decir ahora que ha muerto? El plan era fingir que había desaparecido...

—No sé... ya se nos ocurrirá algo.

En ese momento, una fuerte explosión se escuchó a varios kilómetros a la redonda. El carruaje vibró con violencia. Mariana, alarmada, asomó la cabeza por la ventanilla y miró hacia atrás. A lo lejos, sólo se veía una gran columna de humo elevándose en el cielo.

—El fin de todo... ¡Malditos anarquistas o comunistas! —exclamó Mariana, crispada.

—Hermana, no te apures. Ahora eres una mujer libre de su marido. Podrás intentar sacar el máximo de lo que te corresponda como esposa heredera.

—La ley es compleja. Tendré que contratar un abogado y enfrentarme a esa estúpida suegra, que seguro volverá para intentar recuperar el patrimonio familiar.

—Ese es tu problema. El mío es que quiero mi dinero cuanto antes.

—¡Qué pesada eres! —resopló Mariana, cruzándose de brazos con fastidio.

El carruaje llegó a las proximidades de la gendarmería, situada en una pequeña población malagueña llamada Benaoján. Para descender, ambas mujeres fueron asistidas por uno de los guardias que custodiaban la entrada.

—Muy amable. Disculpe la prisa que traigo... ¡Es horrible lo que ha sucedido! No sé de dónde saco fuerzas para venir. ¿Se encuentra el comisario dentro?

—Sí, señora. Lo tiene a su disposición en el interior.

Mariana entró corriendo, con el rostro desencajado y gritando, presa de una aparente desesperación.

—¡Señora, tranquilidad! ¿Qué ocurre?

—¡Ha explotado la hacienda! ¡La han hecho añicos! ¡Dios mío!

—¿Pero qué...? ¿Cuándo ha ocurrido eso?

—Hace apenas unos minutos. Venimos huyendo tras recibir un aviso dirigido al servicio. ¡Malditos! ¡Maldita morralla anarquista!

Cerca de un sendero, junto a la viña donde se refugiaban Gertrudis y el resto del servicio, se vio a Carmen llegar corriendo. Gertrudis le alzó la voz para que se acercara hasta donde estaban ellas.

—¿Y Gabriel?, ¿dónde está? —preguntó Carmen, visiblemente preocupada.

—No lo sabemos, muchacha. Pero tranquila, en la casa no estaba... al menos que nosotras supiéramos.

—¡Qué desastre! Temo que esté bajo los escombros... ¿Y vosotras?, ¿estáis bien?

—Sí, todas. También la señora, que salió corriendo junto a Margarita para dar aviso a las autoridades.

Carmen miró a las muchachas una por una, sintiendo una punzada de culpa. Pensaba en lo que iba a ser de ellas ahora, sin casa ni empleo. Todo por algo que quizá pudo evitar.

—Siento mucho lo que ha pasado. Ahora ya no tendréis trabajo...

—Mejor es seguir vivas —respondió Gertrudis con firmeza—. Ya encontraremos otro lugar donde faenar, no te preocupes. Pero antes hay que desenmascarar a la señora.

—¿Por qué dice eso, Gertrudis?

—Porque es una farsante. Y la doncella nueva es otra: su hermana. Las dos urdieron un plan para despojar al señor de todo. No es quien dice ser. Las oí hablar. Hablaban de sus planes macabros como si nadie pudiera escucharlas.

Carmen le tomó las manos con fuerza y la miró a los ojos, con expresión suplicante.

—¿Usted declararía como testigo contra ella en un juicio?

—Por supuesto que sí. Para su desgracia, y como me llamo Gertrudis, no pienso callarme.

—Gracias. No sabe cuánto lo agradecerá Gabriel.

Tras decir esto, Carmen la abrazó con emoción.

Los guardias, con la ayuda de los mozos de la zona, lograron controlar el incendio que había provocado la explosión. Luego registraron con sumo cuidado los restos de lo que antes fue una inmensa casa y que ahora eran sólo paredes derruidas, escombros amontonados y cenizas esparcidas por el suelo.

Consiguieron acceder a la entrada del sótano, pero no pudieron descender. El lugar estaba completamente destrozado, lleno de piedras y escombros, y el aire era irrespirable por el humo que aún se escapaba del interior.

De regreso a la gendarmería, notificaron a Mariana los resultados. Ella, desconsolada, salió llorando junto a Margarita y

regresó en el carruaje hacia la hacienda para verla por última vez antes de buscar una pensión en el centro de Málaga.

—Pues ya sabemos que no ha sobrevivido —dijo con voz entrecortada—. Pero claro, hasta que un juez certifique su fallecimiento, no podemos hacer nada.

—No tardará —respondió Margarita—. En cuanto pasen tres días sin señales de vida, seré la viuda de Gallardo. Hermanita, date por pagada ya mismo.

Mientras Mariana recorría el camino de vuelta, Patricio se unió a las doncellas y al personal de servicio que estaban refugiados en la caseta de la viña. Carmen le abrazó de nuevo.

—No sabemos nada de Gabriel. Tengo miedo.

—Ven conmigo. Nos vamos —le susurró Patricio al oído, con un tono serio.

—¿A dónde? ¿Qué quieres que hagamos ahora?

—Tú ven.

Él la soltó del abrazo, pero le sostuvo la mano, pidiéndole que le acompañara. Llegaron a los establos, que no habían sufrido daño por el incendio. Al entrar, a Carmen se le abrieron los ojos al ver a Gabriel.

—¡Gabriel! ¡Estás vivo!

—¡Aquí estoy! —respondió él con voz firme.

Ambos se abrazaron con fuerza y, tras mirarse unos segundos a los ojos, se besaron con pasión contenida. Desde la puerta del establo, Patricio desvió la mirada, soltando varias lágrimas silenciosas.

Pasado un rato, Carmen salió junto a Gabriel y pronunció el nombre de quien hasta entonces había sido su prometido.

—Patricio.

—Dime —respondió él, sin querer mirarla y manteniendo la espalda vuelta.

—Lo siento. Amo a Gabriel, no puedo seguir mintiendo. Y aunque yo te quiero, no es el amor que debería sentir para ser tu prometida. De verdad, espero que algún día me perdones.

—Hoy me dijiste, si no me equivoco, que esperabas que te perdonara algún día. ¿Y sabes por qué?

—No lo entiendo. Imagino que era por aquello que ibas a hacer —Carmen evitó mencionar la explosión para que Gabriel no supiera que Patricio había sido el autor.

—Le he salvado la vida a tu señoritingo... pero he destruido lo nuestro.

—¿Qué estás diciendo?

Gabriel guardó silencio un instante, luego decidió decir lo que parecía que Patricio no se atrevía a explicar.

—Patricio se ha entregado a las autoridades. Ha dejado una nota donde lo cuenta todo a los guardias. En ella confiesa que fue él quien puso la bomba, que Mariana me raptó, atándome de pies y manos y dejándome en el sótano, y que fue él quien me encontró allí, liberándome antes de hacer estallar el artefacto para ponerme a salvo. No tardarán en llegar las autoridades cuando lean esa nota —dijo Gabriel, acercándose a Patricio para mirarle a la cara—. Aún estás a tiempo de huir con nosotros. Te ayudaremos a encontrar trabajo en América.

—¿Con nosotros? ¿A dónde vamos? —preguntó Carmen, sorprendida.

—Sí, como oyes. Nos iremos a América. Allí, junto a mi tío y mi madre, podremos empezar de nuevo. Recuerda que yo también soy perseguido por la ley...

—¡No! —respondió Patricio con voz firme.

—¿Cómo que no? Me acusan de matar a aquel cochero, y no hay pruebas...

—Yo también me he inculcado de eso. No tendrás problemas con la ley.

—Pero... ¿qué estás diciendo? ¿Te has vuelto loco?

—Añadí que perseguí a Carmen y que yo mismo disparé al cochero después de que huyeran los bandidos, para mostrarte lo peligroso que podía ser y así poder ajustar cuentas contigo.

—¿Conmigo? ¿Qué base tiene eso?

—Discutíamos por ella. Ese será el motivo.

—¡No pienso admitirlo! ¡Eres inocente! ¿Por qué haces esto? —gritó Gabriel, furioso.

—Sin ella, mi vida no tiene sentido. Voy a anteponer su felicidad a mi interés propio. Cuídala. Mi nota servirá como prueba para defenderte y para que podáis vivir libres. Hasta siempre.

—¡Patricio! —Carmen se echó las manos a la cabeza al ver que el joven, tras beber rápidamente el contenido de un pequeño frasco, caía al suelo. Gabriel se agachó para observarlo—.

—¡Está muerto! —exclamó—. ¡Se ha envenenado! Es algún tipo de veneno mortal lo que ha ingerido. Por eso te pedía perdón... se ha quitado la vida por ti.

Carmen se arrodilló junto al cuerpo de Patricio, llorando desconsolada, mientras Gabriel le tocaba el hombro, pensativo, sin saber cómo reaccionar ante la impactante escena que acababa de presenciar.

Mientras tanto, Mariana llegó en el carruaje a una zona cercana de la hacienda, desde donde se veían los restos

humeantes de lo que había sido su hogar. Ella y su hermana Margarita no bajaron del vehículo y, desde la ventana, contemplaban el horizonte.

—Esta es mi manera de despedirme de este lugar —dijo Mariana—. Me costó trabajo introducirme, hacerme pasar por una señora de postín y llegar hasta donde estoy. Ahora, como viuda, me tocará criar bien a mi hijo y enamorarme del que en verdad es mi marido, para que todos crean esta patraña. Hasta nos tendremos que casar de nuevo, como Mariana y el nombre que le inventemos a él.

—Muy bonita tu historia —respondió Margarita—. La mía es cobrar, ya lo sabes.

—Déjame disfrutar, no me des más lata con eso por ahora, te lo ruego. Solo quedan los trámites para recibir la herencia, peleándome con mi suegra y...

Una patrulla de guardias apareció entonces a caballo, situándose a ambos lados del carruaje e interrumpiendo la conversación.

—Disculpe, señora. Me temo que tendrá que acompañarnos.

—¿Qué ocurre? —preguntó Mariana—. Ya estuve en el cuartel. ¿Qué tengo que declarar? ¿Han encontrado al autor de este atentado?

—Me temo que sí. Se trata de un joven mozo, uno de los que trabajaban para la hacienda.

—Estupendo. ¿Y por qué me llevan otra vez frente al sargento? —replicó Mariana, abanicándose, mientras Margarita permanecía callada.

—Tenemos una buena noticia. Su marido está libre de toda culpa en el asesinato que se le atribuía.

—No sé si lo sabe, pero todo indica que ha muerto. Ya lo expliqué antes y no creo necesario repetirlo.

—Se equivoca. Está vivo. Fue rescatado por el mismo autor de la explosión y, mucho me temo, que usted no sale bien parada en la versión que tenemos de los hechos. Le repito, haga el favor de acompañarnos.

El rostro de Mariana se tornó serio, sorprendida por ese detalle inesperado. Margarita se levantó, intentando bajar del carruaje.

—Déjenme salir, soy una doncella y no creo necesaria mi presencia en este pleito de señores —dijo, pero uno de los guardias bloqueó su paso, colocándose frente a la puerta.

—Deben acompañarnos las dos. Es la orden que tenemos.

Mariana y Margarita no tuvieron opción y fueron conducidas de nuevo al cuartel. Negaron la versión narrada por Patricio en su nota, pero no les sirvió de nada cuando Gabriel y Carmen llegaron juntos al cuartel para dar aviso de la muerte de Patricio y confirmar los hechos con una denuncia contra la que hasta ese día fue su esposa.

### 30 LA DESPEDIDA

La lluvia había hecho acto de presencia, como si el cielo llorara junto a la tristeza que embargaba a los asistentes al sepelio de Patricio. El féretro abierto mostraba el rostro del joven, mientras el resto del cuerpo permanecía cubierto por un velo.

Carmen, acompañada por la mayoría de las doncellas que habían trabajado en la hacienda *Los Dos Racimos*, y los familiares de Patricio, encabezados por su madre, rezaban oraciones clásicas mientras los mozos encargados del cementerio cavaban la fosa donde sería enterrado.

Cuando terminaron de recitar las oraciones, Carmen se acercó a la madre de Patricio para darle un abrazo. Pero la mujer, dolida por lo ocurrido, la apartó con el brazo, expresando rechazo.

—Señora, sabe del aprecio que le tenía a su hijo. No puede hacerme esto. Llevo en el vientre a su nieto —le dijo Carmen, con el dolor reflejado en la voz.

—Me da igual —respondió la mujer—. Mi nieto no me va a devolver a mi hijo. Y tú has causado su muerte.

—Le ruego que dejemos los reproches para otro momento. Debemos estar unidas.

—¿Unidas? —replicó con amargura—. Te lo ruego, apártate de mí. Y márchate con él, que dices es mi nieto. No quiero reconocerlo como tal. Os quiero bien lejos.

Carmen, haciendo un esfuerzo por no dejarse afectar por las duras palabras de quien pudo haber sido su suegra, esperó a que enterraran el féretro de Patricio antes de abrazar a Gertrudis y al

resto de las doncellas. Luego salió del lugar y subió al carruaje que la esperaba afuera.

—Te deseo toda la suerte del mundo, muchacha. ¿Os vais a marchar lejos? —le preguntó Gertrudis.

—No lo sabemos —respondió Carmen—. No tenemos fuerzas para pensar ahora mismo qué hacer. No queremos tomar decisiones a la ligera.

—Con la señora en prisión y el señor Gabriel libre de toda culpa, ¿qué impide reconstruir la hacienda y vivir ambos felices en ella? —le dijo Gertrudis, mientras le apretaba tiernamente la mano.

—Los recuerdos, Gertrudis. Felisa y su prometido, Patricio, los malos momentos vividos por Gabriel, aquel hijo suyo que resultó no ser tal y tantas cosas... Queremos pasar página.

—Lo entiendo, es normal. En fin... marcha ya, y adelante. Vete, que seguro te está esperando el señorito para comenzar esa vida ansiada que os aguarda. ¡Sed felices!

Carmen asintió y salió hacia el exterior del cementerio. Allí estaba el carruaje, tal como había acordado con Gabriel. Pero la tristeza por la despedida a Patricio dio paso a la felicidad al pensar en quien ocupaba su corazón.

Subió al carruaje y, para su sorpresa, no encontró a Gabriel dentro. Solo había un sobre sobre uno de los asientos, junto a una rosa. Extrañada, lo abrió y leyó con curiosidad.

Amada Carmen:

Lamento tener que escribir estas letras, fruto de una reflexión profunda. Dios sabe que te amo. Eres una persona maravillosa, que ha llenado de ilusión mi vida y ha sido mi apoyo en estos

tiempos tan complicados. Pero la realidad es tozuda, y nosotros, si queremos salir adelante en esta vida, debemos tener los pies en el suelo y centrarnos cada uno en lo que, en realidad, la vida nos exige.

Me enamoré de una doncella cuando estaba casado, y tú te enamoraste de un señor cuando eras joven y soltera. Tuviste una relación con un joven de tu clase social, de la cual hubo un fruto, y yo me entrometí de manera injusta. Por mi culpa no pudiste materializar ese matrimonio justo con una persona que te amaba, la cual hasta sacrificó su vida por ti. Siempre llevaré ese peso en mi conciencia. Nunca sabré mirar a la cara a ese hijo que, debido a mi egoísmo, crecerá sin el calor de un padre.

Por ello, lamento decirte que, en el momento en que estés leyendo esto, estaré camino a las Américas. Te ruego que intentes rehacer tu vida sin mí, y que críes a ese hijo con el recuerdo de Patricio. Yo siempre te querré. Siempre te llevaré en el corazón. Espero que lo comprendas y me recuerdes con afecto.

Gracias por todo tu amor demostrado.

Gabriel

**P.D.:** El cochero te llevará a una pensión donde alojarte hasta que encuentres un lugar donde vivir. Te he dejado dinero suficiente para comenzar una vida nueva y cómoda junto a tu hijo. Sé feliz.

Carmen, exhausta tras leer la carta, rompió en llanto justo cuando el carruaje emprendía su marcha, sin que el cochero le revelara su destino. Fue entonces cuando comprendió que Gabriel no merecía su amor. De pronto lo vio tal como era: un

hombre cobarde, incapaz de afrontar una vida junto a la mujer que decía amar, aunque esta llevara en su vientre a un hijo que él creía ajeno.

Lo más triste de todo —y solo Carmen lo sabía— era que, en realidad, sí era suyo, pero ella se encargó de que jamás se supiera.

Aquel hijo no merecía un padre así. Merecía a alguien como Patricio, capaz de sacrificar su vida por la felicidad de quien podría haber sido madre de su hijo.

Y así, la historia se encargó de borrar el apellido Garrido del vientre, la mente y el corazón de aquella joven doncella, que pasó a ser la eterna prometida de un mozo que partió a la otra vida, y cuyo recuerdo perduraría por siempre en su alma por su inquebrantable capacidad de amar.

**FIN**

## ¿Te has quedado con ganas de saber más?

Las historias no siempre terminan cuando se cierra un libro. A veces, los secretos piden ser revelados, los sentimientos no se apagan y los destinos cruzados merecen una segunda oportunidad.

Si ***Te contaré*** te ha emocionado, conmovido o sorprendido, quiero invitarte a seguir descubriendo lo que ocurrió después. Porque la vida de Carmen, los ecos del pasado y las verdades silenciadas aún tienen mucho que decir.

Tienes disponible la continuación:

**Te contaré más...**

<https://amzn.eu/d/8afAkP7>



[www.joseluisclavijo.com](http://www.joseluisclavijo.com)

(Suscríbete a mi newsletter y recibe novedades en tu bandeja de entrada)

### **Suscríbete a mi newsletter**

Desde tu bandeja de entrada seguiremos en contacto para compartir novedades, reflexiones, experiencias y todo lo que gira en torno a este fascinante mundo de la escritura.  
¡No sabes cuanto me alegraría tenerte al otro lado!

Un abrazo de corazón,  
**Jose Luis**